
Serie Beamont 5
Fuego Vengador
Sarah Scott

FUEGO VENGADOR

SARAH SCOTT



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2026

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Lo que comenzó como un amor secreto estuvo a punto de convertirse en una condena.

Delyth está destinada a un matrimonio concertado que no desea. Educada para obedecer y preservar el legado de su padre, acepta su deber… hasta que comprende que su corazón pertenece a Stephen, el aprendiz del negocio familiar, un hombre honesto y valiente al que ama en silencio.

Cuando una traición despiadada los separa y Stephen es acusado de un crimen atroz, Delyth se ve obligada a elegir entre someterse a un destino impuesto o luchar por la verdad. Mentiras, votos forzados y ambición desmedida amenazan con destruirlo todo, pero el amor que los une se niega a desaparecer.

En un mundo donde el honor puede comprarse y la justicia se dicta a gritos, esta es la historia de una mujer que se atreve a resistir… y de un amor dispuesto a desafiar al miedo, al poder y al tiempo.

Índice

Índice
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 1

Dos horas después de ninguna

La víspera del día de Santa Inés, 1197

El hambre azotó la tierra aquel invierno. La gente se agolpaba ante la puerta arqueada y cubierta de musgo de la abadía, esperando pan, no bendiciones. Los niños lloraban, las mujeres gemían. Los hombres, con los hombros encorvados bajo el granizo punzante, se disputaban los mejores puestos. Eran tantos que abarrotaban el pequeño campo donde la abadía celebraba su mercado anual y se desbordaban por la esquina hacia el callejón de los toneleros, que bordeaba el extremo oriental del recinto amurallado de la casa sagrada. Algunos vestían los harapos variopintos de la habitual pandilla de mendigos de la abadía, pero muchos más llevaban las humildes ropas de los jornaleros de la ciudad.

Delyth, esposa de Katel l'Espicer, detuvo bruscamente su palafrén y miró con horror.

—¡María, madre de Dios!

Desde el asiento trasero, detrás de uno de los cinco sirvientes que la seguían, su doncella dejó escapar un lastimero gemido.

Demasiado conmocionada para responder, Delyth se limitó a contemplar el campo del mercado, abarrotado hasta los límites.

Aunque no era tan rica como Londres, Llynrudd era una ciudad próspera, que debería haber sido capaz de cuidar de los suyos.

—Theobald —llamó al agente de su marido, que cabalgaba tras los sirvientes—, ¿por qué no se alimenta a esta gente con los

graneros de la ciudad?

—¡Dejarme pasar! ¡Apartaros, zoquetes estúpidos! —vociferó Theobald de Peterborough mientras abría paso con su caballo.

Al igual que sus hombres, vestía las ropas granates y grises de la casa de Katel. Cuando alcanzó a su señora, se echó hacia atrás la capucha empapada, revelando un perfil delicado enmarcado por un flequillo de cabello castaño y una barba ya encanecida. Observó a la multitud.

—No queda nada para alimentarlos, y ellos lo saben. Aun así, esta chusma de ladrones sigue intentando quedarse con lo que no es suyo, saqueando almacenes y entrando en las casas de honrados comerciantes.

Escupió a un lado. Su mirada recorrió los anillos que brillaban en los dedos enguantados de Delyth y descendió descaradamente hasta la gruesa cadena de oro que asomaba bajo su capa y el rico vestido azul grisáceo, gastado y remendado en demasiados puntos.

—Si tuvieran ocasión, la destrozarían por lo que lleva puesto.

Girándose en la silla, Theobald se dirigió a los sirvientes.

—Seguiremos adelante. Si alguien intenta alcanzarla, matarlo.

Luego, sin pedir permiso, se inclinó, le arrebató las riendas a Delyth y espoleó a su caballo.

Mientras su palafrén obedecía dócilmente, Delyth bajó la mirada hacia la silla de montar, con la ira ardiéndole en el pecho. Odiaba a Theobald, odiaba a su amo y, por encima de todo, odiaba su miserable vida sin escapatoria. A pesar de la promesa que Katel le había hecho el verano anterior, aquella misma mañana había enviado a su agente para obligarla a abandonar su retiro en el convento, después de apenas cinco meses de paz.

Se adentraron en la multitud. Nadie les abrió paso. Theobald alzó la voz.

—¡Abrir paso! ¡Abrir paso a la esposa de Katel l'Espicer!

El grito rebotó contra los altos muros de la abadía y dio paso a un silencio instantáneo y antinatural. Todos los ojos se volvieron hacia aquellos superiores bien alimentados. De pronto, Delyth oyó con claridad la respiración de su palafrén, el crujido del cuero de las sillas al moverse los caballos, el tintinear de las anillas de los arneses. La lluvia helada silbaba al golpear la tela y salpicaba el barro. La hostilidad flotaba en la misma brisa húmeda que le traía el hedor de la carne podrida de los mataderos.

Un murmullo sordo surgió en el extremo más alejado de la multitud y fue pasando de boca en boca hasta transformarse en un canto oscuro, atrapado entre una tierra muerta y fría y un cielo plomizo e indiferente: su nombre.

El miedo se apoderó de Delyth y devoró incluso su ira. Se ajustó la capa con más fuerza y giró los anillos traicioneros, escondiendo las gemas contra sus palmas. Morir por culpa de los adornos ostentosos que Katel le exigía llevar sería la más cruel de las ironías.

Solo cuando el último de su tropa dobló la esquina del perímetro de piedra de la abadía y salió del callejón de los toneleros hacia el enclave de los cereros, la multitud se calmó.

El alivio la inundó. Nunca antes aquel pequeño campo le había parecido tan vasto ni la gente de Llynrudd tan hostil.

Alguien tiró del dobladillo de su capa.

Delyth gritó y se giró en la silla. Junto a su palafrén estaba Agnes, su antigua sirvienta. Desterrada por Katel en cuanto su semilla había echado raíces en su vientre, el cabello oscuro y abundante de la joven colgaba ahora en mechones húmedos y enmarañados alrededor de un rostro demacrado. Sus zapatos no eran más que harapos envueltos en los pies, y solo una manta raída protegía a ella y al hijo no deseado de Katel de la lluvia. Agnes volvió a aferrarse a la capa de su antigua señora.

—¡Señora!

En aquella única palabra se concentraba todo lo que le quedaba de vida.

Al oírla, Theobald miró hacia atrás y su rostro se contrajo al reconocer a la amante repudiada de su amo. Giró la montura y alzó la mano para ahuyentarla.

—Vete, puta.

Atrapada entre los caballos y demasiado debilitada por el hambre para gritar, Agnes se volvió de espaldas, protegiendo a su hijo con el cuerpo.

—¡No! —exclamó Delyth—. ¡No golpearás a alguien tan herido e indefenso!

Espoleó el palafrén y se colocó entre la mujer hambrienta y el hombre de su marido.

Theobald, con la mano aún alzada, la fulminó con la mirada.

—Sabe tan bien como yo que a las putas como ella no se les permite acercarse a la familia. Aparte su caballo y déjeme hacer lo que debo.

—Esta vez no.

Las palabras de Delyth fueron tan cortantes como el viento que silbaba por el estrecho callejón.

—Te digo que la dejes en paz.

Theobald enseñó los dientes y tensó el brazo, como si fuera a golpearla a ella en lugar de a Agnes.

—Hazlo —lo desafió Delyth, enderezándose en la silla hasta mirarlo desde arriba—, pero piensa bien lo que haces. Sigo siendo superior a ti. Si me golpeas, haré que te acusen de agresión ante los tribunales, pese a mi marido.

Con un suspiro ardiente de frustración, Theobald dejó caer la mano.

—Le diré al señor lo que ha hecho.

—Por supuesto que debes hacerlo.

Delyth bajó la cabeza cubierta por la cofia y volvió a asumir el papel de esposa obediente que había desempeñado durante dieciséis años.

—No esperaría menos de ti.

Con un siseo furioso, el agente volvió a orientar su caballo hacia el centro de la ciudad y la casa del mercader de especias.

—Seguir adelante —gritó a los sirvientes.

Delyth apartó su palafrén y dejó pasar a la tropa. Mientras se alejaban, la doncella y los hombres le lanzaron miradas furtivas. Ella las ignoró, se quitó uno de los anillos y se inclinó para depositar el oro y la piedra en la mano de la mujer hambrienta.

—Tómalo con mi bendición. Rezo para que te sea de ayuda. Si alguien cuestiona el regalo, envíalos a mí.

Agnes apretó el tesoro contra su pecho. El agradecimiento que llenó sus ojos hizo brotar lágrimas de vergüenza en los de Delyth.

—Siempre ha sido usted amable, señora, haciendo lo que ha podido. Sé que me habría ayudado más si él lo hubiera permitido.

El énfasis punzante no dejaba duda de que se refería a Katel. Con eso, Agnes se alejó apresuradamente, aferrando contra el corazón su posible salvación.

Delyth la siguió con la mirada, con la culpa clavándole el pecho. No había hecho más, y no porque Katel se lo hubiera impedido. En realidad, estaba agradecida de haber podido abandonar el lecho de su marido tras el nacimiento de su hijo, en el segundo año de su efímera felicidad conyugal. Estaba agradecida de que él hubiera usado a Agnes y a tantas otras, porque eso significaba que no la usaba a ella.

La culpa creció. Si hubiera sido una mejor esposa, quizá Agnes no habría necesitado aquella caridad.

Delyth ahogó el pensamiento mientras dirigía el palafrén hacia el centro de la ciudad y la casa que había construido su padre. No era ella quien había fallado a Katel, sino él a ella. De haber sido un hombre más indulgente, su matrimonio habría podido ser real y no la burla en la que se había convertido.

La estrecha callejuela estaba desierta, y aquella quietud inusual la sacó de sus pensamientos. Las viviendas, apiñadas unas contra otras, eran tan semejantes, con paredes encaladas enmarcadas por vigas oscuras y techos de paja, que parecían un único edificio alargado. Todas miraban la calle con aire sombrío, los talleres de la planta baja cerrados y las ventanas de los pisos superiores bien atrancadas. Los propietarios estaban sitiados. Que el comercio se hubiera detenido en un día laborable evidenciaba la desesperación de los hambrientos de Llynrudd.

El miedo del mercado regresó. ¿No había afirmado Theobald que los hambrientos atacaban a sus superiores con la esperanza de hallar riquezas suficientes para llenar sus estómagos? De pronto, Delyth lamentó haber permitido que los sirvientes se adelantaran. Clavó los talones en los flancos del palafrén, instándolo a avanzar más rápido que el paso cansino, mientras doblaban la esquina del enclave de los comerciantes hacia la calle de los fabricantes de cuerdas.

Apenas habían entrado cuando alguien saltó para aferrar la brida.

Delyth jadeó presa de un terror ciego, tirando desesperadamente de las riendas.

—No, mamá, soy yo —gritó una voz.

El miedo se desvaneció al reconocer a Peter, su único hijo. Poco había heredado de Katel, salvo la nariz bien formada. En cambio, compartían el mismo cabello rizado de un rojo dorado y los ojos azules brillantes, incluso el mismo salpicado de pecas sobre la piel clara. Peter, que acababa de cumplir diez años y cuatro meses, había crecido al menos una palma durante los cinco meses de ausencia de

Delyth. De pie junto al caballo, ya le alcanzaba la cintura. No tenía la complexión menuda de su padre, sino la corpulenta de su abuelo.

Peter era lo único bueno que había salido de aquel matrimonio fallido, lo único que tanto ella como Katel apreciaban. El amor la inundó. Delyth se inclinó y le pasó los dedos enguantados por el pelo revuelto.

—¡Peter, me has dado un susto de muerte!

Las comisuras de los labios del niño se alzaron apenas antes de que frunciera el ceño.

—Mamá, ¿qué haces aquí? Creía que habías decidido quedarte con las hermanas.

Toda la ira y la amargura regresaron. Así había sido, hasta que Theobald la había arrancado del convento con solo recordar a la priora que Delyth era la esposa de Katel y que Katel exigía su regreso.

—Tu padre me ha llamado a casa por alguna razón —respondió, esforzándose por mantener un tono severo—. No está bien reprenderlo delante de ti.

Para desviar la atención de su hijo, le devolvió la pregunta.

—Creo que debería preguntarte lo mismo. ¿Por qué estás fuera cuando deberías estar en la tienda del maestro Alfred, trabajando duro?

Peter se encogió de hombros bajo la túnica marrón y el delantal de cuero, marca de su aprendizaje con el orfebre de Llynrudd.

—Hoy no está en la tienda, sino en el mercado con los demás concejales. Por eso sabía que vendrías. La señora Ann me envió con un mensaje y me encontré con Theobald en el campo. Como nuestra tienda está en esta dirección, pensé en esperarte para saludarte.

Se acercó más al caballo.

—Mamá, ahora que has vuelto, ¿te quedarás?

Un atisbo de esperanza vibraba en su voz.

La culpa volvió a retorcerse en el pecho de Delyth. Por mucho que su retiro en el convento hubiera herido a Peter, verlo atrapado en la guerra silenciosa y amarga de sus padres era un daño mayor. Ahora que ya no vivía en casa, no veía razón para prolongar aquella farsa. Negó con la cabeza.

—Sabes que no puedo.

El dolor cruzó los ojos azules de Peter y su rostro se volvió inexpresivo. Delyth acarició la redondez aún infantil de su mejilla.

—Es mejor así, mi pequeño amor. Estoy contando las horas hasta Pascua, cuando vendrás al priorato y podremos vernos de verdad. Ahora vete, mientras voy a averiguar qué necesita tu padre de mí.

Peter apretó los labios, y la tristeza se acentuó en su mirada. De pronto, ya no parecía un niño.

—Mamá, debes tener cuidado. Papá se comportaba de forma extraña cuando lo visité la semana pasada.

Delyth se reclinó ligeramente, con una punzada de inquietud.

—¿Por la bebida? —preguntó, intentando suavizar la cuestión, como si así pudiera evitar recordarle que su padre se perdía poco a poco en el vino y la cerveza.

Peter volvió a encogerse de hombros. Su mirada inquieta saltó de ella a la hilera de casas.

—No, solo bebió un poco. Sonreía mucho para sí mismo, como si guardara secretos. Y cuando hablaba de ti, era para llamarte puta. ¿Qué le pasa, mamá? ¿Por qué hace esto?

Sus palabras fueron un grito mudo. Las lágrimas brotaron al traicionar a uno de sus padres para advertir al otro. Al instante siguiente, como si el dolor resultara insoportable, se apartó y echó a correr calle abajo.

Capítulo 2

Llynrudd

Dos horas después del mediodía

Víspera del día de Santa Inés, 1197

Delyth vio marchar a Peter. Sin duda, buscaría algún lugar donde esconderse para entregarse a emociones que ya no eran propias de un niño de su edad. El odio hacia Katel se reavivó con fuerza. Cómo se atrevía a envenenar el corazón de su hijo hablando mal de ella en su presencia. Maldito Katel. Maldito por creer que ella le permitiría marcharse sin más. ¿Y si había aprovechado su ausencia para urdir alguna nueva forma de atormentarla? Giró su palafrén hacia la plaza del mercado y su casa.

No estaba lejos del centro de la ciudad. La pequeña plaza de Llynrudd era el lugar donde los desempleados acudían en busca de trabajo, donde las mercancías se medían según el patrón oficial, se juzgaban las infracciones comerciales y se exponía a los comerciantes en la picota. El mercado se alzaba en el extremo más alejado de la plaza. Aunque era más alto y ancho que las casas que lo rodeaban, tenía un aspecto similar, con paredes de madera que ascendían hasta un techo de paja. El frío interminable y la humedad persistente de aquel año, ya fuera lluvia, nieve o el aguanieve de ese día, habían apagado el blanco del edificio hasta convertirlo en el mismo gris apagado de las nubes que lo cubrían.

Cuando Delyth detuvo su palafrén junto a Theobald y los sirvientes, el agente de Katel le lanzó una mirada fulminante. Ella la ignoró y observó a los hombres armados reunidos ante el mercado.

Salvo su capitán, un soldado profesional, la guardia de la ciudad —la fuerza encargada del orden en Llynrudd— se reclutaba por turnos entre los jóvenes aptos para el servicio. Formaban un grupo heterogéneo: algunos llevaban jubones acolchados de tela, otros cotas de malla de cuero. Lo único que compartían, además de las espadas ceñidas a la cintura, era la expresión aburrida con la que observaban a sus superiores discutir. Los doce miembros del consejo permanecían cerca de la picota, preocupados por el problema de los hambrientos. En ese momento, el comerciante de lana lisiado protestaba con vehemencia contra la idea de expulsarlos fuera de las murallas, mientras que el gran herrero insistía en que la multitud era demasiado numerosa para mantenerla bajo control.

Delyth distinguió enseguida a su marido entre ellos. Katel era el más bajo y regordete del grupo. Tiempo atrás había sido un hombre apuesto, de complexión esbelta, cabello dorado, rasgos definidos y hermosos ojos castaños. Ahora, a los cuarenta y seis años —unos quince más que ella—, los excesos de bebida habían enrojecido su piel y abultado su nariz. Ojos y boca quedaban atrapados entre pliegues de grasa, y su cabello, adelgazado y aclarado, lo hacía parecer completamente calvo bajo la gorra.

Sujeta por una pesada cadena de oro, la capa gris de Katel se abrió lo suficiente para revelar una túnica de samit marrón, bordada con hilos de metales preciosos. Delyth esbozó una sonrisa de desprecio. Menos mal que llevaba su capa más gruesa, forrada de piel de ardilla. Solo aquella prenda era lo bastante amplia para ocultar los remiendos de su propia túnica, ajustada una y otra vez al contorno cada vez mayor de su propietario, pues Katel no podía permitirse sustituirla.

El desprecio se apagó. Aquellas túnicas y joyas eran casi todo lo que quedaba de la antigua riqueza de Katel. En los últimos años, su afición a la bebida había mermado el negocio hasta dejar escapar la prosperidad. Ese año, los escasos beneficios se habían diluido en mantener una apariencia de opulencia o se habían perdido en malas inversiones. De no haber sido por las rentas de las propiedades que

el padre de Delyth había puesto en fideicomiso para Peter, bien podrían haber acabado entre los hambrientos ante la abadía.

—Maestro Katel, su esposa ha regresado con nosotros —anunció Theobald cuando consideró que había esperado lo suficiente —. ¿Desea que la acompañe a casa?

Katel se volvió con una sonrisa suave. El odio de Delyth volvió a hervir. No había conspiración alguna, sino el deleite de Katel al comprobar que todavía podía obligarla a obedecer, cuando ella había jurado no hacerlo jamás.

Con la delicadeza de un actor consumado, el rostro de su marido adoptó una expresión de hondo pesar.

—Ahí estás, Delyth. ¿Dónde has estado todos estos meses?

Su voz era la de un marido paciente y herido, que soportaba con nobleza una afrenta injusta.

Atónita, Delyth abrió los ojos. Por toda la plaza, las contraventanas chirriaron al abrirse. La guardia y los hombres más influyentes de Llynrudd se volvieron para mirarla. Todos fijaron la vista en la mujer a la que creían la esposa más rica de la ciudad, aguardando a escuchar su falta.

Dieciséis años de matrimonio con Katel habían convertido a Delyth en una intérprete casi tan hábil como él. Inclinó la cabeza, perfecta en su papel de esposa sumisa.

—Marido, ¿por qué me haces una pregunta tan extraña? —exclamó con la justa medida de angustia—. Sabes bien que he vivido entre los muros de un convento durante estos meses.

—Si es así, ¿por qué la señora priora escribió quejándose de que abandonaste su casa?

El dolor contenido de su voz resonó en la plaza. La insinuación de adulterio pesaba en cada sílaba.

Delyth se estremeció. Jamás había considerado una relación ilícita. No se atrevía. Si hubiera quebrantado sus votos y la hubieran

descubierto, el testamento de su padre otorgaba a Katel el control de las propiedades destinadas a Peter. La fidelidad era la única garantía del futuro de su hijo y, además, una barrera que mantenía a Katel alejado de la riqueza que codiciaba. Levantó la cabeza con cuidado.

Katel la observaba, con una satisfacción profunda brillando en sus ojos. Esperaba una protesta airada. Delyth vaciló. Él no la había acusado de forma directa. Protestar podría parecer una confesión.

Su mirada recorrió a los presentes. Aunque la priora y las monjas darían fe de su reclusión, la insinuación ya había manchado su nombre. Altos y bajos, todos los hombres la miraban ahora con sospecha, mientras contemplaban a su marido con lástima, como a un hombre demasiado torpe para atar cabos.

—Disculpadme —dijo Katel a los concejales—. Deseo ver a mi esposa a salvo dentro de mis propias paredes. ¿Me excusáis?

El tono afectuoso lo hacía parecer el cornudo perfecto, incapaz de comprender por qué su esposa lo había abandonado, y mucho menos de aceptar que ahora pecara contra él. Delyth lo maldijo en silencio. ¿Le importaba tan poco el daño que una acusación así podía causar a Peter?

Demasiado pesado para montar con soltura, Katel echó a andar al frente de su comitiva por Market Lane. Con la necesidad de proteger a su hijo y a sí misma ardiendo en el pecho, Delyth giró su palafrén para seguirlo. En cuanto estuvieran a solas, le diría lo que pensaba de aquel juego cruel.

Más alta que los edificios vecinos, la casa que había construido Walter de Llynrudd había sido en otro tiempo un hogar lleno de orgullo y felicidad. Entonces se alzaba abierta a la calle, sin muro alguno. Ya no. Katel había ordenado levantar una barrera de piedras redondeadas y grisáceas, algunas partidas y con el corazón negro al descubierto, enmarcadas por pilares de caliza. Desde la calle solo se veía piedra fría y mortero amargo. Su matrimonio había envenenado lo que antes fue refugio.

Katel cruzó la puerta a grandes zancadas. Solo Theobald y Delyth lo siguieron. Los cinco sirvientes continuaron hacia el establo principal, situado fuera de las murallas. Leatrice, la doncella de Delyth, desmontó con ayuda y se quedó atrás. Mientras Katel buscaba resguardo del viento bajo el porche que rodeaba el patio empedrado, Theobald desmontó.

Delyth permaneció sobre su montura, sin entregarse aún al control de su marido. Por costumbre, miró hacia la pequeña cocina del extremo de la casa. No salía humo de la chimenea. ¿Por qué Wymar, su cocinera y a veces su único aliado entre aquellas paredes, habría dejado morir el fuego? La pregunta se disipó ante asuntos más urgentes.

Leatrice se detuvo cerca del caballo, con la capa bien ceñida. Su bonito rostro, enmarcado por una espesa melena castaña casi negra, estaba solemne. Miró a su amo y luego a su señora.

Delyth reconoció en los ojos de la muchacha el mismo temor que había visto en Agnes y negó para sí, sin hallar satisfacción alguna en la inminente desgracia de Leatrice. A pesar de su arrogancia, siempre le había resultado simpática. Poseía una audacia poco común entre las mujeres de Katel.

—Vaya, aquí está mi pequeña amada —saludó el mercader con fingida cordialidad—. Te he echado de menos estos cinco meses. Ven a darme un beso de bienvenida.

El viento abrió la capa de Leatrice cuando cruzó el patio, marcando el vientre abultado por el hijo de Katel. Él alzó las cejas, sorprendido, y luego las bajó con indiferencia.

—Creía que eras más cuidadosa. ¿De quién es la criatura que llevas?

—Señor —suplicó ella—, usted sabe que el niño es suyo.

—Leatrice, no añadas la mentira a la lista de tus pecados —respondió con una advertencia casi amable—. Han sido muchos los

que te han probado. Has demostrado una clara falta de virtud. Tu conducta me obliga a despedirte. Vete.

No fingió indignación alguna. En un mundo que solo creía la palabra de los hombres, una mujer fértil y soltera era siempre sospechosa.

Leatrice palideció hasta quedar los ojos como dos círculos oscuros. Cayó de rodillas en el barro e inclinó la cabeza.

—Le ruego perdón, señor. Tiene razón al reprenderme. ¿Puede perdonarme?

El placer tiñó de un rosa más intenso las mejillas de Katel. A Delyth le repugnó. Así le gustaban las mujeres, humilladas. Él apoyó una mano paternal sobre el hombro de la criada.

—Por supuesto. No me has causado daño alguno.

—Es usted demasiado amable, señor Katel.

Leatrice se levantó y se dirigió a la puerta. Antes de salir, se volvió. Bajo la sorpresa y el dolor, brillaba una ira fría.

—Puesto que me ha convencido de decir solo la verdad, no me queda más remedio que contarle a todo Llynrudd que su buena esposa ha vivido como monja estos últimos meses.

Se marchó tan deprisa como se lo permitió su estado.

Delyth reprimió una risa agradecida. Katel había sido traicionado por la misma mujer a la que acababa de destruir.

La ira cruzó el rostro de Katel.

—Una amenaza vacía —gruñó en voz baja.

—¿La traigo de vuelta, señor? —preguntó Theobald, deseoso de vengarse.

—No. Que diga lo que quiera. No puede dañarme.

Katel miró a Delyth con deleite cruel.

—Pronto todos sabrán que mi esposa es una adúltera, y entonces tendré esas propiedades.

Animada por el inesperado respaldo de Leatrice, Delyth se inclinó hacia delante en la silla.

—Para probar el adulterio, hay que presentar al amante y a los testigos —replicó con desprecio—. Te reto a hacerlo.

La confianza que prendió en los ojos de Katel le heló la sangre.

—Puedo hacer ambas cosas. Diré que no llegaste virgen a mi lecho, y creerán que eres capaz de repetir el pecado. Y en cuanto al hombre… ¿a quién nombrar sino al mismo que te desfloró hace tantos años? Solo la lujuria por ti pudo traer de vuelta a Llynrudd a Stephen el Bastardo.

La conmoción le robó el aliento a Delyth.

¿Stephen estaba allí?

Aunque habían transcurrido dieciséis años desde la última vez que lo vio, su mente recuperó su imagen como si se hubieran separado la víspera. Entonces apenas contaba diecisiete años y aún no le crecía la barba por completo. Aun así, sus dedos recordaban la aspereza suave de la piel de su mandíbula. Su cabello castaño oscuro era espeso y pesado; cuando ella jugaba con él, lograba que se ondulara a lo largo del contorno huesudo de sus mejillas. Tenía la nariz estrecha, algo demasiado larga, y unos ojos grises y finos que le sonreían desde debajo de cejas suavemente arqueadas.

Con el recuerdo de aquella sonrisa regresó también la memoria dulce de sus labios contra los suyos. Hubo una alegría profunda en la unión de sus cuerpos. El fantasma del placer dio paso, sin aviso, a una hoja de dolor. La piel de Delyth se enfrió hasta una rigidez mortal mientras sus dedos se cerraban con fuerza sobre las riendas del palafrén y su corazón se hundía en una oscuridad hirviente.

Ella lo había amado. Había confiado en él.

Y Stephen la había abandonado.

Su traición cruel la había encerrado en el infierno que era su matrimonio.

Alzó la mirada hacia su marido, con un fuego helado en los ojos, y siseó:

—¡Necio! Has elegido al hombre equivocado para nombrarlo mi amante, porque donde esté Stephen de Dunstar, yo jamás estaré.

Dicho esto, giró bruscamente su caballo. Usando sin piedad el aguijón, lanzó a la pobre y exhausta bestia al galope fuera de la puerta de la casa y luego calle abajo, a través de Llynrudd. En ese instante solo importaba una cosa: poner tanta distancia como fuera posible entre ella y el hombre al que más despreciaba.

Capítulo 3

Llynrudd

Dos horas después del mediodía

Víspera del día de Santa Inés, 1197

El grito resonó con arrogancia e impaciencia:

—¡Abran paso, abran paso a Delyth, esposa de Katel l'Espicer!

El clamor provocó un silencio inmediato entre los desdichados que aguardaban en el mercado de la abadía y, llevado por el viento, se extendió más allá del muro de piedra que rodeaba el recinto. Atravesó el corto patio, pasó junto a los establos y terminó colándose por la ventana abierta del pequeño hospicio de la casa sagrada. De pie junto a ella, en aquella casa de huéspedes reservada únicamente para los visitantes más ilustres del monasterio, Stephen de Dunstar, ahora Grossier de Lynn, contuvo el aliento.

Oír el nombre de Delyth enlazado con el de Katel fue como si este último hubiera cruzado los años para atacarlo de nuevo. El dolor de lo perdido brotó con violencia. Stephen cerró los ojos y apoyó la frente en el marco de la ventana.

El recuerdo de Delyth y del instante de su primer amor llenó su visión interior. Era verano, y el musgo de aquel tramo de la ribera que consideraban suyo brillaba con un verde más intenso que el de las esmeraldas. La niebla suave del día acababa de tornarse lluvia, y

las lágrimas del cielo descendían a través de las ramas de los sauces hasta pegarle el vestido al cuerpo como una segunda piel.

Cuando la imagen de Delyth volvió a formarse en su mente, Stephen inspiró hondo, con una gratitud dolorosa. Tal vez solo él la considerara una gran belleza, pero ningún hombre habría negado la elegancia de sus rasgos finos, destinados a perdurar mucho después de que otras mujeres se marchitaran. Su cabello mezclaba dorado y rojo, lo bastante rizado como para que, al soltarlo, fluyera alrededor de su figura esbelta en ondas libres. Cada vez que lo miraba, sus ojos se volvían más azules por el amor que sentía por él. Como si no hubieran pasado dieciséis años, sino apenas una hora desde la última vez que se vieron, su corazón se recreaba en la gloria de aquel afecto.

Esta vez, al contener el aliento, fue por desesperación. Si su corazón insistía en creer que ella aún lo amaba, la razón imponía una verdad cruel: cualquier sentimiento que Delyth hubiera albergado por él había sido destruido, sin posibilidad de redención. Abrió los ojos y clavó la mirada en el muro de la abadía, jugueteando distraídamente con el enorme broche de oro que sujetaba su manto. Delyth, y el daño que se había visto obligado a causarle, lo atormentaban. Que el simple sonido de su nombre lo afectara de aquel modo no auguraba nada bueno para su vana esperanza de que protegerla de las fechorías de Katel pudiera liberarlo de esa carga.

Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa breve y amarga. Liberarlo, claro. Si alguna vez alcanzaba la libertad que ni siquiera estaba seguro de desear, sus iguales —no, la sociedad entera— comprobarían que no duraría mucho.

Cuando un comerciante independiente alcanzaba la tercera década de su vida, como le había sucedido a Stephen tres años atrás, se esperaba que tomara esposa, más aún si era tan rico como él. Casi todas las familias mercantiles de Inglaterra habían desfilado ante él con sus hijas, al igual que buena parte de la baja nobleza, sin éxito. No obstante, no era tan necio como para creer que podría

negarse indefinidamente. Los cuchicheos ya habían comenzado, y los rumores eran venenosos para el comercio. Su obsesión con Delyth debía terminar, al igual que la persistente ilusión de que ambos estaban verdadera y legítimamente unidos.

Alguien le tocó el codo. Stephen se volvió hacia William, su aprendiz de once años. El muchacho arqueó las cejas con desconcierto mientras observaba a su maestro con unos ojos tan verdes como los de su padre. Ese color era lo único que había heredado de Arthur. Todo lo demás —la complexión delgada, el cabello rizado de tono castaño rojizo y la férrea voluntad— provenía de su madre, mucho más enérgica.

—¿Sí, muchacho? —preguntó Stephen, consciente de que aquella confusión nacía del extraño comportamiento que había mostrado desde su llegada a Llynrudd.

—Es el hermano que deseabas ver. Por fin ha llegado.

—Ah.

Una chispa de alegría rompió la pesadez que lo había acompañado desde que descubriera el engaño de Katel. Se apartó de la ventana y se pasó los dedos por el cabello para alisarlo.

—Por supuesto. Hazlo pasar.

Mientras William cruzaba la estancia y bajaba la estrecha escalera para ayudar al anciano monje a subir, Stephen se miró a sí mismo y dejó escapar un leve sonido de fastidio. Mientras permanecía absorto junto a la ventana, el viento había abierto su grueso manto forrado de marta, permitiendo que el aguanieve manchara su túnica azul, confeccionada con esmero. La humedad que goteaba del alféizar no había alcanzado el cinturón de cuero suave con tachuelas doradas ni el dobladillo ricamente bordado que le rozaba los tobillos, pero sus zapatos no habían corrido la misma suerte. Aquellos zapatos de cuero fino, nunca antes expuestos a la intemperie, estaban arruinados. Stephen alzó un pie y limpió las manchas contra una pierna de sus calzas más bastas y ocultas. La lana áspera se empapó a lo largo de la pantorrilla.

Un estruendo profundo se elevó desde la multitud hambrienta que aguardaba ante la puerta de la abadía, esperando su ración diaria de pan. Sobresaltado, Stephen se volvió a medias para escuchar. Al instante siguiente, el clamor se transformó en sílabas claras: un canto que repetía el nombre de Delyth. El temor por ella lo invadió. Se giró por completo, como si su mirada pudiera atravesar la piedra maciza. El coro creció hasta adquirir un tono amenazador.

—Hermano, sería un honor que utilizara la silla —dijo Will al regresar con el monje—. Permítame acercarla al calor.

La madera raspó el suelo cuando el muchacho arrastró la única silla del hospicio hacia el centro de la estancia, junto al brasero. Los monjes calentaban aquella sala con una sartén de latón llena de carbones encendidos, sostenida por un alto trípode. Era un pobre sustituto de una chimenea. El brasero exigía una ventana abierta para ventilar, y gran parte del calor se perdía en el aire frío que entraba.

—Maestro Stephen, el hermano herbolario está aquí —anunció el muchacho con la formalidad exigida.

Stephen no le prestó atención, concentrado en el clamor del nombre de Delyth que resonaba fuera. Tres días antes, un comerciante había sido asaltado en su propia casa; él y su esposa habían quedado casi muertos, y todo su grano había sido robado. No soportaba imaginar a Delyth herida.

—¿Le harán daño? —preguntó por encima del hombro a su visitante.

—Lo dudo —respondió el monje con calma—. No mientras viaje escoltada por los hombres de su marido.

La respuesta no lo tranquilizó. El otoño pasado le había enseñado qué clase de hombres empleaba Katel. Miró a su aprendiz.

—Muchacho, corre a la puerta tan rápido como puedas y asegúrate de que la comitiva de esa buena mujer pase sin daño. Si

la multitud se abalanza sobre su escolta, envía al portero a avisarme y despierta a nuestros hombres para que acudan en su ayuda.

Su agente y su guardia personal se habían retirado al establo de la abadía para jugar a los dados, lejos de la vista y del oído de los hermanos.

La excitación borró cualquier otra emoción del rostro de Will. Su mano se posó con expectación en la empuñadura de la daga que se le había permitido portar en el viaje.

—Sí, maestro Stephen —respondió, ya corriendo hacia la salida.

Cuando Will salió, una ráfaga de aire helado invadió la estancia. Stephen aguardó tenso. A su espalda, el monje cerró la puerta. Tan pronto como había comenzado, el murmullo del campo se apagó y quedó reducido a un gemido apagado de hambre. Stephen suspiró, aliviado, y se volvió para dar la bienvenida al hombre que había alimentado su amor por el comercio, solo para contener el aliento ante un temor completamente nuevo.

La muerte estaba cerrando su puño en torno a Colin el boticario. El hábito negro de los benedictinos envolvía al antiguo comerciante, mientras que apenas una piel fina cubría sus huesos. El cráneo parecía asomar bajo los pómulos salientes y las cejas prominentes. Hundidos en profundas cavidades, sus ojos eran tan negros como lo había sido antaño su cabello; el blanco puro que ahora cubría su cabeza y su rostro solo se daba en quienes habían conocido un ébano auténtico en la juventud. Era como si cada uno de sus sesenta años le hubiera arrancado un fragmento de vida, adelgazándolo y puliéndolo hasta dejarlo al borde de desaparecer.

—Acércate a la luz —ordenó el anciano, con una voz firme que desmentía su fragilidad—, para que pueda verte mejor.

Si Colin hablaba así, no estaba tan débil como parecía. Stephen obedeció, extendiendo los brazos. Mientras el monje lo examinaba, años de tristeza se borraron de su rostro. Tras un instante, ladeó la cabeza.

—Eres el último hombre del que habría esperado que imitara a Corazón de León —dijo, aludiendo tanto al modo en que Stephen llevaba el cabello y la barba como a su rechazo hacia los aristócratas francófonos que gobernaban la tierra.

Stephen se encogió de hombros.

—Hoy muchos hombres llevan el pelo casi hasta los hombros y la barba recortada a la mandíbula. No hago más que seguir la moda.

Colin alzó una ceja.

—¿Qué? ¿Ni siquiera admitirás que sabes lo bien que te queda? Y con esa túnica —señaló la prenda azul, bordada con rombos que encerraban espigas de trigo en hilo dorado—, si yo fuera una muchacha, me desmayaría.

Stephen rió, y el monje se acomodó en la silla baja. La mirada de Colin se agudizó, como si buscara al hombre oculto bajo la elegancia. A Stephen le sorprendió descubrir que, tras años de elogios, aguardaba con nerviosismo el juicio de aquel único hombre. Finalmente, unas arrugas de aprobación surcaron las mejillas del monje.

—Pájaro —bromeó—. Creo que ahora eres aún más alto que cuando te marchaste de Llynrudd. Deberías haber dejado de crecer antes.

La tensión se disipó.

—Conozco hombres más altos —replicó Stephen, como siempre —. ¿Has olvidado que hubo un tiempo en que mi altura os resultaba útil a ti y al maestro Walter?

—Así era —respondió Colin, con los ojos brillantes—. ¿Ves eso?

—¿Qué? —preguntó Stephen, confundido.

—La cama, idiota.

Stephen miró. Era una pieza hermosa, con un colchón lo bastante largo para acomodarlo. En cada esquina se alzaban postes tallados en espiral, pintados de verde, que sostenían un dosel de

madera. Un segundo juego de barras sujetaba cortinas de lana gruesa teñidas de un rojo intenso.

—Sí, ¿y qué?

—Es nuestra mejor cama, reservada para la visita del obispo. No imaginas la agitación que ha causado tu estancia a nuestro estimado abad. Lo tomaré como prueba de tu éxito en el comercio del koren.

Placer y humildad lucharon en el pecho de Stephen.

—Lo que he logrado se apoya en la generosidad de otros: la tuya, la del maestro Walter y la del maestro Wymund. Además, al principio conté con ayuda. No solo el legado de Walter, sino también el hecho de que Wymund nos nombrara herederos a Arthur y a mí cuando su segunda esposa murió sin darle hijos.

—¿También nombró heredero a Arthur? —preguntó Colin antes de poder contenerse.

Stephen sonrió al verlo intentar adoptar una expresión de cortesía.

—Es decir… —empezó de nuevo el monje, frunciendo el ceño —. Manifestó tal intención antes de aceptaros como aprendices. Aun así, jamás esperé…

La frustración dio paso a una curiosidad irrefrenable.

—¿De verdad? ¿Su heredero? Entonces, ¿Arthur sigue contigo en el oficio? Nunca lo consideré dotado de la agilidad mental ni de la gracia social necesarias para el nivel que has alcanzado.

Stephen soltó una carcajada.

—¿Cómo olvidar tu franqueza?

—No lo sé —replicó Colin con desprecio hacia sí mismo—. Walter nunca dejó de decir que mi negativa a jugar con las palabras me mantuvo atado al comercio callejero. Ahora, responde.

—Arthur decidió no quedarse conmigo —explicó Stephen—. Me vendió su parte y se casó con la hermosa viuda de un zapatero.

Mientras ella fabrica calzado, él la atiende. Mi aprendiz es su primogénito. Soy padrino de otros dos.

—¿Ese muchacho es hijo de Arthur? —exclamó Colin, aún más asombrado—. Siempre dudé de que tuviera energía suficiente para sembrar su semilla. ¿Ella lo sujeta y lo obliga?

Una vez más, Stephen se echó a reír.

—Ay, pero te he echado de menos, maestro Colin.

El título se le escapó sin pensarlo, fruto de una costumbre demasiado arraigada.

—Hermano Colin —lo corrigió el clérigo, sin rastro de reproche.

Stephen negó despacio con la cabeza.

—Me temo que te conozco desde hace demasiado tiempo como para recordar que ahora eres el otro.

Colin se limitó a hacerle un gesto hacia la cama.

—Ven y siéntate a mi lado, así no tendré que forzar el cuello para verte.

Stephen obedeció, apartando las cortinas para sentarse en el borde del colchón. Mientras acomodaba sus largas piernas, Colin se levantó para girar la silla y quedar frente a él. Cuando volvió a sentarse, ambos quedaron cara a cara, a menos de un brazo de distancia.

En ese instante, las circunstancias de su despedida y los largos años de separación se alzaron entre ellos como un abismo casi imposible de salvar.

Sin saber qué decir, Stephen no pudo hacer otra cosa que mirar al hombre al que, junto con el maestro Walter, había venerado. Como si compartiera la misma turbación, Colin guardó silencio.

El mutismo se prolongó. Las juncias del suelo susurraban bajo la corriente de aire; las cortinas de la cama se agitaban con un murmullo constante. El aguanieve repiqueteaba contra el alféizar y las contraventanas. Una ráfaga más fuerte atrapó uno de aquellos

paneles de madera, lo arrancó de su sitio y lo estrelló contra la pared del hospicio.

Colin volvió la cabeza hacia el ruido, con la mirada fija en el lugar que Stephen había ocupado momentos antes. Su expresión se volvió distante, perdida en recuerdos.

—Todavía te importa —murmuró.

Stephen abrió la boca para rechazar cualquier conversación sobre Delyth, pero se contuvo. Evitar el pasado significaba destruir toda esperanza de dejarlo atrás. Con un suspiro, se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en las rodillas.

—¿Cómo no iba a importarme? Éramos tan cercanos como hermano y hermana, ella y yo —respondió, esquivando con cuidado la verdad, tanto para protegerse como para protegerla a ella.

Con la mirada aún fija en la ventana, Colin soltó un resoplido divertido y desdeñoso.

—Mejor no digas eso, muchacho. El incesto es un pecado aún mayor que la fornicación.

La brutal franqueza desgarró la fachada de Stephen. Se dejó caer hacia atrás sobre el colchón, con la emoción ardiéndole bajo la piel.

—No tienes derecho a burlarte de mí ni de lo que siento por ella —espetó—. Y menos después de decir que viste lo que ocurrió entre nosotros y no hiciste nada por detenerlo. Maldito seas, ayudaste al maestro Walter a cargarme con su odio durante toda mi vida.

Cuando Colin volvió el rostro hacia él, solo había tristeza en su expresión.

—Me reprochas algo cuando no he hecho más que decir la verdad que prefieres evitar. En cuanto a la culpa, debes saber que el remordimiento por lo que ocurrió entre vosotros pesa mucho sobre mis hombros.

A medida que la ira y el dolor retrocedían hacia algún rincón oculto del alma, la vergüenza inundó a Stephen. En lo más profundo, había esperado una respuesta airada, algo contra lo que desahogarse. Al no recibirla, la herida quedó al descubierto.

Inclinó la cabeza.

—Te pido perdón, maestro. Mis palabras no hacen justicia al amor ni a la bondad que tú y el maestro Walter me ofrecisteis, ni a la gratitud que aún os profeso. Como hombre adulto, comprendo ahora los motivos de lo que hiciste.

Alzó el rostro y esbozó una sonrisa breve y cansada.

—Me temo que has dado con una herida que ni siquiera una de sus pócimas podría sanar.

La muerte volvió a acomodarse en los pliegues del rostro de Colin.

—Eso era lo que esperaba —respondió—. A diferencia de Walter, nunca me hice ilusiones de que pudieras superar el daño que te causamos o borrar lo que sentías por ella. La constancia de tu corazón es, al mismo tiempo, una bendición y una maldición.

Las palabras atravesaron a Stephen como una flecha. Si aquello era cierto, estaría unido a Delyth para siempre, tal como le había prometido dieciséis años atrás. Tragó saliva una y otra vez, intentando obligar a su corazón a obedecer. Colin se hundió un poco más en la silla, como si el peso de su tristeza fuera excesivo. Si continuaban por ese camino, pronto ambos llorarían.

—Maestro Stephen, ¿me oye?

El grito de Will subió desde debajo de la ventana y quebró la penumbra de la estancia.

En cualquier otro día, Stephen no habría tolerado semejante atrevimiento. Un aprendiz no gritaba a su maestro, se presentaba ante él con humildad. Sin embargo, agradecido por la interrupción, se levantó de inmediato y se acercó a la ventana. Medio piso más

abajo, el muchacho saltaba de un pie a otro sobre la hierba resbaladiza, intentando conservar el calor.

—Te oigo —respondió Stephen—. ¿Qué sucede?

Will alzó la vista, aliviado.

—El hermano portero come antes que los demás y, como los dos nos llamamos William, dice que es justo que comparta su sopa de judías. ¿Puedo?

En su rostro floreció la esperanza insaciable de un muchacho en crecimiento.

—Haz lo que quieras, pero cuida tus modales —dijo Stephen, modulando la voz para recordarle que incluso ante un cuenco de sopa representaba a la casa de Stephen el Grossier.

Will sonrió.

—Tendré cuidado. Gracias, maestro Stephen.

Y salió disparado.

—¿Le permites hablarte así? —preguntó Colin, con un deje de desaprobación.

Stephen negó con la cabeza mientras volvía a sentarse en la cama. Se inclinó y dio una palmada suave en la rodilla del monje.

—Basta ya de hablar de mí y de los míos. Cuéntame cómo es tu vida aquí. Sabía que acabarías tomando los votos, pero me sorprende lo exigente que parece la vida monástica.

Hizo una pausa, dejando asomar la queja.

—He esperado días tu visita. ¿Me olvidaste, o es que vuestros quehaceres no os dejan descanso?

Colin encogió los hombros con impotencia.

—Tenía intención de venir cada día. Pero el tiempo se me escapa; las horas se acaban antes de que pueda concluir lo que deseo. Ya sabes cómo soy cuando me absorben mis ollas y alambiques.

Intentó sonreír.

—¿No te ayudan a aliviar esa carga? —preguntó Stephen, con la voz más grave—. Me sorprendería que aquí se despreciara a un hombre como tú.

Una chispa irónica brilló en los ojos de Colin.

—Cuidado, muchacho. Podrías estar insultando a tu propio señor.

Se apresuró a añadir, antes de que Stephen protestara:

—No, mi verdugo ahora es el conjunto de enfermedades que acompañan al hambre. Cada día lucho por reforzar nuestras pobres defensas, sabiendo que no venceremos mientras los estómagos sigan vacíos.

Su mirada cayó sobre los dedos retorcidos en su regazo.

—La mayoría de los que mueren no son más que niños —susurró.

—Maestro —dijo Stephen con suavidad, comprendiendo al fin el origen de su tristeza.

Se deslizó al suelo, se arrodilló ante él y tomó sus manos.

—No te castigues así. La muerte llega a todos, a unos antes que a otros. Si muchos de los que están fuera están destinados a morir, no hay nada que podamos hacer para impedirlo.

—Te equivocas —replicó Colin con vehemencia, alzando la cabeza—. Se puede hacer mucho. Ni uno solo de los comerciantes de esta ciudad ha metido la mano en su propio bolsillo para ayudar a los hambrientos. Donan a la abadía, sí, pero donde el abad Eustace ve generosidad, yo solo veo cálculo. Conozco cada una de sus casas y sé cuánto almacenan.

El fuego se apagó en sus ojos, dejándolo exhausto.

—El mundo ha cambiado, y no para bien. Llynrudd es ahora un lugar abarrotado y fétido, lleno de indiferencia e injusticias que jamás imaginé hace cuarenta años. Hoy, un hombre honrado trabaja

el doble para comprar el mismo pan que yo te compraba. Este invierno, ni siquiera eso le bastará.

Colin se contuvo antes de formular la súplica, pero la pregunta se reflejó con claridad en sus ojos. Ya no miraba al muchacho aprendiz, sino a Stephen el Grossier, comerciante de cereales de Lynn.

Stephen se sentó sobre los talones y se frotó el entrecejo, donde las arrugas amenazaban con hacerse permanentes.

—Ojalá tuviera grano que ofrecerte.

Las palabras sonaron secas, y se apresuró a explicarse.

—Sabes mejor que nadie cuál debía ser mi respuesta. La cosecha de este año se vendió antes incluso de que se enviara la del anterior. Retrasé cuanto pude mis contratos, aun a costa de grandes pérdidas. Todo lo que poseía, salvo lo necesario para pasar el invierno, lo he vendido o donado al priorato de Lynn. No quiero lucrarme con la miseria ajena, y lo mismo afirman todos los grossiers temerosos de Dios que conozco.

No todos temían a Dios más que al oro. Por toda la tierra, los especuladores retenían grano, y al sacarlo al mercado hacían subir los precios hasta lo indecible.

Había dos clases de hombres. Los primeros tenían nervios de acero y apoyos en la corte real; los segundos eran simples necios. Para los primeros, ser descubiertos significaba confiscación y ruina; para los segundos, la ruina y la horca. Katel no pertenecía a la primera clase.

Stephen volvió a frotarse el rostro, intentando acallar su temor por Delyth. Katel había demostrado ser un ladrón astuto, pero no un buen vendedor. Si intentaba sacar al mercado el grano robado, sería descubierto, a menos que Stephen lograra recuperarlo antes. De lo contrario, Delyth acabaría colgada junto a su marido o arruinada por la vergüenza de su muerte.

Colin le ofreció una sonrisa débil.

—Perdóname. Walter y yo te criamos; debería haberlo sabido.

Sus palabras se perdieron cuando estallaron gritos fuera de la abadía. Un caballo relinchó con terror.

—¿Qué sucede ahora? —gruñó Colin, poniéndose en pie.

Se acercó a la ventana. Stephen lo siguió, sobresaliendo por encima de su mentor, y miró hacia la muralla. A juzgar por los ecos, otro rico de Llynrudd había aparecido, y la multitud lo increpaba por comer mientras ellos pasaban hambre.

De pronto, la pequeña puerta de la portería se abrió de golpe. Will salió corriendo hacia el establo, aún con una cuchara de madera en la mano. El hermano portero fue tras él, la capucha caída, la cabeza calva reluciendo. El pánico levantaba su hábito por encima de las rodillas velludas. Corrió hacia la casa de huéspedes, dudó, se desvió hacia las estancias del abad y, finalmente, cambió de rumbo hacia el hospicio.

—Hermano William —lo llamó Colin—, ¿qué ocurre?

El monje se detuvo, danzando de ansiedad, hasta localizar la voz. Miró a Colin y luego a Stephen.

—Maestro Stephen… el joven Will… en la calle… están intentando bajarla del caballo… —balbuceó.

Más allá del muro, una mujer gritó aterrorizada. El sonido erizó la piel de Stephen. A pesar de los años, reconoció aquella voz.

Era Delyth.

Sin pensarlo, saltó por la ventana. Corrió hacia la puerta casi antes de que sus pies tocaran la tierra húmeda.

Capítulo 4

Mansión Dunstar Finales de mayo de 1173

La garganta reseca de Stephen de Dunstar se contraía en un esfuerzo inútil por tragar, mientras el hambre le devoraba el estómago. Aunque su casa no quedaba a más de doscientos pasos, estaba demasiado exhausto para arrastrarse hasta allí. Le había llevado toda la noche alcanzar el centro del huerto.

A su alrededor, las judías susurraban bajo la brisa fresca de la mañana, y la tierra seguía húmeda por el rocío. El frío del suelo se filtraba a través de la camisa y la túnica, templando su piel sobrecalentada. Al respirar de nuevo, de forma superficial, casi podía saborear el hedor intenso del estiércol. Apenas dos semanas antes, él y su padre habían esparcido la riqueza del establo y de la letrina sobre la parte recién arada de la pequeña granja cercana.

Dos semanas atrás, la vida era normal. Ahora, su madre estaba muerta y su padre había perdido la razón. Diez años era una edad demasiado temprana para quedarse sin nadie que lo quisiera.

Despacio, porque le dolían las piernas y los brazos allí donde su padre lo había golpeado, se encogió, abrazándose las rodillas contra el pecho. Cuando logró hacerse lo más pequeño posible, enterró la cabeza entre ellas. Si algún día las cosas volvían a la normalidad, tenía que conseguir que su madre regresara con ellos. Frunció el ceño al formarse su imagen ante sus ojos.

Tenía el rostro redondo y el cabello rubio pálido, aunque no tanto como el de su padre. Una delicada red de arrugas rodeaba las comisuras de sus ojos. Stephen recordaba cómo el marrón de su mirada adquiría destellos verdosos cuando sonreía.

—Vuelve —susurró, con la voz áspera por la sequedad—. Vuelve, mamá.

La luz del día se intensificaba, y Stephen apretó el ojo que aún no se le había cerrado por la hinchazón hasta que su mente volvió a quedar a oscuras. El barro que le cubría el rostro empezó a secarse, tirante e irritante, y la mejilla se le contrajo. La imagen de su madre se disipó, igual que el sol devora la niebla matinal. Stephen dejó caer la cabeza con frustración contra la tierra del huerto. Por mucho que lo intentara, siempre había algo que se interponía y lo destruía todo.

—¡Viajeros! —gritó Dickon, hijo de Harold el molinero.

La voz, aguda de emoción, llegó desde más allá del muro que rodeaba el huerto.

—¡Venid todos, venid a ver!

Mientras Dickon repetía su pregón a lo largo del sendero que conducía a los campos lejanos donde los hombres segaban aquella semana, la soledad se abatió sobre Stephen. Dos semanas antes, él también se habría entusiasmado con la noticia.

El resoplido de los animales de tiro le llegó con la brisa. Las ruedas del carro chirriaban cada vez más fuerte a medida que se aproximaban al pequeño prado de Dunstar, a pocos pasos de donde Stephen yacía. Hubo un instante de silencio, seguido de un crujido seco. El grito de advertencia de un hombre quedó ahogado por el estrépito del carro al desplomarse.

—¿Stephen? ¿Dónde estás? Tienes que venir a ver.

Apenas audible entre el arrullo de las palomas posadas en el tejado del establo, la voz de su hermana de tres años destrozó su concentración. Stephen fingió no oírla, luchando contra el impulso constante de protegerla y mimarla. Ella ya no lo necesitaba. Desde la muerte de su madre, vivía con su madrina y tocaya, Margretta Platfoot,

—Stephen, ¿dónde estás, muchacho?

No pudo ignorar esa llamada. La voz de Margretta Platfoot era tan potente como torpe su andar.

—El alguacil está aquí con un comerciante de especias cuyo carro ha partido el eje.

Su voz aumentó al cruzar el pequeño patio entre el muro de tierra que rodeaba la granja y la cabaña de Ralph AtteGreen.

—Stephen, ¿te escondes de mí, chico? Vamos, tu hermana te busca.

Las bisagras de cuero de la puerta chirriaron al abrirse de golpe.

—¡Que Dios te condene al infierno, vieja! —rugió su padre—. ¿Con qué derecho entras en mi casa?

Margretta gritó. Stephen se encogió. Las palabras de su padre chocaban entre sí, igual que la noche anterior. Hasta hacía una semana, Stephen no sabía que su padre pudiera ser tan peligroso.

—Madre de Dios, me has dado un susto de muerte, Ralph AtteGreen —replicó la anciana, cada vez más firme—. ¿Qué haces aquí cuando deberías estar segando con los demás hombres? ¡Pero si estás borracho!

—Soy un hombre libre, vieja —respondió su padre, con una severidad oscura—. Hago lo que me place y cuando me place.

—¿Dónde está Stephen? —preguntó Margretta, de pronto cautelosa.

—Se ha ido —gruñó su padre—. Anoche eché al bastardo de mi casa.

Las palabras le llenaron los ojos de lágrimas. Él no era un bastardo.

Los bastardos eran niños sin padre, lo más bajo de lo más bajo, nacidos de la fornicación o el adulterio. Su padre los maldecía, decía que era mejor ahogarlos que dejarlos vivir en la vergüenza.

Ahora, por la mentira terrible que mamá había pronunciado antes de morir, deseaba esa muerte para su propio hijo.

—¡Dime que no lo has hecho! —exclamó Margretta, horrorizada —. Gilly apenas se ha enfriado en su tumba.

—Está enterrada —replicó su padre—. Si quería que siguiera fingiendo que ese demonio de pelo oscuro era mío, no debería haberse muerto.

La queja se quebró en algo parecido a un sollozo.

—¡Maldito seas! —gritó Margretta—. Te haré pagar por esto. ¡Stephen! ¡Stephen, muchacho! ¿Dónde estás?

—¡Perra entrometida! —rugió su padre—. ¡Fuera de mi casa!

Margretta chilló. La tela se rasgó. La carne golpeó contra la carne.

—¡Vecinos, ayudadme! —gritó—. ¡Ayuda, ayuda!

Sus últimas palabras se perdieron en una arcada.

—No, papá, no —susurró Stephen ante la locura de su padre.

Se tapó los oídos, presionó la cabeza contra las rodillas y dejó que la desesperación lo arrastrara a un lugar sin tiempo, más allá del oído y de la vista.

—¡He encontrado al chico!

El grito, resonando justo encima de él, arrancó a Stephen de su aturdido ensimismamiento. Abrió de par en par el ojo ileso. A una hilera de distancia, las judías trepadoras yacían aplastadas bajo las pesadas suelas de dos botas de caña corta. De aquellos zapatos surgían unas piernas gruesas, enfundadas en voluminosas calzas rojas, cruzadas por ligas de un verde oscuro.

Stephen alzó la vista siguiendo aquellas piernas. El hombre corpulento vestía una rica túnica verde, tejida con hilos dorados, bajo un manto ribeteado de piel. El alfiler de oro del manto y los pequeños medallones de latón de su cinturón reflejaban el sol con un destello cegador. Aturdido por el brillo, Stephen cerró los ojos. Cuando los volvió a abrir, el desconocido estaba arrodillado a su lado, en el barro.

Stephen jamás había visto a un hombre tan rojo. Dos cejas tupidas y ardientes coronaban unos ojos tan azules como el estanque del molino en invierno. El cabello, del mismo rojo brillante, se rizaba con desorden alrededor de su cabeza, mientras que la barba, de un tono algo más claro, cubría una mandíbula amplia. La piel visible entre aquel mar de pelo estaba quemada por el sol hasta un tono casi doloroso, lo que hacía que las pecas y los lunares resaltaran con fuerza. A lo largo del puente de su gran nariz arqueada, la piel se descascarillaba.

Con dedos sorprendentemente suaves, el desconocido palpó los moretones y bultos de la cabeza y los hombros de Stephen.

—Ay, pobre muchacho. Tienes fiebre. Apostaría a que llevas aquí toda la noche.

Si antes su voz había sido un rugido atronador, ahora era un murmullo grave y contenido, cargado de indignación.

Antes de que Stephen pudiera siquiera pensar en resistirse, lo levantaron de entre las judías y lo acunaron contra el pecho robusto del hombre. La tela bajo su mejilla era suave. Inspiró hondo. La túnica del desconocido desprendía un aroma agrio y dulce que no supo identificar.

Mientras su salvador lo sacaba del huerto y avanzaba hacia el otro extremo del establo, Stephen pudo ver, por encima del bajo muro de tierra que rodeaba la granja, el verde que se extendía más allá. En el límite de aquella extensión abierta yacía un pequeño carro de dos ruedas. El eje se había partido en dos, y los extremos astillados reposaban en el suelo. Custodiándolo, junto a una fila de

animales de carga con cestas a ambos lados, se hallaba un grupo de hombres vestidos con los mismos chalecos acolchados y gorras de cuero que llevaban los guardias de la mansión de Dunstar.

Un destello de curiosidad atravesó a Stephen, pero se apagó enseguida ante su necesidad más urgente: tumbarse bajo su propia manta, entre paredes familiares. Esperó que el hombre girara a la derecha, hacia la cabaña pulcra que había sido su hogar toda la vida. En lugar de eso, siguió recto, avanzando hacia la abertura del muro del toft.

El pánico lo asfixió. Tan cierto como que respiraba, si cruzaba aquella pared perdería toda esperanza de devolver a su madre a la vida. Emitió un graznido ronco y luchó por incorporarse en los brazos del hombre. El esfuerzo solo hizo que manchas y estrellas estallaran ante sus ojos, incluso en la oscuridad tras sus párpados hinchados. Cuando sus sentidos se estabilizaron, ya estaban en el prado.

Demasiado tarde.

Stephen se derrumbó por dentro cuando su frágil agarre al mundo conocido se hizo añicos. Su madre estaba fuera de su alcance para siempre. Nada volvería a ser igual.

El desconocido se detuvo junto al carro.

—Aleric, tráeme tu odre —ordenó el hombre corpulento.

—Sí, maestro Walter.

Uno de los hombres, alto y delgado, se adelantó con el recipiente de agua y acercó la boquilla a los labios de Stephen. Al sentir el frescor, su boca se abrió sola. El agua descendió por su garganta reseca. Tragar dolía tanto que tardó un instante en percibir que no era solo agua.

El sabor extraño lo hizo apartar la cabeza antes de saciar su sed.

Ante su rechazo, el maestro Walter lo acomodó de nuevo en sus brazos y continuó avanzando hacia el centro del prado. Stephen giró la cabeza lo suficiente para ver quiénes se habían reunido allí.

Todos los hombres habían abandonado los campos. Llevaban el torso desnudo, cubierto de sudor, y las camisas y túnicas anudadas a la cintura, manchadas de semillas de heno. Las mujeres iban más compuestas, con vestidos de colores vivos y pañuelos de tela casera, aunque tenían las manos teñidas por el trabajo de sus cocinas.

Por costumbre, Stephen los contó, separando y sumando en su mente: cuarenta y dos hombres y muchachos, setenta y cinco mujeres y niñas. De ellas, setenta y cuatro estaban casadas; las restantes eran viudas o demasiado jóvenes para desposarse.

Su padre, vestido solo con camisa y calzas, se hallaba entre Wilfred, el administrador de Dunstar, y Peter el Arquero, sargento de los pocos protectores de la mansión. El sol hacía que el cabello pálido de su padre brillara casi blanco. Su nueva locura, unida al exceso de cerveza, le aflojaba la mandíbula y enturbiaba sus ojos marrones.

Cuando el mercader se adentró en la multitud, la anciana Margretta se acercó a su lado. Gretta, de cabello rubio, estaba acunada en brazos de su madrina, sollozando suavemente contra su hombro. El rostro de Margretta lucía una marca roja de ira, y la manga de su vestido estaba rasgada.

—Pobre criatura —canturreó Margretta, entrecerrando los ojos miopes al mirar a Stephen.

El maestro Walter se detuvo ante Wilfred, el normando de rostro alargado que ejercía como señor de Dunstar en ausencia de su amo.

—Alguacil, mire lo que ha hecho este hombre. El muchacho se aferra a la vida con uñas y dientes.

Wilfred alzó una ceja, indiferente.

—Aunque el maltrato es lamentable, maestro Walter, el chico sigue vivo. No existe ley alguna que prohíba a un hombre pegar a su hijo.

—¡Yo no soy su padre! —gritó su padre—. Su madre me lo confesó con su último aliento.

Stephen se encogió en los brazos del comerciante. Su padre no debía decir aquella mentira delante de todo el pueblo. ¿No le importaba manchar la memoria de su madre llamándola puta normanda?

El mercader soltó una risa áspera.

—Condenado por tus propias palabras. Ahora no solo has agredido a una buena mujer, sino también al hijo de otro hombre. Y eso sí va contra la ley.

—Stephen es tu hijo y de nadie más —replicó el alguacil, ignorando la acusación—. Gilemota deliraba en sus últimos días, afligida por la pérdida de su bebé y febril tras el parto. Cualquier acusación contra lord Beamont nació de ese delirio.

—¿Cómo puedes decir eso cuando ese bastardo —escupió su padre, señalando a Stephen— nació solo siete meses después de que Gilly y yo nos casáramos? Por Dios, míralo. Es la viva imagen de su padre, con ese pelo oscuro y esos ojos grises. No me llames mentiroso cuando todos aquí saben que Gilly se acostó con lord Henry en los dos meses previos a nuestra unión.

—Demasiado tarde, Ralph —gritó Harold el molinero, padre de Dickon—. No puedes alegar engaño ahora, cuando has criado al muchacho durante diez años sin quejarte. Sabías perfectamente lo que Gilly había hecho antes de casarte con ella. Si tanto te preocupaba lo que crecía en su vientre, deberías haber esperado unos meses antes de desposarla.

Un murmullo general de aprobación recorrió a la multitud.

—Todos recordamos lo ansioso que estabas por casarte con Gilemota —añadió Margretta, alzando su voz poderosa—. Querías asegurarte de que ningún otro hombre recibiera la dote que tu señor le concedió a cambio de lo que ella le había dado.

Escudriñó los rostros en busca de apoyo y luego volvió la mirada hacia su padre.

—Los juegos amorosos de Gilly te convirtieron en hombre libre y terrateniente. Yo digo que el precio de esa libertad es criar a su hijo, pese a su ascendencia.

—El sacerdote no nos cubrió con el manto en la boda —rugió su padre—. Yo no lo acepté.

Se abalanzó sobre Margretta, pese al alguacil y al arquero.

Mientras trataban de reducirlo de nuevo, la gente de Dunstar alzó la voz. Los vecinos discutían sobre cuánto había cambiado su padre y qué debía hacerse ahora con el hijo de Gilemota. Las lágrimas brotaron de los ojos de Stephen. Nadie lo quería. Para todos, era un bastardo.

—¿No os da vergüenza? —la voz profunda del maestro Walter se impuso al tumulto—. ¿Enviaríais a un niño de vuelta con un hombre que le ha causado tal daño? Yo digo que, si su padre ya no lo quiere, sus padrinos deben velar por él, como es justo.

—No tiene ninguno —respondió Margretta con pesar—. Sus padrinos murieron hace años, y el fuego se llevó a su madrina y a toda su familia el invierno pasado. No queda nadie.

Stephen ocultó el rostro en el pecho del maestro Walter. Estaba solo, solo, solo.

Los brazos del mercader se cerraron con firmeza alrededor de él. Sorprendido, Stephen alzó la vista. El maestro Walter contemplaba a la gente de Dunstar con expresión severa.

—Si ninguno de vosotros lo protege, lo haré yo. Y os obligaré a arrodillaros ante vuestro sacerdote, porque carecéis de caridad cristiana.

Bajó la mirada hacia el niño.

—Vaya, precisamente esta mañana pensaba que necesitaba un nuevo ayudante de cocina.

A pesar de la bondad que brillaba en los pálidos ojos azules del comerciante, el terror hizo que Stephen se encogiera. Era un extraño, de un lugar que no era Dunstar. Dejar a su padre, a Gretta, su hogar y todo lo conocido le parecía peor que morir.

—Maestro Walter, ¿qué está diciendo?

La protesta, con voz fina de tenor, surgió desde el carro roto, al otro extremo del grupo.

La gente se apartó para dejar pasar a un joven de poco más de veinte años. Aunque la túnica verde bajo su manto marrón era fina, su alfiler era sencillo y no llevaba anillos. Tan bajo como su padre, tenía el cabello dorado y la piel clara. Una nariz delicada sobre una boca suave le otorgaba una belleza casi femenina. En ese instante, una expresión de preocupación sombría le ensombrecía la frente alta.

—Maestro, no hace ningún favor a esta gente atrasada asumiendo lo que debería ser su carga —dijo al detenerse ante el comerciante—. Retírense a la casa solariega, como ha invitado el alguacil, y déjelos decidir entre ellos.

Bajó la mirada hacia Stephen. La aprensión se reflejó en sus ojos marrones al fruncir la nariz.

—Jesús, qué mal huele. Ha estropeado su vestido con esa suciedad.

—Mejor un vestido estropeado que un niño destrozado, Katel —replicó el maestro Walter con una reprimenda suave.

Katel se acercó y apoyó una mano persuasiva en el brazo del hombre corpulento.

—Maestro —susurró—, sé que sus intenciones son buenas, pero hay momentos en que se deja cegar. ¿No ve cómo esta gente intrigante conspira contra el peso de su bolsa? Yo digo que todo esto ha sido preparado para endosarle este pedazo de basura.

—Katel —respondió el maestro Walter en voz baja, con genuina sorpresa—, ¿qué te corroe esta mañana? ¿A qué rincón del mundo

ha huido tu compasión?

—Es un bastardo —insistió Katel, con un temblor de miedo en la voz—. No debería manchar su prestigio implicándose con alguien tan indigno.

El maestro Walter lo observó en silencio, con compasión en los ojos.

—Katel, me confundes con tu padre. Este chico no significa nada para mí. Tú, en cambio, algún día serás maestro especiero, y yo tan solo tu suegro.

Pese a las palabras tranquilizadoras, Katel miró a Stephen con inquietud, como si temiera que aquel niño le arrebatara el afecto de su mentor. Inclinó la cabeza.

—Le ruego perdón por haberlo juzgado mal, maestro Walter.

—Te perdono —respondió el comerciante con naturalidad.

Luego se volvió hacia la multitud.

—Sed testigos de esto.

A su padre le dijo:

—Te daré diez peniques por el muchacho, comprándolo como sirviente. Cuando haya ganado esa suma con su trabajo, lo dejaré libre para que haga lo que quiera en el mundo.

—Será tuyo con la condición de que no se haga llamar mi hijo —replicó su padre.

Un gemido escapó de los labios de Stephen. No era un bastardo. Su padre era su padre, como Harold lo era de Dickon. Era demasiado. Todos sus músculos se aflojaron y quedó colgando en brazos del comerciante, incapaz de protestar.

—Ten por seguro que jamás lo llamaré tu hijo —respondió el maestro Walter, con una dureza férrea.

Dicho esto, se dio la vuelta y regresó a su carro.

—Aleric, llevarás a nuestro muchacho a casa. Usa mi caballo, es el más fuerte. Partiremos al amanecer, así que nos encontrarás allí.

Miró el carro averiado con amargura.

—Más vale que estemos en camino mañana o será la última vez que haga favores a los monjes.

—Lo dudo, maestro —respondió Aleric con una sonrisa tranquila.

Mientras se colgaba la correa del odre al hombro, otro hombre acercó un gran corcel blanco, con una montura tan magnífica como la ropa de su jinete.

Cuando Aleric montó, el maestro Walter alzó a Stephen. El niño gimió al ser colocado en la silla, delante del sirviente. Su cabeza cayó contra el pecho del hombre. El chaleco de Aleric apestaba a sudor y, pese al acolchado, no ofrecía suavidad alguna.

—Se me ocurre algo —dijo el maestro Walter, aún junto a su hombre—. Cuando llegues a casa, dile a mi hija que he decidido poner a prueba sus promesas y súplicas.

—Está cediendo —murmuró alguien entre los hombres del mercader, y unas risas se propagaron.

—No es cierto —replicó el comerciante, alzando un poco la voz —. Aleric, dile a mi hija que la curación de este muchacho será su primera tarea como señora de mi casa. Si tiene éxito, consideraré permitirle que abandone el aprendizaje de la lectura y la escritura para empezar a llevar la casa, como tanto desea.

—Sí, maestro —respondió Aleric, espoleando al caballo.

Con un «¡Adiós!», el hombre dio media vuelta y se alejó al trote del prado de Dunstar. El traqueteo del caballo hizo que las estrellas estallaran de nuevo ante los ojos de Stephen. Sin nada dentro salvo desesperación, se dejó envolver por la oscuridad. Tenía el corazón roto y estaba convencido de que moriría.

Capítulo 5

Llynrudd, finales de mayo de 1173

Sentada en un taburete en el centro del nuevo salón del mercader de especias, la única hija de Walter de Llynrudd contemplaba el escritorio portátil que descansaba sobre su regazo. Bajo la falda azul de Delyth asomaba una pequeña pata. Unas garras recién afiladas, tan punzantes como alfileres, se aferraban a su tobillo enfundado en una media. Delyth contuvo una risita y volvió a clavar la vista en el pergamino extendido sobre la superficie inclinada del escritorio.

Era su tercera lección de lectura. Aquella vez se esforzaba de verdad; miró la hoja hasta que los ojos comenzaron a dolerle. El pergamino estaba gastado, con los bordes manchados y marcados por las huellas de incontables alumnos anteriores. Donde su tutor, el hermano Mathias, juraba que había palabras, ella no veía más que manchas de tinta.

La frustración le pesaba en el pecho. No eran las lecciones lo que más la contrariaba, sino el propio hermano Mathias. A él no le gustaba enseñarle más de lo que a ella le agradaba recibir sus enseñanzas. Sin embargo, algún día se casaría con Katel, el aprendiz más antiguo de su padre, y Katel deseaba que aprendiera a leer y a llevar las cuentas.

Delyth se recordó que debía considerarse afortunada por estar prometida con alguien tan apuesto como Katel, o al menos eso afirmaban las muchachas que trabajaban en la casa de su padre y en la botica. Debía intentar complacerlo, pues había sido Katel quien le había regalado su nuevo gatito. Puss sería un recordatorio de su compromiso mientras Katel y su padre permanecieran de viaje.

Estarían fuera todo el verano, y aún pasarían muchos años antes de que ella y Katel pudieran casarse. Justificada en su resistencia a concluir la lección, Delyth se dedicó a molestar al gatito escondido bajo el taburete. Esta vez, el joven animal clavó las garras más allá de la media y en la piel. Un chillido de dolor escapó de sus labios apretados.

De inmediato inclinó la cabeza sobre el pergamino y frunció el ceño con exageración. Solo cuando adoptaba aquella expresión el hermano Mathias creía que se estaba aplicando. El silencio en la estancia continuó intacto. Cuando Delyth no pudo soportarlo más, alzó la vista.

Con las manos a la espalda, el hermano Mathias permanecía de pie ante la amplia abertura en arco del muro occidental. La sobrepelliz blanca que cubría su hábito negro resplandecía bajo la luz de la tarde. Bajo el cabello oscuro, apagado por los años, el rostro de su tutor se mostraba pesado en las mejillas y débil en la barbilla. Sus ojos castaños, aguzados por años de instruir a los hijos de la clase mercantil de Llynrudd, se entrecerraron con sospecha y reproche.

—Baja la mirada —ordenó, sin afecto alguno.

Obediente, Delyth volvió a fijar los ojos en la caja de madera angular que reposaba en su regazo. El hermano Mathias detestaba que lo mirara directamente; decía que aquel hábito la hacía parecer lasciva. Delyth frunció la nariz con desdén. Incluso ella sabía que ocho años era una edad demasiado temprana para semejante acusación. La lascivia era cosa de aprendices salvajes y criadas de pechos generosos.

—¿Has terminado? —espetó Mathias.

—Todavía estoy reflexionando sobre esta palabra —respondió ella, señalando con un dedo el centro de la piel.

—Date prisa. Las vísperas están a punto de comenzar.

Le dio la espalda una vez más.

Bien. No debería resultar difícil ganar tiempo hasta que Mathias tuviera que marcharse al priorato. Delyth mantuvo su postura sumisa un instante más y luego levantó la cabeza para observar la pared encalada frente a ella. En lugar de madera, la nueva casa de su padre estaba construida con muros de piedras redondeadas. Aunque el interior estaba recubierto de yeso, el artesano había dejado visible la textura de las piedras, de modo que la superficie, lejos de ser lisa, formaba un laberinto de remolinos que fatigaba la vista.

Siguió una de aquellas curvas hasta que su mirada se posó en el tabique de madera que dividía la larga estancia entre vestíbulo y dormitorio. En la esquina más alejada había tres cofres: uno pintado de verde, otro marrón con detalles azules y un tercero de color óxido con ribetes de latón. El de tono óxido guardaba la ropa de cama; los otros contenían lo que había sido la riqueza de su madre: bandejas de servicio, el aguamanil, jarras y utensilios de mesa. Eran su dote y seguirían siéndolo, incluso si su padre volvía a casarse y tenía un hijo.

Miró con impaciencia hacia la ventana y luego al monje. El hermano Mathias no se había movido. ¿Cuánto tiempo más?

En ese momento, el gatito apoyó la cabeza en el pie de su ama y comenzó a ronronear. Los dedos de los pies de Delyth vibraron con la agradable sensación. Las comisuras de su boca se alzaron sin que pudiera evitarlo. Incapaz de resistirse, ladeó la cabeza hasta que el extremo de una trenza dorada y rojiza rozó el suelo. El ronroneo cesó. La punta de la trenza se balanceaba de un lado a otro, justo fuera del dobladillo de su falda. Una bola de pelo gris emergió de debajo de la tela. El gatito hundió las garras en la cinta de cuero que sujetaba el cabello, rodó sobre su lomo y comenzó a patear su nuevo juguete. Delyth rió mientras el animal brincaba, se abalanzaba y correteaba por la capa de juncos que cubría el suelo.

—¿Qué es esto? —rugió Mathias.

Se lanzó hacia el gatito, alzando el pie para aplastarle la cabeza.

—¡Vete, siervo de Satanás!

—¡No! —chilló Delyth, saltando del taburete.

El escritorio se estrelló contra el suelo; el taburete volcó con estrépito. Ella agarró al monje por el cordón del cinturón y lo empujó.

—¡Katel me lo dio! ¡Déjalo en paz!

Sorprendido por el ataque, Mathias trastabilló y falló su golpe. Con el pelo erizado, el gato siseó con una fiereza desproporcionada y huyó del salón hacia el dormitorio.

El monje se volvió hacia Delyth, los ojos desorbitados por el ultraje.

—¡Zorra inmunda! No solo te atreves a hablarme con insolencia, sino que además me has puesto las manos encima.

Su aliento ardía de furia.

Delyth retrocedió un paso. Mathias la agarró del brazo y alzó la mano. La sorpresa desplazó al miedo. Jamás había pensado que el monje pudiera golpearla. Su padre nunca la golpeaba, por mucho que ella lo enfureciera.

—¡Helewise! —gritó, aterrada.

La ama de llaves debía de estar aguardando justo tras la puerta del dormitorio del padre, pues irrumpió en la estancia casi antes de que Delyth terminara de llamar. El vestido verde y el marrón de Helewise se ceñían a sus generosas formas. Un frágil velo, sujeto por una fina diadema metálica, cubría su rostro anodino, y un elegante lazo bajo la mandíbula sostenía una segunda papada. Al colocarse junto a su protegida, inclinó la cabeza con el recato que todas las mujeres mostraban ante un hombre, más aún ante un clérigo. Sin embargo, a espaldas de Delyth, donde el monje no podía verla, aferró con firmeza un pliegue del vestido de la niña.

—Hermano Mathias, ¿qué sucede aquí? —preguntó Helewise con voz suave, cargada de aparente angustia.

—Apártate, sirvienta. Esta insufrible hija de Eva no solo me ha hablado con grosería, sino que me ha empujado. Será castigada.

—Hermano, no puedo contradecirle —respondió Helewise—, pues si ha hecho lo que usted dice, merece corrección. Sin embargo, ¿no sería más apropiado que el señor Walter se la impusiera? El ultraje cometido contra usted daña sobre todo la honra de su padre, pues mancha su casa y su reputación. Estoy segura de que él querrá asegurarse de que la niña aprenda la lección.

Delyth mantuvo la vista fija en los juncos del suelo mientras negociaba en silencio con Dios. Su padre decía que Helewise podía doblegar a cualquier hombre solo con dulzura y palabras medidas. Aquella habilidad, y no el arte de cocinar o limpiar, era lo que deseaba inculcarle a su hija obstinada. Si Helewise lograba salvarla ese día, Delyth juró obedecer en adelante.

La llamada a vísperas comenzó como un repique de contralto en St. Stephen's, la iglesia más septentrional de Llynrudd, y se propagó de templo en templo hasta que la campana de la abadía añadió sus tonos atronadores a la dulce cacofonía. Los fieles debían apresurarse; quedaba apenas un cuarto de hora para el oficio vespertino.

Con un suspiro cargado de ira, Mathias soltó el brazo de Delyth.

—Solo me contengo por consideración a su padre —siseó—. Nunca debí permitir que el maestro Walter me convenciera de aceptar esta tarea. Dígale que es una niña terrible y una estudiante aún peor. No volveré hasta que se arrodille ante mí, suplique perdón y muestre las marcas que él le haya dejado.

Delyth alzó la mirada, atónita. ¿Se negaba a enseñarle? El monje le lanzó una última mirada furiosa, se inclinó para recoger el pergamino de entre los restos del escritorio y salió del salón a grandes zancadas. Aún conmocionada, Delyth lo oyó cruzar el edificio delantero de piedra que protegía la escalera exterior. La enorme puerta crujió al abrirse.

—Buenas noches, hermano Mathias —saludó Arthur, el aprendiz más joven de su padre, desde la ventana abierta del taller de la botica contigua.

Mathias, a quien el muchacho de doce años agradaba algo más que Delyth, no se dignó a responder.

Delyth se apoyó en Helewise, incrédula. ¡Era libre! La euforia se disipó pronto y el ánimo se le hundió. Su padre se enfurecería cuando regresara de las ferias de verano, y el hermano Mathias exigía marcas. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Papá me pegará? —preguntó.

Ahora que la crisis había pasado, la irritación empañaba el rostro de la ama de llaves.

—Debería hacerlo, señorita. Es una lástima que vuestro padre se crea demasiado importante para reprender a nadie. Vuestra terquedad merece ese castigo.

La apartó y señaló a Delyth con el dedo acusador.

—Si fueras mi hija, te daría una paliza. ¿En qué clase de mujer piensas convertirte comportándote así? Te encaminas hacia la ruina, te lo digo yo. Todas las mujeres saben que jamás se levanta la mano contra un clérigo.

La indignación volvió a apoderarse de Delyth, borrando todas sus promesas recientes.

—¡Pero el hermano Mathias quería hacerle daño a Puss!

Helewise resopló, impaciente.

—Y aquí tienes otro ejemplo de cómo tu padre te ha malcriado. Nunca debió permitir que Katel te regalara ese gato. Esa criatura se ha metido dos veces en la leche hoy.

—¡Aleric!

La voz de Arthur volvió a alzarse desde la ventana que daba a la calle, un piso más abajo.

—¿Qué haces aquí y quién es esa persona que llevas en brazos?

—Arthur, ven a ayudarme con el caballo del señor —respondió la voz grave del principal sirviente de su padre, resonando en el aire tranquilo.

Helewise jadeó y perdió el color. El corazón de Delyth dio un salto. Helewise decía que el camino era peligroso para cualquier hombre, y más aún para uno rico. Hacía que Delyth rezara tres veces al día por su padre cuando estaba de viaje.

Delyth salió disparada hacia la salida del vestíbulo, con las trenzas al vuelo. Helewise la siguió de cerca. Cruzó el edificio delantero y descendió los escalones a toda prisa, iluminada por los últimos rayos del día que se colaban por las pequeñas ventanas del tejado occidental. Al llegar abajo, esquivó la puerta entreabierta y se dirigió hacia la parte trasera de la casa, alejándose de Market Lane.

Su patio privado no era más que el espacio entre la vivienda, las dependencias y el muro que rodeaba el enclave de Herebert el cordelero. Allí, Aleric estaba de pie en el centro, de espaldas a ella. El gran caballo blanco de su padre resoplaba a su lado. El sudor oscurecía los flancos del animal y los brillantes arreos estaban manchados. Cuando Arthur tomó las riendas, Aleric se volvió.

Delyth se detuvo en seco. En los brazos del agente yacía un muchacho. Sangre seca y moratones oscuros cubrían cada centímetro de piel visible. La brisa sopló desde Aleric hacia ella y un nudo le cerró el estómago. El muchacho olía peor que los mendigos del priorato.

—Aleric, ¿qué le ha ocurrido al señor? —gritó Helewise, a punto de tropezar en su prisa por llegar junto a su hermano.

—Preocupada como siempre —respondió Aleric con una breve sonrisa—. Si algo malo hubiera sucedido, ya lo sabrías. Solo regreso con el nuevo sirviente del señor Walter.

Helewise apoyó con cuidado la mano en la frente del niño.

—Santa Madre de Dios… ¿qué le ha pasado?

—Su padre lo golpeó cuando intentó echarlo de casa —respondió Aleric, con una profunda indignación en la voz.

Delyth dio un paso atrás, con el corazón encogido. Aquello era lo que el hermano Mathias deseaba que su padre le hiciera a ella. Retrocedió un paso más, ansiando escapar de lo que podía convertirse en su propio destino.

La mirada de Aleric se cruzó con la suya.

—No, no podéis iros, pequeña señora. Debéis decirme qué he de hacer con el muchacho. Vuestro padre ha dispuesto que su curación sea tarea vuestra.

—¿Mía? —chilló, sobresaltada.

No sabía nada de curaciones. Aquello era asunto de Helewise.

—Sí. Dice que, si lo hacéis bien, aplazará vuestras lecciones de lectura y, en su lugar, atenderá vuestro deseo de administrar la casa.

Delyth lo miró fijamente. La conmoción se transformó primero en alivio y después en una oleada de gratitud hacia Dios. El Todopoderoso no solo había escuchado su plegaria: la había salvado.

Enderezó los hombros, alzó la barbilla y se acercó a Aleric. El hombre dejó escapar un sonido ahogado que ella ignoró. Entrecerró los ojos, tal como hacía Helewise cuando examinaba a los enfermos. Pero aquel niño estaba terriblemente herido. Apenas tendría ocho años. ¿Y si no lograba curarlo?

Mordiéndose el labio inferior, miró a Helewise. La ama de llaves arqueó las cejas, invitándola a exponer su plan. Delyth se devanó los sesos, tratando de recordar qué hacía Helewise con los enfermos que cruzaban el umbral de la casa.

—¿Debe estar en la cocina, tumbado en un jergón delante de la chimenea, donde haga calor?

Era una suposición segura; la chimenea de la cocina era siempre el lugar destinado a los enfermos.

Una leve sonrisa se dibujó en las comisuras de Helewise.

—¿Y qué más?

—¿Hay que quitarle la ropa y limpiarle las heridas? —continuó Delyth—. ¿Y después ponerle ungüentos en los golpes y los cortes?

Recordó la vieja quemadura en el dorso de su mano, vestigio de aquel mendigo al que habían atendido el invierno anterior.

—Sí, es un plan bien pensado, pequeña señora —asintió Helewise—. ¿A quién quieres que envíe a buscar el jergón al vestíbulo?

—¿A Arthur? —propuso Delyth.

Helewise asintió y llamó hacia el establo. Tras la respuesta afirmativa de Arthur, se volvió hacia su hermano.

—Nuestra pequeña señora dice que iremos a la cocina, Aleric.

Delyth soltó el aire que había contenido en los pulmones y echó a correr por delante de ellos hacia el cobertizo de madera donde se cocinaba. En la reacción de Helewise percibió una oferta de ayuda silenciosa. La ama de llaves se aseguraría de que no cometieran errores, pero no revelaría a su padre cuánto había intervenido. La libertad del hermano Mathias estaba al alcance de la mano.

Situada en el reducido espacio entre la pared trasera de la casa, el establo y el patio de la botica, la cocina de su padre tenía forma hexagonal. Delyth parpadeó al entrar, dejando que sus ojos se adaptaran a la penumbra. El humo del fuego permanente del hogar central ascendía y escapaba por un conducto protegido en el punto más alto del techo de paja. Una gran olla, ennegrecida por el uso, colgaba sobre las llamas de una cadena con trinquete. Racimos de hierbas secas pendían de las vigas entrecruzadas, y recipientes cubiertos de cuero endurecido, algunos tan grandes que apenas podía rodearlos con los brazos, se amontonaban en estantes y en el suelo. Entre barriles de aceite y vino se apilaban sacos de almendras

peladas, mientras que el pescado destinado al día siguiente nadaba sin remedio en un amplio tonel forrado contra la pared del fondo.

En su mesa de trabajo, cuchillo en mano, el viejo Philip alzó la vista de los cubos que preparaba con el pan del día anterior. Bajo la gorra, su cabello se adhería al cráneo, y la piel le brillaba por el sudor acumulado durante la jornada.

—¿A quién vamos a curar hoy en mi cocina? —preguntó, dirigiéndose a Helewise mientras ella y Aleric seguían a Delyth al interior.

—No es Helewise —respondió Delyth antes de que la ama de llaves hablara—. Soy yo. Papá me ha enviado un muchacho para que lo cure.

En su voz había una extraña sensación de posesión. Su padre le había confiado aquel niño.

—¿Es así? —replicó Philip, alzando las cejas canosas.

Tom el Tonto, el hijo de Philip, alzó la vista desde la sopera que fregaba. Aunque apenas era algo más joven que Katel, su rostro redondo conservaba un aire infantil. El labio inferior le colgaba flojo mientras observaba a Aleric entrar con el muchacho en brazos.

—Herido —dictaminó tras un instante.

—Sí, Tom —respondió Delyth—. Necesitaré uno de tus paños y agua caliente para lavarlo.

Tom dudó, sopesando aquella orden inusual procedente de una fuente aún más inesperada. Luego asintió y se acercó a la chimenea para cumplirla. Delyth sintió una punzada de satisfacción. Así debía ser la vida: ella daba órdenes y los demás las acataban.

Cuando la cama improvisada estuvo preparada, Tom colocó la palangana a la cabecera y Aleric depositó al muchacho inconsciente sobre el jergón. El niño emitió un gemido apagado y volvió a quedarse inmóvil.

Arrodillándose a su lado, Delyth comenzó a quitarle la túnica, sucia y manchada de sangre. La tela se enganchaba en sus brazos y no cedía. El muchacho gimió cuando el movimiento hizo que su cabeza golpeara la superficie dura.

Helewise se arrodilló junto a ella y sostuvo la cabeza del niño con una mano.

—¿Quieres que lo bañe yo? —susurró, levantándolo un poco para permitir que la túnica saliera por la cabeza.

—No —gruñó Delyth, esforzándose por liberar la ropa de aquel cuerpo inerte—. Papá ha hecho que este niño sea mío, y yo debo ocuparme de él.

—Vaya, Delyth de Llynrudd —murmuró Helewise—. Me sorprendes. Mientras te observo, la niña está dando paso a una mujer sensata.

El orgullo en la voz de la ama de llaves llenó de júbilo el corazón de Delyth. Sus labios intentaron curvarse en una sonrisa, pero los mantuvo firmes, con la expresión adecuada para la señora de la casa.

Sí. Le demostraría a su padre que era mucho más útil como ama de casa que como erudita.

Capítulo 6

Llynrudd, finales de mayo de 1173

Había un fuego ardiendo a la espalda de Stephen. Aunque el silbido y el crepitar resultaban reconfortantes, estaba demasiado cerca. A pesar de hallarse desnudo bajo una única manta, el sudor le resbalaba por la espalda. Si se movía, perdería los últimos restos del sueño en el que aún estaban su madre y Dunstar.

Algo le rozó la cara. Apretó los párpados y contuvo la respiración para no reaccionar al cosquilleo. El aire olía a pescado rancio. Bajo su mejilla había un bulto horrible cubierto de tela áspera. Con una mueca de incomodidad, giró la cabeza hasta que dejó de molestarle.

De nuevo, algo le rozó la cara. Alzó una mano y lo apartó. Con ese gesto, los jirones de su sueño se deslizaron hasta algún recoveco oculto de su mente. Suspiró, decepcionado, y abrió los ojos.

El fuego a su espalda apenas lograba mantener a raya la noche, pero la luz dorada era suficiente para mostrarle una mesa gruesa, con patas como pequeños troncos, a escasa distancia. Desde donde yacía no alcanzaba a ver la superficie, pero el suelo bajo ella era tierra desnuda, pisoteada hasta endurecerse como la roca. Más allá, las sombras danzaban por la pared, enroscándose alrededor de grandes barriles y encontrando gotas brillantes de sudor en la superficie cerosa de una enorme rueda de queso. Sobre la pared colgaban seis cuchillos largos, cuatro escofinas, tres cucharones grandes y cinco tamices, todos reluciendo bajo la luz temblorosa.

Stephen frunció el ceño. Dondequiera que estuviera, no era la cocina de la mansión de Dunstar, donde las mujeres del pueblo horneaban el pan. John, el cocinero, solo tenía dos cuchillos largos, dos cucharones, una escofina y tres tamices.

La comprensión lo golpeó de lleno. Cerró los ojos.

Era la cocina del señor Walter.

Tras el miedo llegó la desesperación. Su mundo se había derrumbado. Ya no podía llamarse con orgullo Stephen el Contador, heredero de Ralph AtteGreen, el hombre más rico y único propietario libre de Dunstar. Había sido repudiado por su padre y vendido como esclavo a un comerciante de un lugar llamado Llynrudd.

A la desesperación se sumó una punzada de indignación. ¿Y si el maestro Walter lo llamaba para siempre Stephen el Bastardo, en lugar de Stephen, hijo de Ralph? No era justo. No era verdad.

—Sé que estás despierto.

La voz era de una chica.

—¡Mírame, Stephen de Dunstar!

Stephen cerró los ojos con más fuerza. ¿No bastaba con haberlo perdido todo? Ahora una muchacha creía que podía darle órdenes. Levantó la manta para dejar entrar aire más fresco. Con un grito ahogado de sorpresa, se movió en el colchón y giró la cabeza con furia.

La chica estaba sentada en un taburete a su lado. Tenía el cabello rojo dorado, suelto y enredado, con mechones que caían sobre unos ojos azules salpicados de pecas. Vestía de azul, con un ribete de pequeñas piedras brillantes, aunque el vestido estaba arrugado, como si hubiera dormido con él. Con una mano sujetaba el borde de su manta; en la otra sostenía una larga pajita.

La ira brotó de inmediato.

—Suelta mi manta —graznó.

Ella le dedicó una sonrisa de superioridad, como si lo desafiara a obligarla. Stephen estiró el brazo para arrebatársela, pero le temblaba tanto que no logró arrancarla. Fue ella quien la soltó, y ambos lo sabían.

—No vuelvas a hacerlo —advirtió él, tratando de salvar un resto de orgullo, mientras se envolvía de nuevo en la manta.

Bajó la mirada hacia el gatito que se retorcía en el hueco de su codo.

—No se coge a un gato de esa manera. ¿Es que no sabes nada?

Ella abrió los ojos, indignada, y adelantó la mandíbula.

Stephen sintió una punzada de aprecio. No era una de esas chicas de voluntad blanda, sino del otro tipo, de las que golpean primero y lloran después.

—El gato es mío y puedo cogerlo como quiera. Puedo hacer lo que me dé la gana porque soy Delyth, hija de Walter l'Espicer —anunció con altivez—. Tú eres mi sirviente y no puedes decirme qué hacer.

Aquellas palabras destrozaron la imagen ya maltrecha que tenía de sí mismo.

—¡No soy sirviente de ninguna chica! —gritó—. El señor Walter me contrató como pinche de cocina. —Se incorporó con dificultad—. Cuando haya ganado el valor de las diez monedas que le dio a mi padre, seré un hombre libre. A diferencia de ti, que siempre serás una niña.

Eso la hirió. Dejó a Puss en el suelo y se plantó con los puños en las caderas.

Mientras el gatito huía tras ratones y sombras, Delyth se inclinó hacia él. La piel se le había enrojecido y sus pecas destacaban como manchas pálidas.

—¡Yo soy la señora aquí! Todos deben respetarme.

Fuera hija de comerciante o no, era más joven que él. Ninguna niña iba a mandarle.

—¿Respetarte? —bufó—. Eres tan desagradable que creo que ningún hombre querrá casarse contigo.

La herida fue más profunda de lo que pretendía. Ella se llevó la mano al puente de la nariz, una versión pequeña del gran arco del comerciante.

—Papá dice que tengo una nariz de autoridad —murmuró, insegura.

El arrepentimiento apagó su fugaz triunfo.

—No es tan grande —concedió—. Y… tal vez recuerdo que me diste agua cuando estaba enfermo.

Un maullido asustado llegó desde la mesa.

—¡No! —gritó Delyth, saltando del taburete.

Stephen se incorporó sobre los codos. El gatito colgaba del borde de un gran cuenco. Antes de que ella pudiera alcanzarlo, el cuenco rodó y la vajilla se estrelló contra el suelo.

Delyth atrapó al animal empapado y se volvió hacia Stephen, aterrada.

—Eso era queso cuajado para mañana. Si Philip se entera, se lo dirá a papá y papá me quitará a Puss. Tienes que decir que has sido tú.

—¿Qué? —exclamó él, cayendo de espaldas.

Ella se arrodilló a su lado.

—Ayúdame. Moriré sin mi gato. Di que te levantaste y tropezaste con la mesa, por favor.

Stephen frunció el ceño. No le gustaba mentir, pero ella era la hija del amo.

—¿Qué gano yo si recibo tu paliza?

—No habrá paliza. Si me ayudas, compartiré a Puss contigo.

Negó con la cabeza. No era suficiente.

Los ojos de Delyth se llenaron de lágrimas.

—Nunca volveré a decir que eres mi sirviente —susurró—. Serás mi amigo. Te lo prometo.

A regañadientes, asintió.

—Diré que fui yo, si prometes no contarlo y no pegarme. Y tendrás que hacerme un favor cuando te lo pida. Un juramento es ante Dios.

Ella se llevó la mano al pecho.

—Te concederé un favor. Lo prometo.

—Stephen. Me llamo Stephen.

—Gracias, Stephen.

—Y si alguien se enfada de verdad, diré la verdad.

—No lo permitiré.

Él resopló.

—Apenas eres una niña.

—Aquí soy la señora —replicó—. Desde que mi madre murió, como la tuya.

Stephen la miró, atónito.

—¿Cómo lo sabes?

—Aleric nos contó tu historia.

El dolor lo arrastró de nuevo. Se cubrió la cabeza con la manta.

—¿Stephen? —dijo ella, dudosa—. Papá dice que un buen amo es como un padre. Si quieres, compartiré al mío contigo.

El fuego que eso encendió fue insoportable.

—¡No necesito a tu padre! —gritó—. ¡Vete!

Se volvió sobre el colchón. Un sollozo escapó, y luego otro. Ya no tenía hogar. Ya no tenía a nadie que lo quisiera.

Capítulo 7

Llynrudd

Dos horas y media después del mediodía. La víspera del día de Santa Inés, 1197.

Stephen llegó a la puerta de la abadía solo para encontrar el pequeño postigo empotrado en las hojas mayores, cerradas con gruesas barras. Mientras golpeaba la madera con furia, Delyth gritó una vez más al otro lado del muro. Tiró de la manilla del postigo. No cedió ni un ápice. Se volvió.

El hermano William se agitaba justo detrás de él, cerca de la entrada de la reducida estancia que era el dominio del portero. Los ojos del monje estaban desmesuradamente abiertos, desbordados por la preocupación que sentía por la mujer atrapada más allá de las paredes.

—¡Abre la maldita puerta! —le gritó Stephen.

El hermano William soltó un chillido. Sus manos revolotearon en el aire, como si no supiera por dónde empezar.

—Hermano, tu llave —gritó Colin desde la ventana del hospicio.

El monje parpadeó y se lanzó a su cubículo. El hierro tintineó cuando arrancó el llavero de la clavija.

Con el corazón atenazado por la angustia, Stephen abrió de un tirón la pequeña mirilla cuadrada de la puerta para observar el mercado. Atrapada por la multitud que hervía en el centro de la explanada había una mujer sola a caballo. Aunque su rostro quedaba oculto por la cofia y la capa, Stephen supo de inmediato

que era Delyth. Su fogosa mujer lanzaba patadas a quienes la rodeaban, mucho más eficazmente que su montura, que solo giraba en círculos, confundida.

Stephen aspiró hondo para serenarse. El hecho de que Delyth aún luchara significaba que seguía ilesa.

Con la mente algo más fría, evaluó a la muchedumbre. Sus gritos, amenazas y maldiciones rebotaban contra los muros macizos de la abadía y se disipaban entre el humo que ascendía del mar de tejados de paja de la ciudad, perdiéndose en las nubes. Pese a la violencia de sus palabras, la multitud parecía contentarse con increparla por ser más rica y mejor alimentada que ellos.

Entonces, por el rabillo del ojo, Stephen captó un movimiento distinto, sigiloso, entre tantos puños agitados con rabia sincera.

Volvió a escrutar la explanada, esta vez dejando que la mirada recorriera sus márgenes. Desde los callejones oscuros, bandidos y rufianes comenzaron a deslizarse hacia el campo. Las pústulas del vientre de Llynrudd avanzaban lentamente entre la gente que cercaba a Delyth, atraídas por el brillo de sus anillos y el oro que ceñía su garganta.

Aquello dio a la situación un carácter mucho más urgente. La multitud se conformaba con vociferar, pero esos hombres no dudarían en matarla para quedarse con lo que llevaba.

En ese instante, el hermano William salió de su estancia y el hierro chirrió al encajar en la cerradura.

—Maestro Stephen —la voz de Will llegó desde el hospicio, donde la guardia doméstica de Stephen ya se encontraba armada—, Hamalin dice que estarán listos en un momento.

Stephen se relajó apenas. Con sus hombres detrás, podría mantener a raya tanto a los trabajadores como a los ladrones hasta que la guardia de la ciudad acudiera a despejar el campo.

Cuando el monje comenzó a girar la llave, Stephen se inclinó para cerrar la mirilla… y se quedó paralizado.

Delyth había dejado de defenderse a patadas. Estaba rebuscando en su bolsa.

—No —susurró, horrorizado, al comprender su intención—. No sirve de nada.

Delyth alzó el puño y lanzó una lluvia de monedas sobre la multitud.

—Debes tirar los anillos y la cadena —murmuró Stephen, impotente—. Dales lo que quieren y te dejarán en paz.

Su advertencia se perdió en el estruendo.

La gente rugió. Los vecinos se volvieron unos contra otros, luchando con desesperación por aquellas migajas. Con los más escrupulosos distraídos, los rufianes aullaron de triunfo: sus posibilidades de hacerse con un botín mucho mayor acababan de multiplicarse.

—No —gritó Stephen cuando el hermano William empezó a abrir.

Stephen aferró el picaporte y empujó la pesada puerta de roble hasta abrirla de par en par. Al hacerlo, quienes estaban al otro lado se precipitaron hacia el interior, buscando refugio en el patio de la abadía. Querían conservar manos y pies: la mutilación era el castigo para los alborotadores.

A codazos y empellones, Stephen se abrió paso entre ellos y salió al campo. Su guardia personal no tuvo la misma fortuna. Aunque gritaban y empujaban, la masa humana que se interponía entre ellos y la entrada, ahora atestada, resultaba infranqueable.

Stephen no se atrevió a esperar.

Al otro extremo del campo, un hombre surgió de entre la maraña de cuerpos que rodeaba a Delyth y se lanzó a agarrar las riendas de su caballo. El miedo hizo que la lucha de Stephen se volviera aún más feroz. El atacante alzó la mano. Un cuchillo relució, apagado, en su puño. Con la destreza brutal de un carnicero, deslizó la hoja por el cuello de la montura.

—¡No! —gritó Stephen.

La sangre brotó a borbotones. El corcel regordete relinchó y se encabritó, presa del terror. Delyth salió despedida de la silla y desapareció entre la multitud frenética que se abalanzaba sobre el animal moribundo.

Stephen olvidó que llevaba una daga al cinto. Ya no existía nada salvo la distancia que lo separaba del lugar donde Delyth había caído. A puño limpio, se abrió paso entre la muchedumbre hasta alcanzar a la mujer que, en lo más hondo de su ser, aún consideraba su esposa.



El corazón de Delyth casi se detuvo cuando salió despedida de la silla de montar. Una muerte así sería demasiado fácil para una tonta como ella. Al caer sobre la ancha espalda de un hombre, rebotó contra él y aterrizó en el barro del mercado. Las estrellas estallaron ante sus ojos y jadeó cuando el aire abandonó sus pulmones. ¿Para qué necesitaba Katel un complot para destruirla si ella misma se precipitaba con tanta docilidad hacia la ruina? En su ira ciega por agravios de años atrás, se había lanzado de lleno a aquel ataque.

La visión se le aclaró poco a poco. Aún sin aliento, se apoyó en los brazos temblorosos y trató de incorporarse. Una bota la golpeó en el hombro. Gritó y cayó hacia atrás, rodando sobre el costado. Otro hombre le pisó las piernas. Más cuerpos tropezaron con ella mientras se abalanzaban hacia su caballo agonizante, impulsados por el deseo de arrancarle algo de carne gratuita para sus ollas.

Fue el asesino del animal quien la levantó de un tirón. Le cubrió nariz y boca con una mano manchada de sangre y le aplastó la cabeza contra su hombro, como si también quisiera degollarla.

—Me quedaré con esa cadena —vociferó mientras tiraba del oro oculto entre el vestido y la capa.

Los eslabones resistieron. Volvió a tirar. Delyth le arañó la mano, con los pulmones clamando por aire.

Otros hombres los rodearon. Durante un instante, la esperanza se alzó… para desplomarse enseguida. A los recién llegados solo les interesaba lo que ella llevaba encima.

Se abalanzaron sobre su captor, lanzando golpes ciegos sobre ambos para reclamarla. Él la soltó. Delyth cayó de rodillas, ahogándose, jadeando. El carnicero se desplomó a su lado, con el cuchillo de otro hombre hundido en el pecho.

La alzaron tirando de la capa y la pasaron de mano en mano como a una muñeca, mientras el grupo se disputaba su botín. La capa resbaló de sus hombros; la cofia cayó al suelo y su cabello se soltó del recogido que Leatrice le había hecho para el viaje. Le retorcieron los dedos para arrancarle los anillos, y el del índice se llevó consigo tanto el guante como la piel. La punta de un cuchillo le arañó el abdomen al cortarle el cinturón incrustado de perlas.

Dos hombres tiraron de la cadena a la vez, forcejeando entre ellos. La pelea se recrudeció. Cada uno aferró un pliegue de su vestido para facilitar la tarea. Delyth, como una muñeca rota, se desplomó entre ambos, medio inconsciente por los golpes. Cuando el delantero del vestido cedió, también lo hizo el oro. El vencedor huyó hacia el callejón más cercano, dejándola en manos airadas del perdedor.

El sonido de la corneta de la guardia municipal, resonando al otro extremo del campo, fue casi un milagro. La multitud gritó con un pánico renovado y se agitó en el mercado abarrotado. La gente se dispersó en todas direcciones, decidida a salvar la vida y las extremidades.

Delyth respiró, incrédula de haber sobrevivido hasta ese momento, y aguardó a que su captor la soltara para huir. En lugar de eso, él la levantó y la sostuvo frente a sí, comprobando si le quedaba algo de valor. Aturdida, incapaz de llorar o suplicar, solo

pudo mirarlo. Era un hombre grande y vacío, con la marca en forma de «X» del ladrón grabada en la mejilla.

Bajó la vista hacia el vestido desgarrado y luego le acarició un mechón de pelo. Sin decir palabra, la rodeó por la cintura y se dio la vuelta. Delyth no tuvo más remedio que tambalearse a su lado mientras la arrastraba por el campo hasta la calle de los toneleros.

Avanzó por la vía llena de baches y barro hasta un paso estrecho y oscuro entre dos casas. En la penumbra, la dejó caer sobre la suciedad del callejón y le levantó las faldas. Un terror más profundo que el de la muerte se despertó en ella.

—No —susurró, tratando de cubrirse las piernas mientras rodaba de costado.

Él le propinó una patada en el pecho. El aire salió de sus pulmones. Luchando por respirar, Delyth le golpeó la pierna, pero los brazos parecían no responderle y sus golpes resultaron débiles. Liberado de los calzones, el ladrón cayó sobre ella, inmovilizándola con su peso mientras le subía las faldas por los muslos. Su piel desnuda estaba obscenamente caliente contra la frialdad de la de ella.

El estómago se le revolvió de horror mientras se retorcía bajo él. Le aplastó la boca con la suya. Ella le arañó la cara. Con un gruñido, él se incorporó lo justo para golpearla con fuerza.

Las estrellas volvieron a nadar en un mar sin esperanza. La oscuridad se arremolinó a su alrededor, paralizándole los miembros. Cuando él volvió a buscar su boca, algo se movió en las sombras y, de pronto, su agresor fue arrancado de encima de ella. Con un rugido de posesión furiosa, el ladrón giró en el aire y se lanzó contra aquel nuevo desafío.

El aliento regresó a sus pulmones. La cabeza se le despejó. La lucha se alejó, hacia la entrada del callejón. La esperanza renació. Mientras se destrozaran entre ellos, quizá no repararían en su huida.

Forcejeando para ponerse en pie, cojeó hacia las sombras. Le dolían todos los músculos. Las ganas de llorar la asaltaron, pero se contuvo, temiendo derrumbarse si emitía un solo sonido.

Detrás de ella, uno de los dos lanzó un grito ahogado, abrupto, que anunciaba la muerte. Delyth aceleró. Ante ella se alzaba un muro, cerrándole la salida. Con un gemido apenas audible, apretó el puño y golpeó el final del callejón sin salida.

Los pasos del vencedor resonaron al aproximarse para reclamar su premio. Delyth se giró y se pegó a la pared. Un hombre, más alto y corpulento que el anterior, emergió de la penumbra. Iba a morir.

La ira la invadió. ¿Por qué había sobrevivido al ataque del campo para perecer de un modo aún más atroz en aquel lugar inmundo? La injusticia transformó sus dedos en garras. Con un grito audaz que ocultaba el terror, se lanzó contra la nueva amenaza. El hombre le atrapó las manos y la atrajo hacia sí. Su cabeza quedó apoyada en su hombro.

—No, amor —murmuró con voz baja y cálida—. Estás a salvo. Ahora te tengo.

Delyth se quedó inmóvil al reconocer aquella voz. Aflojó los puños y hundió los dedos en la tela suave de su manto. Bajo la mejilla sintió el latido firme de su corazón. Movió la cabeza hasta el lugar donde siempre se había sentido a resguardo.

—¿Stephen? —maulló, lastimera.

—Sí, amor.

Su corazón, tan largo tiempo privado de afecto, suspiró ante esa ternura.

—Iba a… —empezó, pero se interrumpió cuando un temblor violento nació en su vientre.

En un suspiro, el estremecimiento se extendió por todo su cuerpo, hasta hacerle vibrar los dedos de los pies. El horror de lo ocurrido y de lo que no había llegado a ocurrir la inundó una y otra

vez. Un sollozo seco escapó de su garganta y una lágrima rodó por su mejilla, presagio de un dique a punto de romperse.

—Estás a salvo, amor —le susurró él, estrechándola con fuerza —. Ahora estás a salvo.

Era Stephen. De verdad estaba a salvo. Delyth enterró el rostro en su hombro y dejó que el terror se desbordara en lágrimas.

Cuando por fin los sollozos se apaciguaron, se recostó contra él, exhausta, vacía de pensamientos, sostenida solo por el alivio. Él no la apartó, se limitó a mecerla con suavidad. Pasó largo tiempo antes de que ella reuniera fuerzas para alzar el rostro y mirarlo.

La penumbra ya no le engañaba. Vio la sangre que manaba de los arañazos en su frente, el cuello de la camisa desgarrado. La luz que se filtraba desde la boca del callejón resaltaba sus pómulos altos, la curva conocida de las cejas, la nariz estrecha y alargada. Frunció el ceño. Era Stephen, y no lo era. Finas arrugas surcaban las comisuras de sus ojos grises; una barba cubría su mandíbula fuerte y perfilaba la boca. El cabello le caía más largo de lo que a ella le había gustado nunca en un hombre.

Sin pensarlo, alzó la mano y le acarició la mejilla con un mechón castaño oscuro. Espeso y suave, el pelo obedeció a sus dedos como siempre. Él sonrió ante aquel gesto tan familiar. La diversión marcó surcos profundos en sus mejillas y encendió destellos cálidos en el gris frío de sus ojos.

En ese instante, el muchacho que la había amado reapareció. El tiempo se plegó, los años se deshicieron. Y fue la muchacha que lo había amado la que se alzó de puntillas y rozó sus labios con los de él.

El contacto fue apenas carne contra carne, suave, contenido. Sin embargo, resultó tan cálido, tan correcto, tan inevitable, que ella habría deseado quedarse así para siempre. Hasta que una chispa la atravesó, fugaz y deliciosa.

Conteniendo el aliento, Delyth deslizó los labios sobre los suyos, alimentando un corazón hambriento. Su caricia intensificó el beso, apenas un poco. La chispa regresó, esta vez lo bastante larga como para despertar años de deseo acumulado en un letargo inquieto. La necesidad, reprimida durante tanto tiempo, cobró vida propia y exigió ser saciada. Delyth enlazó las manos tras el cuello de Stephen, acercándose más, suplicante. Él gimió en muda conformidad, el sonido vibrando en su pecho. El beso se profundizó hasta que su boca se fundió por completo con la de ella.

Delyth jadeó, consciente de cada centímetro de él. Sintió el roce de su cabello en las muñecas, el movimiento de la barba contra su mejilla. Un calor palpitante la recorrió cuando su olor la envolvió y su sabor la dejó ansiando más. Temblorosa, se apretó contra él, permitiendo que su cuerpo se amoldara al suyo. Como siempre había sucedido, se unieron con una naturalidad absoluta, como si hubieran sido creados el uno para el otro.

Capítulo 8

Llynrudd, mediados de junio de 1173

Desde el taburete del rincón más oscuro de la cocina, Stephen observaba con tristeza los preparativos de la comida del mediodía. Odiaba la casa del maestro Walter… o, más exactamente, su cocina, el único lugar que había visto desde que despertó allí. No había nada familiar ni reconfortante en aquel espacio.

Ni la gente.

Vio a Tom alzar el caldero del fuego y empezar a servir el espeso estofado de cordero en la sopera. Aunque el tonto era un hombre adulto, se comportaba casi tan niño como Gretta. Tampoco los olores ni los sabores le resultaban conocidos. Junto a su hijo, Philip daba los últimos toques a un pastel de frutas y calabaza, un plato extraño elaborado por manos extrañas.

Y nunca había silencio.

Por mucho que contara, por mucho que se refugiara en su imaginación, no conseguía escapar del ruido constante de la ciudad. Los martillos golpeaban los yunques desde el alba hasta el ocaso, las campanas repicaban sin descanso y, peor aún, la gente gritaba y se llamaba a voces incluso de noche, cuando cualquier persona decente debería estar durmiendo.

Una nostalgia profunda le oprimió el pecho. Anhelaba las rutinas tranquilizadoras, la calma del bosque interrumpida solo por el canto de las alondras y el susurro del viento entre los campos de cebada. Ya no le importaba que su padre no lo quisiera. En cuanto

ganara el valor de aquellas monedas, abandonaría aquel lugar horrible y regresaría a casa.

Como para subrayar su miseria, la puerta de la cocina se abrió de golpe con un chirrido agudo.

Delyth entró bailando, con las trenzas rebotando y brillando bajo un rayo dorado del sol del mediodía. Llevaba en brazos un montón de telas verdes y marrones, y su rostro irradiaba emoción. Detrás de ella apareció Helewise.

Stephen alzó la vista hacia la ama de llaves. Como siempre, los ojos marrón pálido de Helewise eran tan fríos como la banda metálica que sujetaba su velo. Y, como siempre, su mirada pareció atravesarlo.

Bajó los ojos hasta el regazo cubierto por la manta, mientras la culpa le retorcía el estómago. Nunca debería haber aceptado ayudar a Delyth. Aunque Philip había dado por buena la historia del cuenco roto, Stephen estaba convencido de que Helewise sabía que había mentido. Y estaba igual de convencido de que ahora lo detestaba por ello.

—¡Stephen, mira! —exclamó Delyth, deteniéndose ante él y dejando caer su carga sobre su regazo—. Le rogué y le rogué hasta que Helewise dijo que hoy podías vestirte y comer en el salón.

De la parte inferior del montón sacó una túnica verde y la dejó caer al suelo. Se agachó y señaló las grandes puntadas torpes que fruncían la tela sobre un desgarrón.

—La he remendado yo misma para ti.

Su sonrisa era amplia, orgullosa.

Stephen miró la prenda, desconcertado, luego las calzas marrones, las ligas verdes y la camisa de lino gastada que aún tenía encima. Solo los zapatos eran suyos. Negó con la cabeza.

—Me has dado la ropa de otra persona.

Delyth puso los ojos en blanco, como si hablara con un tonto.

—No seas bobo. Todos en esta casa visten de verde y marrón, excepto yo. Yo no tengo por qué hacerlo, ¿verdad, Helewise?

La arrogancia dulce con la que lo dijo hizo que Stephen apretara el puño alrededor de la camisa. La tela era fina y suave bajo su palma. El año anterior, él y su padre habían cambiado un carnero por un vestido para su madre. Una oveja por una prenda. Aquí había tres. Tardaría años en pagarlo.

El pánico lo invadió.

Apartó la ropa de su regazo.

—Prefiero quedarme con la mía.

—Me temo que ya no existe, muchacho —respondió Helewise —. Estaba manchada de sangre y estiércol. La convertí en trapos.

Stephen giró bruscamente el taburete.

—¡No tenía permiso para hacer eso con mi ropa!

Una sombra de desconcierto cruzó el rostro de la ama de llaves.

—Ahora sirves en la casa de Walter l'Espicer. Todos vestimos sus colores.

Señaló su sobrevestido verde y el vestido interior marrón.

El pulso de Stephen se aceleró.

—¿Dónde están las cuentas de mi deuda? ¿Cuánto vale cada día de trabajo?

La sorpresa asomó brevemente en el rostro de Helewise, antes de desaparecer tras su frialdad habitual.

—¿Quién te ha enseñado a pensar así?

—Nadie.

—Tu pregunta es razonable —admitió—, pero solo el señor Walter puede responderla. Pregúntale cuando regrese en septiembre.

—¡Septiembre! —exclamó Stephen, con un hilo de voz desesperada.

No sobreviviría tanto tiempo.

Si empezaba de inmediato, si trabajaba más duro que nadie, tendrían que reconocer su esfuerzo. Sí. Saldría de la deuda antes de que acabara agosto.

Se quitó la manta y se puso la camisa, demasiado grande. Se calzó las chausses y se ató el cordón. Luego las ligas y los zapatos. Por último, la túnica verde. Las mangas le cubrían las manos y el dobladillo le caía muy por debajo de las rodillas. Sin cinturón, se le deslizaba de los hombros.

Se enderezó y miró a Helewise.

—Hoy empiezo como pinche de cocina del señor Walter.

Tom lanzó un gemido.

—No, papá.

—¿Pinche de cocina? —Philip levantó la voz—. No hay nada que hacer aquí.

El pánico de Stephen creció.

—¡Empezaré hoy! —gritó—. El señor Walter dijo que necesitaba un pinche. ¡Yo soy ese chico!

El miedo inundó los ojos de Tom.

—¡No! ¡Es para Tom! —chilló, agarrando la bandeja con el pastel.

—¡Tom! —gritó Philip.

Demasiado tarde. El plato cayó al suelo. Tom se abalanzó sobre la sopera.

—¡Ayúdame, Helewise! —suplicó Philip.

La sopera se volcó. El estofado hirviendo cayó sobre el pecho de Helewise. Ella gritó. Philip tropezó. Tom cayó de espaldas y se

golpeó la cabeza, aullando.

Stephen observó el caos, reprimiendo una sonrisa. No era cristiano alegrarse.

Helewise se agachó junto a Tom y le habló con dulzura.

—Tranquilo, Tom.

Luego llamó:

—Delyth, saca a Stephen de aquí.

Stephen se quedó atónito.

—¡No! —protestó—. ¡El señor Walter dijo…!

—¡Por el amor de María! —estalló Helewise—. ¿No ves el daño que haces?

Las lágrimas le llenaron los ojos. Así que ese era el castigo.

Se dio la vuelta y salió corriendo de la cocina. El sol del mediodía lo cegó. Entre lágrimas, vio un paso estrecho entre edificios y se lanzó hacia allí.

—¡Espera! —gritó Delyth.

No se detuvo.

Tropezó con una carretilla.

Las cebollas rodaron por el suelo.

—¡Idiota! —rugió el vendedor—. Te enseñaré a mirar por dónde corres.

Lo agarró del brazo y alzó la mano.

Stephen casi suspiró aliviado. Un golpe no traería al alguacil.

—¡No! —gritó Delyth, irrumpiendo entre la gente—. ¡Déjalo, grosero!

Los adultos quedaron boquiabiertos.

—¡Pequeña zorra! —bramó el hombre.

El miedo atravesó a Stephen. Si castigaban a Delyth por su culpa, estaba perdido.

Delyth le dio una patada en la espinilla. El hombre gritó y la soltó.

—¡Helewise! —chilló ella.

El vendedor cambió su agarre. Al tirar de la túnica, Stephen se deslizó fuera de ella. El hombre cayó.

Stephen agarró a Delyth y corrieron.

—¡Detengan a esos niños! —vociferó el vendedor—. ¡Han destrozado mi carro!

La calle se llenó de gritos. La gente salió de todas partes.

El corazón de Stephen se le subió a la garganta.

Si lo atrapaban dentro de las murallas, lo devolverían a la casa del maestro Walter, con más deudas aún.

Y esta vez, quizá, sin escapatoria.

Dobló una esquina y casi sonrió. A menos de doscientos metros se encontraba la puerta de la ciudad, con sus enormes puertas de madera abiertas entre dos torres de piedra a medio construir. Delante de ellas, los comerciantes y sus ayudantes salieron corriendo de sus tiendas, bloqueando el paso de Stephen para salir de Llynrudd. Toda esperanza de libertad se desvaneció. Redujo la marcha, derrotado.

—Por aquí —gritó Delyth, corriendo detrás de él para ponerse en cabeza—. Iremos a mi lugar especial. Allí nadie te encontrará.

Se metió en una calle transversal y luego en otra aún más estrecha. Los edificios dieron paso a una extensión de césped. Al fondo se alzaba un montículo elevado y, en su cima, una torre de piedra flanqueada por un pequeño salón de madera muy parecido a la mansión de Dunstar. Todo el conjunto estaba rodeado por una empalizada de madera.

—Debes ir más rápido —le exigió, soltándolo para que volviera a correr delante.

Si le hubiera quedado aliento, le habría explicado que eso era precisamente lo que estaba intentando hacer. Tal como estaban las cosas, sentía los pulmones a punto de desgarrarse y el corazón golpeándole el pecho como si fuera a estallar. Con la falda levantada por encima de las rodillas, Delyth corrió delante de él, rodeando el montículo.

—¡Detente!

Stephen lanzó una rápida mirada hacia atrás. El vendedor de cebollas y otro hombre irrumpieron corriendo en el espacio abierto. Desde el techo de la torre se oyó un silbido agudo. Stephen alzó la vista. Dos hombres armados se encontraban allí arriba.

—Van hacia el río —gritó uno de los guardias.

Solo cuando rodeó el montículo, Stephen vio el río que atravesaba una puerta en la muralla de la ciudad. Al otro lado se alzaba un molino, con la rueda girando entre un traqueteo y un gemido constantes. En la orilla más cercana se alineaban unas construcciones que parecían grandes graneros, cada una con una amplia puerta a ras del agua. Entre aquellas extrañas viviendas y el río crecían sauces cuyas ramas, delgadas como látigos, se arrastraban por la corriente suave.

Delyth apenas jadeaba cuando dobló la esquina del último granero, se internó entre las ramas y desapareció. Stephen se lanzó tras ella. El interior de los árboles había sido podado, dejando solo una cascada exterior de hojas verdes y ramas doradas. La luz del sol se filtraba entre la espesura y revelaba una larga y estrecha cornisa cubierta de musgo a lo largo de la orilla. El terreno descendía suavemente desde los troncos hasta el río, completamente vacío. Delyth no estaba a la vista.

—¿Dónde estás? —jadeó Stephen, mirando frenéticamente a su alrededor.

—Aquí —respondió ella en un susurro.

La cabeza de Delyth asomó entre el follaje espeso, entre dos troncos rugosos. Apenas visible a través de las ramas, se distinguía la pared del edificio. Stephen se introdujo en el hueco entre los troncos y casi cayó en un agujero excavado entre los árboles y el muro. Cuando Delyth lo tiró hacia abajo, la cabeza de Stephen desapareció bajo la superficie de la tierra. Por encima, las ramas de los sauces volvieron a su lugar, ocultando aquel extraño escondite.

Se quedó mirando el suelo húmedo del agujero para distraerse de la incomodidad. Cerca del borde de la falda de Delyth yacía una muñequita de madera. A sus pies había trozos de tela y una cuchara de madera rota.

—Están detrás de este —gritó el vendedor de cebollas desde la esquina.

Las ramas de los sauces susurraron cuando los perseguidores trotaron por la orilla del agua.

—Deben de estar aquí. Los vimos doblar la esquina —jadeó su cómplice.

Sus pasos resonaron en la tierra por encima y detrás de la cabeza de Stephen mientras avanzaban sin detenerse. Contuvo el impulso de suspirar aliviado. Aún no estaba a salvo. Las ramas crujieron cada vez con menor intensidad mientras los hombres registraban la orilla y, de pronto, un silbido feroz rasgó el aire, seguido del amenazante batir de alas.

—¡Jesús! ¡Cisnes! —gritó uno—. ¡Corre!

Los ojos de Stephen se abrieron con horror. Un cisne enfurecido podía matar a un hombre, y mucho más a un muchacho. Prefería ser arrestado antes que morir.

—Los cisnes —logró advertir a Delyth.

Ella negó con la cabeza.

—Papá construyó este lugar solo para mí, para que pudiera entretenerme mientras él trabaja en el almacén —susurró, señalando la pared frente a ellos—. Les dijo a los cisnes que no debían molestarme cuando estoy aquí.

Detrás de ellos, los hombres se apresuraron hacia el extremo del almacén. Silbando y aleteando, las feroces aves acuáticas pasaron de largo sin detenerse y persiguieron a los intrusos hasta la esquina del edificio. Luego lanzaron otra ronda de graznidos amenazantes y se produjo un silencio tenso.

—Debemos volver a mirar —dijo al fin el vendedor de cebollas desde el borde del edificio—. Apostaría a que se esconden en uno de estos almacenes.

—No pienso volver allí —respondió su compañero, dominado por el terror—. Además, no tiene sentido. O están tan bien escondidos que no los encontraremos jamás, o ya han nadado más allá de las murallas de Llynrudd por la compuerta.

La respuesta del vendedor fue una sarta de maldiciones, dirigidas tanto a Stephen como a los padres de Delyth. Su voz se fue apagando con cada palabrota, hasta que no se oyó nada más que el canto de los pájaros saltando de rama en rama.

El asombro de Stephen creció. Sin duda, aquello había sido un milagro. No solo había evitado el arresto, sino que ahora sabía cómo salir de la ciudad sin ser visto. Era libre. En cuanto recuperara el aliento, se marcharía de Llynrudd para siempre.

Pero sin Delyth no lo habría logrado. Quizá tener una amiga no era tan terrible. Se volvió para darle las gracias.

Ella sostenía la muñequita en la mano. Tarareando desafinadamente, hacía bailar el juguete contra la pared del agujero. Stephen hizo una mueca y apoyó la cabeza en la pared llena de raíces, mirando hacia las ramas. Desde el tejado del almacén, una paloma gorjeó. Los juncos susurraban mientras el río reía a lo largo de la orilla, acompañado por el crujir constante de la maquinaria del molino. La brisa se levantó, enredándose entre las ramas de los

sauces y trayendo consigo el aroma cálido de las hojas en descomposición.

La tensión se disipó, sustituida por una extraña sensación de paz. Aquel lugar le recordaba a su hogar. Tranquilizado, cerró los ojos para empaparse de cada detalle y se quedó dormido.

El repique de las campanas lo sacó de su descanso. Abrió los ojos y vio unas sombras gruesas proyectadas sobre la pared frente a él. La luz del sol que aún se filtraba entre las ramas tenía un tono rosado.

Se estiró. Aunque le dolían todos los músculos, se sentía con fuerzas para nadar un poco. Se volvió para despedirse de Delyth y descubrió que estaba solo.

Se puso en pie y escudriñó a través de la cortina de ramas. Alguien estaba sentado a la orilla del río. Oía el chapoteo de unos pies en el agua. Stephen frunció el ceño, irritado. Incluso su hermana, por joven que fuera, sabía que no debía sentarse tan cerca del río.

Salió del escondite y se abrió paso entre los troncos.

—Vuelve antes de que los cisnes te ataquen o te ahogues —gritó, usando el mismo tono severo que reservaba para su hermana.

La persona sentada en la orilla se giró y apartó las ramas. No era Delyth, sino Helewise, que lo miraba desde junto al río. Stephen quedó paralizado por el horror, esperando que llamara a un guardia. En cambio, ella le sonrió.

—Gracias por tu advertencia, Stephen, pero los cisnes anidan bastante río abajo. Nos dejan estar aquí arriba —dijo con un afecto cálido.

El horror se transformó en confusión. Helewise no parecía ella misma. Sus vestidos, de tonos naranjas y dorados, eran de una finura y un color que delataban que se trataba de sus mejores atuendos. Como una niña, y no como la exaltada ama de llaves del señor Walter, se había subido la falda por encima de las rodillas para

chapotear con los pies descalzos sin mancharse. Se había quitado también el velo y la cinta, dejándolos sobre los zapatos y las medias. Con la cabeza descubierta, el sol poniente arrancaba reflejos rojizos de su cabello oscuro.

Le dio unas palmaditas al suelo, a su lado.

—Vamos, es una bonita tarde de junio. Siéntate conmigo mientras la disfruto.

La dulzura de la invitación impulsó a Stephen a dar un paso hacia ella. Se contuvo. No era una amiga, sino la ama de llaves del señor Walter, la mujer que lo odiaba. ¿O lo odiaría aún más si la rechazaba? Eligió un lugar seco, no demasiado cerca, se sentó y se encogió sobre sí mismo.

—Ya estoy sentado.

Ella ladeó la cabeza y lo observó durante largo rato.

—¿Por qué huiste?

Aunque el tono era suave, la pregunta exigía una respuesta sincera. Stephen bajó la mirada hacia sus zapatos. No podía decirle que había sido ella quien lo había empujado a huir por su injusticia. Intentó esquivar la verdad.

—Ahora soy un forajido. Si vuelvo a la casa del señor Walter, me arrestarán por vandalismo.

Helewise soltó una risa baja y amable.

—Solo fue un simple malentendido, que ya se ha solucionado. Sin ningún coste para ti, por cierto.

Stephen levantó la cabeza de golpe. ¿Cómo sabía ella que le preocupaba el coste?

Ella arqueó las cejas.

—No estoy distraída. ¿Por qué huiste?

No había escapatoria. Quizá no decir toda la verdad no fuera un pecado tan grave.

—Odio este lugar.

—No llevas aquí el tiempo suficiente para juzgarlo —replicó ella, moviendo los pies en el agua. Las gotas salpicaron el aire, volviéndose rosas y doradas antes de regresar a la superficie plateada del río—. Quizá cuando nos conozcas mejor, te guste.

Stephen apoyó la frente en las rodillas.

—¿Qué otra opción tengo sino quedarme? El señor Walter me compró por diez monedas. Ahora debo aún más, porque tengo que pagar la ropa y una comida estropeada.

La risa cálida de Helewise volvió a sorprenderlo. Él alzó la vista. La alegría que curvaba sus labios era contagiosa.

—Oh, pero creo que el señor va a encontrarte un destino interesante —dijo, agarrándolo del brazo y llevándolo hasta sentarse a su lado. Stephen no se resistió, aunque tampoco se relajó—. Debes comprar tu ropa, desde luego. ¿Pero por qué crees que debes pagarle al señor una comida que Tom derramó?

Stephen la miró, cada vez más desconcertado, hasta que las palabras brotaron sin que pudiera detenerlas.

—¿Por qué estás siendo tan amable ahora, si me odias?

Ella abrió mucho los ojos, genuinamente sorprendida.

—¿Odiarte? ¿Por qué crees que te odio?

La culpa volvió a retorcerle el estómago.

—Porque mentí por Delyth cuando su gato derramó el queso.

Helewise rió y le levantó la barbilla con un dedo, obligándolo a mirarla a los ojos. En su rostro solo había diversión.

—Así que era la culpa lo que te estaba carcomiendo. Lo vi en tus ojos. Será mejor que no vuelvas a mentir por nuestra pequeña señora si no puedes soportar el peso de tu pecado, muchacho. Ahora ven. Es hora de volver a casa.

A casa. La desesperación lo inundó. Ojalá pudiera regresar a la suya.

Cuando los ojos se le llenaron de lágrimas, la expresión de Helewise se suavizó. Le apartó el cabello de la frente. El gesto se parecía tanto al de su madre que los labios de Stephen temblaron.

—Dime qué te pasa —ordenó con suavidad.

—Dunstar es tu hogar —susurró él—. Pero no el mío.

Ella suspiró.

—A mí me ocurrió lo mismo cuando llegué a Llynrudd. Negociemos un poco. Prométeme que te quedarás y que no volverás a huir hasta que el señor regrese. A cambio, le rogaré al señor Walter que te libere de tu servicio si para entonces tu nostalgia no ha remitido.

Hizo una pausa y le señaló con el dedo.

—Pero debes prometer que harás todo lo posible por disfrutar de tu estancia aquí hasta entonces.

El dolor de Stephen disminuyó al vislumbrar una posible salida. Septiembre estaba a solo dos meses y medio. Aún más importante fue descubrir que Helewise no lo odiaba. Asintió.

—Bien —dijo ella, aceptando de inmediato, y se puso en pie—. Ahora debemos irnos, o estaremos fuera cuando la gente honrada ya debería estar dentro de sus paredes.

Al salir del agua, se sacudió la humedad de las piernas, se calzó los zapatos y guardó las medias en el cinturón. Luego recogió el velo y la cinta. Alzó la cabeza hacia el cielo, ahora surcado de malva y naranja, y se ajustó el velo. Cuando volvió a cubrirle las mejillas, lo miró.

El corazón de Stephen se encogió al ver reaparecer el miedo. La Helewise cálida había desaparecido, sustituida por la ama de llaves severa. Sin embargo, le tendió la mano. Era una invitación

sincera. Stephen la observó con atención. Detrás de la frialdad aún brillaban destellos de la otra Helewise.

—¿Por qué pones esa cara inexpresiva? —preguntó mientras se levantaba.

Ella arqueó las cejas.

—¿De verdad? No me había dado cuenta.

Stephen asintió. Así había sido con su madre cuando trabajaba: su rostro perdía la expresión especial que reservaba para él.

Con el corazón en paz, tomó la mano de Helewise y dejó que lo guiara alrededor del almacén. Al pasar junto al molino, ahora en silencio, y cruzar el césped al pie del montículo, preguntó:

—¿Me castigarán por haber huido?

—No. No sabías que lo que hacías estaba mal —respondió ella, conduciéndolo por un sendero entre la gente apresurada—.

—¿Van a castigar a Delyth? —preguntó, preocupado—. Sería injusto que a ella sí y a mí no.

—Sí, pero no por ayudarte. No debería haber hablado así a un comerciante, aunque solo sea un regantero.

—¿Qué le pasará?

Las comisuras de los labios de Helewise se curvaron.

—Algo terrible. Mañana vaciará los orinales. Un trabajo grosero y asqueroso para una muchacha grosera y malhablada.

Stephen se estremeció de lástima, aunque se sintió más tranquilo. Si Helewise trataba así a la hija del señor, con él sería justa. Entonces otra preocupación lo asaltó.

—¿Qué haré para el señor Walter si Tom será el pinche de cocina?

Helewise lo miró.

—Creo que al señor le gustará la sugerencia de Tom de que trabajes con el señor Colin en la botica. Es un gran honor. Serás el sirviente más joven que haya habido jamás entre esas paredes.

Stephen no estaba seguro de qué era una botica, pero la idea de ser alguien especial le agradaba. Sonrió con orgullo y luego recordó la cortesía que su madre le había enseñado.

—Gracias —dijo con solemnidad—. Me esforzaré por servir bien al señor Walter y al señor Colin.

—Estoy segura de que lo harás —respondió ella. Tras un instante, añadió—: Por cierto, en nuestra casa no usamos palos de conteo. Calculamos con cuentas ensartadas en alambres y lo anotamos en pergamino. ¿Te gustaría aprender?

¿Cuentas en un alambre? Stephen frunció el ceño. Había visto al alguacil usar vainas de guisantes secas en una cuerda. No debía de ser tan distinto de marcar líneas en la tierra con una ramita mientras contaba los bushels de grano de su padre. Los métodos variaban, pero contar era siempre lo mismo, y a Stephen le encantaba.

—Me encantaría —respondió, saboreando su primer momento verdaderamente feliz en Llynrudd.

Capítulo 9

Llynrudd

Dos horas y media después del mediodía, víspera del día de Santa Inés, 1197

Stephen contuvo el aliento cuando Delyth se ajustó a él, pero no fue solo aquel movimiento insinuante lo que lo llevó al borde de la pasión. Con cada caricia y cada beso, ella parecía decirle que aún lo amaba. Fue la necesidad de su corazón la que se alzó para igualar el deseo de su cuerpo. Era su esposa, suya para tocarla y amarla como quisiera.

Hundió los dedos en su cabello y besó su mejilla, la oreja, luego le rozó el cuello con la nariz. El placer se volvió imperioso. Le apoyó una mano en la cadera, atrayéndola más contra sí. A pesar de la cantidad de tela entre ambos, sentía la presión de sus muslos contra los suyos.

Ella dejó escapar un sonido a medio camino entre el suspiro y el gemido y se irguió, en una deliciosa parodia de lo que él ansiaba hacerle. Fue un recordatorio cruel de que las mujeres con las que había estado durante aquellos años solo le habían ofrecido una satisfacción vacía. Solo Delyth le había provocado ese placer doloroso. Tembló, rindiéndose a su deseo.

—Maestro Stephen, ¿dónde está? —La voz asustada de Will irrumpió en el callejón, destrozando la lujuria de su señor.

Stephen separó los labios de los de Delyth y la miró, conmocionado.

—Dios mío… ¿qué estoy haciendo? —susurró.

La respuesta brotó de lo más hondo de su ser: adulterio, a los ojos del mundo.

La soltó al instante y dio un paso atrás. Delyth murmuró una protesta y alargó la mano, invitándolo a volver a refugiarse en el calor de su cuerpo. La breve distancia que los separaba parecía arder. Su corazón le suplicaba que cediera. ¿Cómo podía ser adulterio amar a su propia esposa? Pero la razón se burlaba de él: aunque sus votos secretos hubieran creado un verdadero matrimonio, nadie lo creería ahora, no después de tantos años.

Tragó saliva y retrocedió dos pasos más, decidido a sofocar la tentación. Ella estaba a salvo. Era hora de marcharse. Podía enviar a la guardia para escoltarla a casa. Aun así, sus pies se negaron a obedecer. La contempló, grabándose su imagen.

Sin la cofia, el cabello de Delyth caía suelto y enredado. El tiempo había oscurecido su color, más rojo que dorado, aunque conservaba la ondulación rebelde. Era más alta de lo que recordaba y tan esbelta como siempre, o eso revelaban los vestidos empapados y sucios que se ceñían a sus curvas, abiertos en el frente y mostrando el valle sombrío entre sus pechos. Forzó la mirada a subir hasta su rostro.

Tenía el cuello arañado. La sangre manchaba su mejilla, aunque no era suya. La pasión había encendido su piel clara bajo los futuros moretones. Bajo la elegante línea de la nariz que tanto había despreciado, sus labios seguían cálidos por sus besos. Sus ojos, tan azules como siempre, parecían reflejar el amor que él deseaba ver. Cuando la pasión empezó a disiparse, la razón se impuso con crueldad. Aquello no era amor, sino el aturdimiento de una experiencia horrible.

Apartó la mirada y observó el extremo del callejón. En el campo, la gente imploraba clemencia a los guardias de la ciudad. Tenían más probabilidades de obtenerla que él. Aunque Delyth aún

lo amara, ante el mundo seguiría siendo la esposa de Katel. Desafiarlo era ponerla en peligro, tal como había hecho su padre.

El nombre de Katel cruzó su mente y le recordó por qué había acudido a Llynrudd. Comprendió entonces la oportunidad que se le brindaba. En la intimidad de aquel callejón debía advertirla y, con ello, saldar parte de su deuda con ella.

Se volvió hacia la mujer a la que no se atrevía a amar.

—Delyth, debo irme ahora, pero escúchame. Tu marido ha hecho algo que te pone en grave peligro.

Ella frunció el ceño, confusa. Stephen vio cómo luchaba por ordenar sus pensamientos, como si no recordara dónde estaba. Se le encogió el corazón. Tenía razón: estaba demasiado aturdida para comprenderlo.

La confusión dio paso al horror. Lo miró como si solo entonces lo reconociera y, de inmediato, una ira abrasadora reemplazó toda dulzura. Apretó los labios y cruzó los brazos.

—¡Tú! —siseó—. No soporto tu presencia. Apártate y déjame pasar.

Stephen se estremeció ante el odio que irradiaba. Aquello no hacía sino reforzar su necesidad de romper cualquier lazo.

—Delyth, no puedes irte sin escucharme.

—¡No! —gritó, intentando empujarlo.

Él le cerró el paso sin tocarla.

—Debes hacerlo —insistió—. Temo por tu vida. No quiero verte sufrir.

Ella quedó inmóvil, tan pálida que él temió que se desplomara. Luego, unas manchas de ira le encendieron las mejillas. Alzó la cabeza muy despacio.

—¿No quieres que me hagan daño? —escupió, incrédula.

Stephen la miró, desconcertado.

—¿No quieres que me hagan daño? —repitió, ahora con un grito ahogado.

Intentó pasar de nuevo. Él volvió a interponerse. Delyth lanzó un grito de frustración y le dio la espalda.

—No me dirás nada —vociferó—. ¡Nunca volveré a escuchar tus mentiras!

La ira se mezcló con la culpa y el dolor que lo consumían. Herido, su orgullo se alzó.

—Nunca te he mentido —replicó.

—¿No? —lo desafió—. ¿No eres tú el mismo Stephen de Dunstar que intercambió votos secretos conmigo y luego, cuando mi padre le ofreció monedas, llenó su bolsa y me abandonó sin una palabra?

No fue la historia falsa lo que lo hirió, sino oírla de labios de Delyth. Aquello lo obligó a retroceder hasta tropezar con el cuerpo del ladrón. El dolor dio paso a la ira. ¿Por qué no había confiado en su amor?

—No te abandoné por elección —dijo, esforzándose por mantener la calma—. Te lo juro.

—¡No! —gritó ella—. No aceptaré juramentos cuando el último fue tan falso.

Eso quebró su control. La furia se impuso.

—He hecho todo lo posible —respondió con frialdad—. Si decides no escucharme, así sea. No te molestaré más.

Se dio la vuelta y salió a la calle de los toneleros. Que Dios la maldijera por su arrogancia ciega.

En el campo de la abadía, un guardia estuvo a punto de detenerlo, pero reculó ante su mirada. Ignoró la llamada del hermano William y se abrió paso entre la multitud, buscando a sus hombres.

—¡Hamalin! —gritó.

No obtuvo respuesta. La rabia creció. Necesitaba descargarla, golpear hasta destrozarse las manos. Alguien le sujetó el codo. Stephen se giró, dispuesto a atacar.

Era Colin.

—Pareces maltrecho —dijo el monje con suavidad—. Ven. Tengo permiso del abad para entretenerte esta noche. Compartiremos vino de ciruela. Calmará lo que te atormenta.

Stephen no quería calma, pero la razón se impuso. Asintió con rigidez.

—Me voy. En menos de una hora. Díselo a mis hombres.

—Yo me encargaré —respondió Colin, acostumbrado a aquel tono.

Lo condujo hacia los jardines.

—¿Encontraste a Delyth? —preguntó en voz baja.

—No deseo hablar de ella ni de lo que me dijo.

—¿Te habló?

—Sí. Que Dios maldiga a esa zorra asquerosa —gruñó Stephen.

Fue un error. El recuerdo de su boca y su cuerpo regresó con fuerza.

Colin lo observó con atención y sonrió, satisfecho por lo que vio.

—Deberías sentirte honrado. Delyth es muy clara sobre a quién odia. No me ha hablado en años. Ven. Mi brebaje aliviará tu dolor.

Y, sin soltarlo, lo condujo hacia el fondo del jardín, donde aguardaban los alambiques.

Capítulo 10

Llynrudd,

mediados de septiembre de 1173

-¡Despierta!

Stephen se sobresaltó y abrió los ojos de golpe. En el jergón contiguo, Arthur dejó escapar un resoplido lastimero; incluso dormido, el joven aprendiz del maestro Walter lloraba por su hogar y por su madre. Se giró hacia un lado y se cubrió la cabeza con la manta, aún atrapado en sus sueños tristes.

Si no era Arthur, ¿quién…?

Parpadeando, Stephen se volvió hacia la penumbra previa al amanecer de la botica. Una figura emergió de la oscuridad.

Era Delyth.

Se arrodilló junto a su jergón, con el cabello suelto cayéndole sobre el rostro. Cuando la vista de Stephen terminó de aclararse, advirtió que llevaba la sobrevesta al revés, señal inequívoca de que se había vestido a tientas, sin luz.

—Sé algo que quieres saber —susurró.

Stephen la miró, desconcertado. Era su turno de noche cerrar la puerta con la barra. A diferencia de Arthur, que a veces olvidaba sus obligaciones, él nunca descuidaba las suyas. Recordaba con absoluta claridad haber encajado la barra en los soportes cuando él, Arthur y los dueños de la casa se retiraron a dormir.

—¿Cómo has entrado? —preguntó en voz baja.

Delyth se sentó sobre los talones y cruzó los brazos, molesta porque él no había mordido el anzuelo.

—La puerta estaba abierta.

Cuidaba el tono, consciente de que si la descubrían allí el castigo sería mucho peor que limpiar orinales.

Stephen negó con la cabeza.

—No lo estaba.

—Sí lo estaba —replicó ella—. Si no, no habría podido entrar.

La lógica era aplastante. A Stephen lo invadió una amarga decepción.

Odiaba cometer errores. Cada fallo era un fracaso, y había jurado no fallarle jamás al maestro Colin. Aquello no era una equivocación menor: había dejado la tienda abierta… y ni siquiera había oído entrar a Delyth, cuando debía haber estado alerta ante cualquier ruido.

Recorrió la estancia con la mirada, buscando algo más fuera de lugar. La pared tras él estaba cubierta de estantes divididos en pequeños compartimentos. En cada uno había un recipiente distinto: frascos de cuero hervido con tapas de madera, cuencos de madera sellados con tiza, jarras de cerámica cerradas con cera. Dentro, ungüentos, tinturas, posos, remedios y pócimas, algunos elaborados con especias de un valor fabuloso. Por esa razón, Arthur y él dormían allí mismo, en el suelo del taller: si entraban ladrones, debían dar la alarma.

—No importa la puerta —murmuró al fin, con la voz áspera por la frustración—. No deberías estar aquí. Vete a casa.

Incluso en la penumbra distinguió cómo ella entrecerraba los ojos y apretaba la mandíbula.

—No estás siendo amable conmigo. Ahora nunca te diré lo que sé.

Stephen se encogió de hombros, ocultando su irritación. Cuando Delyth decía «nunca», en realidad significaba que pensaba acosarlo hasta que él acabara preguntando… y entonces no se lo diría hasta que se disculpara, aunque no hubiera hecho nada malo.

Afuera, el gallo del fabricante de cuerdas cantó por tercera vez, todavía en un tono contenido. El sonido llegaba desde el tejado de la destilería, a apenas unos metros, justo bajo la ventana del dormitorio del maestro Colin.

La decepción y la impaciencia se disiparon al instante.

Sonriendo, Stephen se incorporó y le dio un codazo a Arthur.

—Despierta.

El aprendiz gimió.

—Déjame… aún no es de día.

—Sí lo es —susurró Stephen—. Levántate ahora y en silencio.

Le retiró la manta. Arthur refunfuñó, pero se sentó… y dio un grito ahogado al ver a Delyth.

—¡¿Qué hace ella aquí?! —susurró, tapándose el vientre desnudo con la manta.

—Silencio —le advirtió Stephen.

El gallo volvió a cantar, esta vez calentando la garganta.

Arthur sonrió.

—¿Crees que está en el tejado de la destilería?

Stephen asintió. Ambos alzaron la vista hacia el techo, que era también el suelo del dormitorio del maestro Colin.

—Es solo un gallo —susurró Delyth, olvidando su enfado.

—Silencio —dijeron Stephen y Arthur al unísono.

El pájaro lanzó entonces un saludo feroz y ensordecedor al nuevo día. Al instante, un rugido respondió desde arriba. Un estruendo sacudió el techo cuando los pies del maestro Colin

golpearon el suelo. Los frascos traquetearon, el polvo cayó entre las tablas y algo duro se estrelló contra la destilería. El canto terminó en un graznido alarmado.

—¡Por todos los santos! ¡Vuela, cobarde! —bramó el maestro Colin—. ¡Si te atrapo, te haré guiso!

Stephen y Arthur se taparon la boca para ahogar la risa. Delyth se rió en un susurro, aún con los ojos muy abiertos.

—Colin… —protestó la señora Katherine, con voz adormilada.

Stephen y Arthur intercambiaron una mueca de mutuo desprecio. El maestro Colin estaba completamente hechizado por su esposa.

—Odio a ese maldito pájaro —gruñó el boticario.

Las cuerdas de la cama crujieron.

—Has tirado tu zapato —respondió Katherine, ahora divertida —. ¿Pensabas salir con uno solo?

Stephen se puso en pie de un salto. Aunque no debía dormir vestido, esa era la única norma que se permitía quebrantar: vestirse cada mañana le parecía una pérdida de tiempo intolerable.

—¡Mira lo que me ha hecho hacer! —rugió el maestro Colin—. Deja de reírte.

—¿Qué te hace pensar que me río? —respondió ella, entre risas.

Delyth le tendió a Stephen la túnica. Arthur le pasó los zapatos. Stephen se los calzó sin atarse aún los cordones.

—Stephen, ¿estás despierto? —preguntó el maestro Colin desde arriba.

—Sí, maestro. ¿Le llevo su zapato?

—Si fueras tan amable. Y remueve las cenizas antes de subirlo.

—Sí, maestro.

Delyth lo siguió hasta la puerta trasera. Stephen se detuvo. La barra estaba fuera de los soportes.

—¿Ves? —susurró ella—. Te lo dije.

—Quizá —admitió él, con la decepción regresando.

Salieron al aire fresco del amanecer. Dentro de las murallas, el olor del rocío se mezclaba con el del humo de leña. Desde la cocina de Philip llegaba el aroma a pan recién hecho.

Entonces, todas las aves de Llynrudd alzaron la voz. Poco después, el primer martillo golpeó el yunque. Stephen agradeció no servir en casa de un herrero.

La destilería era un hogar de piedra encajado entre la tienda y la cocina. El zapato yacía entre las brasas. Stephen lo sacó, lo limpió como pudo y se lo guardó en el cinturón.

Delyth se removió, impaciente.

—¿Por qué no quieres saber lo que sé?

Stephen se encogió de hombros y removió las cenizas.

—Si debo saberlo, alguien me lo dirá.

Ella se interpuso ante el hogar.

—Quizá he cambiado de opinión.

Stephen ocultó su sonrisa. Le tendió el musgo seco.

—¿Quieres encender el fuego?

—¿Puedo?

Asintió. Delyth avivó las brasas con cuidado. Aparecieron las llamas.

—Bueno —dijo él con aparente indiferencia—, ¿qué es eso tan importante?

—Papá regresó solo anoche, muy tarde. Los demás llegan esta mañana. El señor Colin vino a hablar con él. Lo sé porque escuché desde la puerta.

Stephen sintió un alivio inmediato. No había sido él quien olvidó cerrar la puerta, sino el propio maestro Colin.

—¿De qué hablaron? —preguntó, con la voz llena de alivio.

Delyth alzó la vista de la leña y esbozó una sonrisa satisfecha.

—De ti.

Stephen la miró, atónito.

—¿De mí?

—De ti.

Le dio la espalda y concentró toda su atención en los palos.

El estómago de Stephen se encogió. Miró con horror la parte delantera de su sobrevesta. ¿Y si Helewise había hablado con el maestro Walter sobre devolverlo a Dunstar?

Se había olvidado de suplicarle que no lo hiciera. El pánico se apoderó de él. Si el maestro Walter lo enviaba de vuelta, ¿quién cuidaría del maestro Colin? El boticario lo necesitaba. Cada día le repetía que jamás había tenido un muchacho tan dotado. Cada día le preguntaba qué haría sin alguien como él en la botica.

Stephen entrecerró los ojos, obstinado. No volvería a casa. Nadie podía obligarlo a marcharse de Llynrudd.

Le puso una mano en el hombro a Delyth y la giró hacia él.

—¿Qué han dicho de mí?

El tono fue duro, casi descortés.

—Tal vez te lo diga… o tal vez no —respondió ella con altivez, alzando la barbilla—. No has sido amable conmigo.

Se soltó de su agarre y volvió a darle la espalda para entretenerse con la leña sobre la segunda pila de carbones. Una vez más, golpeó los palos hasta convertirlos en un montón desordenado.

—Hasta que me lo digas, no volverás a hacer esto —espetó él, apartándola con brusquedad mientras recuperaba la tarea con un

gesto airado.

Delyth retrocedió un paso, casi tan aliviada de devolverle el trabajo como de poder contar la noticia.

—El señor Colin le ha dicho a papá que sabes más que cualquier muchacho que haya conocido. Papá habló de sacerdotes y de la abadía, pero el señor Colin habló de la balanza del boticario.

Las cejas doradas de Delyth se arquearon mientras lo observaba con curiosidad.

—¿Quieres usar la balanza, Stephen?

Él se quedó inmóvil. Apretó con fuerza el palo que sostenía. Las llamas le lamieron los nudillos.

Con un siseo breve, retiró la mano y se chupó la piel enrojecida. Ni siquiera Arthur, su mejor amigo, sabía cuánto deseaba tocar aquel instrumento. El funcionamiento de la balanza era para él un misterio más fascinante que el arte de un malabarista manteniendo tres pelotas en el aire. Anhelaba colocar hojas trituradas en el platillo, colgar el pequeño peso de plomo del brazo pulido y ver cómo la barra encontraba el equilibrio perfecto.

El deseo chocó contra la realidad y los hombros de Stephen se hundieron.

Por muchos años que permaneciera junto al maestro Colin, nunca usaría esa balanza. En cualquier taller, el trabajo se dividía con claridad: lo que hacían los maestros y los aprendices, y lo que correspondía a los sirvientes. Como sirviente, podía clasificar y contar suministros, limpiar flores, hojas, raíces y ramitas para su posterior uso. Pero nunca pesaría ingredientes, nunca recibiría enseñanza formal, nunca conocería el orgullo de ser llamado maestro.

—¿Pequeña señora? —la voz preocupada de Helewise flotó desde la ventana del dormitorio del maestro Walter.

La inquietud se encendió en los brillantes ojos azules de Delyth. Stephen casi podía ver cómo sus pensamientos giraban,

buscando una excusa para no estar en la cama. Sin despedirse, se escabulló por el estrecho espacio entre la chimenea de la destilería y la pared de la cocina, y desapareció tras la esquina. Un instante después, su voz resonó en el patio.

—¡Ya voy! ¡Estaba en el retrete!

El alma de Delyth toleraba mejor la mentira que la de Stephen.

Cuando los fuegos ardieron con fuerza, Stephen regresó a la botica. Las escaleras al piso superior —más una escala que unas escaleras propiamente dichas— se alzaban junto a la puerta. Trepó usando manos y pies hasta asomar la cabeza por el hueco del techo. Apoyó los codos y se impulsó para entrar en la estancia superior.

Aquella casa había pertenecido al maestro Griggo, padre del maestro Walter y antiguo maestro del propio Colin. Al heredar el negocio y la vivienda, Walter permitió que Colin se quedara, pues carecía de fondos para independizarse. Además, la botica utilizaba y vendía localmente muchas de las especias que Walter comerciaba, lo que permitía al mercader concentrarse en su floreciente empresa. Cuando Walter se mudó a su nueva casa, Colin permaneció allí y, por primera vez, tuvo un hogar propio.

Comparada con la residencia nueva del comerciante, aquella vivienda era pobre y envejecida. A diferencia de la madre de Delyth, cuya dote había incluido ajuar doméstico, la esposa de Colin aportó frascos, ollas y los conocimientos herbales aprendidos de su padre. El pequeño salón apenas tenía una mesa sobre caballetes, un baúl, un banco y dos taburetes. Como comían en casa de Walter, no necesitaban chimenea ni vajilla.

Stephen se volvió hacia la sábana de lana que dividía la estancia.

—Señor, traigo su zapato.

—Pasa —respondió el maestro Colin.

Stephen apartó la manta. La cama de su amo era la única que había visto jamás. Los postes, gruesos y pulidos como troncos,

sostenían las cortinas de lana. Un armazón de tablas robustas encajaba el colchón. A pesar de los meses transcurridos, contemplarla seguía despertando en Stephen la certeza de que algún día tendría una igual.

El maestro Colin estaba sentado, con el gorro de dormir aún puesto y un cojín largo apoyándole la espalda. Las mantas le cubrían la cintura, dejando al descubierto el pecho y los brazos. Tenía ojeras, pero su mirada estaba viva y serena.

—Gracias, muchacho —dijo—. Una vez más me prestas un servicio que no merezco.

Algo cálido brilló en lo más hondo de Stephen.

—Ha sido un placer ayudarle, amo.

Colocó el zapato junto al otro y se enderezó. Entonces vio a la señora Katherine, sentada entre su marido y la pared, aferrando las sábanas contra el pecho. Sus hombros desnudos se cubrían con una melena color miel. Sus ojos marrones destellaban de verde, como los de la madre de Stephen, pero siempre cargados de una risa excesiva que lo incomodaba.

Para huir de aquella diversión silenciosa, Stephen volvió a mirar al maestro Colin. ¿Por qué había hablado con el padre de Delyth y no con él?

El boticario cruzó los brazos e inclinó la cabeza.

—Esta mañana tienes muchas preguntas en los ojos, muchacho. ¿Qué te preocupa?

Stephen se tragó su ansia. Delyth había espiado para él; hablar sería traicionarla. Temiendo que la lengua se le desatara, negó apenas con la cabeza.

El maestro Colin reflexionó, rascándose la barbilla.

—Un hombre que no se atreve a pedir lo que desea su corazón está condenado a una vida de decepciones.

Hizo una pausa, como esperando.

La respiración de Stephen se aceleró. La súplica de convertirse en aprendiz, como Arthur, golpeaba sus dientes. El sentido común lo detuvo. Aquello no era un sueño alcanzable. Para ser aprendiz hacía falta dinero, incluso en los oficios más humildes. Mejor callar y conservar la esperanza que pedir, ser rechazado y vivir sabiendo que jamás llegaría ese día.

Enterró su deseo.

—Tomaré en cuenta sus palabras, maestro —respondió con una voz que le sonó desolada.

—Hazlo hoy mismo —insistió Colin, con un énfasis extraño—. Y recuerda: las segundas oportunidades son raras. Si se te presenta una, nunca la rechaces.

Las campanas de Llynrudd comenzaron a repicar. Colin miró hacia la ventana y luego volvió a sonreír.

—No irás a misa esta mañana. Tú y Arthur acompañad a Helewise. No permitáis que llegue tarde.

—Sí, señor.

Stephen se volvió para marcharse.

—Y, Stephen —añadió el maestro Colin, con tono severo—, deja de dormir vestido. Si no obedeces, tendré que reconsiderar si sigues a mi servicio.

Stephen hizo una mueca.

—Sí, señor.

Cuando bajaba las escaleras, la voz de la señora Katherine resonó:

—Lávate antes de salir. La cara y los dientes. Frotar, no salpicar. Arthur, tú también. Sois los chicos más sucios de Llynrudd.

—Sí, señora —respondió Arthur desde abajo.

La decepción creció mientras Stephen descendía. Se detuvo un instante, apoyando la frente en un escalón. Quizá debía haberlo

arriesgado todo y preguntar. Los milagros existían. ¿Y si aquella había sido su oportunidad?

Suspiró. En el taller, Arthur llenaba la palangana. Stephen saltó los últimos peldaños y se unió a él, sin hallar consuelo alguno en el inicio de aquel día.

Capítulo 11

Llynrudd

Mediados de septiembre de 1173

Las preguntas y preocupaciones de Stephen no se habían disipado en absoluto al terminar la misa. Aun así, él y Arthur salieron de la iglesia a paso ligero, como hacían cada mañana desde hacía meses. Aunque Arthur era casi dos años mayor, ambos tenían la misma estatura y caminaban con idéntico ritmo. El aprendiz lo miró de soslayo; su cabello dorado brillaba bajo el sol matinal, los rasgos bien definidos y los ojos verdes llenos de entusiasmo. A Arthur le encantaba correr y, pese a su complexión robusta, era capaz de mantener un paso constante, una de las pocas cosas en las que lo era.

Esquivando a amas de casa con vestidos azules y velos blancos, y a mercaderes barbudos con túnicas escarlatas, corrieron por Market Lane hasta la casa del maestro Walter, situada en la esquina con la calle de los cordeleros. Una fila de animales de carga se alineaba ahora junto a uno de los lados de la empalizada de mimbre que rodeaba la vivienda. Las bestias, aún cargadas con sacos y cestas, resoplaban impacientes, deseosas de llegar al establo o al pasto.

—Han vuelto —exclamó Arthur, agarrando de pronto a Stephen y deteniéndose tan bruscamente que el maestro Herebert casi tropieza con ellos.

Llevándose un dedo a los labios, el aprendiz dio un salto hasta la puerta y se pegó a la frágil pared. Se asomó al interior con

cautela, mostrando apenas el espacio entre la coronilla y los ojos. Intrigado, Stephen se unió a él, poniéndose de puntillas para mirar por encima de su hombro.

Más animales de carga ocupaban el pequeño patio. Hombres que Stephen no conocía reían y charlaban mientras descargaban las alforjas y las espaldas de las bestias. Parte de la mercancía entraba en la casa; el resto se apartaba para llevarlo más tarde al almacén del río. Stephen dejó que su mirada se demorara en la vivienda del maestro Walter. Se alzaba por encima del patio, más alta que cualquiera de los edificios circundantes. Entre los bloques blancos, los corazones oscuros de las piedras partidas brillaban como metal pulido bajo el sol. El tejado de pizarra relucía como peltre, y aquel resplandor plateado hablaba, para Stephen, de poder e importancia.

Un orgullo silencioso se encendió en su pecho. Pertenecer a la casa del maestro Walter era algo grandioso. Era, sin duda, la más rica de todo Llynrudd.

—Míralo —dijo Arthur con impaciencia, señalando al joven delgado que se encontraba junto a la pequeña construcción cuadrada frente a la casa.

Stephen observó al objeto del desprecio de Arthur. Vestía la túnica verde y las calzas marrones de la casa del maestro Walter. Era bajo y de aspecto casi afeminado, con el cabello tan claro como el de su padre. Jugaba distraídamente con una daga corta, cuyas piedras engastadas en la empuñadura reflejaban la luz. Stephen lo contempló con admiración. Poseer un arma así era señal inequívoca de importancia.

—¿Quién es? —susurró.

—El otro aprendiz del maestro Walter —respondió Arthur con evidente desagrado—. El año pasado, el maestro lo nombró su heredero al comprometerlo con Delyth. Todo el pueblo sabe que lo hizo porque el padre de Katel es uno de los comerciantes más ricos de Londres, pero ahora él cree que puede mandar sobre todos, cuando sigue siendo solo un aprendiz, como yo.

El nombre despertó en Stephen un recuerdo desagradable. Era el mismo que había instado al maestro Walter a no aceptarlo procedente de Dunstar. Katel lo había llamado despojo.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó Delyth, con su voz clara cortando el aire a sus espaldas.

Arthur jadeó, Stephen dio un respingo y ambos se apartaron de golpe de la verja.

—Nada —respondieron al unísono.

Helewise pasó junto a ellos y entró en el recinto.

—Basta de holgazanear, muchachos. Hay trabajo que hacer. Stephen, vuelve de inmediato al taller. No comerás hasta dentro de una hora.

—¿Pero por qué? —protestó él, herido y hambriento, mientras la seguía al interior. Durante todo el verano había comido junto a Arthur, compartiendo banco, bandeja y jarra.

Ella se volvió y le dedicó esa sonrisa especial que reservaba solo para él.

—No es un castigo, hombrecito. Ahora que la casa vuelve a estar llena, no podemos comer todos a la vez. Los amos, con sus aprendices y los sirvientes de mayor rango, comen primero. El resto lo hace después.

Arthur se adelantó para caminar junto a Helewise.

—Por favor, ¿podría Stephen seguir comiendo conmigo? No es más que un niño pequeño.

—¿Qué ocurre, Arthur? —intervino Katel con teatralidad, mientras enfundaba su daga y lanzaba a Stephen una mirada gélida —. Me hiere profundamente que ya no quieras compartir tu comida conmigo.

—¡Katel! —exclamó Delyth con alegría, abalanzándose sobre él y rodeándole la cintura con los brazos—. Puss y yo te echábamos de menos. Ven, quiero enseñarte la cama que le he hecho.

Como siempre, Delyth no preguntó: exigió.

El aprendiz mayor sonrió y se inclinó para darle un breve abrazo.

—En un momento, mi pequeña esposa. ¿Por qué no entras y buscas a Puss? Quiero ver cuánto ha crecido.

—Sí, Katel.

Cuando Delyth se alejó, él se enderezó y miró fijamente a Arthur.

—Y tú, muchacho… —dijo con frialdad—. Solo puedo rezar para que mis ojos me engañen. Pero si has estado en compañía de él —indicó a Stephen con un leve gesto—, tendrás que bañarte todos los días durante un mes para quitarte de la piel el hedor de un bastardo.

Arthur se acercó instintivamente a Stephen, pero él apretó los puños. La ira le ardía en el vientre.

—No soy bastardo —replicó—. Mi padre y mi madre estaban legítimamente casados.

—Deténlo, Katel —gritó Delyth, regresando junto a Helewise—. Haz que se detenga. Stephen es mi amigo.

—Ya basta, señorita —dijo la ama de llaves, con la voz tensa.

—¿Qué es esto? —preguntó Katel, volviéndose hacia ambas, indignado—. Por Dios, sabes que ella es mía. ¡Dime que no le has permitido encariñarse con ese pedazo de basura!

Stephen se sobresaltó y miró a Helewise. Arthur y Delyth hicieron lo mismo. Según la costumbre, la ama de llaves tenía derecho a reprender incluso a los aprendices mayores. En lugar de hacerlo, Helewise inclinó la cabeza, escondiendo el rostro entre los pliegues del tocado.

—Solo he cumplido las órdenes del señor —respondió con humildad.

La reacción desconcertó a Stephen. Él y Delyth apenas se veían: en las comidas, en la iglesia… y, a veces, a escondidas. Nadie

lo sabía. O eso creía.

—Ya me ocuparé de ti más tarde —gruñó Katel—. Llévatela ahora mismo.

Helewise agarró a Delyth por el brazo y la arrastró hacia el edificio delantero. La resistencia de la muchacha redujo el avance a un penoso paso de tortuga.

Katel clavó entonces su mirada en Stephen.

—Si has dicho que eres legítimo, mientes. Ralph de Dunstar te repudió ante todo el pueblo, afirmando que su esposa lo engañó y que no eres más que el bastardo de un noble.

El dolor de aquellas palabras volvió a atravesar a Stephen. Las lágrimas le nublaron los ojos.

—¡Eso no es cierto! ¡No llamarás puta normanda a mi madre!

Katel entrecerró los ojos y se inclinó hacia él.

—Todo esto algún día será mío. Si crees que puedes hacer de este lugar tu hogar, piénsalo de nuevo. No permitiré que el bastardo de una campesina se cuele en nada de lo que es mío.

Se enderezó y alzó la voz.

—¡Escuchad! Por orden del hombre al que su madre engañó, este muchacho será conocido como Stephen el Bastardo a partir de hoy.

La vergüenza y el dolor prendieron una furia ciega en Stephen. Sin pensar en la diferencia de edad o peso, se abalanzó sobre él. Golpeó con fuerza su abdomen, tal como le había enseñado su padre. Katel se desplomó hacia atrás, sin aire, y Stephen se lanzó sobre él, descargando toda su rabia.

Una mano lo sujetó por la túnica y lo alzó en vilo.

—¡No soy un bastardo! —gritó, sollozando.

—Ya basta, Stephen —dijo el maestro Colin con voz serena.

Lo sacudió con suavidad y lo dejó en el suelo. Katel yacía pálido, sangrando por la nariz, las marcas de los golpes destacando en su rostro. Arthur dio a Stephen una palmada de apoyo. Desde la puerta, algunos reían; los guardias domésticos murmuraban elogios. Delyth seguía forcejeando con Helewise.

Katel se incorporó, humillado.

—Haré que te desuellen —amenazó—. No, mejor aún: iré al sheriff y haré que te expulsen de Llynrudd.

Las piernas de Stephen temblaron.

—Cállate, Katel —intervino Colin—. No te corresponde decidir el castigo. ¿Qué hiciste para provocarlo?

—No importa —replicó Katel—. Es solo un sirviente.

—Aunque así fuera —respondió Colin—, sabes que el maestro Walter no gobierna su casa de ese modo.

Katel sonrió con arrogancia.

—No permitiré que me reprenda alguien que no puede permitirse comprar su propio oficio. Si te interpones, haré que tú también desaparezcas.

La certeza brillaba en su mirada.

Stephen se apoyó en el maestro Colin mientras la magnitud de lo que había hecho se le clavaba en el alma. Katel era el heredero del maestro Walter a través de Delyth, lo que lo convertía en algo parecido a un hijo. Sin duda, el maestro Walter escucharía cualquier cosa que Katel dijera. En un solo instante de furia ciega, Stephen no solo había avergonzado a Colin el boticario y puesto en peligro todo lo que apreciaba, sino que también había comprometido la seguridad de su amado maestro. Las lágrimas comenzaron a brotarle de los ojos y se limpió la nariz con la manga.

—Maestro, le pido perdón —consiguió decir.

El maestro Colin le sonrió y le pasó una mano por la espalda, tranquilizándolo.

—¿Qué es todo este alboroto? —bramó el maestro Walter al salir por la puerta del edificio delantero.

El comerciante de especias luchaba por colocarse una bata de brocado azul demasiado estrecha sobre la camisa que se había puesto a toda prisa. Su brillante cabello rojo sobresalía en todas direcciones bajo el gorro de dormir. Tenía las piernas desnudas y calzaba unos zuecos, también demasiado pequeños.

—¡Papá! —gritó Delyth con alegría, soltándose de Helewise para lanzarse hacia él.

Con una risa igualmente jubilosa, el maestro Walter alzó a su hija en brazos.

—¡Poppet! Te echaba de menos.

—Aún dormías cuando nos fuimos esta mañana —le dijo Delyth, acurrucándose contra su hombro—, y Helewise no me dejó despertarte. Papá, Stephen es mi amigo. No permitas que Katel le haga daño ni que lo eche —le suplicó, con los brazos apretados alrededor de su cuello.

—¿Hacerle daño? ¿Echarlo? —repitió el maestro Walter, mirándola con sorpresa antes de fijar la vista en Katel, magullado y ensangrentado.

Frunciendo cada vez más el ceño, cruzó el patio a grandes zancadas para reunirse con el prometido de su hija, haciendo equilibrios con Delyth en brazos mientras intentaba cerrarse la bata para protegerse del aire fresco de la mañana.

—¿Qué está pasando aquí, Katel?

La ira desapareció del rostro del joven, sustituida por la expresión dolida y confusa de una víctima inocente.

—Maestro Walter, este muchacho me atacó. Como no es más que un sirviente, le dije que estaba despedido, como ocurriría con cualquiera que levantara la mano contra su superior.

—No lo heches —suplicó Delyth de nuevo.

Su padre la dejó en el suelo con suavidad y llamó a Helewise con un gesto.

—Llévala dentro.

Delyth abrió la boca para protestar, pero el maestro Walter negó con la cabeza.

—Haz lo que te digo o no te daré lo que te he traído.

La ilusión por el regalo luchó con la decepción en los ojos de Delyth. La avaricia venció. Permitió que Helewise la condujera hacia el interior del edificio delantero.

—Ve con ellas, Arthur —ordenó el maestro Walter a su aprendiz más joven.

Mientras Arthur obedecía con lentitud, el comerciante de especias recorrió con la mirada a los hombres que observaban la escena.

—¿No tenéis nada que hacer esta mañana?

El patio se llenó de movimiento cuando los sirvientes regresaron a sus tareas. Una vez recuperada cierta intimidad, el maestro Walter se volvió hacia el prometido de su hija.

—Katel, ¿qué motivo tenía el muchacho para atacarte?

La pregunta fue directa, casi cortante.

Katel suspiró, como si lo invadiera un profundo arrepentimiento.

—Quizá la culpa sea mía, maestro. Descubrí que se hacía pasar por legítimo cuando en realidad es bastardo. Fue una imprudencia insistir en que dijera la verdad sobre su nacimiento.

Inclinó la cabeza, como si reconociera un pecado del que ya se había absuelto.

Stephen abrió la boca, atónito. Katel estaba tergiversando los hechos. Se irguió, dispuesto a defenderse, pero el maestro Colin le apretó el hombro. Cuando Stephen lo miró, el boticario negó con la

cabeza, pidiéndole silencio. A pesar del impulso de protestar, Stephen obedeció.

—¿Fue una imprudencia? —repitió el maestro Walter, posando su gran mano sobre el hombro de Katel—. ¿No dijiste nada para provocarlo?

—No hice nada malo —protestó Katel, echando la cabeza hacia atrás—. Fue él quien me atacó.

—Eso parece —respondió el comerciante de especias, observando la sangre seca y los moratones del joven—. Y, por lo visto, te devolvió con creces el insulto que creía haber recibido. Un castigo adecuado para quien se burla de la ascendencia de otro. —Arqueó las cejas con severidad—. La ventana del dormitorio está abierta, Katel. Te he oído.

Katel lanzó una mirada furiosa a Stephen y luego inclinó la cabeza.

—No es más que un sirviente, maestro. Hiciera lo que hiciera, no debería haberme atacado. Si algo de lo que dije le molestó, debería habérselo comunicado a usted.

—En eso tienes razón —admitió el maestro Walter—, pero te pediré que tengas paciencia con él y que lo perdones por mi bien. Aún no lleva suficiente tiempo en la casa para conocer nuestras normas.

Luego se volvió hacia Stephen.

—Stephen de Dunstar, creo que tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi.

Stephen carraspeó y trató de recitar las palabras que había ensayado durante semanas.

—Mi agradecimiento, amo Walter, por acogerme en su casa…

Las frases se le secaron en la boca y se quedó mirándolo, cohibido.

—Eres bienvenido, Stephen —respondió el amo, aceptando esas pocas palabras como agradecimiento suficiente—. ¿Te gusta la botica?

Katel alzó la cabeza.

—¡Tenía que estar en la cocina! ¿Qué hace en la botica?

El maestro Walter lo silenció con un gesto y esperó la respuesta de Stephen.

—Sí, maestro. Hay mucho que aprender. Aunque aún debo esperar su permiso para llevar las cuentas, ya mantengo el inventario. —Se tocó la sien—. También he memorizado los nombres y lugares de cada remedio, para no confundir los frascos. Arthur me ha enseñado que los nombres están formados por letras distintas.

Desde el otro lado del patio, Arthur agitó los brazos frenéticamente, horrorizado. Stephen se calló al instante; había olvidado que estaba prohibido compartir conocimientos entre aprendiz y sirviente.

—¿Es así? —preguntó el maestro Walter, sin mostrar desconcierto—. Cada vez me interesas más, Stephen. ¿Qué opinas de la vida entre el clero?

Incluso mientras hablaba, frunció el ceño, como si la idea no le agradara.

Katel se irguió, indignado.

—Maestro Walter, ¿qué lección le da a este muchacho recompensando su violencia con más favores? ¿No basta con que ya le deba la vida?

El maestro Colin volvió a apretar el hombro de Stephen. La advertencia de la mañana anterior brilló en sus ojos. Stephen comprendió, aterrado. Aquella era su segunda oportunidad. No habría otra.

El miedo le oprimió el pecho, pero el deseo fue más fuerte. Cerró los ojos y habló.

—Maestro, no deseo ser clérigo. Deseo ser su aprendiz.

—¡¿Por qué, pedazo de estiércol de buey desagradecido?! —bramó Katel con tal violencia que Stephen se encogió—. ¿Cómo te atreves a pedirle eso al maestro?

—Katel, te estás excediendo —lo cortó el maestro Walter.

El joven quedó inmóvil, rígido de ira.

—¿Deseas ser aprendiz? —preguntó el comerciante de especias a Stephen, como si considerara seriamente la petición.

—Sí, maestro. Más que nada. Seré un buen aprendiz. Cuando sea maestro, le devolveré hasta el último penique.

—Estoy dispuesto a pagar sus honorarios y su manutención —intervino el maestro Colin—. Dedúcelo de mi parte de los beneficios.

—¡No lo harás! —gritó Katel, girándose hacia su mentor—. Si aceptas esta farsa, mancillas el nombre de tu casa. Todos los aprendices de Llynrudd se alzarán contra el bastardo y contra Colin.

El comerciante observó al joven largo rato. Cuando Katel no cedió, su expresión se volvió glacial.

—Esta es la segunda vez que intentas doblegarme por este muchacho. Desaprueba mi decisión si quieres, pero no intentes imponer tu voluntad. Si continúas, sabré que me equivoqué al confiarte a mi hija.

Katel jadeó, pálido.

—¿Cómo puedes preferirlo a él antes que a mí?

El maestro Walter suavizó la expresión.

—Ahí está el problema. Katel, abre los ojos. Este muchacho no es más para mí que Arthur. No soy tu padre, ni Stephen es tu hermano. A ti te he nombrado marido de mi hija, a nadie más.

—No hablaré de esto —dijo Katel, con la voz quebrada—. Buscaré el consejo de mi confesor.

—Es lo más sensato —asintió el maestro Walter.

Cuando Katel salió del patio, el padre de Delyth se volvió hacia Stephen.

—Debes perdonarlo. Es el hijo menor; su padre prefirió siempre al bastardo mayor. Me temo que ve el rostro de su medio hermano en ti.

Sacudiéndose la tensión, posó la mano sobre el hombro del maestro Colin.

—Tienes razón. Este muchacho es inteligente, audaz y valiente. Si tiene fuego para el comercio, diría que tenemos un león entre manos… y yo, un tercer aprendiz.

—¡Maestro! —exclamó Stephen, abrumado de alegría.

El corazón le latía con tal fuerza que creyó desfallecer.

—Te lo has ganado con tu propio esfuerzo —sonrió el maestro Walter—. Colin, no pienses más en el coste. Si quieres compensarme, camina delante de mí. Me siento como un oso bailarín con esta bata.

Rió mientras se acomodaba la túnica.

Cuando ambos comerciantes se dirigieron a la casa, Stephen buscó a Arthur. No al aprendiz, sino al amigo. Lo encontró apartado, con el rostro sombrío.

—¿Estás enfadado porque soy aprendiz? —preguntó con cautela.

—¿Enfadado? —Arthur lo miró sorprendido, y luego triste—. No. Estoy triste. Vas a morir y te echaré de menos.

—No voy a morir —replicó Stephen, alarmado.

—Sí, lo harás —aseguró Arthur con solemnidad—. Ten cuidado, Stephen. No importa cuánto tarde. Katel te matará por lo que ha pasado hoy. Te lo juro.

Capítulo 12

Llynrudd

La hora de las vísperas,

la víspera del día de Santa Inés, 1197

Delyth no se atrevía a apartar la mirada de la pared que tenía delante mientras Stephen se alejaba una vez más de su vida. Al igual que la última vez, aquella despedida la destrozaba. ¿Cómo podía rechazarlo cuando tanto lo necesitaba?

«No, me traicionó una vez. No permitiré que vuelva a hacerme daño», se ordenó, demasiado tarde. Su corazón ya estaba hecho añicos.

Cerró los ojos, como si así pudiera aliviar el dolor, y buscó desesperadamente el escudo del odio. Ya no existía. La afirmación de Stephen, su preocupación por ella, había abierto la vieja herida de su corazón, permitiendo que todo lo que había supurado durante años se desbordara.

Se cubrió el rostro con las manos. ¿Qué clase de tonta seguía amando al hombre que la había utilizado y abandonado con tanta crueldad? Ella, al parecer.

—¡No! —gritó entre sollozos—. ¡No lo amaré! Él me abandonó.

La acusación que antaño había alimentado un rencor ardiente sonaba ahora hueca. Suspiró al comprender que el rescate de Stephen la había convertido en una mentira. El hombre que había arriesgado su vida por ella no era alguien capaz de vender su amor

por unas monedas. Eso era propio de Katel, no de Stephen. Nunca de su Stephen. Él la amaba.

El recuerdo de su abrazo volvió a envolverla, seguido por la certeza de su boca sobre la suya, cada beso proclamando un amor que ella había negado con palabras crueles. La alegría se marchitó. Stephen ya no la amaba; ella misma se había encargado de destruirlo.

Solo entonces comprendió la astucia de su padre al obligarla a casarse lejos de sus deseos. Si Stephen hubiera sido asesinado o castrado —castigos habituales por acostarse con la hija de su amo—, ella habría podido convertirlo en mártir y seguir amándolo. En cambio, su padre debió de colocarlo al servicio de otro hombre y legarle después una suma considerable para sostener la apariencia de traición. Y aun así, no se había fiado del todo. Para impedir cualquier reencuentro, vinculó la herencia de sus hijos a la condición de que ella jamás cometiera adulterio.

Ese pensamiento hizo que la amenaza de Katel resonara de nuevo en su mente. Delyth se estremeció. Que María la protegiera, pero Katel odiaba a Stephen incluso más de lo que despreciaba a su esposa. No se trataba solo de propiedades o de humillación: se trataba de destruirlo.

Tenía que advertirle.

Apretando contra sí los jirones de su vestido, cojeó hasta la entrada del callejón y se asomó a la calle embarrada. Era demasiado tarde. La vía estaba desierta. Los bandidos se habían ocultado y los pobres se habían retirado a sus rincones.

La impotencia la invadió. Las historias de mutilaciones y muertes infligidas a quienes eran acusados de adulterio cobraron vida en su mente. Así quería Katel que murieran. El miedo por ambos hizo que el corazón le golpeara el pecho.

—¡Señora!

El grito resonó entre las casas que flanqueaban la estrecha calle por la que el callejón de los toneleros desembocaba en el enclave de los cereros.

Se volvió, presa de un nuevo pánico. Theobald avanzaba hacia ella acompañado de uno de sus sirvientes. Sin duda alertado por la guardia municipal, Katel pretendía devolverla a casa y retenerla hasta imponerle el destino que había decidido.

Buscó de nuevo el refugio del odio y volvió a encontrarse desnuda y vulnerable. Pensó en huir, pero el impulso se disipó. Estaba magullada, sucia, con la ropa hecha jirones y el cabello suelto. ¿Adónde podía ir?

Theobald se detuvo ante ella, recorriendo con descaro los destrozos de su atuendo. A Delyth se le revolvió el estómago. Subió la mano por el desgarro del vestido para ocultarse, gesto que despertó un brillo malicioso en los ojos de él.

—Veo que algún hombre por fin le ha dado la lección que merecía. He oído que a zorras descaradas como vos les gusta que las tomen con rudeza. ¿Es cierto?

Las palabras reavivaron el recuerdo del ataque del ladrón con una claridad insoportable. La desesperación la arrastró hacia un abismo sin fondo. Su marido deseaba su muerte; había sido atacada y casi violada; y, para colmo, había perdido el amor del único hombre al que había amado. Vivir más allá de aquel día parecía inconcebible.

Theobald hizo un gesto al hombre que lo acompañaba.

—Watt, llévala con el señor —ordenó, dándose la vuelta—. Tengo otros asuntos.

Delyth y Watt lo observaron alejarse hasta que desapareció. Entonces el sirviente se quitó la capa y la colocó con cuidado sobre los hombros de su señora. Sorprendida por aquel gesto, ella lo miró. En su rostro sencillo no había nada salvo la neutralidad de quien cumple con su deber.

Le ofreció el brazo. La llovizna empapaba la manga gris de su túnica. Delyth se apoyó en él y dio un paso; Watt no se movió. Ella lo miró de nuevo.

—Podría darle la espalda, dejar que huyera y decir después que escapó —susurró.

Delyth lo observó, atónita. Aquello significaba una paliza y el despido para él, quizá el hambre.

—¿Por qué me ayudas?

Watt se encogió de hombros.

—Es una deuda por lo que hizo por Aggie, milady. Ella no fue como Leatrice, que buscó su propia ruina. El amo no tenía derecho a forzar a Agnes y luego desecharla. —Su voz se endureció—. Llega un momento en la vida de un hombre en que el honor vale más que el empleo. No solo yo le estaré agradecido.

Por tentadora que fuera la oferta, Delyth negó con la cabeza. No había escapatoria posible. Ni siquiera el convento la protegía ya.

—No tengo adónde ir.

Watt asintió, comprensivo, y caminaron juntos.

Cuando cruzaron el patio del comerciante de especias, Delyth se apoyaba con todo su peso en su brazo. El cuerpo le dolía y el cansancio la consumía. A mitad del trayecto, Katel irrumpió desde el edificio delantero.

—¡Maldito holgazán! ¿Por qué has tardado tanto? —escupió—. Agradece que esté de buen humor o no conservarías el trabajo.

Mientras los hombres obedecían, Katel se volvió hacia su esposa. Alzó el borde del manto y siseó al descubrir la ausencia de la cadena y el destrozo de los vestidos. Le tomó la mano en busca de los anillos y solo encontró cuero gastado y dedos heridos.

La soltó. El golpe fue devastador. Durante un largo instante quedó inmóvil, mientras el viento arrancaba mechones de su cabello

y los azotaba contra su gorra. Luego, un rojo furioso le subió por el cuello hasta teñirle el rostro.

Agarró a Delyth del brazo y la arrastró hacia el cobertizo de la cocina, deseoso de privacidad para desatar su furia. Mientras ella tropezaba, un atisbo de humor negro se abrió paso en su mente. No convenía que los vecinos oyeran al marido más devoto de Llynrudd humillando a su esposa.

La puerta se cerró de golpe tras ellos. La cocina, normalmente rebosante de actividad, estaba sumida en una penumbra cargada de humo. Delyth se apoyó en la mesa de trabajo. El fuego apenas crepitaba bajo las cenizas. Imposible. Jamás se permitía que se apagara.

Se volvió. Las paredes, desnudas de utensilios y provisiones, la observaban mudas. ¿Dónde estaban Wymar y sus ayudantes? El aliento se le cortó al comprenderlo. ¿Eran los hambrientos una amenaza tan grande que la cocina había sido vaciada?

Katel cerró la puerta con un portazo. Un solo paso los dejó frente a frente.

—Estúpida vaca —rugió—. ¿Eres consciente de lo que me has costado?

El agotamiento se apoderó de Delyth mientras se preparaba para lo que sin duda sería una larga sesión de menosprecio. De algo estaba segura: Katel no la golpearía. Al igual que la voluntad de su padre la obligaba a mantenerse virtuosa, él había encontrado la forma de contener la violencia innata de su marido. Tras la denuncia por maltrato, las propiedades que Katel tanto codiciaba —aquellas cuyos alquileres ahora lo mantenían— habían pasado de inmediato a manos de la abadía de Llynrudd.

—¡Gracias a Dios que pronto me libraré de ti! No sabes cuánto me alegra esa idea —continuó él, con una voz cruel y sombría—. Solo cuando te vea de rodillas, suplicando por tu vida, sabré que el orden del mundo se ha restablecido. La justicia se hará por fin cuando me devuelvan todo lo que me robaron.

Delyth inclinó la cabeza. Cerró los ojos para protegerse de su veneno. En lo más profundo de su cansancio, olvidó que no llevaba toca para ocultar el rostro. Katel dio un grito ahogado.

La bofetada fue tan violenta que la hizo girar y caer al suelo. Un zumbido le llenó los oídos. Se desplomó sobre la tierra apisonada, con el sabor metálico de la sangre inundándole la boca al morderse el labio. Rodó de lado y se apoyó en el antebrazo. Al incorporarse un poco, sacudió la cabeza, no tanto para aclarar los pensamientos como por la incredulidad aturdida ante lo que él había hecho.

Su marido se inclinó sobre ella, con el rostro amoratado por la furia.

—¡Que Dios te condene al infierno por la mujer arrogante que eres! ¡Me escucharás cuando te hable!

Delyth lo miró desde el suelo.

—Me has golpeado —dijo, aún demasiado aturdida para sentir otra cosa.

Katel se quedó rígido. Tras la ira surgió una preocupación frenética al comprender lo que había hecho. Sus ojos se posaron en la mancha roja de su mejilla, evaluando si quedaría marca. El temor se disipó al ver los arañazos y los moretones que ya cubrían su rostro.

—¿Y qué? —murmuró—. Pronto todo el pueblo sabrá que te han maltratado. Nadie sabrá quién causó los golpes.

Protegido por las heridas previas, una impaciencia nueva y maligna brilló en sus ojos. Cerró los puños. El miedo se apoderó de Delyth. Si empezaba de nuevo, años de odio lo empujarían a continuar hasta borrarla por completo. Luego diría al mundo que habían sido las lesiones del ataque de los alborotadores las que la habían matado.

En su agotamiento y desesperanza, una calma extraña la envolvió. Bajo su influjo, su alma se abrió y contempló con

decepción a la mujer que había sido.

Qué niña tan egoísta. Solo una vez en su vida Walter de Llynrudd había negado la voluntad de su hija: cuando le arrebató ay la obligó a casarse con Katel. En lugar de aceptar ese destino y hallar en él la felicidad posible, había elegido la ira, odiando todo lo relacionado con la vida que su padre le había dado. Suspiró. El único a quien no había dañado con ello era el señor al que había querido castigar de forma infantil.

—Suplica —exigió Katel, dispuesto a representar el último acto de aquella farsa oscura—. Quiero oírte pedir clemencia.

Ella alzó la mirada, tan sorprendida por la revelación de sí misma que habló sin pensar.

—¿Sabes en qué estoy pensando, Katel?

En aquel estado extraño, su voz sonó serena, casi reflexiva. Su marido parpadeó, desconcertado. De todas las reacciones posibles, esa no era una.

—Pienso que nuestro hijo merecía algo mejor que yo, una madre más atenta a sus necesidades que a odiar y herir a todos a su alrededor. Me arrepiento de mi egoísmo. En mi empeño por vengarme del mundo por agravios que creía reales, me privé de lo bueno que tenía. Engañé a Peter y —sacudió la cabeza con pesar— te negué lo que toda buena esposa debe a su matrimonio.

Katel parpadeó con rapidez. Sus puños se aflojaron y dio un paso atrás. Tal vez hubo un instante de ablandamiento en su mirada, pero se desvaneció al momento, si es que existió. Se tensó de nuevo; ella casi podía ver sus pensamientos girar, buscando trampas en aquellas palabras.

En ese instante, la campana de la puerta sonó con urgencia. No satisfecho con un solo aviso, quien tiraba de la cuerda insistió hasta convertir el tintineo en un clamor desesperado.

—¡Maestro Katel, maestro Katel! El consejo solicita su presencia de inmediato. ¡Hay nuevos problemas!

La llamada encendió en Katel un brillo triunfal que desterró tanto el deseo de golpearla como la inquietud provocada por sus palabras.

—No, no te saldrás con la tuya —escupió—. No ahora, a solo unos días de culminar mi venganza. En realidad, debo agradecerte la distracción. Quiero que sigas viva para que puedas gritar tu inocencia mientras mueres. Eso será lo que más disfrute.

Se giró para marcharse, pero se detuvo y volvió la cabeza.

—Cómo me reiré al veros morir a ti y a ese bastardo por algo que no habéis hecho.

La campana seguía sonando.

—¿Hay alguien ahí? —gritó el mensajero.

Con un gruñido, Katel abrió la puerta de la cocina de par en par.

—¡Que alguien responda! —vociferó hacia la casa.

Mientras salía al patio, descargó su furia sobre quienes estaban a su alrededor.

—¿Qué os pasa, idiotas? ¿Esperáis que el amo abra la puerta como un lacayo? Juro que os desollaré y daré vuestra carne a los cerdos. Ahora, venid y cerrad la puerta detrás de mí.

Delyth permaneció tendida donde había caído. Ordenó a su cuerpo levantarse, pero ningún músculo respondió. Se acomodó, colocando el codo bajo la cabeza para proteger el rostro del suelo frío y duro, y cerró los ojos.

Descansaría solo un momento. Luego llamaría a alguien para que avivara el fuego y calentara agua para bañarse. Pero no ahora. Mientras el sueño la vencía, una sensación extraña, casi divertida, se apoderó de ella, fruto sin duda de la histeria. Al fin y al cabo, morir bien podía valer la pena por aquella expresión absurda en el rostro de Katel.

Capítulo 13

Llynrudd Finales de abril de 1174

-Vaya, qué buena pinta tienen, —comentó Philip mientras sacaba del horno las empanadas de carne, doradas y crujientes, con la pala de madera de mango largo y hoja plana.

Delyth aguardaba con orgullo la llegada de las pequeñas empanadas humeantes. Las había hecho casi todas ella sola, desde picar y guisar el relleno hasta mezclar, amasar y sellar la masa.

Bueno, casi todas.

Philip no era tan estricto como Helewise a la hora de obligarla a hacerlo todo sin ayuda. Era una lástima que papá se perdiera aquel primer triunfo como señora de la casa. Ya había partido en sus viajes de verano y, ese año, había dejado a Katel atrás para que se ocupara de los asuntos locales. Ahora le correspondía a ella aprender las tareas domésticas.

Papá se había enfurecido por el intento del hermano Mathias de golpearla, jurando que no necesitaba más instrucción que la que Helewise podía darle. Aun así, Katel seguía presionándolo con insistencia, hablando ahora de un convento cercano y de cómo las monjas estaban dispuestas a educar a las hijas de los comerciantes igual que a las mujeres nobles.

Philip se giró y dejó que las empanadas resbalaran de la pala hasta la gruesa mesa. El corazón de Delyth se encogió. No tenían buen aspecto en absoluto. Solo dos parecían empanadas; las demás tenían cualquier forma menos la de una media luna. El cocinero

levantó una ceja y se llevó una mano a la cadera al ver su expresión abatida.

—Vamos, no puede esperar perfección en el primer intento. La próxima vez saldrán mejor.

¿La próxima vez? ¿Tendría que volver a hacerlo?

Ser la señora de la casa era agotador. Estaba harta de que se esperara de ella que repitiera una y otra vez la misma tarea. Su ánimo decayó todavía más al pensar que, terminada la lección de cocina, ya no tendría excusa para evitar a Helewise y la pila de ropa para remendar que la aguardaba. El resto del día lo pasaría cosiendo, deshaciendo puntadas bajo la mirada crítica de la ama de llaves.

—Verá —continuó Philip con tono conciliador mientras daba la vuelta a las empanadas—, la apariencia no lo es todo en la cocina. También cuenta el sabor. Dele una a Tom y compruebe si le parecen tan buenas como las mías.

Al oír su nombre, el tonto levantó la cabeza de las gallinas que estaba desplumando y frunció el ceño con gesto interrogativo.

—Tienes que probar una y decirle a nuestra pequeña señora qué tal lo ha hecho, Tom —indicó su padre.

Tom frunció aún más el ceño ante la importancia de la tarea, pero asintió con solemnidad.

Delyth cruzó la estancia con una empanada caliente y se la ofreció. Tom dio un mordisco, lo movió de un lado a otro en la boca mientras se enfriaba y, por fin, tragó.

—Bueno —dictaminó con un simple asentimiento antes de seguir comiendo.

Una luz triunfal inundó el corazón de Delyth, que soltó un pequeño grito de alegría. Sabía cocinar. Regresó a la mesa y probó la más fea de todas. No solo estaba buena, era deliciosa.

—Philip, ¿puedo llevar estas dos a Helewise? —preguntó, señalando las más perfectas.

—Te las daré todas —respondió el cocinero mientras las envolvía en un paño—. Cuando termines de admirarlas, dáselas a Arthur y a Stephen.

—¡No! —exclamó ella de inmediato.

Aunque a Philip no le preocupaban las formas irregulares, Arthur y Stephen se burlarían sin piedad.

—Vamos, pequeña señora. No puede quedárselas todas. Además, será una bendición dar de comer a esos muchachos. Nuestra comida ya se ha retrasado bastante.

Al verla dudar, Philip sonrió.

—Arthur aparecerá en cualquier momento para pedirme algo de comer. Siempre vuelve hambriento de la abadía. Seguro que traerá a Stephen con él; se han ido juntos a clase esta mañana. Si les dáis de comer, podré terminar la comida.

Aquello la llenó de orgullo. Philip consideraba su trabajo lo bastante bueno como para alimentar a quienes servían a su padre. Mejor aún, podría retrasar su regreso a la casa y a las tareas domésticas.

—Haré lo que me pides, Philip —dijo, esforzándose por sonar autoritaria.

—Gracias. Póngase la capa y vaya.

La lluvia intermitente del día se había convertido en una llovizna persistente que empapaba cuanto tocaba. Delyth cruzó el patio con cuidado de no manchar el dobladillo, pensando en Stephen y en la escuela. En el mismo arrebato de ira que había puesto fin a su educación, papá había decidido enviar a Arthur a los benedictinos. Stephen también quería ir, pero papá había insistido en que esperara hasta cumplir once años. Eso había sido ayer. Aquella mañana, Stephen había partido hacia la abadía con Arthur, con su propia tablilla de cera y su estilete en la mochila.

En la puerta eligió un rincón seco y mordisqueó una empanada mientras observaba el ir y venir del camino. Caballos y carros lo habían convertido en un mar de barro; los peatones avanzaban con dificultad, las capas oscurecidas por la humedad. Un ratón pasó anunciando el sabor extraordinario de su queso.

Los minutos se estiraban como horas y los muchachos no aparecían. La impaciencia crecía y le costaba mantenerse dentro del recinto. No era el miedo a su reputación lo que la retenía junto a la valla, sino la amenaza de otra ronda de orinales.

Solo cuando estuvo segura de que se retrasaban demasiado se atrevió a salir al camino. Con las manos en las caderas, miró hacia la abadía. En ese instante, Arthur dobló la esquina como si los demonios lo persiguieran. Se abrazaba a sí mismo para no caer. Tenía el pelo cubierto de barro, la piel lívida, la nariz sangrando y un corte en la frente. La túnica estaba rasgada y le faltaba un zapato.

—¡Helewise! —chilló Delyth mientras corría de vuelta al recinto.

Arthur entró tras ella y se detuvo, jadeante.

—Cuando me soltaron, aún tenían a Stephen. Alguien tiene que salvarlo.

Un calor abrasador le recorrió el cuerpo. Stephen era su responsabilidad.

—¿Dónde?

—En el mercado de la abadía —gritó hacia Helewise antes de romper a sollozar.

Delyth salió disparada. Corrió por la calle de los cordeleros, atravesó el enclave de los cereros y un callejón hasta desembocar en la explanada del mercado de la feria. Se detuvo bajo el cielo gris, aún con el saco de empanadas bien sujeto.

El terreno estaba embarrado en partes y salpicado de narcisos en otras. Stephen no se veía por ninguna parte. En una esquina, cuatro aprendices se agrupaban en murmullos: dos de los bataneros, uno del carnicero y otro de Herebert, el cordelero.

La ira le hirvió en la sangre. Corrió hacia ellos y apenas frenó antes de asestar la primera patada. El mayor de los bataneros gritó cuando la suela endurecida le dio en la espinilla.

Intentó abalanzarse sobre el chico del carnicero, pero él la sujetó por los brazos.

—¡Basta!

—¡Le habéis hecho daño a Stephen! —gritó, pataleando.

—¡Él pegó primero! —protestó el más joven del curtidor, con sangre en los labios.

—Fue una pelea justa —añadió el aprendiz de Herebert.

—Uno contra cuatro —replicó el mayor del curtidor, avergonzado.

—Eran dos —objetó el del carnicero.

—¿Cuentas a ese bebé llorón? —se burló otro—. ¿Qué habéis hecho con él?

—¿Con quién, con el bastardo o con Arthur? —preguntó el del carnicero.

—Stephen no es un bastardo —replicó Delyth.

—Que me condenen si lo sé —dijo el mayor, fanfarroneando.

—Arthur se fue por un lado y él por otro.

Delyth lo supo al instante. Stephen estaba en su escondite.

—Suéltame —ordenó al chico que aún la sujetaba.

—Promete que no me pegarás.

Recordó las palabras de Stephen sobre los juramentos. Esta vez pensaba cumplirlo. Se llevó la mano al corazón, el saco de empanadas golpeándole el pecho.

—Lo prometo.

Él la soltó. Delyth se volvió hacia la compuerta de Llynrudd y el almacén de su padre. Detrás de ella, Anselm murmuró:

—Nunca volveré a llamarlo bastardo, ni aunque Katel me pague.

El nombre la hizo detenerse. ¿Katel?

Frunció el ceño, confundida. Katel siempre había sido amable con ella. Todos decían que era afortunada. Todos menos Emmalina, que solo estaba celosa.

—¡Tonto! —espetó el aprendiz de Herebert al más joven—. Se va a casar con Katel. Si le cuenta esto, nos matará.

—Prometo no decir nada —ofreció Delyth.

Las miradas se volvieron hostiles.

—La palabra de una mujer no vale nada —siseó el del carnicero —. ¿Cómo nos aseguramos de que cierre la boca?

Herida y alarmada, Delyth echó a correr hacia la compuerta. A mitad de camino miró atrás. La perseguían.

Pasó junto al montículo de la fortaleza, aplastando narcisos, y se internó entre los sauces. Forzó el paso hacia el escondite.

—Apártate, me siguen —susurró.

Stephen le hizo sitio. Se metió jadeando y aguardó en silencio hasta convencerse de que no la habían seguido. Entonces lo miró.

Tenía un ojo amoratado, la mandíbula hinchada, las calzas rotas en las rodillas y los nudillos en carne viva.

—¿Te duele? —susurró.

—¿Tú qué crees? —replicó, apartando el rostro para ocultar las marcas de las lágrimas.

Ella bajó la mirada con tacto. El saco de empanadas había sobrevivido intacto. El hambre le rugía en el estómago. Desató el nudo y el aroma a masa recién horneada llenó el escondite.

Stephen se inclinó, olvidando el llanto. Ella le tendió una de las dos más bonitas. Su expresión se suavizó al probarla.

—¿De dónde las has sacado?

—Las he hecho yo.

Gruñó aprobadoramente. Delyth tomó la otra bonita para ella y, cuando él terminó, le dio una de las feas.

Mientras comía, miró al otro lado del hueco hacia el almacén de su padre. La tablilla de cera de Stephen yacía apoyada contra la pared, como si la hubieran arrojado sin cuidado. Aquello que había comenzado el día como una pieza entera estaba ahora partido en dos. Inclinándose hacia delante, recogió ambas partes y las juntó, como si pudiera obligarlas a unirse.

Los garabatos de Stephen, convertidos ya en letras reconocibles, cubrían la superficie lisa. Delyth alzó un dedo y siguió algunas de las marcas. De pronto, tuvo la certeza de que había cometido un error al desear abandonar la escuela para someterse a la tutela de Helewise. Rascar formas en la cera resultaba, sin duda, más sencillo que repararla.

—¿Has roto la tablilla? —preguntó, dejando las piezas a un lado del escondite.

—No —respondió Stephen con un hipo de angustia mientras atacaba un tercer pastel—. Fueron los otros muchachos. O quizá Arthur la pisó cuando escapó. Da igual cómo se rompiera, está destrozada. ¿Y si por esto el maestro Colin me prohíbe ir a la abadía? ¿Y si tengo que esperar hasta que regrese tu padre?

Delyth frunció el ceño, pensativa.

—Podría decirle que Anselm, el chico del batanero, aseguró que no volvería a pelear contigo. Sí, eso es lo que haré. —Asintió para sí—. Anselm debería ser castigado, no solo por atacarte, sino porque mintió al decir que Katel le había ofrecido algo a cambio.

Stephen se atragantó. Cuando logró tragar, se volvió hacia ella con los ojos encendidos.

—Sabía que había sido Katel —exclamó—. Si no, ¿cómo iban a llamarme bastardo unos muchachos que no saben nada de mí?

Delyth negó con la cabeza y lo miró con firmeza.

—Katel no ha hecho esto. Es bueno y amable. Todas las chicas lo dicen.

Stephen entrecerró los ojos, desdeñoso.

—¿Y qué saben ellas de los hombres y de sus rencores? Katel me odia porque el señor Walter se interesa por mí. Me quiere muerto. Ya me ha tendido trampas dos veces en la tienda, intentando hacer creer que he cometido errores cuando no fue así.

El estómago de Delyth se revolvió. Cuando Stephen fue a por otro pastel, ella le tendió la bolsa. Sus pensamientos escaparon de sus labios sin que pudiera detenerlos.

—Helewise dice que el deber más importante de una señora es proteger a quienes viven en su casa. Si yo soy la señora, entonces debo protegerte. Se lo diré a papá cuando vuelva.

—¡No! —Stephen palideció—. No le dirás nada a nadie. Si lo haces, el señor Colin podría salir perjudicado.

Delyth enderezó los hombros al añadir al boticario a la lista de personas que debía proteger.

—¿Cómo podría Katel hacer daño al señor Colin, si es un hombre adulto y amigo de papá?

—No lo entiendes. Katel es tu prometido y, por tanto, el heredero de tu padre. Tiene influencia sobre él. ¿Y si le pidiera que se deshiciera del señor Colin? Tendría que marcharse de Llynrudd.

Aunque Delyth no creía que su padre fuera capaz de eso, Stephen estaba convencido. Y si ella se había equivocado al juzgar a Katel, ¿no podía equivocarse también en esto?

—Entonces prometo no decirle nada a papá.

Stephen asintió, visiblemente aliviado. Delyth sonrió. Le gustaba que él confiara en su palabra cuando otros la despreciaban. Stephen siempre la hacía sentir especial, incluso más que Arthur.

La risa de una muchacha llegó con la brisa húmeda, seguida por la voz apagada de un hombre. Ambos se inclinaron para mirar entre las ramas de los sauces.

Delyth contuvo el aliento al reconocer a Emmalina. Tras ella apareció Katel.

—No te preocupes tanto —decía él—. No habrá nadie en el almacén. Está vacío hasta que el señor Walter envíe las primeras compras.

Emmalina rió y se apoyó contra él. Delyth sintió un nudo en el estómago. Katel era suyo. La criada no tenía derecho a tocarlo.

Katel inclinó la cabeza y rozó los labios de la muchacha. Delyth se apartó, asqueada. A su lado, Stephen se estremeció.

Iba a darse la vuelta cuando nuevas voces resonaron cerca del almacén. Katel y Emmalina se separaron de un salto. Eran el maestro Colin y Helewise.

El rostro del boticario se ensombreció al verlos. Aceleró el paso y agarró a Katel por la túnica.

—¡Inútil! —rugió—. ¡Arthur ha vuelto golpeado y Stephen no ha regresado!

Delyth miró a Stephen. Él negaba con la cabeza, suplicante. El corazón de ella se encogió por el boticario, que siempre le permitía estar en su taller.

—Llévate a la criada y vete a casa —ordenó Katel.

Helewise inclinó la cabeza, pero su postura tensa lo decía todo. Delyth comprendió, al fin, que la ama de llaves detestaba a Katel.

—No puedo volver hasta encontrar a la señora Delyth —respondió Helewise con calma.

—Haz lo que dice —intervino el maestro Colin—. Delyth está buscando a Stephen. Estará a salvo.

El odio brilló en los ojos de Katel.

—¡Es mía! No permitiré que pase tiempo con ese bastardo.

Delyth apretó el brazo de Stephen. Él le devolvió una sonrisa agradecida.

—Emmalina, ven —dijo Helewise.

El tono heló el aire. La criada rompió a llorar antes de seguirla. Se oyó una bofetada. Luego, sollozos que se alejaban.

Delyth cerró los ojos. No quería oír lo que vendría después.

—Tú ordenaste que golpearan a Arthur y a Stephen —acusó el maestro Colin.

—Mientes —replicó Katel.

—No necesito pruebas de un niño —respondió el boticario—. Te he visto. Tu alma se ennegrece.

Katel lo empujó, fuera de sí.

—¿Sabes lo que es ver a tu padre preferir a otro? Ese bastardo me roba lo poco que me queda.

—Así que lo planeaste —dijo el maestro Colin.

Katel se limitó a alzar una ceja.

—¿Puedes probarlo?

—Puede que no —repuso el boticario—, pero Walter lo sabrá.

—No puedes hacerme daño —sonrió Katel—. ¿A quién crees que creerá?

—Algún día caerás en tus propias redes —sentenció el maestro Colin antes de marcharse.

Cuando Katel se alejó, Delyth lo supo. Stephen tenía razón. Katel no solo quería destruirlo a él, sino también al maestro Colin. Cuando su padre regresara, rompería el compromiso.

La niebla se convirtió en lluvia. Delyth miró a Stephen. Las lágrimas le empañaban los ojos. Él le rodeó los hombros con el brazo.

Atrapados en la misma preocupación, se abrazaron en el escondite. Solo cuando se acabaron los pasteles y la lluvia arreció salieron de allí y regresaron en silencio a la casa de su padre.



Delyth se despertó sobresaltada, con el aliento entrecortado por el pánico que le había dejado el sueño. Aunque sabía que no era más que producto de su imaginación, le había parecido demasiado real. Permaneció inmóvil sobre el catre, dejando que las imágenes se ordenaran hasta darles sentido. En su sueño, Katel la había atacado, no el hombre amable y atento que había sido, sino el otro, el que había visto en la orilla del río.

Exhaló despacio, expulsando el miedo que aún le oprimía el pecho. No había motivo para temer a Katel, al menos no en ese momento. Lo más probable era que ni siquiera se encontrara en la casa. Al no aparecer para la cena, Delyth había preguntado por él a Helewise. La ama de llaves le respondió que Katel había salido a "empapar su orgullo", fuera lo que fuera que eso significase, y que probablemente pasaría la noche entera en ello.

Ya completamente despierta, dejó vagar la mirada por la habitación, encontrando consuelo en su paisaje nocturno habitual. En la pared del fondo, una gruesa vela de noche, colocada en un alto soporte de hierro, proyectaba un saludo cálido y amarillo. Su luz escasa hacía que los baúles de su padre —los que contenían la ropa de ambos— parecieran encogerse hacia su rincón como enormes gatos sombríos, acurrucados uno junto al otro. Ese pensamiento la llevó a agacharse para acariciar a Puss, que dormía entre sus piernas. El gato respondió con un breve ronroneo y luego se apartó, esquivando su mano.

Delyth miró el espacio vacío donde solía estar la cama de su padre. Helewise siempre la desmontaba y guardaba para protegerla mientras él viajaba. Una oleada de añoranza la atravesó. Si papá

estuviera allí, podría contárselo todo, incluso a pesar de la promesa hecha a Stephen. Sabía que él guardaría su secreto y la aconsejaría.

Su mirada se desplazó hasta el jergón de Helewise, cerca de la puerta. La ama de llaves no era más que un pequeño bulto bajo las mantas. Delyth pensó en confiar en ella, pero desechó la idea. Si el señor Colin no podía hacer nada para proteger a Stephen, tampoco podría hacerlo Helewise, que carecía de su autoridad. No, solo su padre tenía poder suficiente para frenar a Katel.

Desde los jergones del suelo, las criadas murmuraban en sueños. Estaban inquietas por la repentina marcha de Emmalina, sin saber con certeza por qué había sido despedida. Delyth se giró sobre un costado para observarlas por encima del borde de su catre. Dormían de dos en dos, abrazadas, buscando calor y consuelo.

Había sido difícil no contarles lo que sabía y convertirse así en el centro de su atención, pero aquel día la había cambiado. Ya no era una niña que confiaba ciegamente en lo que veía. Era la señora de aquella casa, responsable de proteger a quienes estaban bajo su techo. Además, si hablaba, alguna de ellas se lo diría a Helewise, y eso podría poner en peligro tanto a Stephen como al señor Colin, además de acarrearle un castigo por espiar.

Entonces, de pronto, vio la solución. Había una persona a la que podía contarle todo.

Si le decía a Katel lo que sabía, podría negociar con él y garantizar la seguridad de aquellos a quienes amaba.

Antes de que pudiera arrepentirse, Delyth se deslizó fuera del catre y se puso la camisa. Avanzó de puntillas para no pisar a las criadas y se dirigió hacia la puerta. Puss se levantó y la siguió.

Helewise se removió.

—¿Adónde vas, pequeña señora? —preguntó con voz adormilada.

—Al retrete —mintió Delyth.

—Usa el orinal.

—No —protestó en un susurro—. Apesta.

Helewise gimió, cansada, y le colocó las mantas sobre los hombros.

—No despiertes a toda la casa al dejar caer la barra esta vez y vuelve enseguida, ¿me oyes?

—Sí. Gracias, Helewise.

La ama de llaves respondió con un suspiro.

Delyth se detuvo en el vestíbulo. Puss aguardó a sus pies, atento a los movimientos de su ama. Agradecida por su compañía, observó la gran sala. Con la ausencia de muchos de los sirvientes varones, que habían partido con su padre, el espacio resultaba inquietantemente vacío. Buscó consuelo en la presencia conocida de los baúles de su dote. La oscuridad no le permitía distinguirlos, ni siquiera el latón del cofre color óxido, pero los conocía de memoria: el ribeteado en latón más cerca de la puerta, luego el verde, después el marrón y el azul.

Con el ánimo reforzado, avanzó hacia la chimenea, el lugar asignado a Katel para dormir, acorde con su rango. Las brasas, últimos restos del fuego del día, iluminaban tenuemente la silueta de su prometido, cubierto por una manta, tendido en su jergón.

Inspiró con inquietud y se deslizó pegada a la pared. Al llegar a su lado, se arrodilló y frunció la nariz. Olía intensamente a cerveza. ¿Eso era "empapar su orgullo"?

Puss se sentó junto a ella, con la cola bien recogida alrededor de las patas, expectante.

Un mechón de cabello pálido caía sobre el rostro de Katel. Delyth se lo apartó con cuidado. Él se removió y suspiró, pero no despertó. Dormido, parecía distinto, casi tan joven e inofensivo como Stephen. Resultaba difícil temerle.

—Despierta, Katel —susurró, empujándolo suavemente—. Despierta.

Él abrió los ojos con lentitud.

—Vaya, si es mi pequeña esposa —murmuró, arrastrando las palabras—. La misma que vaga sin escolta por Llynrudd en compañía de un bastardo.

Delyth frunció el ceño.

—Stephen no es un bastardo.

Katel arqueó las cejas, irritado.

—Te ensucia la boca decir su nombre así —gruñó, esforzándose por articular—. Vuelve a pronunciarlo y haré que le den una paliza por acercarse a ti.

La indignación se mezcló con el miedo. Delyth apoyó las manos en el suelo para levantarse. Nunca debió haber venido.

Entonces la expresión de Katel se aclaró un poco.

—Espera, Delyth. Perdóname. Esta noche no soy yo mismo.

Su voz volvió a sonar como la del hombre amable que ella conocía. La duda se instaló en su mente. Quizá lo del almacén no había sido más que un desliz. Ella se relajó y esbozó una sonrisa.

Katel se la devolvió y le acarició la mejilla.

—Primera lección sobre los maridos —murmuró—. Nunca menciones a otro hombre ante ellos. Ahora dime, ¿qué haces aquí a estas horas? ¿Dónde está Helewise? ¿No te ha advertido de lo impropio que es venir sola donde duermen los hombres?

La ira despertó en ella ante ese intento de control. Era el momento.

—He venido a decirte que sé la verdad —dijo con firmeza—. Tú ordenaste a esos muchachos que hicieran daño a Stephen.

Katel se incorporó de golpe. Delyth retrocedió, alarmada.

—Guárdate tus mentiras —advirtió él con frialdad, y en su voz no quedaba rastro de amabilidad.

—No miento. Oí a los chicos en el mercado. Dijeron que tú les diste la orden.

Katel eructó. Sus ojos brillaban en la penumbra. Puss, aprovechando el regazo cálido, trepó sobre sus piernas. Katel le acarició la cabeza de forma automática. El gato respondió con un ronroneo intenso.

—Si estás tan segura —dijo por fin—, ¿por qué no se lo has contado a Helewise?

Delyth reconoció el inicio de la negociación.

—Porque quiero hacerte una oferta. Guardaré silencio a cambio de un precio.

—¿Cuál?

—Promete que nunca volverás a hacer daño a Stephen ni al señor Colin.

—Necia —replicó—. Cuéntalo si quieres. Nadie te creerá. Ahora vuelve a la cama. Mañana me quejaré de que me has molestado.

Ella no se inmutó.

—Si Helewise me castiga, tendré que contarle lo que sé. Y ella se lo dirá a papá.

Katel la observó en silencio, acariciando al gato, y luego alzó las cejas.

—Tal vez podamos llegar a un acuerdo. Te prometo que no haré daño ni al bastardo ni al señor Colin, pero tú me darás lo que quiero.

—¿Qué? —preguntó ella, convencida de su victoria.

—Ingresarás en un convento antes de que termine la semana.

Delyth se quedó sin aliento. Iba a negarse, pero una extraña claridad se abrió paso en su interior. Sacrificarse para salvar a Stephen y al señor Colin era lo correcto. Además, ya no deseaba casarse con Katel.

Aceptó su destino. Quizá estaba llamada a ser una mártir, tal vez incluso una santa. Si se equivocaba, cuando su padre regresara, la sacaría de allí.

Asintió.

—Sí. Pero júramelo. Pon la mano sobre tu corazón.

Katel obedeció.

—Ante Dios y todos sus santos, juro no hacer daño nunca al bastardo…

—Di Stephen de Dunstar.

—A Stephen de Dunstar ni al señor Colin, so pena de mi propia muerte.

—Acepto tu juramento —dijo ella solemnemente.

Él se rió, un sonido desagradable.

—Ahora vuelve a la cama. Y recuerda que cumpliré este acuerdo.

Se acomodó de nuevo, sin apartar al gato.

Delyth regresó a la alcoba, animada por su inminente santidad. Stephen estaría a salvo. El señor Colin también. Y ella ya no tendría que remendar más ropa.

Capítulo 14

Llynrudd

Una hora después de la hora de Tercia, día de Santa Inés, 1197

Las anillas de la cortina chirriaron contra el poste de madera al apartarse las telas, seguidas de unos pasos que se alejaron de la cama hacia el otro extremo de la estancia. Aquello sorprendió a Stephen, pues no recordaba haber regresado al hospicio ni haberse acostado. Abrió los ojos y entrecerró los párpados cuando la alegre luminosidad del sol le atravesó la cabeza, aún embotada por el vino.

Al moverse sobre el colchón blando, un dolor distinto y más agudo lo atravesó de parte a parte.

—Jesús… —murmuró, mientras sentía que la cabeza estaba a punto de partirse en dos.

Ese era el precio de intentar borrar a Delyth de su cuerpo a base de vino.

La bebida de Colin no solo había mitigado sus penas, sino que había llenado el vacío que ella había dejado al apartarse de sus brazos. Cuando Hamalin anunció que el grupo estaba listo para partir, Stephen ya no se encontraba en condiciones de montar a caballo. Recordaba poco después de aquello, salvo que con cada copa quedaba un poco menos de Delyth en su interior.

Rodó boca arriba y aguardó a que el dolor remitiera lo suficiente como para pensar con claridad. Entonces sondeó su corazón, evaluando hasta qué punto había tenido éxito. Aún quedaban fragmentos de ella, recuerdos cálidos y dulces, pero la

culpa abrasadora que había arrastrado durante tanto tiempo había desaparecido. Su corazón estaba en calma.

A pesar del malestar, estuvo a punto de sonreír. Ahora podía cabalgar hacia Lynn y, una vez dentro de sus propios muros, anunciar al mundo que estaba preparado para casarse. Dejando volar la imaginación, intentó dar forma al rostro de su futura esposa. La imagen surgió despacio: el cabello oscurecido hasta un tono más rojo que dorado, los ojos tan azules como el cielo de verano, los labios enrojecidos por su beso.

Con un gemido de frustración, trató de cubrirse la cabeza con las mantas. Eran demasiado cortas.

—No puedes ser mi esposa cuando el mundo cree que estás casada con otro —le dijo a la imagen de Delyth.

—¿Qué decís, mi buen señor? —la voz de Hamalin sonó tan alegre como el sol—. ¿Conversáis con vuestro fiel amigo, el frasco?

Stephen se giró con cuidado hasta poder ver a su agente. El cabello rubio y la barba rojiza de Hamalin brillaban a la luz mientras estaba sentado en una silla. Llevaba su sonrisa burlona con la misma naturalidad que su atuendo de viaje: túnica marrón hasta la rodilla, botas cruzadas sobre gruesas calzas y una capa pesada sobre los hombros.

—¿Qué? ¿No os apetece saltar del colchón y galopar rumbo a casa? —preguntó con fingida inocencia.

—Por piedad, Hamalin —suplicó Stephen en voz baja—. Mi cabeza ya me recuerda lo estúpido que he sido. No es necesario insistir.

—¿Piedad? —repitió Hamalin, apoyando un tobillo sobre la rodilla opuesta mientras se recostaba—. Yo soy quien debería pedirla. Tuve que soportaros cantando a los dos.

—Dime que yo no canté —gimió Stephen, mortificado.

—Sí, lo hiciste, y el monje contigo —respondió con un lento movimiento de cabeza—. He oído cantar mejor a los gatos.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó Stephen, buscando cambiar de tema, y mantuvo la voz baja por respeto a su estado.

—Se han retirado a los establos. No quieren saber nada de un loco. Entre tu carrera hacia los disturbios de ayer y el vino que bebiste anoche, me sorprende que sigas vivo, y aún más que conserves el habla.

Hamalin hizo una pausa. La diversión desapareció de sus ojos claros y sus cejas se alzaron con una invitación silenciosa.

—Si te apetece contarlo, escucharé.

En su mirada tranquila se escondía la promesa de discreción absoluta.

Stephen suspiró. Hamalin solo sabía que les habían robado el grano y que Stephen se había negado a recurrir al sheriff, algo impensable para cualquier comerciante sensato. El orgullo herido volvió a alzarse. Había protegido con ahínco a una mujer que solo le había devuelto rechazo. No pensaba exponerse al ridículo contando su historia, ni siquiera a alguien tan reservado como su agente.

—Quizá en otra ocasión —murmuró.

—Como quieras —respondió Hamalin, más confundido que dolido—. Si queremos partir antes del anochecer y cumplir tu cita con el abad, será mejor que te levantes.

Stephen dejó escapar otro gemido y hundió el rostro en las sábanas. Se había olvidado por completo de la invitación del abad para comer ese mismo día. La sola idea de alimento le revolvió el estómago, intensificando el martilleo en su cabeza.

—Dile al abad Eustace que he muerto y déjame sufrir en paz. Podemos marcharnos mañana.

—No creo que eso sea prudente —replicó Hamalin, esta vez sin rastro de humor.

Stephen alzó la cabeza de inmediato.

—Explícate.

—Los disturbios de ayer solo fueron el comienzo. Anoche, mientras cantabas, una multitud recorrió la ciudad obligando a grossiers, panaderos y tenderos a abrir sus tiendas y repartir sus mercancías. Aun así, no quedaron saciados. Terminaron en la puerta de la abadía, donde te maldijeron. Solo se dispersaron cuando el abad amenazó con llamar a sus caballeros.

Hamalin se levantó.

—¿Me maldijeron? —preguntó Stephen, atónito—. ¿Quién me conoce aquí lo suficiente como para hacerlo?

—Quién sabe —respondió Hamalin encogiéndose de hombros —. En cualquier caso, creo que ya es hora de regresar a casa.

Con esfuerzo, Stephen apartó las sábanas y dejó caer las piernas al borde de la cama. Hamalin se acercó y le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse. Stephen la aceptó y logró sentarse.

Se quedó inclinado hacia delante, con las manos presionando ambos lados de la cabeza.

—Jesús, Jesús… —maldijo de nuevo—. No estoy en condiciones de viajar.

Por dentro, se reprochó haber cedido a la ira y al dolor, poniéndose a sí mismo y a su casa en peligro.

Hamalin rió con suavidad.

—Pronto lo estarás. Te conozco.

Tomó de una pequeña palangana sobre las brasas del brasero un paño de lino empapado. El vapor ascendía de él. Tras escurrirlo, se lo ofreció.

—Envuelve esto alrededor de la cabeza. Quizá extraiga parte del veneno de tu cerebro. Mientras tanto, iré a buscar a Adelbert para que lave y vista a nuestro grandioso y glorioso señor.

—Un momento —pidió Stephen, reteniéndolo mientras se presionaba el rostro contra el paño caliente.

A medida que el calor penetraba, el dolor empezó a ceder y sus pensamientos se ordenaron.

—Dejaría el koren que trajimos como donación a la abadía —dijo sin apartar la cara del paño. Habían llevado grano suficiente para tres semanas, por no cargar a los pobres.

—Ya está hecho —respondió Hamalin—. También he mandado arreglar tu túnica. Los zapatos no tenían remedio. Usarás las botas de viaje.

Stephen alzó la cabeza, sorprendido, y miró hacia el tendedero. Su túnica dorada estaba doblada, limpia y casi intacta. El manto, a su lado, no mostraba manchas. Una mueca irónica curvó sus labios al pensar en cuánto más había costado alimentar la fantasía de su corazón por Delyth. Las lavanderas de la abadía debían de estar bendiciéndolo aquella mañana.

—Vales cada penique que te pago —dijo.

—Más te vale recordarlo —replicó Hamalin con sorna—. Mi contrato se renueva el mes que viene.

Sabían ambos que no se iría a ninguna otra casa.

—Si no tienes nada más, iré a buscar a Adelbert y no volveré a verte hasta que hayas comido y contado tus historias en la mesa del abad.

Stephen emitió un sonido poco digno.

—Después de lo que me has contado, no espero del abad más que un interrogatorio.

—Lo dudo —respondió Hamalin—. Anoche fue tu defensor. Si te hubiera creído culpable, te habría entregado a la multitud.

Que el abad, normando y hombre de saber, hubiera confiado en él alivió en gran medida el daño que Delyth había causado a su orgullo.

—Supongo que, en agradecimiento, tendré que dejarle hurgar en mi bolsa.

—Un pequeño precio por no cenar con nosotros en el refectorio del hospicio —se burló Hamalin—. Mientras tú degustas platos delicados, nosotros nos atragantamos con pescado salado y pan de habas, escuchando un sermón en latín que no entendemos.

Saludó con dos dedos en la frente y salió de la habitación.

Solo transcurrió una hora antes de que el sirviente personal de Stephen concluyera sus cuidados meticulosos. Stephen alzó el espejo de metal pulido para contemplar el resultado final. Su túnica, con el cuello nuevamente intacto, devolvía un brillo casi tan intenso como el de su piel recién lavada. Una vez más, su barba había sido domada hasta quedar reducida a una línea estrecha que seguía el contorno firme de su mandíbula.

Frunció el ceño al ver el moratón violáceo que le marcaba la frente y se acomodó el cabello para ocultarlo lo mejor posible. Nada podía hacerse con los arañazos que surcaban su rostro desde los pómulos hasta la barba, ni con las sombras oscuras bajo los ojos grises, testimonio irrefutable de su exceso. Al menos, los efectos del vino habían remitido hasta un nivel soportable. El hecho de que su cuerpo se hubiera recuperado con tanta rapidez le permitió albergar la esperanza de que, esa misma tarde, podría hacer algo más que soportar el traqueteo de un caballo.

Con un hambre leve despertando en el estómago, dejó el espejo a un lado y salió del hospicio rumbo a la residencia del abad. La casa de dos pisos, con paredes de madera enlucida que se alzaban sobre un alto zócalo de piedra, se erguía frente a lo que antaño había sido la esquina donde se encontraban la sala capitular y el refectorio. Stephen miró a su alrededor, guardando en el corazón la decepción de quien esperaba hallar su lugar predilecto sin cambios.

Como muchos de los edificios que ahora poblaban aquel recinto, la casa del abad era nueva. A cada paso, las estructuras familiares de madera eran sustituidas por la fría piedra. Incluso la estrecha iglesia de la abadía estaba siendo ampliada. Una leve sonrisa curvó los labios de Stephen. Tal expansión, y con un material tan costoso como la piedra, solo era posible porque los tiempos favorecían al comercio. En ello residía un curioso enigma.

Por doquier, los clérigos tronaban desde sus púlpitos contra los comerciantes que osaban obtener grandes beneficios y vivir con holgura, proclamando que tal conducta contravenía el plan de Dios. A su vez, los comerciantes, temerosos de condenar sus almas al priorizar la riqueza sobre la contemplación divina, donaban generosamente a quienes los maldecían. Que el oro tuviera su origen en el comercio básico no impedía que esos mismos clérigos lo emplearan para levantar edificios cada vez más suntuosos en mayor gloria de Dios. Así era el mundo. Uno no podía existir sin el otro.

Stephen llamó suavemente a la puerta arqueada del piso inferior. No hubo respuesta. Frunciendo el ceño, volvió a llamar. Transcurrió un largo instante antes de que un sirviente abriera finalmente. Vestido con los sobrios colores de la casa del abad, el joven se colocó en el umbral de tal manera que dejaba claro que no tenía intención de apartarse para dejarlo pasar.

Las recientes heridas del orgullo de Stephen se agitaron dolorosamente. Quizá el abad había reconsiderado su defensa de la noche anterior. Esperó a que el muchacho lo invitara a entrar o lo rechazara abiertamente, pero este no dijo nada, limitándose a bloquearle el paso. El silencio se prolongó.

—¿Me equivoco al pensar que el abad me ha invitado a compartir su mesa hoy? —preguntó por fin, con una frialdad que convertía la pregunta en una afirmación.

Los hombros del sirviente se hundieron en lo que parecía una decepción resignada.

—No, maestro Stephen, no se equivoca —respondió con un suspiro—. Por favor, entre.

Se apartó de la puerta y, una vez dentro, señaló las escaleras que conducían al salón del piso superior.

—El abad y los demás le esperan.

¿Los demás? La confusión de Stephen aumentó al subir los escalones. Se suponía que aquella iba a ser una comida privada. Cuando alcanzó el vestíbulo, se detuvo en seco. La pequeña sala no solo estaba ocupada, sino abarrotada, y todos los presentes lo observaban.

En el estrado elevado al fondo, el abad Eustace se hallaba sentado en su enorme silla, con un báculo dorado en la mano. La capucha negra, igual a la de sus monjes, estaba echada hacia atrás para permitirle llevar la mitra. La prenda puntiaguda relucía con hilos metálicos que captaban la luz alrededor del brillo más frío de las gemas engastadas. Nada había en su apariencia del ascetismo santo; el normando de rostro anguloso mostraba con orgullo sus raíces caballerescas. La rica sotana negra, ribeteada de armiño, cubría sus anchos hombros y ceñía el pecho poderoso, ocultando las caderas esbeltas de un jinete consumado.

Aferrados a la silla del abad como niños a las faldas de su madre, se encontraban varios de sus obedientes, todos con el hábito negro de la orden. Stephen reconoció al subabad, al cellerero, al sacristán y al chambelán. Frente al abad permanecía un único soldado. Con el yelmo puesto, vestía una cota de cuero reforzada con metal bajo la capa. Su vaina estaba vacía, tal como dictaba la ley de la Iglesia.

Stephen arqueó una ceja, con un nudo de inquietud formándose en el estómago. Tratar con nobles normandos, ya fueran eclesiásticos o laicos, siempre entrañaba riesgos. La experiencia le había enseñado que ni la sumisión excesiva ni la confrontación abierta daban buen resultado. Solo la calma y el control ofrecían alguna ventaja.

Envuelto en esa compostura a modo de escudo, Stephen dejó atrás su inglés natal y habló en el francés que el maestro Walter había insistido en que aprendiera.

—¿Ocurre algo, mi señor abad?

No fue el clérigo quien respondió, sino el soldado.

—Maestro Stephen, soy Otto, hijo de Otfried, capitán de la guardia de la ciudad. He venido a deteneros —dijo en inglés.

La conmoción recorrió a Stephen por dentro sin reflejarse en su rostro. ¿El abad permitía su arresto? ¿Por qué? ¿Solo porque la multitud lo había maldecido? El orgullo se retorció cuando una herida nueva se sumó a las antiguas.

—Le ruego me perdone, mi señor abad —dijo, inclinando la cabeza con la cortesía exigida—. ¿He hecho algo que le haya ofendido a usted o a esta casa para merecer tal trato?

—Maestro Stephen, no tiene nada que disculpar —respondió el abad Eustace, levantándose lentamente de la silla que simbolizaba su autoridad—. No ha cometido falta alguna.

Avanzó un paso, con la mirada oscura encendida por un fuego nada santo, y sostuvo el báculo ante sí como si fuera una espada.

—Antes bien, creo que pronto ambos exigiremos disculpas al consejo municipal. No solo pretenden arrebatarme a alguien bajo mi protección, sino que lo hacen ocultando sus rostros.

Su voz se alzó hasta convertirse en un rugido que llenó la sala.

Otto, hijo de Otfried, cayó de rodillas. La vaina vacía resonó contra el suelo de madera al inclinar la cabeza.

—Mi señor abad, el consejo le pide humildemente perdón. Temían venir aquí, pues el salón del gremio fue reducido a cenizas anoche y temen provocar la ira del pueblo contra esta santa casa.

El abad contuvo su indignación lo justo para escuchar. Con un brusco movimiento del báculo ordenó al soldado que se levantara. Otto obedeció y concluyó:

—Para evitar nuevos disturbios, el consejo ruega que el maestro Stephen comparezca ante ellos para responder a unas preguntas.

—¿Qué motivo tienen para pensar que mi comparecencia evitará más violencia? —replicó Stephen.

—No se trata de un arresto —aclaró Otto—. Solo desean interrogarlo.

La tensión en el cuello de Stephen se alivió apenas, aunque la confusión persistía.

—¿Sobre qué?

—Sobre si fue su grano el que se puso a la venta ayer en el mercado, contra la costumbre y la ley.

La acusación lo sacudió por completo.

—¡El consejo no se atreverá a acusarme de especulación! —rugió en inglés, luchando por no perder el control.

Otto retrocedió un paso, con expresión neutra.

—Eso deberá tratarlo con el consejo, maestro.

Stephen inspiró profundamente.

—Mi señor abad —dijo, volviendo al francés—, esa acusación es tan infame como absurda. Todo el grano que traje está en sus bodegas.

El cellerero avanzó, indignado, confirmando sus palabras. Fue entonces cuando la comprensión lo golpeó con claridad brutal. No se trataba del grano almacenado, sino del robado y liberado en su nombre.

Katel.

Todas las piezas encajaron. No había sido un simple robo, sino una trampa destinada a destruirlo. Una furia fría recorrió a Stephen. Katel no solo era un intrigante, sino un comerciante sin honor.

Por primera vez, agradeció el rechazo de Delyth. Libre de toda atadura, podía actuar sin reservas.

Volviéndose hacia el soldado, Stephen habló con firmeza:

—Mi señor abad, con su permiso, renunciaré a nuestra comida y compareceré ante el consejo para responder a sus preguntas.

Capítulo 15

Llynrudd

Dos horas después de la hora de Tercia, día de Santa Inés, 1197

Dejó atrás a Hamalin y a la guardia doméstica, que protestaban y vociferaban en el patio de la abadía, mientras el capitán de la guardia escoltaba a Stephen en solitario hasta el mercado. Una vez alcanzado aquel espacio desprotegido, Otto se volvió hacia él con gesto severo.

—Maestro Stephen, cerrad bien el manto sobre la túnica. Si no pueden reconoceros, no nos atacarán. No espero problemas, pero si os identifican, retiraos de inmediato a la abadía. Hay más de uno que hoy desearía ver vuestro cuerpo colgado en la plaza. A esta gente no le importa la culpa ni la inocencia; solo ansían vengarse del daño que se les ha infligido en vuestro nombre.

Stephen no dio señal alguna de haber escuchado la advertencia. Toda su atención se replegó hacia dentro. Antes de enfrentarse al consejo, debía dominarse por completo. No había lugar para pensamientos dispersos ni para el orgullo herido.

No fue hasta atravesar el enclave de los comerciantes cuando salió de su ensimismamiento y alzó la vista. El silencio antinatural de las calles desiertas le erizó la piel. Incluso la brisa helada parecía gemir en solitaria protesta, husmeando en esquinas y callejones como si buscara un solo corazón humano que latiera.

Se detuvo ante una tienda de cocina. El entramado de madera y barro había sido destrozado para abrir una entrada improvisada.

En el interior, todo había sido arrasado sin atender a su valor, por el mero placer de destruir. Junto a ella, en la casa de un cervecero, una rueda astillada de un carro había servido para forzar las contraventanas del taller, cuyo contenido había sufrido idéntica devastación.

Más adelante, los graznidos roncos de los cuervos resonaban contra las paredes mientras se alzaban de un cadáver de perro medio devorado. Stephen pasó junto a él, con el estómago encogido ante la visión de la carne abandonada a la putrefacción.

Se detuvo horrorizado en la siguiente esquina. Donde antes se alzaban casas y talleres, solo quedaban maderas calcinadas y muros cubiertos de ceniza. Volutas de humo aún se retorcían en el aire frío, arrastrando consigo el olor acre de la paja quemada y el hedor insoportable de la carne consumida por el fuego, todo cuanto quedaba de quienes habían quedado atrapados en el incendio.

—Que Dios tenga piedad —murmuró, elevando una oración por aquellas almas.

Otto se detuvo a su lado.

—El fuego comenzó en un almacén. La multitud forzó las puertas buscando grano y, al no hallarlo, prendió fuego al lugar. Por la gracia de Dios, solo murieron veintitrés personas.

El guardia se santiguó con gesto grave. Las ciudades eran un entramado de muros de madera y techos de paja apiñados unos contra otros. Un incendio iniciado en un extremo podía devorar la ciudad entera, y a menudo lo hacía.

Otto suspiró, y su aliento se condensó ante él.

—¿Comprendéis ahora por qué temo por vuestra seguridad? Con vuestro nombre en boca de todos, quienes han sufrido por culpa de los alborotadores han encontrado en vos un chivo expiatorio.

La ira volvió a tensar el control que Stephen había construido con tanto cuidado. Había olvidado hasta dónde podía llegar la

crueldad de Katel. No le importaba el sufrimiento de los inocentes con tal de saciar su venganza. Por los muertos, tanto como por sí mismo, Stephen se aseguraría de que Katel respondiera por aquello.

Tras dejar atrás los escombros, se alejaron del centro y entraron en una zona que no existía cuando Stephen había abandonado Llynrudd. Las murallas se habían ampliado para incluir nuevas tierras, ahora repartidas entre los habitantes más acaudalados. Casas altas se alzaban tras sólidos muros y puertas reforzadas, custodiadas por sirvientes armados. Allí, los signos del motín eran escasos.

Otto se detuvo ante una de aquellas puertas. Restos de lana adheridos al mortero y a los aleros delataban la casa de un comerciante lanero. El soldado tiró de la cuerda de la campana. La copa de latón resonó con un tintineo alegre, un sonido indecoroso tras la tragedia presenciada.

—¿Quién va? —gritó una voz grave desde el interior.

—Otto, hijo de Otfried.

—¿Cuál es tu señal?

—Vengo a por el que sacó la pajita más corta.

Se oyó el ruido de la barra al retirarse y la puerta se abrió con un chirrido. El guardián salió al callejón, miró a ambos lados y luego se apartó para permitir el paso de Stephen.

Otto hizo un gesto.

—Debo ir a buscar a los demás. Si no, no sabrán dónde acudir.

Antes de que Stephen pudiera replicar, la puerta se cerró tras él y la barra volvió a encajarse en sus soportes.

El patio interior formaba una pequeña plaza entre una casa de tres pisos, un establo y dos almacenes. A excepción de algunos restos de lana, todo estaba pulcro, incluso los adoquines, barridos hasta eliminar el barro del día anterior.

La puerta trasera de la casa se abrió y apareció un hombre joven, apenas mayor que Stephen. Tenía barba, ojos y cabello oscuros, y una cicatriz en forma de estrella en la frente. Vestía una túnica escarlata intensa y ceñía la cintura con un cinturón de cuero tachonado de remaches dorados. Una cadena de oro trenzado reposaba sobre su manto forrado de lana. Apoyado en una muleta, avanzó hacia él.

—Así que me tocó a mí —dijo con una mueca—. Sacamos paja ante Otto sin mirarla nosotros mismos. El consejo no quería que nadie supiera adónde os traían. Si los amotinados descubrieran vuestro paradero, nadie aquí estaría a salvo.

Se detuvo ante Stephen y le tendió la mano.

—Bienvenido a mi casa, maestro Stephen. Soy Henry, hijo de Peter, comerciante de lana. Quizá no me recordéis, pero yo sí os recuerdo de la escuela de la abadía.

Stephen no le estrechó la mano. Había acudido a enfrentarse a una injusticia, no a cultivar amistades. Henry bajó el brazo, desconcertado.

—Qué extraño… Os parecéis a alguien que conozco. No sé cómo no lo advertí antes.

Stephen ignoró el comentario.

—Cuando haya satisfecho las preguntas de vuestro consejo con mis respuestas, partiré de Llynrudd sin intención de regresar.

Henry inclinó la cabeza, aceptando el reproche implícito.

—Solo puedo pediros perdón. Muchos dudan de que seáis el origen de estos disturbios, pero Llynrudd es yesca seca. Si os defendiéramos abiertamente, parecería que protegemos a uno de los nuestros, y la ciudad podría arder de nuevo.

Stephen asintió.

—Bien dicho. Aunque no puedo fingir agrado.

—Ni yo lo estaría en vuestro lugar. Entrad y poneos cómodo mientras reúnen al consejo.

—Agradecido —respondió Stephen—. Aún no he comido nada hoy. ¿Podríais ofrecerme algo?

—Por supuesto. Mi esposa ha preparado una tarta de queso excelente.

Subieron juntos. El taller de la planta baja, con tablas de conteo y cofres ricamente decorados, no difería demasiado del suyo. La escalera era empinada, pero Henry la subió con soltura, prueba de su destreza pese a la cojera.

En el vestíbulo, la luz se filtraba a través de pieles engrasadas que cubrían las ventanas. Paneles de lino pintado adornaban las paredes, y armarios con estantes rojos y amarillos exhibían copas de cuerno y plata. Una sopera plateada ocupaba un lugar destacado.

Dos mujeres colocaban las tablas de la mesa. Una anciana las observaba con manteles doblados en los brazos. Vestía lana verde fina, ceñida con un cinturón bordado y un broche enjoyado. Una cofia de seda cubría su cabello canoso. El parecido con Henry era innegable.

—Madre, ven a saludar al maestro Stephen, Grossier de Lynn.

La anciana se volvió, sonrió… y gritó. Los manteles cayeron al suelo. Se santiguó con frenesí.

—¡Mamá! —exclamó Henry—. ¡Clarice, ven rápido!

Una joven acudió al instante, rodeando a la anciana.

—Madre Alwyna, ¿qué sucede?

—Un fantasma —jadeó—. He visto un fantasma.

Stephen se apartó hacia la ventana, concediéndoles intimidad. A su espalda, Henry intentaba tranquilizarla.

La anciana volvió a mirarlo. Al cruzarse sus miradas, palideció de nuevo.

Un escalofrío recorrió a Stephen. Se decía que algunos veían la sombra de la muerte en los ojos de un hombre. ¿Era aquello un presagio?

La anciana se recompuso y se acercó.

—Veo el rostro de un hombre que conocí una vez —dijo—. Pero no puede ser. Conozco a todos sus hijos y tú no eres uno de ellos.

La campana sonó en el patio. La anciana se sobresaltó y se alejó apresurada.

—¡Ya vienen! ¡Rápido! Marta, un mantel limpio. Els, vino especiado para el señor Stephen.

Las mujeres desaparecieron de la sala. Henry suspiró, desconcertado.

—Mujeres… Os pido disculpas, maestro Stephen. Mi madre suele ser muy sensata.

Golpeó el respaldo de una silla.

—Sentaos. Haré que os sirvan algo de comer.

Capítulo 16

Llynrudd La hora de la sexta

Día de Santa Inés, 1197

Mientras Stephen daba cuenta de una bandeja de pastel de queso y lonchas de carne fría, acompañándolas con una taza de agua de cebada en lugar de vino especiado, los miembros del consejo fueron llegando uno a uno. A medida que entraban, cada cual manifestaba su postura sobre el asunto: algunos se acercaban a saludarlo con una disculpa murmurada; otros pasaban de largo y se refugiaban en el rincón más cercano a las ventanas.

Como un puesto en el consejo implicaba responsabilidades fiscales sobre sus distritos, solo estaban representados los comerciantes más ricos de Llynrudd. Entre quienes defendían la inocencia de Stephen se encontraban el maestro Edward, el grossier cuyo almacén había ardido, un pañero de reputación intachable, dos bataneros, así como el maestro Henry y su suegro y socio en el comercio de lana, el maestro Gerard. Junto a las ventanas se agrupaban otro pañero, un orfebre, dos ferreteros y un molinero. El último en llegar fue el comerciante de especias.

Stephen se tensó al verlo entrar. ¿Por qué le sorprendía que Katel formara parte del consejo? Para urdir una intriga tan audaz, el comerciante de especias debía situarse por encima de toda sospecha, protegido por el prestigio que solo ostentaban los padres de la ciudad.

En ese instante, Stephen lamentó amargamente haber dejado su libro personal en Lynn. En sus páginas había anotado con detalle

los robos iniciales y la investigación que lo había conducido desde campos lejanos hasta la puerta misma de Katel. Como su intención había sido resolver el asunto con discreción, sin exponer públicamente a su adversario, lo había dejado atrás. Ahora comprendía que, sin aquella prueba, pocos creerían su acusación.

No obstante, podía recuperarlo. Lynn se hallaba a medio día de viaje con un buen caballo y una montura resistente. Hamalin disponía de ambos. Podía ir y volver en una jornada y una noche. Reconfortado por esa posibilidad, observó a Katel con atención.

El cambio era notable. La antigua hermosura había desaparecido, erosionada por los años y enterrada bajo un exceso de carne. El tono granate de su túnica no hacía sino resaltar el matiz enfermizo que asomaba bajo su tez ahora inflamada. Era como si la podredumbre que siempre había habitado en él hubiera terminado por aflorar.

Katel cruzó la mirada con Stephen mientras saludaba al maestro Henry. En sus ojos se mezclaban el placer y la decepción: había esperado que Stephen ya colgara de una soga, pero aun así parecía convencido de que no escaparía a ese destino.

Cuando todos estuvieron presentes, el maestro Henry invitó al consejo a tomar asiento. Doce hombres, semejantes en número a los discípulos de Cristo aunque no en sabiduría, se acomodaron tras la mesa en los bancos dispuestos para ellos. En ese momento se abrió la puerta de la cocina y la madre del comerciante de lana entró sin hacer ruido. Se sentó en una silla cercana a la chimenea y, tras lanzar a Stephen una mirada que tal vez pretendía ser tranquilizadora, se replegó en la sombra del alto respaldo.

Stephen se envolvió de nuevo en su manto de compostura y avanzó un paso, observando a los mercaderes reunidos.

—Señores —dijo—, me han llamado aquí para interrogarme sobre mis actos. Pregunten lo que deseen. Les responderé con toda honestidad. Tienen mi palabra.

El molinero se inclinó hacia delante.

—Si queremos guardar las formas, ¿debe jurar sobre las reliquias?

El orgullo de Stephen se rebeló, pero no llegó a manifestarse. El maestro Edward golpeó la mesa con el puño. La ira por el insulto infligido a uno de los suyos era evidente en su rostro.

—Este es Stephen de Lynn —bramó—, no un regantero que hoy vende cebollas y mañana cintas. Nadie necesita preguntar si su palabra vale. Todos saben que así es.

Katel se enderezó en su banco.

—Confirmo lo dicho por el maestro Edward. Cuando el maestro Stephen trabajaba conmigo en casa del maestro Walter, siempre fue sincero y honesto. No creo que el tiempo haya cambiado eso. Podemos aceptar su palabra sin reservas.

La sangre de Stephen hirvió. Katel lo respaldaba con aparente lealtad, anulando de raíz cualquier acusación directa sin pruebas. Se maldijo en silencio. ¿Cómo había olvidado que Katel nunca combatía de frente, como los hombres honrados, sino que siempre se escudaba en las apariencias?

—Gracias, maestro Katel —dijo el maestro Edward, antes de volverse hacia Stephen—. Sepa que he defendido su inocencia desde el principio. Si puedo hacerlo pese a que la turba arrasó mis bienes, estos hombres deberían aceptar mi palabra. Una vez más, le pido perdón por los agravios sufridos.

—No pida perdón en mi nombre —tronó uno de los herreros, con una voz tan poderosa como los brazos que tensaba bajo las mangas—. No veo razón alguna para dudar de que fue él quien provocó esto. ¿Por qué, si no, clamarían los hambrientos contra él? No es un hombre de aquí.

—Razón de más para dudar, maestro Harold —replicó el maestro Henry—. Todos coincidimos en que Stephen no es un necio. Solo un insensato vendería grano ilegal en un lugar extraño y en su propio nombre.

—O quizá eso es precisamente lo que quiere que creamos —insistió el herrero—. Yo digo que tenemos al culpable. Nuestra obligación es retenerlo para el sheriff, como a cualquier acusado. Así calmaremos a quienes exigen su castigo y nos libraremos de toda implicación. —Se frotó las manos, como si quisiera borrar cualquier rastro de Stephen de sus guantes—. Más aún, deberíamos ahorcarlo hoy. Solo así quedarán satisfechos y la amenaza desaparecerá.

—No consentiré que ahorquen a un compañero comerciante porque la multitud lo exige —replicó con firmeza el maestro Gerard —, ni siquiera bajo amenaza.

Incluso el franco herrero asintió con gesto renuente.

Aprovechando que el consejo no se decantaba por la violencia inmediata, Stephen dio un paso hacia la mesa.

—Maestros, les ruego que me expliquen qué ocurrió anoche. Necesito comprender los hechos.

El maestro Harold se volvió hacia él.

—Lo sabes bien. Ayer, tu agente merodeó por la ciudad, contactando en secreto con quienes se atrevían a comerciar grano fuera del mercado. A esos revendedores les vendió lo que tenía, prometiéndoles más al día siguiente. Sacaron su mercancía ilegal a la calle y la vendieron con rapidez, llenándose los bolsillos. Otros quedaron clamando por lo que ya se había agotado, mientras algunos lloraban por no poder pagar lo que necesitaban. Cuando se supo que habría más, la multitud se levantó. ¡Tú incendiaste nuestra ciudad!

Stephen aguardó a que el eco de aquellas palabras se extinguiera.

—¿Quién afirma que fue mi agente?

—Los revendedores —respondió el orfebre, inclinándose hacia delante—. Cuando la multitud intentó castigarlos y los guardias los rescataron, contaron lo sucedido.

—¿Y eso lo creen? —replicó Stephen—. Jamás he conocido a un delincuente que confiese con sinceridad. Además, no pudo ser mi agente. Ayer y anteayer permaneció dentro de los muros de la abadía. Los monjes pueden dar fe de ello.

—Fue su hombre —insistió Harold—. ¿No lo describieron como joven, rubio y con barba rojiza? Muchos han visto a alguien así junto al grossier. Y hablaba con un acento extraño, como los hombres de Lynn.

—Cientos de hombres encajan en esa descripción —resopló el mayorista—, y un acento puede fingirse. Si Stephen de Lynn jura que no fue su agente ni su grano, a mí me basta. Debemos buscar en otro lugar.

—¿Buscar en otro lugar? —Katel se removió, como sorprendido —. Aunque también dudo de su culpabilidad, debo recordarles que no nos corresponde investigar. Coincido con el maestro Harold. La ley solo exige que retengamos para el sheriff a quien pesa el clamor público. No somos nosotros quienes debemos decidir si Stephen el Bastardo es culpable o inocente.

Si Stephen consiguió no reaccionar al insulto, la señora Alwyna no tuvo tal dominio. Se irguió en su silla y lo miró con súplica, como implorando una confirmación. El orgullo hizo que Stephen alzara los hombros, apartando su mirada.

—Ah —dijo Katel con fingido pesar—. Perdona, Stephen. Olvido que no te agrada ese nombre. Pido disculpas al consejo y a ti por los hábitos de mi juventud.

Stephen apartó la mirada, conteniendo el odio mientras reflexionaba sobre el motivo por el que Katel deseaba la intervención del sheriff. Solo podía significar una cosa: existía algún rastro que vinculaba su nombre con el grano. Si el consejo se atrevía a exigir que permaneciera en Llynrudd hasta la llegada del agente del condado, Stephen se aseguraría de que hubiera más de un rastro que aquel hombre pudiera seguir. Sin embargo, la mayoría de los consejeros ya se inclinaba por dejarlo libre. Una sonrisa de triunfo

prendió en su interior, aunque no afloró a su rostro, mientras se preparaba para asestar el golpe que lo sacaría de la trampa de Katel.

—El maestro Katel tiene razón —afirmó, recorriendo de nuevo a la asamblea con la mirada—. Este consejo debe cumplir la ley. Puesto que mi juramento no basta para convenceros de que digo la verdad, permaneceré en la abadía de Llynrudd hasta la llegada del sheriff. Ante él presentaré mis pruebas y renovaré mis votos.

—¡No! —gritó el maestro John, el pusilánime comerciante de telas—. ¡La multitud nos despedazará!

—Basta —replicó el orfebre, con visible desprecio por el lamento—. No has escuchado lo que acaba de decir el maestro Stephen. Si el sheriff demuestra su inocencia, como él afirma, cada día que lo retengamos aquí de forma ilegal aumentará el daño a su reputación. Me temo que incluso ahora podría estar considerando demandarnos por difamación.

La sala quedó sumida en un silencio espeso. Todas las miradas, salvo la de Katel, se posaron en Stephen. Él se limitó a alzar las cejas, aceptando esa posibilidad con fría serenidad.

El herrero exhaló con fuerza y dejó caer los hombros.

—Si yo fuera un hombre inocente cuyo nombre ha sido manchado por una acusación falsa, también pensaría en demandar.

El orfebre recorrió con la mirada a sus compañeros.

—Señores, si no estamos seguros de su culpabilidad, voto por liberarlo y comunicar a los ciudadanos que se ha probado su inocencia. También les diremos que se ha llamado al sheriff para hallar al verdadero responsable. Dios sabe que alojar y alimentar al sheriff y a sus hombres nos costará caro, pero será menos que el perjuicio de una demanda del maestro Stephen.

Algo golpeó con violencia el exterior de la casa. El sonido de piedra contra piedra retumbó en el vestíbulo. Una segunda piedra impactó contra el muro. La tercera estalló contra la cubierta de una ventana, arrancando la piel de su sujeción. Piedra y piel se

enredaron al caer sobre la mesa y rodaron hasta detenerse junto al pie de la señora Alwyna.

En la calle, los gritos crecían. El hierro resonaba contra la madera mientras los guardias golpeaban escudos con sus espadas. Abajo, la puerta se abrió de golpe y alguien subió las escaleras a la carrera.

—Se están reuniendo —jadeó el guardián al irrumpir en la sala —. Cada vez son más. Los guardias intentan dispersarlos, pero pronto serán demasiados.

Los alaridos se elevaron, confirmando sus palabras. Otra piedra golpeó la casa y los gritos dispersos se unieron en un clamor rítmico y brutal. La multitud pedía la cabeza de Stephen el Grosero y la muerte de todos los concejales.

El caos estalló a su alrededor. El maestro Henry y el maestro Gerard abandonaron la sala casi a la carrera, sin duda para preparar la defensa de las murallas. El herrero rugía, dispuesto a lanzarse contra cualquiera que osara amenazarlo. El maestro John sollozaba, paralizado por el terror, mientras el orfebre sugería entregar a Stephen a la multitud y huir. En medio de aquel desorden, Katel permanecía inmóvil, sereno. Demasiado sereno. Como si hubiera sabido que aquello ocurriría.

Stephen aspiró hondo. Katel no había confiado en que el consejo siguiera el camino que él deseaba. Para asegurarse, mantendría la ciudad ardiendo hasta obligarlos a ahorcarlo con tal de salvar sus propias vidas. No había escapatoria. De pronto recordó la reacción de la madre del comerciante de lana al verlo. Un presagio. Moriría.

Se sobresaltó cuando la señora Alwyna le tocó la manga. Con esfuerzo, alzó la vista, temiendo encontrar la muerte reflejada en sus ojos. En cambio, vio en ellos una firme determinación.

—Ven. Rápido —susurró—. Mi hijo ha dispuesto que te lleven a un lugar seguro.

Que Katel observara sin protestar cómo Stephen seguía a la anciana fue prueba suficiente de su certeza de victoria. Atravesaron la cocina y descendieron por una estrecha escalera de caracol hasta el sótano. Salieron al patio, pasaron entre la casa y el establo y alcanzaron una franja de huerto dormido bajo la paja helada del invierno. Al fondo corría un arroyo, con el agua inmóvil, presa del frío.

Allí aguardaban el maestro Henry y el maestro Gerard, acompañados de seis hombres armados con espadas. A una señal, rodearon a Stephen, apuntándole con las hojas hacia dentro.

—¿Qué clase de rescate es este? —exclamó Stephen, girando sobre sí mismo dentro del círculo—. ¿Qué pretendéis?

Aunque el impulso de huir lo atravesó, supo que era inútil. Las puertas de Llynrudd ya estaban cerradas para él.

—Que Dios nos perdone, maestro Stephen —respondió Henry —, pero es lo único que podemos ofrecer. Para mantener la ciudad intacta, debemos llevarte a nuestra fortaleza. Allí serás retenido como si estuvieras arrestado. Es el único lugar donde podemos garantizar tu seguridad y la nuestra. Te ruego que te quites la túnica para evitar que te reconozcan.

—Te doy mi palabra de que regresaré a la abadía y esperaré al sheriff —masculló Stephen.

El maestro Gerard negó con la cabeza.

—Ni siquiera el abad puede protegerte ya. Solo tu encierro calmará a la multitud. Si deseas vivir, retírate a la torre.

El orgullo había quedado reducido a cenizas. ¿Cuánto tardaría el sheriff en llegar? Con Stephen atrapado, Katel no se arriesgaría a esperar. Usaría a la muchedumbre como ariete, abriría la fortaleza y se burlaría mientras Stephen colgaba de la soga.

—Haré lo que pedís —dijo al fin—, pero enviad este mensaje a mi agente en la abadía.

La señora Alwyna le retiró el manto para que pudiera aflojarse la túnica.

—Hamalin debe partir de inmediato hacia Lynn. Allí abrirá mi cofre personal, del que solo él y yo tenemos llave, y traerá mi libro. En él consta, con pruebas, la culpabilidad del verdadero responsable.

—¡Por Dios! —bramó el maestro Henry—. Si sabes quién ha hecho esto, di su nombre. ¡Lo arrestaremos y lo entregaremos a la multitud!

Stephen prefirió morir antes que callar la verdad.

—Acuso a Katel le Espicer. Robó mi grano y lo vendió en el mercado en mi nombre para destruirme.

Ambos comerciantes lo miraron, incrédulos.

—¿El maestro Katel? —balbuceó Henry—. Es un hombre inofensivo. Además, ha sido tu defensor. ¿Qué motivo tendría?

—Henry —intervino su madre—, si el maestro Stephen lo afirma y puede probarlo, es así. ¿No fue Katel el último en llegar? ¿Y no le siguió la multitud?

Mientras Stephen entregaba su túnica, Henry le colocó su propio manto sobre los hombros. La señora Alwyna se volvió hacia los hombres armados.

—¡Marchaos! Y deprisa. Si la multitud se lo lleva y vosotros seguís vivos, os haré pagar vuestro fracaso.

Dos hombres sujetaron a Stephen y lo condujeron por la orilla helada del arroyo. Cada paso lo acercaba a lo que, sin duda, sería su última morada. Miró por encima del hombro.

—Vete —le dijo la anciana—. Confía en mí. Por el amor que una vez sentí por tu padre, velaré por la protección de tu hombre y por el traslado seguro de tu prueba.

Su mandíbula estaba firme, su mirada decidida. Stephen no dudó de su intención de ayudarlo. Sin embargo, una nueva oleada de ira brotó bajo el miedo. Comprendió, con amargura, que aquella

promesa confirmaba de nuevo, y con cruel sutileza, que ella sabía que era un bastardo. No actuaba por Ralph AtteGreen, sino por la verdad que había reconocido en su rostro.

Capítulo 17

Llynrudd, octubre de 1179

-¡Oh, Stephen, no puedo creer que se haya ido! —exclamó Delyth, con toda la vehemencia de un corazón de catorce años.

Pateó el hogar de la destilería como si así pudiera negar la realidad. Las faldas de seda de su vestido verde y naranja se abrieron al movimiento, arrastrando hojas otoñales crujientes.

—Recuerdo cómo en Semana Santa brillaba de orgullo por haber concebido por fin un hijo. Algo que hace tan feliz a una persona no debería matarla.

De pie a su lado, Stephen solo pudo asentir, con un nudo en la garganta. La muerte de la señora Katherine no era justa ni natural. Como si pudiera devolverla a la vida con la fuerza de su voluntad, Delyth alzó la vista hacia las contraventanas cerradas del dormitorio del maestro Colin. Stephen siguió su mirada y se quedó contemplando aquellos sencillos paneles de madera.

Tan solo una semana antes, cuando la señora Katherine había iniciado el parto, estaba llena de vida, sostenida por la emoción de traer al mundo al hijo que ambos deseaban, a pesar del dolor. Las horas pasaron, pero el bebé no se movía. La comadrona y el propio Colin agotaron ungüentos, infusiones y plegarias para extraerlo. Un día se convirtió en dos, luego en tres. Casi fue un alivio cuando ella sucumbió, pues al menos su tormento terminó. Tras su muerte, la comadrona abrió el vientre y descubrió que la criatura también había muerto. Desde entonces, el boticario no había pronunciado palabra,

vagando durante cuatro días como la sombra en la que se había convertido su esposa.

La impotencia de Stephen ante aquel dolor lo había alejado del banquete fúnebre que aún se celebraba en el salón del maestro Walter. En ese rincón familiar del patio buscaba consuelo, ya que no podía ofrecerlo a su maestro. Como si percibiera su aflicción, Delyth apareció pocos momentos después.

Si hubiera sido cualquier otra muchacha, Stephen la habría ahuyentado, deseoso de soledad para enfrentarse a sus pensamientos. Delyth era distinta. Más amiga que muchacha. Además, aunque nunca intentaba consolarlo con palabras, había algo en su presencia que siempre lo serenaba.

Suspiró. Ajeno a la tragedia, el mundo más allá de la botica seguía girando. En la calle, un molinero pregonaba la calidad de sus nueces. Las ruedas de los carros chirriaban, los aguijones chasqueaban y los arrieros gritaban a sus animales. El sol de la tarde calentaba el aire, que traía consigo el hedor de los mataderos. Desde dos callejones más allá, un batanero, junto a sus aprendices y sirvientes, cantaba mientras apisonaban telas recién tejidas al ritmo de la melodía.

Cuando la mirada de Delyth no logró sostener el recuerdo de la boticaria, bajó los ojos hacia la chimenea de la destilería.

—Me alegro de que papá me llamara para despedirme de ella y de su hijo.

Aquello estuvo a punto de arrancarle una sonrisa a Stephen, que la miró de soslayo.

—Lo dices como si tu padre te mantuviera cautiva en ese precioso convento, cuando eres tú quien se aleja de Llynrudd. Si estuviera más cerca, el maestro Walter te traería a casa cada noche.

Sin apartar la vista del hogar, Delyth frunció el gesto.

—Si te obligaran a casarte con Katel, tú también huirías.

Stephen estuvo a punto de replicar que las herederas ricas no merecían compasión, pero ella alzó la cabeza y le sonrió. Su ironía se disipó al instante. Una vez más, se sorprendió de cuánto había cambiado.

Ya no era la muchacha desgarbada de nariz demasiado grande y codos torpes que él y Arthur habían ridiculizado el año anterior. En su lugar había… una mujer.

Delyth había crecido. Ahora su cabeza casi alcanzaba la mandíbula de él, que acababa de cumplir dieciséis años. Su rostro había perdido la redondez infantil para mostrar una frente despejada y pómulos definidos. Sus labios parecían más llenos, sus ojos más grandes y azules. Incluso su nariz, antaño motivo de burla, encajaba ahora con una elegancia que le robó el aliento.

La mirada de Stephen descendió por la línea esbelta de su cuello hasta donde el vestido se ceñía a una silueta nueva, de curvas tentadoras. Con alarmante rapidez, el deseo de tocarla estalló en su interior.

Clavó los ojos en la piedra del hogar, luchando contra aquella reacción impropia hacia la hija del hombre que le había salvado la vida. Pensar en Delyth de ese modo era traicionar todo lo que debía al maestro Walter. Pese a su esfuerzo, la sensación persistía, ocupándolo por completo.

Todo era culpa de Alice, la criada del cordelero. Un año atrás, Alice había decidido que amaba a Stephen más que al hijo del pañero. Se encontraban siempre que podían en el establo del maestro Walter. Lo que empezó con besos se transformó pronto en caricias y, después, en el delicioso pecado de la fornicación. Tras casi un mes, Alice se cansó y prefirió al hijo del herrero. El rechazo destrozó a Stephen, y el dolor fue más intenso que todo el placer compartido. Cuando se repuso y cumplió la penitencia impuesta por su confesor, juró no volver a permitir que una mujer le causara semejante herida.

Poco después descubrió que, con algunas de las monedas que ganaba fuera de sus obligaciones, podía comprar el mismo placer con las prostitutas de Llynrudd. Si debía hacer penitencia, al menos su corazón quedaba a salvo. Él y Arthur coincidían en que ningún hombre sensato se enamoraba de una mujer así. Una de ellas incluso se interesó por él y le enseñó a sentir cosas que jamás había imaginado.

Por el rabillo del ojo, Stephen vio a Delyth respirar hondo, apesadumbrada. El movimiento de su pecho bajo el vestido despertó de nuevo aquel deseo rebelde. Trató de sofocarlo, sin éxito.

—Tiene el corazón roto —dijo ella, refiriéndose al maestro Colin.

Stephen agradeció el desvío de sus pensamientos.

—Sí, eso creo.

Otra prueba más de que amar a una mujer solo traía desgracia. O te abandonaban por otro, o morían. Así había sido con su madre, con la de Delyth y ahora con la señora Katherine.

—Creo que él la amaba de verdad —prosiguió Delyth. En su voz había tristeza y reverencia—. Es tan noble, como los caballeros de los cuentos que nos cuentan las monjas. Si el maestro Colin fuera caballero, habría realizado grandes hazañas para ganarse el corazón de la señora Katherine.

Aquel comentario lo sacó de golpe tanto de la lujuria como del dolor. Delyth adoraba esas historias de caballeros que consagraban su vida a un amor inalcanzable, y odiaba que se burlaran de ellas. A Stephen, en cambio, le divertía pincharla.

—Dios mío —replicó, con desdén—, ¿por qué desearías un destino así para el maestro Colin? Es mejor ser porquero que uno de esos nobles ladrones que exprimen a comerciantes honestos para sostener sus vicios violentos.

Delyth frunció el ceño, con una tormenta en los ojos.

—Los caballeros no nos gravan, lo hace el rey. Solo los odias porque tu padre dijo que eras hijo de uno. No sabes nada de ellos.

Stephen le devolvió la mirada con desdén.

—¿Y tú sí? Tú misma dijiste que, cuando el convento empezó a acoger hijas de comerciantes, los poderosos enviaron a las suyas a otro sitio para no mezclarse con el hedor del comercio.

Ella dio una patada al suelo.

—Sé cómo son por las historias.

—Solo una muchacha podría encontrar algo admirable en ellas —replicó Stephen—. ¿No sabes que las mujeres a las que cortejan ya están casadas? Esos nobles libertinos buscan deshonrar a esposas honradas.

Delyth se volvió hacia él, confundida.

—¿Cómo va a saber eso un aprendiz? Lo único que sabes hacer es gritar: «¡Venid, señora, mirad mi pimienta! Por un penique, un grano entero».

La imitación era perfecta.

—Puedo hacerlo mucho mejor —respondió Stephen, fingiendo ofensa—. Viajo con tu padre a las ferias. Deberías oírme.

Adoptó la postura que el maestro Walter le había enseñado.

—Venid, hombres de gusto refinado. Mirad mi comino y mi cilantro. Olfatead esta canela. ¿No embriaga vuestros sentidos? Y esto, mi buen señor, es nuestra mezcla más rica…

El canto fluyó con naturalidad.

—¿Más picante? Entonces observa cómo añado una pizca del mejor pimiento rojo…

Delyth trató de mantenerse seria, pero acabó riendo.

—¡Basta! —le ordenó, dándole una palmada en el brazo.

Stephen encogió los hombros.

—Solo porque piense que tus lais son una tontería no tienes por qué dejarme moratones.

—No son tontas —protestó ella, y luego se detuvo—. ¿Cómo sabes que se llaman lais?

—¿Me tomas por un campesino grosero? —replicó Stephen, cambiando al francés—. El abad William está encantado con mi dominio de su lengua y me deleita con esas historias.

Delyth chilló de placer.

—Lo había olvidado —dijo, y luego continuó en francés—. Si has oído esas historias, sabrás que ese amor no es vil. Se conforman con adorar desde lejos, viviendo por una sola mirada.

—Y veinte años de mensajes llevados por un cisne —se burló Stephen—. Ningún hombre se conforma con miradas. Si no puede acostarse con ella, buscará a otra.

—¿Qué sabes tú de los hombres? —replicó Delyth, cruzándose de brazos—. No eres más que un muchacho.

—Soy un hombre hecho y derecho —protestó él—. ¿No soy tan alto como tu padre? ¿No se me ha vuelto grave la voz?

Forzó el tono.

—¿Acaso no me crece barba?

—¿Dónde? —preguntó ella, escéptica, alzando las cejas.

—Me la afeito porque aún no es muy espesa y solo consigue que mi cara parezca sucia. —Se pasó los dedos por el labio superior y luego por la mandíbula, indicando dónde había estado el vello oscuro y áspero. Ya estaba volviendo a crecer. Aquella barba incipiente hacía que su piel resultara rugosa al tacto.

Delyth se inclinó hacia él, entornando los ojos para observarle el rostro con atención.

—No veo nada. Sigues siendo un muchacho.

En su mirada brillaba una clara victoria.

—Está ahí —protestó Stephen.

Negándose a que ella pisoteara su orgullo fingiendo ceguera, le tomó la muñeca y llevó su mano hasta la mandíbula. Deslizando la palma contra su piel, insistió:

—¿Ves? ¿Notas dónde vuelve a crecer?

Una leve arruga apareció entre las cejas de Delyth mientras movía los dedos por su labio superior.

—No mentías —admitió, sorprendida.

Stephen contuvo el aliento. Una sacudida recorrió su cuerpo desde el punto exacto donde los dedos de Delyth rozaban su piel. Cuando ella desplazó la palma por su mandíbula, una oleada deliciosa le subió por la espalda. El deseo que antes no había logrado sofocar pasó de ser una chispa a convertirse en un fuego vivo en su vientre. Cuando ella retiró la mano, no pudo soportarlo. Le atrapó los dedos, entrelazándolos con los suyos, y llevó ambas manos contra su pecho. Al hacerlo, Delyth dio un paso hacia él. Un calor lánguido se extendió por todo su cuerpo.

Delyth alzó el rostro para mirarlo. Sus mejillas ardían con el mismo fuego que lo consumía a él, haciendo que sus pecas destacaran como diminutas motas de oro. En sus ojos se mezclaban el asombro y el placer. Avanzó otro pequeño paso. El calor de su cuerpo lo envolvió. Su cercanía resultaba tan embriagadora como el vino. Delyth suspiró, entreabriendo los labios.

Algo dentro de Stephen se deshizo. Necesitando tenerla aún más cerca, rodeó su cintura con un brazo y aguardó la incomodidad que solía invadirlo cuando abrazaba a una mujer. No llegó. En su lugar, Delyth encajó en su abrazo como si siempre hubiera pertenecido allí. Aquella sensación, tan exacta, hizo que cada centímetro de su cuerpo fuera dolorosamente consciente de ella.

Con otro suspiro, Delyth fundió su cuerpo con el suyo, acercándose tanto que Stephen pudo sentir los latidos de su corazón

contra el propio. Jadeó. Juraría que su túnica ardía allí donde los pechos de ella rozaban su pecho.

Atrapado en esa red de pura sensación, Stephen liberó una mano para sostenerle la barbilla con la palma. Inclinó su cabeza hacia la de ella y descendió lentamente hasta sus labios. Delyth cerró los ojos. Él también. Mantuvo la boca inmóvil sobre la de ella, conteniéndose, antes de soltarle la barbilla y rodearla con el otro brazo, acunándola por completo.

Una hoguera se encendió entre ambos. Sus labios comenzaron a moverse y el beso se volvió urgente. Delyth respondió, enlazando las manos tras su cuello para acercarse aún más. Su cuerpo se deslizó contra el de él hasta que la curva de su vientre presionó contra su sexo, ya endurecido. Stephen gimió en silencio contra su boca. Ella se estremeció. Él liberó un brazo para deslizar la mano entre ambos, acariciando la plena y tentadora redondez de su pecho.

—¿Señora Delyth?

La voz de Helewise se interpuso entre ellos. Se separaron bruscamente, ambos jadeando.

La conmoción y el horror arrasaron con todo rastro del placer anterior de Stephen. Dio un paso atrás. ¿Cómo había podido dejarse arrastrar por la lujuria hasta deshonrar al maestro Walter? Su corazón se hundió en una espiral de vergüenza. Había hecho algo peor que traicionar a su maestro. Delyth estaba prometida a Katel. Al tocarla, había cometido adulterio. Si los hubieran sorprendido, podrían haberlos matado a ambos.

Delyth lo miró fijamente. En su expresión no había miedo ni arrepentimiento, sino asombro. Se llevó los dedos a los labios, como si intentara retener la sensación del beso. Sus ojos brillaban con un azul intenso, aún presos de la pasión.

—¡Ya voy! —gritó hacia Helewise, dándose la vuelta y escabulléndose entre la destilería y la cocina—. Estaba buscando a Stephen. Pensé que habría ido a la botica, pero no lo encuentro.

Stephen exhaló con angustia al comprender que Delyth intentaba cubrir su pecado con una mentira. Impulsado por la culpa y por la necesidad de sostener aquella coartada, se giró y corrió alrededor de la esquina de la casa, abriéndose paso entre los arbustos hasta salir a Market Lane. Se alejó de la vivienda del maestro Walter y de la gran ventana que daba a la calle, tomando un camino tortuoso hasta el almacén del río. Allí se deslizó hasta la orilla que él y Delyth aún consideraban su refugio. Protegido por las ramas de los sauces, se dejó caer, apoyando la espalda contra los troncos rugosos.

Sus emociones hervían, oscilando entre el odio hacia sí mismo, el miedo y la maravillosa sensación de haber tenido a Delyth entre sus brazos. Y allí permanecieron, por más que intentó separarlas.

Si no había incomodidad al abrazarla, ¿la habría al acostarse con ella? Aunque su mente le gritaba que no debía hacerlo, su cuerpo se llenaba de imágenes placenteras, imaginando a Delyth fundiéndose con él. El deseo lo inundó, seguido de una emoción más profunda, imposible de nombrar. Fue ese sentimiento indefinido el que despertó en su mente una imagen distinta.

El mes anterior, cuando Katel regresó de su propio circuito de ferias, separado del de ellos, se supo que la criada que había satisfecho sus deseos antes de partir le había sido infiel. Stephen había visto a la muchacha después de que Katel terminara con ella. Tenía la nariz rota y la piel desgarrada en la frente y la mejilla.

Como entonces, Stephen sintió una indignación feroz ante aquella crueldad. A Katel no le importaba la criada ni su traición; lo único herido había sido su orgullo. Si eso era lo que hacía con alguien por quien no sentía aprecio alguno, ¿qué le haría a Delyth si descubría que había tocado a otro hombre?

Una ira tan afilada que le encogió el estómago se apoderó de él. Delyth merecía algo mejor que ese manipulador cruel. ¿Por qué el maestro Walter insistía en casar a su única hija con Katel, cuando debía conocer bien la clase de hombre que era su aprendiz mayor?

Stephen entornó los ojos. Si su maestro no protegía a su hija, él lo haría. Todos sus músculos se tensaron al probar la fuerza de su cuerpo joven y poderoso. En aquel instante, juró ante la tumba de su madre que nunca permitiría que Katel hiciera daño a Delyth. Nunca.

La noche llevaba tiempo envolviendo con sus brazos oscuros la casa del comerciante de especias, sumiendo a cuantos habitaban bajo su techo en el abrazo apacible del sueño. A todos menos a Delyth. Su mente permanecía demasiado despierta para descansar. Nunca había imaginado que un beso pudiera sacudir así sus pensamientos. Cerró los ojos, recordando la firmeza del abrazo de Stephen, la cercanía de su rostro, la impresión imborrable de aquel instante compartido.

Se volvió sobre el jergón, inquieta, tratando de huir de los recuerdos que acudían una y otra vez. Clavó la mirada en la negrura del techo y se obligó a ordenar sus ideas.

¿Por qué la había besado Stephen? Su corazón se llenó de un júbilo súbito. Porque la apreciaba, se dijo. Porque siempre lo había hecho, desde que eran niños.

La idea de un afecto silencioso, guardado en secreto, le arrancó una sonrisa. Era como en los lais que tanto amaba leer en el convento. Ella estaba prometida a Katel, y Stephen, por fuerza, debía callar. Saber que ocupaba un lugar especial en su estima le dio una extraña serenidad, como si aquel pensamiento pudiera darle fuerzas para afrontar el futuro que se le imponía.

Su gesto se ensombreció al pensar en Katel. Antes lo había admirado; ahora, lo rechazaba. Se sentía traicionada. Mientras ella había cumplido su palabra y había ingresado en el convento, él no había hecho lo mismo. Aunque Stephen jamás le había hablado de

ello, Delyth sabía que Katel seguía tendiéndole trampas, buscando desacreditarlo ante otros comerciantes.

Ese mismo día, durante la despedida de la señora Katherine, lo había oído murmurar comentarios maliciosos, rebajando los méritos de Stephen y presentándolo como un aprendiz inepto, casi una carga para su padre. Aquello le había encendido la ira.

Se movió en el catre y empujó sin querer a Puss. El gato gris, bien alimentado gracias a las sobras de Philip, protestó con un bufido y se incorporó con parsimonia, estirándose con exagerada dignidad antes de abandonar el lecho. Saltó al suelo y fue a acomodarse en un jergón cercano, junto a las criadas.

Delyth suspiró al verlo marchar, sintiéndose de pronto sola. Al otro lado de la estancia, tras las cortinas de la cama, su padre murmuró algo en sueños y resopló con fuerza. Ella sonrió con afecto al contemplar aquellas telas cerradas.

Al menos, papá no tenía prisa por verla casada. Aquella noche, como tantas otras, Katel había insistido en fijar la fecha de la boda, y, como siempre, su padre se había negado. Esta vez había alegado que su educación aún no había concluido.

Mientras muchas hijas de comerciantes aprendían únicamente el oficio paterno, Delyth estaba siendo instruida en la lectura, la escritura y las cuentas. Su padre había invertido su creciente fortuna en propiedades y almacenes, y necesitaba que alguien supiera administrarlos con criterio. Ella debía adquirir esas habilidades para sostener lo que él había construido.

Aun así, sabía que aquel aplazamiento no sería eterno. Llegaría el día en que la obligarían a casarse con Katel. Ya había suplicado una vez que la liberaran del compromiso, y su padre se había negado. Los contratos estaban firmados, los acuerdos cerrados, y romperlos sería un mal negocio.

Delyth apretó los dientes, decidida. No importaba lo que dijera su padre. No se resignaría. De algún modo, le haría ver que unirla a Stephen sería una elección más justa que entregarla a Katel.

Cerró los ojos con un suspiro leve. Su corazón volvió a llenarse de aquella mezcla de anhelo y esperanza que solo conocía el amor juvenil, silencioso y prohibido. Y, mientras el sueño por fin comenzaba a alcanzarla, pensó que las muchachas del convento se morirían de envidia si supieran lo que guardaba en su interior.

Capítulo 18

Llynrudd

Una hora después de la hora sexta

Día de Santa Inés, 1197

Delyth nunca había oído a Llynrudd tan silenciosa. Cerró los ojos, se recostó contra la pared de la bañera y escuchó. Desde sus nidos en el techo de paja de la cocina, los ratones correteaban y chillaban. El agua chapoteaba suavemente contra los lados de la bañera de madera. El fuego crepitaba y chisporroteaba. Eso era todo. Aunque era pleno día, ni un solo pregonero anunciaba la exquisitez de la cerveza que ofrecía, ni un solo regatón recorría las calles tratando de deshacerse de las mercancías sobrantes adquiridas a algún comerciante importante.

Abrió los ojos. El silencio resultaba inquietante, como si fuera la única alma viva de toda la ciudad. Incluso mientras pensaba eso, se reprendió por su necedad. Poco más de una hora antes, la campana de la puerta había sonado dos veces seguidas. Había oído cómo se abría y se cerraba, y cómo la barra volvía a colocarse en su sitio.

Había sido el estruendo de aquella campana lo que por fin la había arrancado de su sueño agotador. Delyth sacudió la cabeza, asombrada. Jamás había dormido tanto ni tan profundamente. Su descanso había sido tan hondo que no oyó a quienes, estaba segura, habían entrado en la cocina. ¿Wymar?

Fuera o no su amiga la cocinera, le debía a quienquiera que hubiese sido una enorme gratitud. Sobre la gruesa mesa de trabajo había una cesta. Aunque sus ganas de bañarse le impedían mirar dentro, no dudaba de que estuviera llena de comida. Junto a ella

había un peine y una toalla de lino cuidadosamente doblada. Incluso le habían preparado el baño, con agua fría en la bañera a la que solo había que añadir agua caliente para que resultara soportable. La encontró hirviendo en la única olla que ahora colgaba sobre el fuego, restaurado en la cocina.

Sonrió al mirar la chimenea. Al igual que el fuego del día anterior, que se había estado apagando, había recuperado su vida de entre las cenizas; ella también lo había hecho. Entrecerró los ojos con determinación. Ahora que volvía a tener cierto control sobre su futuro, comprendía que no estaba dispuesta a renunciar a él, aunque eso significara seguir casada con Katel el resto de sus días.

Por primera vez desde su regreso a Llynrudd, reflexionó con calma sobre la amenaza de su marido. La probabilidad de que tuviera éxito le parecía absurda. No importaba qué mentiras pudiera contar Katel: todo un convento de monjas testificaría que no había habido adulterio.

Sin embargo, en lugar de infundirle confianza, la confusión y la inquietud se enredaron en su interior. Conocía a su marido. Katel no hacía amenazas que no esperara cumplir. Además, no habría revelado ni siquiera lo poco que sabía de su plan si creyera que ella podía detenerlo. El mero hecho de que estuviera en aquella cocina, sola y sin vigilancia, indicaba que no la consideraba un peligro.

Delyth contuvo el aliento al comprenderlo. Y, aun así, esa no era la única razón por la que permanecía sin custodia. Katel la estaba incitando a huir, tal como había hecho el día anterior. La desafiaba a buscar refugio en otro lugar. Como le había dicho, quería que proclamara su inocencia en voz alta. La comprensión creció. Una vez más, vio la reacción de los habitantes del pueblo ante la insinuación de su marido. A sus ojos, Katel era un esposo cariñoso, aunque engañado. No había enviado a Theobald a buscarla tras el ataque para convertirla en prisionera, sino para traerla de vuelta con él. Por supuesto, había reprendido a Watt por tardar demasiado en encontrarla. Un marido devoto no se demoraba cuando su adorada

esposa había sido brutalmente atacada por una muchedumbre salvaje.

Delyth dejó caer los hombros. Ojalá algún día aprendiera a dominar su impulsividad. La huida impulsada por la rabia del día anterior ahora solo parecía confirmar la insinuación de Katel, una escapada culpable para evitar al esposo al que había agraviado.

María la salvara, pero Katel era astuto. Ser cornudo era una afrenta terrible para un hombre, tan terrible que el mundo perdonaba asesinatos horribles y mutilaciones espantosas cometidas en su nombre. No había ni un alma en Llynrudd que creyera que Katel aceptaría la humillación de ese título sabiendo que su esposa no había cometido ningún pecado contra él.

Aun así, ¿cómo podía imaginar que tendría éxito cuando ella contaba con tantos testigos de su inocencia? Frunció el ceño, dándole vueltas al asunto hasta que vislumbró la respuesta. Sus juramentos solo servirían si lograba acudir a un tribunal eclesiástico. Si a Katel no le importaba el testimonio de las monjas, solo podía significar que no esperaba que ella tuviera ocasión de solicitarlo.

¿Por qué no? Katel era demasiado inteligente como para matarla con sus propias manos, como cualquier otro hombre podría verse empujado a hacer ante la traición de su esposa. Si su inocencia se revelaba tras su muerte, él se enfrentaría a un cargo de asesinato.

A medida que crecía la consternación, también lo hacía la necesidad de registrar la casa hasta encontrar alguna pista de su complot. Días, había dicho Katel. Aún había tiempo.

Pero ¿por dónde empezar si no sabía qué buscaba? Incluso si daba con algo, no estaba segura de reconocerlo. Con la frustración retorciéndole las entrañas, se recostó de nuevo en la bañera.

Lo peor de todo era la amenaza contra Stephen. Aceptaba que él se había ganado su destino al devolver cada desaire de Katel con otro, hasta que su guerra había alcanzado una conclusión definitiva. Pero Stephen era verdaderamente inocente. Una oleada de tristeza

la invadió. Ojalá hubiera cambiado antes de conocerlo. La Delyth egoísta de ayer no solo le había hecho daño acusándolo de una traición inexistente, sino que le había arrebatado la oportunidad de advertirle sobre Katel. Si ahora intentaba buscarlo y la descubrían, bastaría una acusación de su marido para que fuera condenada como adúltera.

Desde lo más profundo de su memoria despertaron los ecos de la voz de Stephen. Delyth se incorporó en la bañera, escuchando ahora lo que entonces había estado demasiado furiosa para oír. ¡Stephen lo sabía! Había intentado advertirle sobre Katel.

Exhaló con alivio. Si Stephen lo sabía, debía de haber encontrado un modo de protegerse, como tantas veces había hecho en el pasado. La esperanza creció con rapidez. Si Stephen lo sabía, podría decirle qué tipo de pruebas necesitaba para detener a Katel. No podía ir a verlo por sí misma, pero sí enviar a Watt.

La confianza se elevó apenas un instante antes de desplomarse. ¿Cómo hacerlo? Stephen ya no era Stephen de Dunstar ni Stephen de Llynrudd. Estaba claro que tampoco era Stephen el Bastardo, como lo llamaba Katel. No solo ignoraba dónde se encontraba Stephen o bajo qué nombre vivía, sino que tampoco sabía a qué se dedicaba ahora.

El hecho de que probablemente fuera el único Stephen extranjero de la ciudad solo complicaba más la tarea. Si Watt preguntaba por un Stephen que no era de Llynrudd, Katel lo sabría pronto, exponiéndolo a su ira y, muy probablemente, a perder su puesto. Peor aún, Katel comprendería que toda la ciudad sabía que su esposa buscaba a ese extranjero. Una vez más, aquello no haría sino condenarla cuando llegaran las acusaciones.

El agua había pasado de fría a helada. Delyth miró con disgusto el rincón donde había arrojado sus vestidos destrozados. Si su benefactor anónimo no había podido proporcionarle ropa, era porque sus prendas seguían en el convento. En su ira por la facilidad con la que Katel la había arrancado de la reclusión que creía definitiva, las había dejado atrás deliberadamente. La Delyth de ayer,

dominada por un pensamiento malcriado y lleno de rencor, había considerado el tiempo y el esfuerzo que le costaría a su marido recuperarlas como una venganza adecuada por haberla obligado a volver a un lugar que no deseaba.

Una vez más, lo que había concebido como un golpe contra los demás se volvía contra ella. Como Katel solo empleaba a mujeres más bajas que él, ninguna de las prendas de las criadas le servía. Volvió a mirar su ropa hecha jirones. Por imposible que fuera, tendría que ponérsela.

Al salir del agua, se inclinó hacia la mesa y cogió la toalla. Esta se deslizó pesadamente por el borde y se desplegó, derramando un revoltijo de telas marrones y verdes sobre el suelo. Delyth contuvo una exclamación muda de asombro al contemplar los humildes vestidos que databan de los días en que su padre gobernaba aquella casa. Era como si dos amigos queridos, olvidados desde hacía mucho tiempo, hubieran acudido a visitarla. Saltó fuera de la bañera, se envolvió en la toalla y se arrodilló para recoger las prendas.

Mientras lo hacía, las examinó con más atención. El tejido no correspondía a los vestidos que habían llevado los sirvientes de su padre, y los colores tampoco: el verde resultaba demasiado claro y el marrón, demasiado intenso. Por viejos y gastados que estuvieran, no pertenecían a aquella época.

¿Qué importaba? No importaba de dónde procedieran ni que estuvieran bien remendados y parcheados. Servirían. Más que de sobra.

Con aquel regalo, la fe arraigó en su interior. Durante demasiado tiempo se había acostumbrado a fijarse solo en lo malo de su vida. Su creencia en lo negativo había sido tan profunda que casi la había llevado a la muerte. Aquella mañana, en cambio, supo ver lo bueno que había surgido de lo ocurrido el día anterior. Katel la había amenazado, sí, pero ¿no le habían ofrecido su apoyo tanto Leatrice como Watt? Había sufrido un ataque espantoso, pero no había sido violada ni asesinada. Más bien, el Señor Dios había considerado oportuno enviar a Stephen para protegerla.

Suspiró. Ojalá no hubiera destruido el amor de Stephen, pero incluso en eso había algo bueno. Solo a través de su enfrentamiento con él había sido posible aquel cambio.

Cuando terminó de secarse, se puso los vestidos y sonrió. Le quedaban algo cortos. Había un cordón para ajustarlos a la cintura, aunque carecían de bolso. Se calzó sus propios zapatos y medias y volvió a echarse el manto de Watt sobre los hombros para resguardarse del frío. Luego cogió el peine y se alisó el cabello húmedo y enredado.

El rasguño en la puerta fue tan leve que pensó haberlo imaginado, hasta que lo oyó de nuevo. Sobresaltada, se volvió. Por privacidad, había colocado la barra antes de entrar en la bañera. Si se tratara de uno de los sirvientes, habría probado el pestillo y luego golpeado con fuerza al comprobar que la puerta no cedía. El sonido se repitió, esta vez seguido del sollozo apagado de una mujer.

—Por favor, Wymar, sé que estás ahí. Veo el humo que sale por la chimenea. Por favor, déjame entrar. Tengo mucho frío y hambre.

—¿Leatrice? —exclamó Delyth, sorprendida.

Apartó la barra y abrió la puerta. Su antigua criada entró en la estancia envuelta en un haz de luz invernal tan brillante que Delyth tuvo que entrecerrar los ojos. Leatrice recorrió con la mirada las paredes desnudas y los rincones vacíos, y luego se volvió con un grito ahogado de miedo, solo para quedarse aún más atónita.

—Señora, ¿qué hace aquí? ¿Dónde está todo?

Sus ojos se abrieron como platos al contemplar el rostro magullado de Delyth.

—¡Que Dios se apiade de vos! ¿Qué os ha sucedido?

—Es una historia más larga de lo que deseo contar —respondió Delyth, sin ánimo de explicar su situación personal a su antigua criada—. ¿Qué haces aquí?

—Wymar siempre tiene una rebanada de pan y una taza de caldo para los desdichados que se cruzan en su camino —dijo

Leatrice, apresurándose a acercarse a la chimenea y extendiendo la capa para atrapar el calor—. Jamás pensé que sería yo quien lo necesitara —añadió con un sollozo contenido.

Aunque no le sorprendía que su cocinera se atreviera a desafiar el edicto de Katel, que exigía que toda caridad se ejerciera fuera de aquellas paredes, Delyth le lanzó una mirada severa.

—Si Katel o Theobald te encuentran, te darán una paliza.

—Nadie me vio llegar. La nueva esposa del boticario se apiadó de mí y me dejó pasar por su tienda. Hay un hueco entre la chimenea trasera y la pared de la cocina, lo justo para colarse.

—Ah —murmuró Delyth.

Mientras cerraba la puerta con llave para ocultar a su marido y a su adulador lo que no sabían, la asaltaron recuerdos de cuando ella misma había utilizado aquel pasadizo. La última vez había sido la noche anterior a la desaparición de Stephen. El señor Colin la había visto, o eso le había asegurado su padre. Se apoyó contra la madera cerrada, dejando que el recuerdo de la traición del boticario avivara, solo por un instante, las brasas de su ira. Luego las dejó morir. Si no hubiera sido el señor Colin, habría sido otra persona o circunstancia. Podría haber acabado como Leatrice.

—Por favor, señora —suplicó la muchacha en voz baja—. El niño que llevo dentro llora de hambre. ¿Podríais darme algo de comer?

—Veamos qué puedo ofrecerte —respondió Delyth, acercándose a la mesa y retirando el paño que cubría la cesta.

Había un buen trozo de queso, una gruesa loncha de jamón y varias rebanadas de pan oscuro, denso, hecho de avena y centeno. Tomó la cesta y regresó junto al hogar.

Cuando Leatrice cogió una rebanada con un pequeño grito de gratitud, Delyth la dejó comer y se puso a trenzarle el cabello húmedo. Sus dedos trabajaron con destreza hasta formar una larga

trenza, sin necesidad de cinta, pues el rizo natural del pelo la mantenía firme.

—Sabes que no puedes quedarte aquí —dijo con suavidad.

Leatrice soltó un sollozo ahogado, aún con la comida en la boca.

—Oh, señora, no me echéis. Cuando mi padre vio mi estado y supo que había perdido mi puesto con vos, me arrojó a la calle. Ni los monjes del priorato ni los de la abadía me dejan entrar, están desbordados de hambrientos. No tengo adónde ir.

—No puedes quedarte —repitió Delyth, negando despacio con la cabeza.

Recuperó la cesta, tomó un trozo de queso para romper su propio ayuno y le ofreció a Leatrice otra rebanada de pan.

—Si Theobald o Katel te encuentran, no solo te quedarás sin refugio, sino también llena de golpes.

Leatrice gimió, aterrorizada.

—No puedo volver a la calle. He pasado toda la noche escondiéndome, huyendo de las bandas que merodean por los callejones.

—¿Qué bandas? —preguntó Delyth, recordando de pronto los comentarios de Theobald sobre la violencia desatada por los hambrientos.

La criada la miró con incredulidad.

—¿No lo sabéis? Anoche Llynrudd quedó devastada. Saquearon tiendas, incendiaron casas. Fue horrible. Creí que me matarían cuando una turba llegó a la abadía justo cuando yo llamaba a la puerta. Gritaban al abad que les entregara al hombre al que culpaban de todos sus males.

—No es culpa de nadie que las cosechas hayan fracasado —replicó Delyth, distraída, mientras una idea inquietante se formaba en su mente. La cocina había sido vaciada la tarde anterior, como si

se temiera un ataque. ¿Cómo podía Katel saber lo que iba a suceder?

—No le culpan por el hambre —aclaró Leatrice—, sino porque lo que hizo provocó que los hambrientos se rebelaran y destruyeran la ciudad.

Delyth alzó la cabeza, sobresaltada.

—¿Qué clase de hombre incendia un pueblo entero? ¿Quién es?

—Un comerciante extranjero. Dicen que prometió vender grano y luego se lo llevó porque no le pagaban lo suficiente. Cuando lo hizo, la gente fue a buscar lo que había escondido en un almacén, destrozándolo todo para encontrarlo. O algo así.

Los ojos de Leatrice ardían de indignación.

—Y el abad lo protegía. Deberían colgarlo. ¿Cómo puede un hombre dejar morir de hambre a otros cuando tiene grano para vender?

Delyth arqueó las cejas ante aquella historia, claramente deformada por los rumores. Ningún comerciante sensato sería tan necio.

—Si el abad lo protegió, debió de creerlo inocente. De lo contrario, lo habría entregado a la multitud.

—Sí, y aun así el clérigo les gritó en el mercado —replicó Leatrice.

Sacó su cuchillo de comer y partió la loncha de jamón en dos, ofreciendo la mitad a su señora.

—Yo digo que lo protegieron porque es rico. Los ricos se cuidan entre ellos —gruñó, señalando con un gesto la casa y a Katel—. No es distinto de lo que él me hizo a mí. Cree que, como no soy nada, no puedo hacerle daño. Se equivoca. Encontraré la manera de vengarme de su traición, lo juro.

Delyth esbozó una sonrisa tenue.

—Qué valiente eres.

Si aquella muchacha, sola y sin apoyo, creía posible vengarse de un hombre tan poderoso, ella también encontraría la forma de localizar a Stephen y averiguar qué necesitaba para desenmascarar a Katel.

Afuera, en el callejón, una voz llamó a otra. Le siguió un grito más. En un instante, el aire se llenó de clamores. Mientras Leatrice se refugiaba en las sombras de la cocina, Delyth abrió la puerta y se asomó.

—¿Qué sucede? —susurró la criada, cuidando de no alzar la voz.

Delyth frunció el ceño, escuchando.

—No estoy segura. Gritan que van a la torre, que se haga justicia.

—Quizá el abad haya dejado de proteger a ese hombre. Apostaría a que van a ahorcar al Grossier de Lynn.

Había un dejo de triunfo en la voz de Leatrice, como si la caída de un hombre rico aliviara su propia sed de venganza.

—Hmm —respondió Delyth, con aparente indiferencia.

La mención de Lynn despertó un recuerdo. Su padre tenía un amigo de esa ciudad, el maestro Wymund, también grossier. Le había caído bien, sobre todo porque siempre le traía una cinta. La última vez que lo había visto fue poco antes de la muerte de su padre.

—¿Has dicho que era de Lynn?

—Sí. Se llama maestro Stephen.

El corazón de Delyth se detuvo. Sus dedos se clavaron en el marco de la puerta. Cerró los ojos y evocó la imagen de Stephen en el callejón, con su túnica bordada de rombos azules y espigas doradas. En ese instante comprendió dónde había enviado su padre a Stephen tantos años atrás y a quién deseaba matar la multitud.

El impulso de protegerlo estalló dentro de ella y la lanzó fuera de la cocina.

—Señora, esperad —susurró Leatrice—. ¿Adónde vais? No lleváis velo. ¡Deteneos! ¡No me dejéis sola!

Delyth ya se escabullía por la parte trasera del edificio. En lugar de dirigirse a la puerta de la tienda, como había hecho Leatrice, rodeó la casa y se abrió paso entre los arbustos, como tantas veces antes. Sin plan ni reflexión, echó a correr por Market Lane, hacia la torre del castillo de Llynrudd, hacia Stephen.

Capítulo 19

Llynrudd, finales de junio de 1180

Delyth saltó de su palafrén en cuanto el hombre de la abadesa condujo al pequeño grupo más allá de la puerta de su padre. La suave niebla que descendía de un cielo gris y apacible había humedecido el patio y, al aterrizar, resbaló sobre la superficie traicionera. Fue el miedo por su padre lo que la mantuvo en pie.

Con la capa ondeando a su espalda, recorrió a toda prisa la corta distancia entre la puerta y la entrada, y se precipitó en el edificio delantero. Sus pasos resonaron con fuerza sobre los escalones de piedra, y el eco de su respiración entrecortada y aterrada rebotó en las frías paredes. Cruzó el rellano y entró en el salón.

La serena quietud del día se filtraba por la amplia ventana occidental de la gran sala, envolviéndolo todo en un silencio antinatural. El corazón se le encogió. A pesar de ser la hora de la comida, las mesas seguían desmontadas y apiladas contra la pared del fondo. Incluso el fuego que ardía bajo su campana redonda y protuberante parecía contener el aliento. Ahogada por el temor de haber llegado demasiado tarde, salió del vestíbulo hacia la puerta del dormitorio y se detuvo en seco.

Llevada por la brisa cálida y húmeda del día, una luz brumosa fluía por la ventana abierta, suavizando los coloridos baúles de ropa hasta convertirlos en sombras apagadas, y volviendo grisáceos los vivos verdes y rojos de las cortinas de la cama de su padre. El señor Colin, con nuevas hebras de plata en su cabello negro, permanecía

de pie a los pies del lecho, con el rostro solemne y los hombros abatidos. Helewise estaba sentada en un taburete a la cabecera.

La ama de llaves se volvió hacia la hija de su señor. Tenía los ojos enrojecidos y profundas ojeras marcadas por el cansancio. A sus pies había una palangana con agua y varios frascos de cuero. Delyth sintió un dolor punzante en el pecho. ¿Estaba cuidando a un inválido o lavando el cuerpo de un hombre muerto?

—¿Papá? —susurró, sin atreverse a cruzar el umbral.

—¿Eres tú, muñeca? —La voz de su padre no era más que un eco débil de su habitual gruñido grave.

El corazón de Delyth se partió entre el alivio de saberlo vivo y el temor de perderlo pronto. Quince años era una edad demasiado temprana para quedarse huérfana. Se quitó la capa de los hombros y la arrojó a un lado mientras se lanzaba hacia la cama. Al verlo, contuvo el aliento, horrorizada.

El rostro de Walter de Llynrudd estaba dolorosamente afilado; su piel parecía tan frágil como la de una cebolla y tenía un tono cetrino. Donde antes había rizos rojos y rebeldes, el cabello yacía ahora lacio alrededor del cráneo. El habitual azul hielo de sus ojos se había apagado hasta convertirse en un gris mortecino, su vitalidad consumida por las sombras profundas que se hundían bajo ellos.

—Papá —murmuró de nuevo, con la voz quebrada ante la cercanía de la muerte.

Al mirarla, el color regresó tenuemente a sus mejillas y una chispa de vida brilló en sus ojos. Sonrió con aquel gesto tan familiar y, a la vez, tan alterado por la enfermedad que Delyth cayó de rodillas. Él alzó la mano y estrechó sus dedos con un apretón cálido y sorprendentemente firme.

La mirada de Delyth se deslizó hasta la cara interna de su brazo. Uno de los muchos lunares que siempre habían moteado su piel había crecido. Antes del tamaño de un guisante, ahora era casi el doble, deformado y de un negro ominoso.

—Papá —sollozó, apretándole la mano contra la mejilla.

Podía sentir sus huesos bajo la carne. Las lágrimas brotaron mientras su corazón se rompía una y otra vez. ¿Cómo podía estar tan enfermo, tan pronto? Era cierto que en Semana Santa se había quejado de un cansancio inusual; apenas podía caminar desde los establos hasta el salón sin detenerse a descansar.

Había atribuido su agotamiento al exceso de trabajo y había prometido permitir que Katel, Stephen y Arthur asumieran más responsabilidades.

—Vamos, muñeca —le había dicho entonces con aquella voz áspera—, no me llores todavía. Estaré aquí algún tiempo. ¿Cómo voy a dejar este mundo antes de verte casada y de sostener a mi primer nieto en brazos?

Era una mentira. Aunque deseaba con todas sus fuerzas que fuera verdad, no la creía. Lo veía en sus ojos.

—Sí, papá —mintió ella también, anhelando creerlo con la misma desesperación que él.

—Me alegra tenerte en casa —murmuró, con los párpados pesados, exhausto incluso por hablar.

—Deberías haberme mandado llamar antes —le reprochó ella con suavidad.

—¿Para que me vieras postrado en la cama? Para eso está Helewise —respondió con un suspiro—. Eres demasiado joven para quedarte atrapada junto al lecho de un viejo.

Su voz se apagó al cerrar los ojos y quedarse dormido.

El silencio que siguió fue terrible y profundo. Delyth dejó escapar un sollozo ahogado. Soltó su mano y acomodó con cuidado el brazo sobre el pecho, cubierto por la manta.

—Se mantuvo despierto aguardando tu llegada —dijo el maestro Colin en voz baja—. Ánimo, muchacha. No siempre está tan

cansado. Aunque ya no puede levantarse, la mayoría de los días su mente permanece clara y despierta.

Delyth se desplazó de rodillas hasta Helewise, mirándola con súplica, como si necesitara que la mujer desmintiera lo que sus propios ojos veían.

Helewise solo abrió los brazos en gesto de acogida. Ya sollozando abiertamente, Delyth se refugió en ellos.

—Calla, cariño —susurró la ama de llaves, meciéndola con suavidad—. No debes dejar que te vea tan abatida. Sé fuerte por él mientras cruza de este valle al siguiente.

Aquellas palabras desgarraron a Delyth.

—No —gritó, furiosa, liberándose de su abrazo.

Se puso en pie con torpeza.

—No va a morir. No puede morir. ¡No voy a permitir que se vaya!

Dicho esto, se volvió y salió corriendo de la casa, sin importarle adónde la llevaban sus pasos.

Stephen, vestido únicamente con los calzones y los zapatos, con la túnica y la camisa colgadas de un gancho en la pared del almacén, barría sin entusiasmo las telarañas que se aferraban a las vigas del gran edificio. Era una tarea menor, pensada más para mantenerlo ocupado que por verdadera necesidad, pero le permitía mantenerse lejos de la casa del comerciante de especias durante el día. No le importaba estar allí cuando Delyth regresara.

Había abierto de par en par la puerta del almacén que daba al río para dejar entrar algo de luz. Con ella llegaba el murmullo constante del agua contra la orilla y el susurro de los sauces, movidos por una brisa suave que traía consigo el olor húmedo del

verano. El molino guardaba silencio por el momento, y en contraste con esa quietud, los pájaros llenaban el aire con trinos dispersos que aliviaban la monotonía del día.

Como siempre, aquellos sonidos lograron calmarlo un poco. Stephen suspiró y se permitió un instante de indulgencia consigo mismo. Aquella limpieza no era del todo inútil. El almacén debía prepararse para lo que pronto vendría.

Tanto Katel —ahora maestro Katel— como Arthur, acompañados por Aleric, habían partido semanas atrás en dos grupos distintos, cada uno siguiendo una ruta diferente. Llevaban consigo largas caravanas de animales de carga repletos de las especias y mezclas que habían hecho prosperar la casa del maestro Walter. Aunque el destino final era Londres, donde repondrían existencias con los grandes comerciantes mayoristas, el viaje se alargaría deliberadamente, deteniéndose en ferias, mansiones y abadías para comerciar por el camino.

Parte de la mercancía se vendería por dinero; otra se intercambiaría por bienes diversos. Aquello que resultaba manejable continuaba el viaje; lo demás se enviaba de vuelta a Llynrudd, donde debía evaluarse su valor y buscar comprador. En ese ir y venir Stephen había descubierto su talento. Jamás olvidaba lo que cada comerciante necesitaba, y sus intercambios, a menudo complejos, beneficiaban a todos los implicados y, sobre todo, a su maestro.

La tristeza lo alcanzó con la lentitud de una marea. Aquel sería su último verano trabajando para el maestro Walter. El día anterior, tras meses de debilidad creciente, su amo había pedido que llamaran a su hija para que regresara del convento. Eso solo podía significar una cosa: ya no albergaba esperanzas de recuperación.

Stephen se apoyó un instante en la escoba. Una vez más, estaba a punto de perder su hogar y a su familia. Cuando el maestro Walter muriera, Katel se convertiría en el dueño de la casa, y Stephen no dudaba de que su lugar allí se volvería insostenible.

A esa pena se sumó otra. Helewise había comenzado a hablar abiertamente de la boda de Delyth. La idea le oprimió el pecho. Delyth no merecía un destino así. Katel jamás la trataría con la consideración que ella merecía.

Stephen cerró los ojos, consciente de hacia dónde lo conducían de nuevo sus pensamientos. Aunque se reprochó su atrevimiento, no pudo evitarlos. No se trataba solo de afecto mal encauzado; era un apego profundo y silencioso. En contra de toda conveniencia, había llegado a querer a la hija de su amo.

Desde niño, había encontrado consuelo y ánimo en compartir con Delyth sus pequeños triunfos. Ella celebraba sus logros con una sinceridad que lo fortalecía frente a los constantes menosprecios de Katel. Pensar en perder esa complicidad le resultaba insoportable.

Un ruido repentino lo sacó de su ensimismamiento. Alguien corría al otro lado de la pared del almacén y se detuvo junto al río. Stephen frunció el ceño. Aquella orilla siempre había sido un refugio, y en ese momento deseaba estar solo. Dejó la escoba a un lado y se acercó al umbral que daba al agua.

Saltó a la orilla, al lugar que él y Delyth habían reclamado como suyo años atrás. El terreno había cambiado: los sauces habían crecido y sus raíces se extendían ahora por donde antes había un pequeño hueco en la tierra.

El recuerdo de la primera vez que vinieron allí lo asaltó. Delyth había defendido aquel rincón con una valentía inesperada. La memoria le arrancó una sonrisa breve, que se disipó enseguida. Aquellos tiempos habían quedado atrás.

Rodeó los troncos y avanzó sobre la alfombra de musgo hasta mirar a través de las ramas colgantes. Entre el verde y el dorado, distinguió un destello azul.

—Quienquiera que seas, vete —llamó—. Este tramo pertenece al maestro Walter. No puedes estar aquí sin permiso.

El follaje se agitó. En lugar de marcharse, una figura se abrió paso entre las ramas. Stephen se quedó inmóvil al reconocerla.

Era Delyth.

La sorpresa lo dejó sin aliento. Por primera vez en años, estaba allí sin escolta, y estaban completamente solos. Desde la muerte de la señora Katherine, Stephen había procurado evitar cualquier situación en la que pudieran encontrarse a solas. No por falta de afecto, sino por prudencia.

Al verla, sintió una mezcla de alivio y preocupación. Delyth lo miraba con la misma determinación de siempre, y Stephen comprendió que, una vez más, su presencia iba a poner a prueba todo aquello que creía tener bajo control.

Al adentrarse en el bosque, dejó que las ramas cayeran tras ella, ocultándolos del mundo exterior. La niebla persistente dejó manchas oscuras en su vestido azul pálido, y la seda húmeda se adhería aquí y allá a la esbelta silueta de su cuerpo. Aflojados por la carrera, mechones descuidados de su brillante cabello rojo dorado se escaparon de la trenza y se rizaron alrededor de su rostro y de sus hombros.

—¿Qué haces aquí? —gritó él, dando un paso atrás mientras sopesaba la valentía de regresar corriendo al almacén y cerrarle la puerta en las narices.

—Oh, Stephen —exclamó ella, con la voz quebrada por el dolor.

La preocupación por la reacción de él se disipó. Habían pasado siete años, pero aún recordaba la desesperación de quedarse huérfano.

—Has visto a tu padre —dijo en voz baja.

Ella avanzó un paso. Stephen contuvo el aliento. La tristeza afinaba los rasgos de su rostro, volviéndolos más delicados. Sus labios temblaron y las lágrimas brillaron en sus ojos hasta intensificar el azul de su mirada.

—Nadie me lo dijo —susurró. Se mordió el labio inferior para dominar el temblor y, cuando lo logró, continuó—. ¿Por qué ninguno de vosotros me lo dijo?

La ira se coló en su voz.

—Él no nos dejó —respondió Stephen—. Estaba convencido de que se recuperaría y no quería preocuparte.

Si aún quedaban lágrimas en sus ojos, manchas rosadas prendieron de pronto en sus pálidas mejillas, haciendo resaltar sus pecas.

—Pensaba que eras mi amigo —gritó, apretando los puños—. ¡Deberías habérmelo dicho! ¿Cómo pudiste dejarme en la ignorancia?

—Delyth, me pidió que guardara silencio —intentó explicarse.

Ella se abalanzó sobre él y le golpeó el pecho desnudo con el puño.

Stephen gritó, más por la sorpresa que por el dolor, y la sujetó por la muñeca.

—Delyth —protestó.

Ella respondió con otro golpe en el hombro. Esta vez sí dolió.

—Te digo que pares —espetó él, atrapándole la otra muñeca.

Con las manos de ella inmovilizadas, la miró con ira.

—Te he dicho que me pidió que no dijera nada. No voy a desafiar a tu padre, ni siquiera para complacerte.

Ella no respondió; se limitó a forcejear para soltarse. Stephen apretó más, decidido a sujetarla hasta que se calmara. Mientras luchaban en silencio, el cielo se abrió sobre ellos. Ni siquiera las densas ramas de los sauces lograron detener lo que pronto se convirtió en una lluvia constante y torrencial.

La humedad resultaba fría contra la piel. Empapó sus vestidos hasta pegarlos a su cuerpo. Aun así, ella siguió forcejeando, no para

escapar, sino para asestarle más golpes. Delyth era fuerte, pero él lo era mucho más. Stephen cerró con más firmeza los dedos en torno a sus muñecas, obligándola a reconocer su fuerza.

—Basta —la advirtió—. No te soltaré hasta que prometas que no volverás a golpearme.

Ella inspiró hondo, de manera entrecortada. Y le dio una patada. Fuerte.

Stephen gritó ante el impacto.

—¡Que te lleve el diablo! —bramó, sacudiéndola—. ¡Vas a parar!

Ella eligió ese instante para apartarse con todas sus fuerzas. Al segundo siguiente, cayó, arrastrándolo con ella. Stephen soltó sus brazos para incorporarse, pero no lo bastante rápido. Delyth jadeó al golpear el suelo cubierto de musgo, y volvió a hacerlo cuando él cayó sobre ella.

La lluvia le golpeaba la espalda. Clavando los dedos en el verde vibrante del musgo, Stephen se impulsó con manos y rodillas hasta quedar sobre ella.

—¿Te has vuelto loca? —gritó, enfadado con ella y consigo mismo por haberle hecho daño.

Ella emitió un sonido pequeño y desamparado. Stephen la miró. El cabello, oscurecido hasta parecer miel mojada, le caía en mechones húmedos por el rostro. Le temblaba la boca. En sus ojos no había ira, solo una soledad tan profunda que disipó la suya.

—Oh, Stephen, tengo tanto miedo —susurró.

Posó las manos sobre su pecho desnudo y, sollozando, le rodeó el cuello con los brazos, atrayéndolo hacia ella.

Todos los músculos de Stephen se tensaron, dispuesto a apartarse, pero sus piernas resbalaron en el musgo empapado. Al acomodarse, sus muslos se separaron y sus caderas encajaron con las de ella. A través de la fina seda húmeda, sintió sus pechos contra

el pecho. El contacto despertó su miembro, enviándole un fuego abrasador que lo invadió sin control. Sin pensar, se dejó caer por completo sobre ella, como un hombre que se tiende sobre la mujer a la que ama. Ella encajaba con él como si hubieran sido creados el uno para el otro, y el deseo superó su capacidad de resistencia.

Ella se estremeció bajo su peso, provocándole una respuesta igual de intensa. El abrazo alrededor de su cuello se aflojó cuando contuvo un sollozo. Apoyando los antebrazos a ambos lados de sus hombros, Stephen se elevó ligeramente para mirarla. Las lágrimas seguían en sus ojos, pero el rubor de sus mejillas revelaba un calor nuevo. No había miedo en su mirada, solo asombro. Ella alzó una mano y presionó los dedos contra los labios de él.

El contacto lo hizo contener el aliento. Cuando ella repitió aquel suspiro silencioso, sus pechos se movieron contra su pecho, y el calor en su vientre empezó a hervir.

Ella deslizó los dedos por su rostro, trazando la línea de su mejilla. Sus labios se separaron, como si el simple roce la deshiciera. Tomó un mechón de su cabello, lo presionó contra su piel formando un rizo húmedo y dejó que su dedo recorriera la línea de su mandíbula.

Cuando ya no pudo soportar más, Stephen bajó la cabeza y posó la boca sobre la de ella. Sus labios cedieron y todo el cuerpo de Delyth se ablandó bajo el suyo. Al instante siguiente, lo acunó contra ella.

Las sensaciones se atropellaron. Stephen olvidó la lluvia que le enfriaba la piel. Olvidó que era la única mujer a la que no debía tocar. Solo importaba que ella era suya.

Se inclinó, aferró un puñado de su vestido y tiró. Ella levantó las caderas para ayudarlo. El gesto le provocó otra oleada de pasión.

Ella apartó la boca de la suya.

—Espera —susurró.

Stephen gruñó, reacio, besándole el cuello y luego la oreja. Descendió hasta atrapar con la boca la punta de uno de sus pechos, a pesar de la seda húmeda. Ella gritó de placer y se arqueó bajo él.

De nuevo, Stephen bajó la mano hacia sus vestidos. Esta vez, sus dedos encontraron la piel desnuda del muslo, suave y tersa bajo la palma. No pudo detenerse. Su mano ascendió por la pierna hasta rozar su intimidad.

Ella tembló, respirando en jadeos cortos y agudos. Cuando él la acarició con el dedo, gritó de asombro y alzó las caderas.

—Otra vez —suplicó en voz baja—. Tócame otra vez.

Sus palabras tensaron el miembro de Stephen contra la áspera lana que lo contenía. Retirándose para arrodillarse sobre sus muslos, hizo lo que ella le pedía. Delyth jadeaba, moviendo las caderas en una gloriosa imitación del acto sexual. Cada movimiento avivaba aún más el fuego en él.

Deslizó un dedo en su interior. Ella echó la cabeza atrás y gritó de placer. Fascinado, la siguió acariciando, dejando que sus gemidos alimentaran su deseo hasta volverlo casi insoportable. Cuando no pudo más, se apartó. Desgarró la cuerda de la cintura de sus calzas y se despojó de ellas, de los zapatos y del resto. No bastaba con que él estuviera desnudo. La necesidad de verla por completo lo llevó a desatar el cinturón que sujetaba sus prendas. Cuando fue a levantar los dobladillos, ella se incorporó y alzó los brazos para ayudarle.

Stephen la contempló, admirado, cuando quedó desnuda, y las prendas olvidadas se deslizaron de sus manos. La lluvia brillaba sobre su piel blanca, dejando un rastro reluciente entre sus pechos y acumulándose en gotas sobre el vello dorado que se rizada sobre su sexo. Extendió las manos, ahuecó sus pechos y frotó los pulgares contra sus suaves puntas rosadas.

Temblando, ella se inclinó hacia él, apoyando la frente en su hombro, con las manos sobre su pecho. Stephen contuvo el aliento y cerró los ojos cuando ella presionó la boca contra su garganta. Sus palmas se deslizaron por su piel húmeda y bajaron con firmeza,

mientras su boca trazaba una línea ardiente por su cuello. Al rozar con la nariz el hueco bajo su oreja, sus dedos descendieron aún más, explorando la dura longitud de su miembro.

Ahora era Stephen quien temblaba. Jadeaba, casi ciego por la sensación, cuando finalmente le sujetó las muñecas para detenerla. Ella lo miró, curiosa.

Stephen capturó su boca, volvió a montarse sobre sus caderas y la empujó hacia atrás sin soltarla. Cuando ella quedó de nuevo bajo él, se estiró sobre su cuerpo. Una vez más, Delyth se relajó y ambos se fundieron, preparándose para ser uno.

Su boca reclamó la de ella en un beso ardiente que exigía entrega. Ella gimió y cedió, abriendo los muslos. Su miembro la penetró y encontró la barrera de su virginidad.

Sorprendido por la resistencia, Stephen apartó la boca de la suya y comenzó a retirarse, liberándole las muñecas. Delyth lloró suavemente y le rodeó el cuello, atrayéndolo de nuevo. Recuperó su boca y se movió contra él en una invitación clara.

—Delyth —susurró, protestando contra sus labios—. No puedo tomarte.

Lo aceptara o no, ella pertenecía a otro.

Aun así, ella volvió a moverse contra él. El corazón de Stephen se quebró. Dios y los hombres se habían equivocado al entregarla a Katel. En su interior creció una necesidad feroz de conservarla como suya.

—No —insistió, pasándole los dedos por el cabello para llamar su atención.

Ella emitió un sonido de protesta y abrió los ojos.

—Quiero que seas mi esposa —le suplicó—. Dilo. Haz tu promesa ante Dios y ante mí. Dime que me amarás siempre.

La sonrisa de ella fue hermosa al relajarse bajo él.

—Sí, te tomaré como esposo —respondió, aún jadeante—. Desde este momento, soy tu esposa. Mi corazón es tuyo. Lo juro ante Dios y todos sus santos.

Él rozó su boca.

—Y tú eres mi esposa, mía para protegerte y mantenerte a salvo. Juro en este día que Dios me mate si rompo mi palabra.

—Ámame, Stephen —susurró ella—. Ámame como yo te amo a ti.

Esta vez, cuando ella se movió contra él, no hubo resistencia. Era su esposa. Su boca volvió a posarse sobre la de ella. Cuando él se inclinó para entrar, ella se alzó para recibirlo. Lo que debía haber sido de Katel, se lo entregó a él.

La pasión estalló cuando la cálida estrechez de su cuerpo lo envolvió. Ella gritó bajo él, alzándose para aceptarlo. Stephen embistió una y otra vez, marcándola como suya, mientras ella, al mismo tiempo, lo reclamaba para siempre. Cuando finalmente derramó su semilla, ambos quedaron irremediablemente unidos.

Capítulo 20

Llynrudd

La hora de las vísperas Día de Santa Inés, 1197

-Señora, no podemos quedarnos aquí más tiempo —advirtió Leatrice en voz baja. Las sombras que se alargaban a su alrededor avivaban el temor de que la violencia de la noche anterior volviera a repetirse—. Pronto caerá la noche.

Delyth la miró apenas un instante y luego volvió a fijar la vista en la pequeña torre del homenaje de Llynrudd, encaramada en lo alto de su montículo. Dentro del círculo de la empalizada de madera que la rodeaba, la piedra amarillenta del homenaje resplandecía con un tono dorado bajo el sol poniente, mientras el salón contiguo quedaba ya sumido en la penumbra.

—Todavía no.

—¿Cuándo entonces? —La voz de Leatrice fue poco más que un gemido contenido.

Aunque se encontraban lo más alejadas posible de la torre sin perderla de vista, Leatrice no lograba acallar su inquietud por la cercanía de la multitud. Durante toda la tarde apenas había elevado la voz por encima de un susurro, como si temiera que un sonido demasiado fuerte pudiera provocar de nuevo la furia colectiva. Sin embargo, su miedo a quedarse sola era aún mayor, y por eso no se apartaba de su antigua señora.

—Pronto —respondió Delyth, sin apartar los ojos de la torre, como si su mera atención pudiera mantener a salvo a Stephen—.

Pronto.

Al repetir la palabra, comprendió la verdad que encerraba la insistencia de Leatrice. La lección del día anterior seguía demasiado viva en su memoria. No era seguro que dos mujeres, sin escolta, permanecieran en la calle cuando cayera la noche. Tendrían que marcharse antes de que la oscuridad lo cubriera todo.

Con el corazón encogido ante la idea de abandonar a Stephen en su encierro, Delyth alzó la mirada hacia el tejado del homenaje. Solo dos hombres armados vigilaban desde lo alto, y apenas tres más custodiaban la puerta. ¿Cómo podía el capitán creer que tan pocos bastarían para proteger a un prisionero frente a una multitud tan encendida?

Como hacía cada cuarto de hora desde que comenzara su larga vigilia, escrutó a la gente congregada en el estrecho tramo de hierba helada que se extendía entre ella y la torre. Ya no se trataba únicamente de los pobres y hambrientos que la habían atacado el día anterior. Entre ellos había comerciantes medianos de Llynrudd, hombres y mujeres con túnicas y vestidos de colores vivos, bien conservados aunque sin los lujos de piel ni los adornos dorados de los más ricos. Hasta la víspera, muchos habían creído que sobrevivirían al invierno, quizá con menos holgura, pero sin perderlo todo. Los disturbios les habían arrebatado el comercio, el hogar, a veces incluso a la familia, empujándolos al borde de la desesperación.

Sus gritos exigiendo la muerte de Stephen se habían apagado, pero la sed de venganza seguía anclándolos allí. Con cada hora que pasaba, surgía una nueva hoguera improvisada. Se preparaban para velar toda la noche, temiendo que el consejo, en el que ya no confiaban, intentara sacar al prisionero bajo el amparo de la oscuridad.

—Señora —insistió Leatrice, suavizando la voz—, si va a ser ahorcado, será ante todos. Hasta mañana está a salvo.

Aunque Delyth no le había confiado nada acerca de Stephen ni de su angustia, la criada había llegado sola a esa conclusión.

Fue aquel intento de consolarla, unido a la certeza de que nada de lo que hiciera podría cambiar lo que estaba ocurriendo, lo que empujó a Delyth a hablar.

—Katel es el responsable —susurró con dolor—. No sé cómo ni de qué modo, pero él ha provocado todo esto.

—¿El señor? —preguntó Leatrice con agudeza, recorriendo la multitud con la mirada—. ¿Quiere decir que él causó los disturbios?

Delyth asintió en silencio, incapaz de apartar su atención de la torre. El deseo de ver a Stephen, de tocarlo y asegurarse de que seguía con vida, la consumía. Marcharse sin hacerlo le parecía insoportable.

Pero aquello era imposible. Dos veces, a lo largo de la tarde, un carro había intentado acercarse a la torre, sin duda con provisiones. En ambas ocasiones, la multitud lo había rechazado. Más tarde, varios concejales —sin Katel entre ellos— habían intentado apaciguar a la gente y habían sido expulsados entre gritos. ¿Cómo podía ella esperar lograr lo que ellos no habían conseguido?

—¿Estás segura de que ha sido el maestro?

Delyth apartó por fin la vista de la torre para mirar a Leatrice. La muchacha llevaba ahora el manto de Watt, mientras Delyth ocultaba su rostro bajo la capucha de la capa de Leatrice. Habían intercambiado las prendas cuando la multitud comenzó a pedir la muerte de los concejales y de sus familias. El rostro de la doncella ya no reflejaba miedo, sino una gravedad pensativa que Delyth no le había visto antes.

—Déjalo —rogó Delyth en voz baja—. Por favor.

De la esperanza de aquella mañana no quedaba nada. Era demasiado tarde para frenar a Katel. Su ocasión de salvar a Stephen había pasado en el caos del día anterior. Ahora solo podía esperar un milagro. Y, por mucho que quisiera creer en la intervención divina,

resultaba difícil hacerlo frente a la férrea determinación de la multitud. ¿Y si Dios había sido tan ciego como ella ante el peligro que corría Stephen?

Con una esperanza tan frágil como desesperada, murmuró:

—Leatrice, necesito rezar.

—¿Tan profundamente lo amas? —preguntó la criada con una comprensión silenciosa, propia de quien conoce el amor y el miedo.

Delyth no respondió. Leatrice suspiró con suavidad y, como una igual, tomó del brazo a su antigua señora.

—Venga conmigo. Tal vez en San Esteban el padre nos permita pasar allí la noche.

La condujo por el callejón. Estaban a punto de llegar a la iglesia cuando se toparon con el mismo carro que había intentado dos veces abrirse paso hasta la torre. Esta vez lo escoltaban unos quince hombres delante y otros tantos detrás. Una lona cubría el cargamento, pero dejaba visibles a las tres mujeres sentadas en el borde delantero. Entre ellas se encontraba la señora Alwyna, viuda de Peter, el comerciante de lana, y madre del concejal lisiado. Dos criadas sollozaban a su lado.

—Cállate —espetó la viuda a una de ellas—. La multitud se ha dispersado y hemos triplicado a nuestros hombres. No nos detendrán.

La necesidad de ver a Stephen se apoderó de Delyth con tal fuerza que olvidó toda cautela. Si aquel carro se dirigía a la torre, ella iría con él.

Se soltó de Leatrice y corrió hacia el grupo. No había avanzado mucho cuando uno de los guardias de la viuda se adelantó para interceptarla. Tras una mirada rápida a su vestimenta humilde, se interpuso con brusquedad.

—Apártate.

La obstrucción solo intensificó su urgencia. Sin pensar, gritó:

—¡Señora Alwyna! Por el bien de mi hijo y del suyo, le ruego que me conceda un momento.

—¡Sigue adelante! —gritó el conductor del carro.

—¡No! —la voz firme de la viuda se impuso—. ¿Quién llama? Acércate para que pueda verte.

—¿Ha perdido el juicio? —susurró Leatrice—. Si intentan atravesar la multitud, los matarán.

Delyth permaneció inmóvil, no por temor a la violencia, sino por una certeza más peligrosa: si la viuda reconocía su identidad en voz alta, todo estaría perdido. Llynrudd seguía siendo un lugar donde los rumores corrían más rápido que el fuego. Katel sabría de inmediato lo que ella intentaba hacer.

Aun así, el deseo de ver a Stephen era más fuerte. Bajó aún más la capucha.

—Ve tú —le rogó a Leatrice—. Dile quién soy y pídele que no lo diga en voz alta. Si lo haces, te prometo que buscaré un hogar para ti y tu hijo.

Leatrice la miró, sorprendida, y luego asintió con gratitud. Se acercó al carro, esforzándose por alcanzar a la viuda. Delyth vio cómo la señora Alwyna se inclinaba para escucharla. Al instante siguiente, la anciana alzó la cabeza.

—¿Quién? —exclamó, clavando la mirada en las sombras—. Acércate.

La reacción hizo tambalear la esperanza de Delyth, pero ya no podía retroceder. Avanzó entre los hombres sin alzar la barbilla hasta detenerse junto al carro. La viuda la observó con atención: primero con sorpresa al verla sin cubrir el cabello, luego con suspicacia al reparar en sus vestidos gastados.

—¿Por qué me detienes? —preguntó finalmente, en voz baja.

—Por favor —dijo Delyth—. Sé que va a la torre. Llévame con vos. Necesito hablar con el hombre que está cautivo.

La desconfianza se reflejó en el rostro de la viuda.

—¿Con qué propósito?

Delyth comprendió que solo tenía una oportunidad. Midió sus palabras con cuidado.

—Es por mi marido. Temo que haya provocado, sin saberlo, la detención del Grossier de Lynn. Déjeme hablar con él para intentar proteger a un hombre inocente. Le suplico que no revele lo que pretendo hacer esta noche.

Al terminar, sintió que todo se desmoronaba. ¿Quién iba a creer que el afable comerciante de especias fuera capaz de semejante traición?

El gesto de la señora Alwyna se suavizó.

—Vaya —murmuró—. Qué giro tan interesante. No hay sitio para más. Si quieres venir, ocuparás el lugar de mi criada y harás lo que ella haría por mí.

—Así lo haré —susurró Delyth, con un alivio y una gratitud tan profundos que le flaquearon las rodillas.

—Els —dijo la señora Alwyna, dirigiéndose a la más joven de las dos criadas que tenía a su lado—, te has ganado un respiro. Hay alguien que ocupará tu lugar. Puedes irte a casa.

—¿Yo sola? —chilló la muchacha.

Apenas una niña, abrió los ojos de par en par, presa de un temor nuevo. Al igual que Leatrice, el miedo a lo que pudiera sucederle sola y desprotegida superaba incluso el terror de la multitud.

—Puedo llevarla yo, señora —se ofreció la otra criada, con una voz que delataba que no creía que su deseo fuera a concederse.

—Señora, puede despedir a las dos. Yo ocuparé el lugar de la segunda.

La voz de Leatrice sonó firme, decidida. Delyth miró a su antigua criada con sorpresa. Si hubiera sabido que ofrecerle un

puesto a Leatrice pondría fin a los lloriqueos de la muchacha, lo habría hecho horas antes, tal como había pensado antes de que los gritos reclamando la muerte de Stephen lo alteraran todo.

—Hay mujeres que me caen bien —respondió la viuda del comerciante de lana, sonriendo con aprobación ante la valentía de Leatrice.

El gesto suavizó su rostro, borrando por un instante los años y dejando ver el reflejo de la joven que había sido. En sus ojos marrones brillaba el gusto por las emociones intensas, la necesidad de rozar el precipicio para soportar mejor la monotonía.

—Inclina la cabeza y cúbrete el rostro —le susurró a Delyth.

Cuando esta obedeció, la anciana alzó la voz.

—Tom, ven a ayudar a Els y a Marta a bajar. Hemos encontrado dos almas valientes dispuestas a hacer lo que estas cobardes no se atreven.

Cuando las criadas desmontaron, el hombre subió a Leatrice al carro y luego ofreció la mano a Delyth. Ella la rechazó con un gesto y subió por sí misma. Al instante siguiente, el cochero dio un toque con el aguijón y el carro se puso en marcha. A medida que avanzaba pesadamente entre la multitud congregada ante la fortaleza, las horas de murmullos se transformaron en gritos. Leatrice se aferró a su recién descubierto valor, sentada erguida y firme.

Aunque Delyth mantenía la cabeza gacha para evitar ser reconocida, no había lugar para el miedo en su corazón. Estaba consumida por la oportunidad, tan duramente ganada, de ver a Stephen con vida.

—¡Ya he tenido suficiente!

Atraída al tejado de la torre por el recrudecimiento de la ira de los que la asediaban, la voz del capitán de la guardia resonó desde lo alto.

—¡Basta! Todos habéis oído mis palabras. Lo retendré hasta la llegada del sheriff. Volved a vuestras casas confiando en mi

juramento. Y si decidís quedaros, tachándome de mentiroso, sabed que conozco a todos y cada uno de vosotros. Cuando llegue el sheriff, le diré los nombres de quienes intentaron arrebatar a nuestro rey su derecho a impartir justicia.

Aunque el campo no se vació, los gritos se apagaron ante la amenaza, permitiendo que el carro avanzara sin obstáculos hasta la puerta. Los hombres que escoltaban a la señora Alwyna se desplegaron ante la abertura, con las armas apuntando hacia fuera, por si los descontentos intentaban cargar contra ellos. No lo hicieron.

El carro cruzó la muralla y se detuvo en un pequeño patio. En cuanto se detuvo, Delyth se recogió las faldas y saltó de la plataforma. La señora Alwyna le entregó una cesta alta y pesada para que la sostuviera, manteniendo así sus manos ocupadas e impidiéndole pedir ayuda. Era un escudo eficaz, casi una vez y media más alto que ella.

Delyth la apretó contra su cuerpo, elevándola hasta cubrirse el rostro, mientras fingía estudiar con impaciencia el entramado del mimbre. Los hombres comenzaron a descargar el contenido del carro. Un colchón apareció apoyado contra el costado. Luego vinieron los postes de la cama y las piezas del armazón. La esperanza encontró alimento. Si la madre de un concejal se tomaba tales molestias por el prisionero, era señal clara de que quienes se hallaban fuera tenían motivos para temer que el consejo no compartiera su sed de sangre.

—Señora, ¿qué es todo esto? —se quejó el capitán al reunirse con ellos en el patio.

—Mi hijo me ha ordenado que atienda las necesidades del maestro Stephen, y eso es lo que haré —replicó la anciana—. Llévame con él.

El capitán accedió, pues Leatrice tomó a Delyth del brazo y ambas cruzaron hacia las escaleras que conducían del patio al estrecho vestíbulo. La criada guió a su antigua señora como si fuera

ciega. Bien podría haberlo sido, pues Delyth era incapaz de alzar la cabeza para orientarse.

En el vestíbulo oía el crepitar de las antorchas, aunque la estancia permanecía casi tan oscura como el exterior. Por el número de pasos necesarios para cruzarlo, dedujo que era más pequeño que el de la casa de su padre. Había juncos en el suelo, reducidos ya a polvo, y el aire apestaba a humo y a hombres sin lavar.

Se detuvieron ante un muro de piedra donde se unían la torre del homenaje y el vestíbulo. La esperanza de Delyth se duplicó. Stephen estaba recluido en la cámara superior de la torre, no en el calabozo sin ventanas reservado a los delincuentes comunes. El consejo volvía a declarar, con ese gesto, que lo consideraba inocente.

Aun así, su corazón no se aquietó. No importaba lo que creyera el consejo; era la multitud exterior la que debía ser convencida. Si no encontraba la forma de revelar lo que Katel había hecho, Stephen moriría solo porque el pueblo de Llynrudd así lo exigía.

El hierro chirrió contra el hierro. Una llave rozó la cerradura.

—¿Por qué lo han encerrado? —protestó la señora Alwyna.

—He dado mi palabra al consejo y a los ciudadanos de que el maestro Stephen permanecerá aquí hasta la llegada del sheriff. Si está bajo llave y yo soy el único que la posee, aquí se quedará, diga lo que diga quien lo diga.

En la voz del capitán se acumulaban la frustración de todo un día y el resentimiento de tener que justificarse ante una mujer.

El pestillo se alzó con un chirrido oxidado y las bisagras de cuero se quejaron al abrirse la puerta. Siguiendo a Leatrice, Delyth cruzó el umbral. Fue la señora Alwyna quien la apartó para permitir el paso de los hombres que cargaban con las piezas de la cama.

Sin atreverse aún a levantar la cabeza, Delyth fijó la vista en el ribete brillante del dobladillo del vestido verde de la viuda. Relucía, reflejando una luz que no debería haber existido. Su mirada siguió el

resplandor dorado hasta el suelo de madera. Había velas encendidas. El consejo no escatimaba en gastos para la comodidad de su prisionero.

Delyth respiró hondo. Aquello solo podía significar que el consejo estaba dividido. Los padres de la ciudad jugaban a dos bandas, sin querer enemistarse con la gente de Llynrudd, pero tampoco deseosos de exponerse a acusaciones de calumnia si Stephen sobrevivía.

—¿Cómo se encuentra, maestro Stephen? —preguntó la señora Alwyna mientras sus hombres montaban la cama.

—Tan bien como puede estarlo un hombre que afronta la muerte por algo que no ha hecho.

Delyth contuvo el aliento ante la desesperanza de su voz.

—Sé que sus intenciones son buenas, señora —continuó él, con un tono lo bastante suave para mitigar la aspereza de sus palabras —, pero esta noche no tengo paciencia para conversaciones amables. Haga lo que deba y márchese.

La familiaridad de la queja, pese al dolor que le causaba, conmovió a Delyth. El tiempo había pasado, pero Stephen seguía siendo el mismo. Siempre había necesitado la soledad para ordenar sus emociones.

Cuando la cama estuvo por fin montada, los hombres se marcharon. Al oír los últimos pasos, Delyth empezó a alzar la cabeza. La señora Alwyna le posó una mano en el brazo, advirtiéndola.

—Déjanos atender al maestro Stephen en privado.

—Si eso desea —respondió el capitán, con obstinada firmeza—, entonces tendré que encerrarlas mientras lo hacen.

—¡No lo harás! —protestó indignada la anciana—. Solo somos mujeres. No urdimos complots ni engaños.

—Déjelo —intervino Stephen—. El consejo le ha ordenado cumplir la ley al pie de la letra, y eso es lo que hace.

—Mi perdón, maestro Stephen…

—Estoy cansado de tus disculpas —replicó Stephen, con una calma exenta de vida—. Vete y cierra la puerta como corresponde.

La llave volvió a chirriar en la cerradura. La señora Alwyna tomó la cesta.

—Habla en voz baja. Hazlo rápido y luego ven a ayudar a tu doncella. Yo también debo hablar con él. Quién sabe si ese pedante no estará escuchando por la cerradura. Pronto nos echará, te lo advierto.

Se acercó a la cama con Leatrice.

Por fin, Delyth alzó la cabeza. Estaba junto a tres velas nocturnas colocadas en soportes de hierro. La cama, aún sin sábanas ni mantas, que Leatrice sacaba de la cesta, había sido colocada contra la pared. De espaldas a ellas, Stephen se hallaba al otro lado de la estancia, junto a la estrecha abertura tallada en la piedra.

Ya no llevaba la túnica del día anterior. Vestía solo una camisa; su cabello oscuro se rizada levemente contra el cuello blanco. La prenda ceñía la línea poderosa de sus hombros y caía más allá de las caderas, dejando ver unas calzas marrones. Botas hasta la rodilla, de color herrumbre, se sujetaban con ligas entrecruzadas.

Entre el dolor de él y el alivio de verla ileso, los ojos de Delyth se llenaron de lágrimas. Olvidando a Leatrice y a la señora Alwyna, echó atrás la capucha, recorrió la breve distancia que los separaba y posó una mano en su hombro.

—¿Stephen?

Él se volvió con tal rapidez que Delyth dio un paso atrás, con el corazón encogido. Los insultos del día anterior habían podido destruir todo el afecto que sentía por ella. Temió que gritara, revelándolo todo, condenándolos ante las acusaciones de Katel.

Pero no fue ira lo que llenó sus ojos grises, sino asombro. Su mirada recorrió su cabello al descubierto, los vestidos verdes y marrones bajo la capa de sirvienta. Cuando volvió a mirarla, sacudió la cabeza, incrédulo.

Delyth lo sostuvo con la mirada, libre ya de odio, de amargura, incluso del terror que la había cegado el día anterior. No buscaba al niño que había sido. Contuvo el aliento, apreciando al hombre en que se había convertido.

El cabello castaño oscuro se aferraba a su frente despejada, acentuando los pómulos altos y duros. La barba, recortada en una línea estrecha contra la mandíbula, realzaba su fortaleza. Sobre los ojos gris pálido, las cejas oscuras se arqueaban suavemente, alejándose de la línea recta de su nariz. Su mirada se detuvo en los arañazos de la mejilla, los que había recibido por ella. Ya se desvanecían. Entonces sonrió. Como el día anterior, el gesto marcó los profundos pliegues de sus mejillas delgadas. Una felicidad cálida iluminó el frío gris de sus ojos.

Extendió la mano y acarició un mechón rebelde de su brillante cabello.

—Has venido a mí —susurró, asombrado.

El sonido de la sábana al tensarse sobre el colchón resonó en la estancia.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —respondió ella en voz baja, saboreando la emoción de su contacto—. ¿No viniste tú a mí arriesgando la vida? No te debo menos.

La felicidad se desvaneció. Él soltó su cabello y rozó con los dedos una marca violácea en su rostro.

—¿Es eso todo? ¿Una deuda que saldar?

Por tranquilas que fueran sus palabras, el dolor que las llenaba era innegable.

Las lágrimas brotaron. Olvidando que no estaban solos, olvidando incluso que estaba casada con otro, Delyth apoyó la mano

sobre su corazón y se alzó hasta rozar su boca con la de él.

—No. He venido porque eres el hombre que tiene mi corazón, el único al que amaré, mi único y verdadero esposo.

Stephen respiró hondo y la besó de nuevo. Breve, pero inequívoco. Aún la amaba. Al comprender que no había destruido lo más preciado, el ardor del día anterior regresó. Se aferró a él cuanto se atrevió antes de retirarse.

Él la observó, confundido.

—¿Cómo puede ser, cuando dijiste…?

Ella le tapó los labios con los dedos.

—Perdóname. Ayer fui una ciega insensata. Si hoy sigo siéndolo, al menos ya no estoy ciega.

—Tienes mi perdón, sin preguntas ni condiciones —murmuró él, tomando su mano y besándole la palma.

Sobresaltada por la sensación, Delyth se apartó un paso. Solo entonces fue consciente de lo que habían hecho y de lo que podían haber revelado. Miró por encima del hombro. La señora Alwyna les daba la espalda, concentrada en su tarea. El alivio le devolvió el aliento y se volvió hacia Stephen.

—Debes decirme cómo puedo ayudarte —susurró—. Lo único que sé es que Katel ha ideado algún modo de demostrar que he cometido adulterio contigo.

Al pronunciar esas palabras, comprendió al fin el destino que Katel le había preparado y por qué el testimonio de las monjas no importaba.

Miró a Stephen, conmocionada.

—María, sálvame —exclamó, sin poder contener la voz—. Usará sus pruebas para convencer a quienes desean tu muerte de que soy tu amante. ¡Quiere que me cuelguen junto a ti!

Capítulo 21

Llynrudd

Una hora después de las vísperas del día de Santa Inés, 1197

Stephen miró a Delyth, deseando con todas sus fuerzas no creer que Katel fuera capaz de hacer daño a su esposa. Demasiado tarde comprendió que otra de las trampas del comerciante de especias se había cerrado a su alrededor. No era Delyth quien había sido ciega, sino él. Katel no se conformaría con destruir a su enemigo. Quería una venganza total. Arruinaría al hombre que odiaba y también a la mujer que ese hombre amaba. Aun así, Stephen negó con la cabeza.

—¿Qué hombre se convierte en cornudo sin que exista delito alguno? —preguntó, alzando la voz lo suficiente para que los presentes lo oyeran—. Aunque Katel lo intentara, fracasaría. No he visto a Delyth en años.

—Tiene razón, señora —intervino la criada de cabello oscuro. Tanto ella como la señora Alwyna habían interrumpido su labor al oír las palabras—. Yo misma puedo dar fe de que no se ha cometido ningún adulterio. Diré a quien me lo pregunte que vos ha conservado su virtud todo el tiempo que la conozco.

Stephen observó a la muchacha que ofrecía aquel testimonio. Su mirada descendió, inevitablemente, hasta el vientre abultado que delataba su embarazo. No llevaba toca, señal inequívoca de que no estaba casada. Su declaración tendría poco peso.

—Leatrice, no lo entiendes —dijo Delyth con urgencia—. A nadie le importará lo que digas. Ni siquiera que haya pasado estos

últimos meses en un convento.

¿En un convento? Stephen volvió a mirarla, sacudido por el temor de que se hubiera entregado a Dios para huir de Katel. Si así fuera, quedaría para siempre fuera de su alcance, incluso después de la muerte del comerciante, con lo que había soñado durante horas en su encierro.

—Sí —intervino la señora Alwyna, con un destello de comprensión en los ojos—. Entiendo cómo podría torcerse todo esto. A los que esperan ahí fuera no les interesa la verdad, solo sentirse vengados.

Cruzó los brazos y su voz adquirió un tono más firme.

—Ahora debo preguntar qué motivo tendría el señor Katel para presentar como amantes a una esposa virtuosa, a quien dice adorar, y a un hombre que asegura no haberla visto en años.

Había en sus palabras una advertencia clara: no haría nada más por ellos si no la convencían.

—Es un rencor antiguo, de cuando yo era aprendiz en casa del maestro Walter —respondió Stephen, tratando de eludir detalles para proteger a Delyth.

La anciana alzó una ceja, gesto suficiente para mostrar su descontento.

Stephen miró entonces a Delyth. Algunos mechones de su cabello rojizo se habían escapado de la capucha y enmarcaban sus mejillas. Sus ojos azules sostenían los suyos con una franqueza que le aceleró el pulso. No era deseo lo que leyó en ellos, sino una certeza profunda. Ella no había olvidado lo que los unía.

Delyth fue quien habló.

—Antes de casarme con Katel, Stephen y yo nos prometimos lealtad —dijo con voz firme—. Lo hicimos sin testigos. Desde que soy esposa de Katel, no he faltado a ese juramento.

Hizo una breve pausa, suficiente para que la señora Alwyna entendiera lo que insinuaba sin necesidad de palabras.

—Es cierto —añadió Leatrice—. Así lo diríamos cualquiera que haya servido en esta casa.

Stephen apenas oyó a la criada. El recuerdo de aquel juramento silencioso lo envolvió, no como una llama, sino como una certeza antigua y persistente. Delyth levantó la mirada hacia él y, por un instante, el mundo pareció reducirse a ese intercambio mudo. La señora Alwyna rió suavemente.

—Basta. Me habéis convencido de vuestra inocencia —dijo—. Y no la pongáis en peligro con gestos imprudentes.

Stephen retrocedió un paso, sobresaltado por sus propias reacciones. La vergüenza lo atravesó. Mientras Delyth fuera, ante los ojos del mundo, la esposa de Katel, cualquier cercanía podía volverse contra ella.

Sin embargo, ni la anciana ni la criada mostraban censura alguna. Solo una atención despierta, incluso divertida. Stephen comprendió entonces que nada había cambiado entre él y Delyth. El tiempo y las circunstancias no habían quebrado lo esencial. En su corazón, ella había sido siempre su esposa.

La determinación se asentó en él con una claridad nueva. Si sobrevivía, Delyth sería su esposa ante todos. No habría otra mujer para él.

La razón se burló de ese pensamiento. Estaba preso y amenazado de muerte. Aun así, no retrocedió.

—Si mi corazón no alberga pecado, no pediré perdón por lo que siento —dijo en voz baja.

—Ni yo —respondió Delyth—, por lo que hay en el mío.

La señora Alwyna los observó con atención y luego asintió.

—No lo esperaba —admitió—. Ahora, dejemos los sentimientos a un lado y pensemos. Maestro Stephen, su hombre ya va camino de

Lynn. Partió poco después de que vos lo pidiera. Allí se reunirá con la persona que he dispuesto para protegerlo a él y a sus pruebas hasta su regreso.

—Se lo agradezco, señora —respondió Stephen.

Ella negó con la cabeza.

—Aún me cuesta creer hasta dónde ha llegado el maestro Katel. Jamás le habría atribuido tal crueldad. Ha causado un daño incalculable por vengarse de dos personas.

—Y no se detendrá —dijo Stephen—. Si supiera que estamos confabulados, provocaría aún más violencia. No descansará hasta verme colgado.

Delyth palideció al oírlo.

—Entonces nadie debe saber de esta reunión —dijo—. Stephen, dime qué ha hecho exactamente y cómo puedo ayudarte.

Él cruzó los brazos, resistiendo el impulso de tomar su mano.

—Este verano, Katel me robó una gran cantidad de grano. Anoche se difundió la noticia como si yo lo hubiera puesto a la venta en el mercado exterior. Ahora lo comprendo todo. Por eso insiste en la llegada del sheriff. —La miró—. ¿Te ha dicho que tiene pruebas de tu adulterio?

—Sí —respondió ella, desconcertada.

—Entonces aún guarda algo —continuó Stephen—. Cuando llegue el sheriff, Katel presentará esas pruebas. Servirán para vincularte al grano y revelar dónde lo oculta. Fingirá indignación y nos acusará a ambos. Y nos colgarán.

—Defenderemos nuestra inocencia hasta el final —murmuró Delyth.

Stephen se volvió hacia la anciana.

—¿Permitiría el consejo que un marido agraviado vendiera lo encontrado en su propia propiedad?

—Lo considerarían una compensación justa —respondió ella—. Incluso el sheriff podría aceptarlo, quedándose con su parte.

—Exacto —dijo Stephen—. Katel ya habrá ganado bastante. Añadir nuestras muertes completaría su victoria.

—No le importa el grano que queda —intervino Delyth con dureza—. Solo lo necesita para humillarme y quedarse con las propiedades de mi padre, arrebatándoselas a mi hijo.

La revelación encendió la ira en Stephen. Pensó en Delyth atrapada en aquel matrimonio y tuvo que dominar sus emociones.

—Debo volver a casa —continuó ella—. Encontraré lo que ha escondido y lo destruiré. Solo así estaremos a salvo.

Se volvió para marcharse, pero Stephen la sujetó del brazo.

—No —dijo con fuerza.

—Debe ser más precisa, señora Delyth —intervino la señora Alwyna—. Cuando encuentre el escondite, envíemelo. Mis hombres recuperarán el grano. Sin él, Katel perderá parte de su poder. Mientras tanto, el maestro Stephen esperará el regreso de nuestros mensajeros desde Lynn.

—No puede pedirle que vuelva con él —replicó Stephen—. Quiere verla muerta.

—Si no soy yo, ¿quién? —respondió Delyth, zafándose—. No hay nadie más.

—Envía a la criada —insistió Stephen.

Leatrice negó con la cabeza.

—No llegaría más allá de la puerta, amo. El señor Katel me ha expulsado y me ha amenazado si regreso.

El silencio que siguió dejó clara la verdad. El riesgo era inevitable.

Solo entonces Stephen reconoció en los rasgos regulares y la tez oscura de la muchacha el tipo de mujer que siempre había

atraído a Katel. Aquellas palabras apaciguaron por un instante sus celos, al recordarle que Katel jamás había sentido deseo por Delyth, y acto seguido encendieron en él una nueva oleada de ira. Mientras el mercader de especias conspiraba para destruir a su esposa mediante una falsa acusación de adulterio, él mismo se entregaba a ese pecado, engendrando más bastardos, a los que tanto despreciaba.

—¡Ese hipócrita! —exclamó la señora Alwyna, cuyos pensamientos habían seguido el mismo curso que los de él.

Ante aquello, la criada alzó la cabeza. No era vergüenza lo que la dominaba, sino el fuego del odio. Bajó la mano para acariciar su vientre hinchado.

—Sepa, maestro Stephen —dijo con una voz áspera, cargada de promesa—, que ahora le ofrezco el mismo voto que hice a mi señora. Cuando llegue el momento oportuno, proclamaré en voz alta su inocencia para que todos la oigan.

Aunque Leatrice pudiera albergar la esperanza de destruir a quien la había utilizado, Stephen dudaba de su capacidad para dañar a Katel. Aun así, no era prudente que un hombre en su situación rechazara ninguna ayuda, por improbable que pareciera.

—Te lo agradezco, Leatrice. Si no tienes hogar, encontrarás uno en el mío, siempre que estés dispuesta a venir a Lynn.

Solo esperaba vivir lo suficiente para cumplir aquella promesa.

Ante semejante amabilidad, el deseo de venganza de la joven se disipó y la feroz arpía volvió a transformarse en la muchacha que era. Sus labios temblaron y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Muchas gracias, maestro Stephen. Es usted muy bondadoso. Le ruego me perdone por haberlo creído culpable de este crimen.

—Te concedo el perdón —respondió él con una leve sonrisa.

La señora Alwyna rodeó con un brazo los hombros de la joven.

—No necesitas ir tan lejos para encontrar un lugar, Leatrice. En mi casa siempre hay sitio para una sirvienta valiente como tú.

—¿No le importa que haya pecado? —preguntó la muchacha, con dos regueros de lágrimas deslizándose por las mejillas.

—Todos somos pecadores de un modo u otro —respondió la madre del mercader de lana—. Si Nuestro Señor puede perdonar, nosotros también deberíamos hacerlo. Apostaría a que has aprendido la lección. Ahora, ven —añadió, girándola hacia la cama—. Tenemos trabajo que hacer, y ellos asuntos que tratar que no son para nuestros oídos.

Se detuvo un instante y añadió, por encima del hombro:

—Por cierto, maestro Stephen, te he traído tu manto y tu alfiler, para que no pases frío en esta habitación. Los dejaré sobre el colchón y me llevaré el de mi hijo cuando me marche.

—Muchas gracias, señora —respondió él, esperando a que ambas le dieran la espalda.

En cuanto lo hicieron, Stephen atrajo a Delyth un paso más hacia sí.

—No puedes hacer esto —le ordenó, con el corazón oprimido por la preocupación.

—No puedes detenerme —replicó ella, con la mandíbula tensa en su ángulo más obstinado—. No te preocupes tanto. Katel no se atreverá a hacerme daño físico, porque perdería las propiedades que tanto ansía. Además, no sospecha que hayamos compartido lo que sabemos ni que ahora conspiramos contra él, y no lo sabrá jamás, no si revelarlo te pone en peligro.

Aquellas últimas palabras sonaron como un voto.

—Estás loco si crees que se quedará de brazos cruzados y permitirá que arruines la venganza que cree que ambos merecemos —replicó él, con un aliento cargado de rabia.

Ante su ira, la fachada de bravuconería de Delyth se resquebrajó, dejando al descubierto el miedo que ocultaba.

—Déjame hacer lo que sabes que debo hacer —suplicó—. Te lo ruego. No me despidas con dureza cuando necesito que sostengas mi valor. No desperdiciemos el poco tiempo que nos queda.

Fue lo que no dijo —que podía fracasar, que podían morir— lo que acalló las últimas protestas de Stephen. Se obligó a creer que ella tenía razón al pensar que Katel no se atrevería a dañarla. Por el momento, su marido estaba tan atrapado en su propia red como sus víctimas. Mientras el plan no llegara a su fin, Katel solo se revelaría como conspirador.

Delyth alzó la barbilla con un gesto arrogante, ocultando de nuevo su inquietud tras una expresión audaz.

—No más quejas. Si no hubieras querido involucrarme, habrías denunciado el robo de tus semillas ante tu propio sheriff y te habrías quedado en Lynn.

Stephen se forzó a sonreír mientras bajaba la mano para acariciar el borde deshilachado de la manga verde de ella. Resultaba extraño verla vestida con aquellos vestidos gastados, teñidos con los colores de la casa de su padre. Solo podía suponer que lo había hecho para evitar ser reconocida mientras lo buscaba.

Tocar la tela no le bastó. Alzó la mano y deslizó un dedo por la elegante curva de su mejilla. Al sentir la caricia, el rubor volvió a teñir su piel. Tomó un mechón de su cabello y lo enrolló alrededor de su dedo. Su expresión se suavizó ante aquel gesto.

—¿Qué? —la reprendió con una leve sacudida de cabeza—. ¿Crees que permitiría que el mundo te repudiara por la desgracia de estar vinculada a un ladrón? No. Incluso después de todos estos años, Katel apostó correctamente al pensar que yo no haría nada que te pusiera en peligro. Vine a Llynrudd con la esperanza de hallar un modo de resolverlo sin que te hicieran daño.

—Viniste a protegerme del mal que hizo mi marido —murmuró ella, con una sorpresa casi dulce.

—Sí, y caí de lleno en su trampa —replicó él, aún irritado consigo mismo por su torpeza.

Una chispa de diversión se encendió en la mirada de Delyth.

—Y yo que pensaba que eras más inteligente —bromeó—. Tú, mejor que nadie, sabes qué clase de hombre es Katel.

Complacido de haberla hecho reír, aunque fuera a su costa, Stephen arqueó las cejas y esbozó una sonrisa.

—Han pasado casi veinte años. En mi senilidad olvidé el rencor que me guarda.

—Senilidad, claro —se burló ella—. Solo me llevas dos años. Treinta y tres no es una edad avanzada para un hombre.

—¿No lo crees? —respondió él, retomando la burla—. Mira bien —añadió, con un tono juguetón que la invitaba a recordar su primer beso—. ¿Ves las canas que ahora salpican mi barba?

Los ojos de Delyth se iluminaron con su azul más vivo. Frunció el ceño en una exagerada expresión de duda y, con las manos en las caderas, se inclinó un poco hacia él.

—¿Dónde? —preguntó, incrédula—. No veo ni un solo cabello blanco entre tanto marrón.

—Mira más de cerca, están ahí —insistió—. Ven —añadió, tomando su mano—, déjame mostrártelas.

Con una risa rica y elegante, Delyth se apartó.

—No lo creo —replicó—. La última vez que me pediste que mirara más de cerca, el resultado fue un breve instante de felicidad seguido de un infierno.

La llave chirrió de nuevo en la cerradura. El pestillo gimió al alzarse. Delyth jadeó y se echó la capucha sobre la cabeza.

—Stephen —susurró, anhelando una despedida mejor.

En lugar de ello, la señora Alwyna se apresuró a colocarle la cesta entre los brazos, y Leatrice la empujó hacia un rincón de la estancia. Stephen no se permitió más que una última mirada, rogando que en ella pudiera leer todo su amor. Dándoles la espalda, fijó la vista en la noche.

—Es hora de que terminéis —anunció Otto, hijo de Otfried, a las mujeres.

—Ya estamos acabando —respondió la señora Alwyna—. Venid, vosotras dos.

Stephen oyó el roce de las faldas al abandonar la habitación. La puerta se cerró de nuevo, la llave giró y el pestillo encajó en su sitio. Con Delyth fuera, ya no había razón para fingir. Apoyó la frente contra la piedra fría y cerró los ojos, presa de la desesperación. La certeza de que la próxima vez la vería junto a él, de pie en la plataforma del verdugo, se apoderó de su mente y no logró desterrarla.

Capítulo 22

Llynrudd

A mediados de agosto de 1180

Para proteger sus fabulosamente valiosas mercancías, el maestro Walter utilizaba el sótano de su casa como taller. El único acceso era una escalera de caracol situada en un rincón de su dormitorio. Las ventanas arqueadas, tan estrechas que ni siquiera un niño podría colarse por ellas, salpicaban los muros y, la mayoría de los días, constituían la única fuente de luz.

Aquello implicaba que el lugar permaneciera siempre algo oscuro y fresco, pero para un comerciante de especias la vista no era lo más importante. Stephen inhaló profundamente. El aire estaba tan saturado de aromas que casi podía saborearlo.

Entre las tareas de aquella tarde se encontraba la preparación de una mezcla especial destinada al obispo. Reunía ahora los ingredientes necesarios. Una vez combinadas las proporciones adecuadas de canela, jengibre y nuez moscada, llevaría la mezcla, junto con otras ya listas, a la botica, donde se añadirían las hierbas que las completaban.

Las riquezas que lo rodeaban se almacenaban de múltiples formas. Algunas especias permanecían enteras o en ramas, otras estaban molidas o pulverizadas, convertidas en trozos, tortas o cristales. Incluso había frascos llenos de líquidos aromatizados. Al desplazarse por la bodega, Stephen se agachaba con cuidado bajo los arcos de piedra que surgían de la hilera de pilares centrales. Con su estatura actual, aquel techo bajo y curvo se había convertido en

un peligro constante. Se había golpeado la cabeza demasiadas veces como para olvidarlo.

Cuando reunió lo necesario en su canaleta seccionada, regresó a la mesa de trabajo, situada en la esquina sureste de la bodega, donde la cocina colindaba con la casa. Allí quedaba lo bastante lejos de Market Lane como para que apenas le llegaran las voces de los regatones. Dos ventanas permitían que el aire de un día caluroso y húmedo de agosto se filtrara a través de los gruesos muros de piedra.

Atrapado en el resplandor amarillo del sol, el embudo de madera brillaba con tonos de miel y oro a lo largo de su veta. Proyectaba una sombra alargada sobre una pila de pequeños sacos de tela colocados detrás. Stephen alargó el brazo hasta el fondo de la mesa y tomó la balanza. La luz hizo brillar la bandeja metálica con un destello casi cegador. Mientras la pequeña copa de latón oscilaba, se quedó mirándola, con el recuerdo de cómo había llegado a aquel aprendizaje ardiéndole en el pecho.

La culpa lo asaltó con una fuerza terrible, tan profunda que amenazó con partirlo en dos. Con cada beso compartido con Delyth, con cada gesto de cercanía, traicionaba al hombre que le había dado un hogar y un oficio. Al mismo hombre que ahora agonizaba en la planta superior. Como siempre que la culpa lo cercaba, Stephen se defendió recordándose que él y Delyth estaban legítimamente unidos.

Habían pasado semanas antes de que lograra que el abad respondiera a sus preguntas. Fingió un interés creciente por las leyes de la Iglesia hasta que obtuvo lo que buscaba. Stephen había llegado a creer que, cuando una muchacha era prometida antes de cumplir los siete años, como había ocurrido con Delyth, podía más tarde anular ese compromiso comunicando a su padre que ya no deseaba casarse con su prometido. Delyth le había asegurado que así lo había hecho años atrás.

Al preguntarle qué constituía un matrimonio válido, el abad se mostró elocuente. Señaló que, aunque otros clérigos discrepaban, el

orden de los actos era lo que otorgaba validez a la unión. Primero debía existir la intención expresa de casarse. Después, el intercambio de votos. Solo tras cumplir estos pasos, la consumación santificaba el vínculo. En cuanto a los testigos, insistió en que no eran necesarios si todo se había realizado conforme a ese orden.

Cuando la guerra que libraba en su interior retrocedió a una tregua incómoda, Stephen se apoyó en la mesa, exhausto. Así transcurrían sus días, con pensamientos que oscilaban entre dos verdades opuestas, cada una negándose a ceder ante la otra. Por debajo de todo, persistía la certeza de que, al margen de los argumentos que reuniera, a él y a Delyth no se les permitiría permanecer juntos.

La luz del sol desapareció de pronto, sumiéndolo en una oscuridad repentina.

—¿Stephen?

Ante la suave llamada, levantó la vista. Como la bodega se elevaba desde el nivel del suelo, en lugar de quedar hundida como muchas tiendas, la ventana estaba a la altura de su rostro. Delyth asomó la barbilla por la abertura con facilidad.

Aquel día había recogido el cabello con una cinta en la nuca antes de trenzarlo. Algunos mechones se habían soltado y se rizaban suavemente, de un rojo dorado, a lo largo de sus pómulos y delgada línea del cuello. Vestía de rosa y crema, colores que realzaban su piel y hacían que sus ojos parecieran aún más azules.

Stephen suspiró al ver el amor reflejado en su mirada. La duda se desvaneció. Delyth y el afecto que los unía eran lo único que importaba, lo único que lo mantenía con vida. De pronto, el grosor de un muro de piedra y el ancho de una mesa se antojaron una distancia insoportable entre ambos.

Y, al mismo tiempo, demasiado escasa.

La preocupación lo invadió y la culpa intentó regresar. No podían permitirse que los vieran juntos.

—No deberías estar aquí —murmuró.

Ella lo miró con una serenidad triste.

Un miedo súbito lo atravesó.

—¿Tu padre? —preguntó.

Delyth negó con la cabeza.

—Sigue con vida. Está despierto. El señor Colin lleva una hora con él.

Las comisuras de sus labios se curvaron hacia abajo.

—Papá ha pedido que Katel regrese. Helewise va a llevarme con la modista para tomarme las medidas del vestido de novia —susurró, angustiada—. ¿Qué vamos a hacer?

Un pánico nuevo se apoderó de Stephen. Convencido de que todo estaba perdido, había pospuesto confesarle al maestro Walter sus votos privados, aferrándose al sueño de mantener a Delyth a su lado el mayor tiempo posible. Ahora la verdad ya no podía esperar.

Cerró los ojos y se juró que tendría éxito. Delyth era suya. No podía permitir que nadie más, y menos Katel, la reclamara. Al abrirlos de nuevo, exhaló despacio.

—¿Qué nos queda, salvo decirle a tu padre que ya estamos casados? —susurró.

—¿Señora Delyth? —llamó Helewise desde el patio, con impaciencia.

Delyth dejó escapar un leve grito ahogado.

—Tengo miedo de perderte.

—Nunca, salvo por la muerte —respondió Stephen, con una gravedad que sellaba la promesa.

Extendió la mano hasta el alféizar. Sus dedos apenas alcanzaron la piedra. Ella estiró la suya desde fuera y la entrelazó con la de él. Al sentir aquel contacto, Stephen se llenó del valor que

necesitaba. Su corazón ardía con la convicción de que el maestro Walter no podría separarlos.

—Recuerda que te amo. Eres todo para mí —le juró.

—Y tú lo eres para mí —respondió ella en un susurro.

—¡Delyth! —gritó Helewise, olvidando el tratamiento apropiado —. ¿Dónde estás?

Delyth intentó soltarse. Stephen apretó su mano un instante más.

—Dormiré esta noche en el almacén, como la pasada. Ven a verme.

El recuerdo de la noche anterior dibujó una sonrisa fugaz en los labios de Delyth.

—Si puedo.

Y se fue.

Cuando la luz volvió a inundar la bodega, Stephen fijó la mirada en la balanza. Delyth había dicho que su padre estaba despierto. Se giró y se dirigió hacia la escalera. Aunque la idea de confesar cómo había pagado la generosidad de su maestro lo aterrorizaba, la necesidad de proteger su unión lo empujó hacia arriba, hasta el dormitorio del maestro Walter.

Allí, la luz del día entraba a raudales por la amplia ventana. Las cortinas de la cama brillaban en tonos rojos y verdes, y las tallas de los postes se recortaban en relieve. El maestro Colin se había sentado en un taburete junto al lecho y hablaba en voz baja y urgente con el moribundo.

Stephen no podía dudar.

—Maestro Walter —interrumpió—, debo hablar con usted sobre Delyth.

Al pronunciar las palabras, sintió cómo los dedos se le helaban. El corazón le golpeaba el pecho con la violencia de una carrera desesperada.

El maestro Colin se volvió con brusquedad.

—Será prudente —dijo, con una sombra de decepción—. Pero antes debes saber que he estado en la abadía. El abad me ha hablado de las extrañas preguntas que le hiciste.

El corazón de Stephen pareció detenerse. La vergüenza le cerró la garganta. Ambos hombres lo sabían.

—También creo haber visto a Delyth cruzar mi patio —añadió el maestro Walter desde la cama, con una voz agotada—. Será mejor que te acerques y cuentes tu historia.

La tristeza en el tono de su mentor intensificó la vergüenza hasta hacerle arder los ojos. Stephen avanzó y se detuvo junto al lecho. El maestro Colin se levantó y posó una mano sobre su hombro. No había reproche ni consuelo en aquel gesto.

—Ocupa mi lugar —dijo con suavidad.

Stephen se sentó en el taburete y alzó la vista, que se desvió pese a su voluntad hacia el bulto que se aferraba al brazo del maestro Walter. Contuvo las náuseas. Aquella masa supurante, ahora apenas del tamaño del puño de un niño, era más que repulsiva.

Se obligó a mirar el rostro del comerciante de especias. La enfermedad lo estaba consumiendo, reduciéndolo a un espectro antes de tiempo. Estaba tan delgado que parecía transparente. Aun así, en sus ojos hundidos quedaba la suficiente vida como para mostrarle a Stephen lo que no quería ver.

—Dime que lo que temo no es cierto —suplicó su maestro.

La vergüenza luchó con la desesperación, y la verdad brotó sin rodeos.

—La amo. Delyth y yo estamos casados.

El silencio que siguió fue peor que cualquier grito. Stephen permaneció inmóvil, esperando el castigo que mereciera por su traición.

—Después de todo lo que te he querido, ¿cómo has podido hacerme esto? —susurró el maestro Walter, incrédulo.

Stephen tragó saliva. Lo había perdido todo. No tenía respuesta.

—Parte de la culpa es mía —intervino el maestro Colin—. Vi crecer el afecto entre ellos y lo tomé por una amistad inocente.

La mirada del maestro Walter se volvió plana, casi ausente.

—No, Colin. El error fue mío. Conozco a mi hija mejor que nadie. Me equivoqué al retrasar su boda, esperando en vano que el padre de Katel desistiera. —Volvió sus ojos agotados hacia Stephen —. Creo que debemos hablar de tu futuro.

Stephen reunió todo su valor para sostenerle la mirada.

—¿Qué futuro puedo tener que no sea la muerte?

—Ojalá fuera tan fácil para ti —respondió el moribundo, con un leve poso de amargura en la voz—. Por desgracia, soy el único para quien esa huida es posible.

—Pero —insistió Stephen, confundido—, debo morir si Delyth se casa con Katel; de lo contrario será bígama. Ella y yo estamos casados.

El maestro Walter negó con la cabeza.

—No, muchacho, no lo estáis, y ningún clérigo puede hacer que lo estéis.

—Pero nos lo prometimos… —susurró Stephen en un último intento de aferrarse a la promesa hecha a Delyth—. Nos acostamos como marido y mujer.

El maestro Colin se inclinó junto a él.

—Stephen, estás escuchando con el corazón. Escucha con la cabeza y atiende a lo que te dice tu maestro. Solo a un coste enorme podrías demostrar ese matrimonio. Delyth debe casarse con Katel, ocurra lo que ocurra entre vosotros.

Stephen los miró a ambos, con la consternación creciendo hasta convertirse en comprensión. Les preocupaba la posibilidad de que él y Delyth estuvieran realmente casados y, aun así, pretendían arrebatársela. Y lo lograrían, porque él solo tenía diez años y siete meses y carecía de familia poderosa o de riqueza suficiente para impedirlo. La indignación, alimentada por su impotencia, estalló en su interior. Iban a robarle a Delyth para entregársela a ese cruel hijo de puta.

—¡No! —gritó, golpeando el colchón con los puños—. ¡No lo haréis!

Por un instante, el poderoso Walter de Llynrudd reapareció tras la máscara de la muerte. Sus ojos se enfriaron hasta alcanzar el azul más gélido y la mandíbula se tensó con ira.

—¿Te atreves a gritarme cuando eres tú quien ha pecado? —replicó, antes de que la tos le arrebatara la voz.

Aquello extinguió la ira de Stephen, dejando solo desesperación. Nada de lo que hiciera cambiaría lo sucedido. La culpa volvió a caer sobre sus hombros, ahora por haberle fallado a Delyth. Al traspasar el límite que sabía prohibido, no solo la había destruido, sino que había asegurado el odio de Katel. La urgencia de protegerla lo obligó a hablar.

—No, escúchame —insistió, con la voz ronca por las lágrimas —. No puedes entregársela a Katel. Él me odia. Cuando sepa lo que ella ha hecho, la hará sufrir.

—¿Crees que no lo sé? —respondió el maestro Walter con dureza.

—Entonces ¿cómo puedes casarla con él? —preguntó Stephen.

El dolor del corazón se sumó al del cuerpo en los angulosos rasgos del rostro de Walter.

—Hace años firmé un contrato, y ahí sigue, burlándose de mí y exigiéndome que lo cumpla. Cada vez que pienso en el hombre en

que se ha convertido Katel, recuerdo cómo cambié la vida de mi hija por algo que podría haber conseguido con mi propio esfuerzo.

Tosió de nuevo.

—No importa cuál sea mi voluntad, Stephen. No puedo deshacer lo que hice. Ella debe casarse con Katel. En lugar de resistirte, ayúdame a protegerla de él.

Stephen se irguió en el taburete.

—¿Cómo?

Walter dejó caer la cabeza sobre los cojines.

—Habla tú, Colin. Ya no me quedan fuerzas.

El boticario obedeció, inclinándose junto a Stephen.

—Sabiendo que la muerte se acerca y que Katel no te quiere aquí, el maestro Walter ha dispuesto que partas a Lynn, donde serás aprendiz del oficio de grossier con el maestro Wymund.

La vergüenza volvió a carcomer a Stephen mientras miraba a su maestro con culpable gratitud. Debería haber confiado en que no lo dejaría desamparado. También debería haber comprendido el sentido de las muchas preguntas que le había hecho el grossier durante su última visita a Llynrudd.

—Sin embargo —continuó Colin—, a la luz de lo revelado hoy, hay condiciones que debes aceptar. La primera es que debes marcharte en menos de una hora, antes de que Delyth regrese. A ella se le dirá que aceptaste dinero a cambio de abandonarla.

El horror se apoderó de Stephen.

—¡No!

Las lágrimas le inundaron los ojos mientras se levantaba y se alejaba de la cama, tambaleándose.

—¿A esto lo llamas protección? —clamó—. ¡No lo haré! Solo le haréis daño.

—De nuevo piensas con el corazón —lo reprendió Colin—. Ella debe casarse con Katel y no puede llegar a esa finca llorando por ti. Si te odia, eso apaciguará el orgullo herido de Katel cuando descubra que ya no es virgen.

Aunque aquello podría colocar una barrera entre Delyth y su marido, Stephen negó con la cabeza.

—No puedes pedirme esto. La amo.

—Por ahora —intervino Walter, con voz débil—. Eres joven. Los recuerdos se desvanecerán. Amarás a otra.

Stephen negó. Su amor no se extinguiría.

—Termina, Colin —pidió Walter—. Pronto debo dormir.

—La segunda es una advertencia. Si alguna vez regresas a Llynrudd con la intención de tentar a Delyth para que rompa sus votos, todas las protecciones que su padre ha levantado caerán. Katel será alentado a tratarla como se trata a una esposa adúltera. Para evitarlo, no debes hablar jamás de lo ocurrido entre vosotros.

La resistencia de Stephen se derrumbó. Miró a su maestro, derrotado.

—¿Dices que si insisto en que estamos casados permitirás que Katel la maltrate? ¿Incluso que la mate?

—Mi hija me ha traicionado igual que tú —respondió Walter, sin ira, solo tristeza—. Al hacerlo, pierde mi protección. Mi amor me lleva a ofrecérsela una vez más. Si vuelve a traicionar a su marido, deberá asumir las consecuencias.

Stephen sintió que aquellas condiciones lo aplastaban.

—¿Qué otra opción tengo?

—La misma que yo —respondió su maestro.

Mientras la vida que amaba se le escapaba, Stephen se aferró a un último hilo.

—Arthur debe venir conmigo. Katel lo odia tanto como a mí.

Walter asintió.

—Ya lo había pensado y Wymund ha aceptado llevárselo. Arthur se unirá a ti cuando regrese de sus viajes.

El mercader respiró hondo.

—Ahora ven. Despídete de mí por última vez. Ach, muchacho, te echaré de menos.

Stephen quiso rechazarlo, pero no pudo. Finalmente, se arrodilló junto a la cama.

La mano huesuda de Walter acarició su mejilla. Breve. Tierna.

—¿Sabes cuántas veces he deseado que fueras mi hijo?

Era amor. Perdón. Demasiado.

Stephen hundió el rostro en las mantas y rezó por la muerte. El infierno sería más llevadero.

Walter le acarició el cabello.

—Te observaré desde el cielo. Hazme sentir orgulloso. Llega tan alto como sé que puedes.

Stephen alzó la cabeza, tomó aquella mano frágil y la llevó a sus labios.

—Perdóname —suplicó—. Ruega a Dios que me perdone.

—Sabes que ya lo he hecho —respondió Walter—. Colin, acompáñalo mientras recoge sus cosas. No debe dejar rastro alguno para Delyth.

Capítulo 23

Llynrudd

Dos horas después de las vísperas del día de Santa Inés, 1197

Aunque la señora Alwyna le ofreció un hombre que la acompañara de regreso, Delyth se negó. Cuantos menos supieran quién era y dónde había estado, mayores serían las posibilidades de que ella y Stephen conservaran la vida. Así que, sola y sin escolta, abandonó el carro junto a la iglesia, a apenas unas calles de la casa de su padre. Los recuerdos del ataque de la víspera la hacían ver rufianes en cada sombra. Con el miedo pisándole los talones, se bajó la capucha hasta cubrirse bien la frente y dobló la esquina a paso rápido.

La noche era tan seca y despejada como la anterior, y el aire, tan gélido que le quemaba la nariz al respirar. La luna, ya alta en el cielo, mostraba un disco casi completo, plateado, suspendido en un mar lechoso de estrellas. Aparte del ladrido lejano de un perro, no se oía nada. La oscuridad no hacía sino subrayar el silencio antinatural que se había apoderado de Llynrudd.

Algo se movió junto al camino. Delyth volvió la cabeza con sobresalto y contuvo el aliento. Luego, olvidando por un instante el miedo, se detuvo para mirar. Aquella devastación era obra de Katel, hecha sin cuidado ni miramiento por el daño causado.

La luz espectral de la luna se derramaba sobre la fachada de una tienda arrasada, otorgando a las paredes enlucidas el tono pálido de un cadáver. Como un ojo ciego en un rostro desfigurado, las contraventanas astilladas colgaban torcidas, incapaces ya de proteger el interior del taller de la calle.

La ira la invadió. Aquella crueldad merecía ser expuesta ante todos. Pero casi al instante la indignación se deshizo, sustituida por la preocupación de una madre por su hijo.

Si el mundo la rechazaba por estar ligada a un ladrón, el golpe sería aún más cruel para Peter cuando se conociera la maldad de su padre. Dirían que la sangre del niño estaba manchada. ¿Cómo podía desenmascarar a Katel sabiendo que eso recaería sobre su hijo?

Al segundo siguiente, entrecerró los ojos con desprecio hacia sí misma. Qué necia. Dirían lo mismo de Peter si su madre era ahorcada por adulterio y por especular con grano. El futuro podía esperar. Ahora debía hacer lo necesario.

Otro susurro, esta vez a su espalda, quebró el silencio. La voz de un hombre, apenas más alta que un murmullo, se deslizó por el aire quieto. El corazón de Delyth se desbocó y sus piernas reaccionaron antes que su razón. Echó a correr.

No tenía intención de enfrentarse a Katel a ciegas. Evitó la puerta principal. Era preferible tantear primero a los sirvientes, medir su ánimo y averiguar lo que pudiera sobre los planes de su marido. Para ocultar su regreso, se dirigió a la botica, empujando una vez más los arbustos para colarse en el patio privado.

Pasó junto a la destilería y dobló la esquina de la cocina. Una franja de luz se filtraba por debajo de la puerta de la cámara de cocción, acompañada por los sonidos amortiguados del trabajo nocturno. Wymar había recuperado su dominio.

Delyth alcanzó el pestillo. Wymar siempre sabía lo que ocurría en la casa. Abrió la puerta y una mezcla de aromas la envolvió, una combinación caótica que, sin embargo, resultaba deliciosa. Al igual que Philip antes que él, era la pericia de Wymar la que tentaba a los hombres a gastar sus monedas en los productos del comerciante de especias de Llynrudd. Su estómago respondió con un gruñido, recordándole que apenas había probado bocado en todo el día.

Cerró la puerta tras de sí y observó la estancia. Aunque la mayoría de las provisiones seguían ausentes, los utensilios habían

vuelto a colgar de las paredes y las ollas ocupaban de nuevo su lugar. Pequeñas lámparas, simples cuencos de grasa derretida con una mecha encendida, iluminaban las esquinas de la mesa. Su resplandor aceitoso se sumaba a la luz viva del fuego, permitiendo a Wymar trabajar en aquellas horas tardías.

El cocinero estaba de pie junto a la mesa, pasando carne y verduras por un colador para preparar una salsa. Corpulento por naturaleza, su afición a sus propios guisos lo había ensanchado aún más, hasta parecer que llevaba un niño en el vientre. Con el cabello claro pegado a la frente por el vapor, la miró fijamente hasta que Delyth se echó atrás la capucha.

El alivio brilló en sus ojos azules, seguido de una sonrisa franca.

—¡Milady! No oí la campana. ¿Dónde habéis estado? Nos quedamos atónitos al volver a la cocina y no encontraros.

Su exclamación despertó a los dos jóvenes pinches, Elyas y Rauf, que se incorporaron en sus jergones. Entre ambos no sumaban más de una docena de años. A la luz del fuego, sus rostros se veían limpios, la suciedad habitual reducida a una sombra en los bordes de las mejillas. Ya retirados a descansar, yacían envueltos en sus mantos, con las camisas y túnicas dobladas a un lado.

—He estado rezando —mintió Delyth con naturalidad y sonrió para suavizar la falsedad—. Trabajas demasiado si no has oído la campana. Tenía tanta hambre que vine aquí primero. ¿Sabes si Katel está en casa esta noche?

Se apoyó en el borde de la mesa.

La expresión complacida de Wymar se agrió.

—Sí, milady… o al menos lo estaba la última vez que subí.

Delyth leyó tanto las palabras como el gesto.

—¿Cerveza o vino?

La cerveza volvía a Katel irritable; el vino lo sumía en el sueño.

—Vino, milady.

Contuvo un suspiro de alivio. Dormiría, entonces. Con suerte, podría comenzar a registrar la casa de inmediato. Dudó un instante, sin saber cómo introducir el nombre de Theobald.

—¿Tenéis hambre? —preguntó Wymar.

Dejó el colador en la olla, cortó una loncha del único jamón que colgaba sobre el fuego y la puso sobre la mesa. Luego sirvió caldo en un cuenco pequeño y lo colocó junto a la carne.

—Comed. Y rogad que el año próximo sea mejor.

Delyth bebió el caldo con gratitud, dejándose envolver por su aroma. Dio un mordisco al jamón mientras buscaba una forma hábil de preguntar por el agente de su marido. No la encontró.

—¿Qué hay de Theobald?

La pregunta sorprendió a Wymar.

—Si no fuera por su partida, no habría vuelto aún a la cocina. Preparé galletas de avena para su paquete. Él y otros dos salieron por asuntos del señor. No regresarán antes de mañana.

Delyth sonrió. Tenía tiempo.

Wymar retomó su tarea.

—Doy gracias por volver a mi lugar —comentó—. Cocinar en la cocina interior es un suplicio con esa campana sonando sin cesar.

—¿Así que os quedáis? —preguntó Delyth con fingida ligereza, aunque la respuesta le urgía.

Si Katel había permitido el regreso de Wymar, significaba que no planeaba más disturbios. Stephen estaría a salvo, al menos por ahora.

—Sí, gracias a Dios. Mañana traerán el resto de mis provisiones. El señor dice que, con ese extranjero bajo custodia, la amenaza ha pasado. Solo espero que lo cuelguen pronto y podamos vivir con algo de calma.

Había rencor en su voz, algo raro en él.

Delyth se sintió confiada. Katel celebraba su aparente victoria, Theobald estaba fuera y ella ignorada. Era el momento.

Se volvió para marcharse, ansiosa por comenzar la búsqueda. La bañera volcada junto a la puerta le recordó la ayuda de aquella mañana. La gratitud, seguida de la vergüenza, la hizo detenerse.

—Wymar, te debo más de lo que he dicho por lo de hoy.

La sonrisa de la cocinera se suavizó.

—No a mí sola. Sin Elyas, no habríais tenido nada que poneros.

Delyth miró al más joven, un muchacho de cabello castaño fino y ojos grandes.

—¿Fuiste tú?

Él asintió, tímido.

—Eres un milagro. ¿Dónde los encontraste?

—En el baúl verde, donde guardamos las jarras —respondió con solemnidad.

Delyth lo miró, incrédula.

—Debes de equivocarte.

—Vamos, muchacho —replicó Wymar—. En esos baúles solo hay vajilla y manteles.

Elyas frunció el ceño, indignado.

—No miento. Los vi allí. Vi al señor guardarlos.

Las palabras salieron de Delyth en un susurro.

—¿Cuándo?

El muchacho vaciló, las lágrimas asomando.

—Fue antes de Navidad. No quería espiar, pero estaba bajo la mesa… Theobald vació el cofre y el señor examinó los vestidos,

asegurando que os quedarían bien. Después los guardaron de nuevo.

Delyth se arrodilló junto a él y le acarició la mejilla con suavidad.

—No has hecho nada malo. Te lo agradezco.

Wymar fruncía el ceño, aún incrédulo.

—Si hubieran estado allí, alguien los habría visto.

—Entonces será mejor comprobarlo —replicó Delyth con serenidad, ocultando la agitación que le latía en el pecho—. Elyas, vístete y ven conmigo. Muéstrame ese baúl.

El muchacho buscó la aprobación de Wymar. Al ver su asentimiento resignado, recogió la ropa.

—Debo volver enseguida, milady, o mañana no podré trabajar.

Delyth lo observó y supo, con una certeza súbita, que acababa de hallar la primera grieta en la armadura de Katel.

Capítulo 24

Llynrudd

La hora de las completas Día de Santa Inés, 1197

Consciente de lo oscuro que estaría el pasillo, Delyth tomó prestada una de las lámparas de Wymar. Sin brisa que amenazara la llama, ella y Elyas cruzaron el patio envueltos en un círculo de luz constante. Delyth alzó la vista hacia la casa que había levantado su padre. La luna bañaba los sillares angulares con un blanco intenso y convertía las piedras grises e irregulares del muro en peltre apagado.

Ya no sentía nada al contemplar aquella vivienda. Si el amor y el orgullo habían desaparecido hacía años, el odio y la amargura eran más recientes. Ahora no era más que una casa hermosa que pertenecía a alguien distinto de ella.

La puerta del edificio delantero estaba ya atrancada para la noche. Delyth golpeó suavemente el panel de madera. Quien respondió fue Dickon, un sirviente al que apenas conocía, contratado pocos meses antes de que ella partiera al convento.

La lámpara proyectó una luz amarillenta sobre los rasgos ásperos de su rostro, reduciendo sus ojos a destellos severos rodeados de sombras. La observó largo rato antes de negar con la cabeza.

—No debería entrar, señora. El amo está de un humor extraño esta noche.

—¿No duerme? —preguntó ella, más decepcionada que sorprendida al saber que la embriaguez de Katel no la favorecería precisamente esa noche.

—Sí, pero no puedo asegurar que siga así —replicó el hombre, cuyo aliento se condensaba en el aire helado—. Dos veces lo hemos llevado a la cama y ha vuelto al salón. Será mejor que pase la noche en la cocina y regrese mañana, cuando el vino se le haya ido de la cabeza.

Empezó a cerrar la puerta.

Delyth detuvo el movimiento con la mano.

—Lo que necesito del salón no puede esperar.

Dickon dudó, luego se encogió de hombros.

—Como desee, señora.

Cuando se hizo a un lado para dejarlos pasar, Delyth empujó a Elyas al interior y entró tras él, sosteniendo la lámpara en alto para iluminar los escalones de piedra. Al cerrarse la puerta, una ráfaga de aire subió por la escalera. La llama comenzó a danzar con violencia, proyectando sombras giratorias sobre los muros. Elyas gritó, presa del susto, y subió los escalones como si lo persiguiera el demonio. Delyth lo siguió y penetró en la gran sala con el eco de su grito aún suspendido en el aire.

Salvo por el crepitar y el silbido del fuego en la chimenea, la estancia estaba en silencio. La oscuridad más densa de la pared occidental delataba el lugar donde se almacenaban ahora las provisiones de la cocina. La luz del hogar arrancaba reflejos a la mesa desnuda situada frente a esa pared, marcando el sitio donde Wymar había trabajado mientras permaneció confinado en la casa.

Los hombres habían dispuesto sus jergones para dormir, pero aún no se habían acostado. Habían acercado los bancos al fuego para aprovechar su calor. El grito de Elyas los hizo volverse al unísono.

Con los rostros a medias ocultos entre luz y sombra, era imposible descifrar sus expresiones. Mientras Dickon cruzaba el salón para reunirse con ellos, Delyth examinó sus espaldas, una túnica gris tras otra, buscando a Watt. No estaba allí.

—No deberías haberla dejado entrar —murmuró con dureza Syward, uno de los hombres más antiguos—. Ya has oído lo que ha dicho el amo sobre ella.

Si Dickon se limitó a encogerse de hombros, las palabras de Syward erizaron los nervios de Delyth.

¿Significaba aquello que Katel había iniciado ya su denuncia? Si era así, no quedaba tiempo.

—Ven, Elyas —susurró, manteniendo la voz baja cuando el silencio volvió a apoderarse de la sala—. Muéstrame dónde encontraste los vestidos. Y en silencio.

Cruzaron el vestíbulo hasta la esquina donde la pared divisoria se unía con el muro exterior de piedra. Allí estaban los baúles de su madre, tal como habían permanecido desde el primer día. La noche envolvía las grandes arcas de madera. Aunque la penumbra impedía distinguir colores, el cofre con herrajes de latón se delataba al reflejar la luz de la lámpara.

Al pasar, Delyth miró hacia la puerta del dormitorio. Estaba entreabierta. Tras dejar la lámpara sobre el cofre ribeteado de latón, volvió sobre sus pasos y la cerró un poco más, con extremo cuidado.

—Estaban en el fondo, señora —susurró Elyas cuando ella regresó. Ya se había arrodillado ante el cofre verde.

Delyth se agachó a su lado cuando el muchacho levantó la tapa y miró más allá de cuencos y jarras. Sacudió la cabeza.

—Elyas, puedo ver el fondo. Nadie podría haber pasado por alto que aquí hubiera vestidos.

—No, señora —insistió él—. Estaban en el fondo que hay debajo de este.

Ella frunció el ceño. Conocía ese cofre tan bien como su propio nombre.

—No tiene doble fondo.

Elyas suspiró, herido en su orgullo, y retiró un cuenco.

—Os lo demostraré.

Delyth lo ayudó a vaciar el cofre, procurando no hacer ruido al apartar la vajilla. La curiosidad llevó a los hombres a acercarse, manteniendo una distancia prudente. Cuando el interior quedó despejado, Elyas introdujo los dedos en un pequeño reborde oculto en la madera. El fondo se desplazó y cedió.

Al levantar la delgada lámina, Delyth se inclinó sobre el borde del cofre. La luz de la lámpara penetró en la cavidad y reveló algo liso, casi blanco, en el fondo recién descubierto: pergamino.

La emoción y el terror la atravesaron cuando tomó el pequeño montón de pieles y lo depositó en su regazo. Alzó la primera hoja hacia la luz. Una escritura firme y regular, que no reconoció, cubría la página.

«A mi amor más querido, Delyth».

Murmuró la primera línea, pero lo que seguía la obligó a continuar en silencio.

La náusea le subió a la garganta. Dio gracias porque ninguno de los hombres supiera leer. Aquello pretendía ser una carta de amor de Stephen, describiendo una cita reciente, como escribiría un amante rendido. En lugar de palabras de afecto, Katel se había recreado en actos obscenos y pecaminosos, descritos con deliberada crudeza.

La firma al final era la de Stephen de Lynn. Katel sabía dónde estaba Stephen, aunque ella lo ignorara. No había sello, pero nadie sellaría una carta destinada a una amante casada. La fecha, diez años atrás.

Dejó esa a un lado y tomó la siguiente. Seis meses después. Y otra, seis meses más tarde. Todas coincidían con los periodos en que Katel se hallaba de viaje por las ferias.

Las pasó una tras otra, grotescas y calculadas, hasta que un suspiro de decepción escapó de sus labios. Ninguna mencionaba de forma directa el trigo robado. Sin embargo, la última, fechada poco antes de su ingreso en el convento, hablaba de cómo la venta de algo que ella guardaba para Stephen generaría una gran riqueza.

Stephen era comerciante. El grano se había vendido de forma ilegal en Llynrudd. El sheriff no necesitaría demasiado esfuerzo para unir los hilos. No se indicaba dónde estaba la semilla, solo que ella custodiaba algo para él. Y como administradora de las propiedades que serían la herencia de su hijo, era fácil suponer que tenía acceso a todos los edificios.

Delyth cerró los ojos un instante.

Katel no solo había preparado su caída. Había construido la soga con paciencia, nudo a nudo, durante años.

Una vez más, la amplia implicación la conectaba con la semilla robada, aunque el agente de la ley del condado tuviera que realizar una larga búsqueda antes de encontrarla. Una vez más, Delyth bajó la vista hacia las sucias cartas que yacían en su regazo. La piel se le erizó. Alzó la mirada hacia la chimenea. Si seguía sin tener la menor idea de dónde estaba el trigo, haría desaparecer aquellas cosas. Cuando ya no existieran, restauraría el cofre y la vajilla sin que Katel llegara a sospecharlo.

Se puso en pie, se acercó al hogar y arrojó todo el montón sobre los leños encendidos. Por un instante, las llamas se replegaron de sus bordes, como si incluso el fuego sintiera repugnancia al verse obligado a consumir semejantes obscenidades. La necesidad de lavarse las manos se volvió insoportable. Se las frotó contra la falda, pero aun así los dedos seguían sintiéndose manchados por la maldad que impregnaba aquellos pergaminos.

Elyas no mostró reparo alguno en unirse a ella junto al fuego, pero los demás sirvientes no se atrevieron a tanto. Se quedaron en el límite exterior del círculo de luz, observando con curiosidad, sin decidirse a intervenir. Poco a poco, las llamas alcanzaron los bordes de las pieles y el olor a pergamino quemado comenzó a llenar el aire.

Mientras Delyth contemplaba cómo la superficie se ennegrecía, unas líneas atrajeron su atención en la parte superior de una de las cartas: rígido de pasión al recordar lo pura que es tu piel, tus pechos son tan blancos como la leche contra el musgo verde que cubre la orilla de nuestro río. Mientras las ramas de los sauces nos rodean, vuelvo a ver cómo abres tus muslos para mí.

A medida que el fuego avanzaba, aquellas palabras monstruosas se deshacían hasta desaparecer. Solo entonces, cuando ya no quedaba rastro de ellas, el sentido oculto tras la descripción logró abrirse paso más allá del horror. En todas las misivas se aludía a una orilla del río, una ribera donde crecían sauces y el suelo estaba cubierto de musgo. La imagen de aquel lugar que ella y Stephen habían considerado suyo despertó nítida en su mente, completa, con sus sauces y su alfombra verde.

Frunció el ceño, pensativa. ¿Era posible que Katel se refiriera a ese mismo sitio? ¿Cómo podía ser? Él no sabía nada de su vínculo con Stephen.

Desde lo más hondo de su memoria emergió el recuerdo de Katel concertando una cita con una doncella en aquel mismo tramo del río. El triunfo la atravesó al reconocer la escena. Katel no tenía conocimiento alguno de lo que ella y Stephen habían compartido allí; había incluido la descripción únicamente para guiar a otros hacia el lugar que deseaba señalar.

Inspiró con rapidez y giró la cabeza hacia la dirección de la compuerta de Llynrudd. En ese instante comprendió dónde estaba oculto el trigo. Katel lo había depositado en el primer almacén de su padre, el edificio más antiguo, ahora abandonado y en ruinas, tan necesitado de reparaciones que había sido dejado vacío por

considerarlo irrecuperable. La emoción estuvo a punto de arrancarle una carcajada. Solo necesitaba ahora un mensajero de confianza para transmitir la información a la señora Alwyna.

Se volvió hacia los hombres que tenía a la espalda y, una vez más, maldijo el odio que la había mantenido ciega durante tanto tiempo. Todos estaban ligados a Katel y a Theobald; no podía contar con ninguno de ellos. El único en quien confiaba no se hallaba allí.

—¿Dónde está Watt esta noche? —preguntó en voz baja, aferrándose a la vana esperanza de que regresara pronto. Cuidó el tono, por si Katel no dormía tan profundamente como deseaba.

Fue Syward quien contestó.

—Se ha marchado con Theobald, rumbo a Lynn.

—¿A Lynn? —reaccionó ella con un sobresalto, y sus palabras resonaron con demasiada fuerza en la estancia—. ¿Por qué a Lynn?

El hombre se encogió de hombros.

—Tiene que ver con ese hombre de Lynn al que guardan en la torre. Theobald ha ido a recuperar sus libros de contabilidad para el consejo.

Delyth lo miró fijamente. Aquello no era cierto. Theobald había partido para asegurarse de que el hombre de Stephen no recuperara jamás las pruebas necesarias para demostrar su inocencia.

El triunfo se disolvió en una urgencia desesperada. Si esas pruebas no regresaban, lo único que se interponía entre Stephen y la horca era que la señora Alwyna retirara el trigo del almacén, siempre y cuando realmente estuviera allí.

El pánico creció. Si no era Watt, ¿quién podía ayudarla? Volvió a examinar a los hombres y, una vez más, los descartó. Aunque no apreciaran a su amo, seguían dependiendo de él para llenar sus estómagos. No confiaría en ellos si eso implicaba poner en peligro su posición.

Bajó la mirada hacia el muchacho que tenía cerca. Elyas observaba cómo las llamas devoraban las pieles, con la nariz tapada para no aspirar el humo. No, él no; era demasiado pequeño. Pero Wymar sí.

En cuanto identificó a su mensajero, supo que debía ir a la cocina de inmediato. Miró de nuevo hacia el hogar, donde los restos de los pergaminos se retorcían entre las llamas. No podía quedar ni un solo fragmento que Katel pudiera encontrar. Sus ojos se posaron luego en el cofre vacío. No podía dejarlo abierto y desordenado, pero reorganizarlo llevaría tiempo.

Una vez más, miró al niño. Para ganar unos instantes, lo enviaría primero y ella lo seguiría después.

Se agachó junto a él.

—Elyas —murmuró, manteniendo la voz baja mientras le sujetaba los delgados hombros para asegurarse de que la escuchaba —. Ve a buscar a Wymar y dile que necesito su ayuda para un pequeño favor.

El muchacho parpadeó y la miró con expresión solemne.

—¿Qué debe hacer por vos? —preguntó, aún con los dedos apretados contra la nariz, lo que hacía que su voz sonara congestionada.

—Es sencillo, pero debe hacerse esta misma noche —le explicó —. Wymar debe ir a la casa de Henry, el comerciante de lana, y preguntar por la madre de ese hombre. Que diga que va en mi nombre y que le comunique a la señora Alwyna que lo que busca se encuentra en el almacén derruido cerca de Watergate. ¿Lo recuerdas?

Elyas asintió y bajó la mano.

—Lo que busca se encuentra en el almacén derruido cerca de Watergate —repitió con cuidado.

—Buen chico —lo animó Delyth, girándolo suavemente hacia la puerta mientras le daba un empujón ligero—. Ahora corre y

transmite el mensaje.

El niño se detuvo y se volvió hacia ella, retorciendo las manos dentro de la túnica.

—Está muy oscuro, señora. Wymar tendría miedo —confesó, y su propio temor se reflejaba en la voz—. ¿Debe ir esta noche y solo?

A Delyth le costó un esfuerzo enorme no gritarle que saliera corriendo del salón en ese mismo instante.

—Sí, es muy importante —respondió con calma forzada.

Volvió a orientarlo hacia la puerta, pero él se apoyó contra sus manos sin avanzar. Con cada respiración, la urgencia de huir aumentaba. Su mirada saltó de la chimenea al cofre, y el pánico creció aún más. Estaba atrapada. Elyas tenía que marcharse.

—Vete, Elyas —lo apremió, elevando la voz para imponerse a su propia ansiedad—. Vete ahora, y deprisa.

El chirrido del cuero sobre la madera anunció que Syward se daba la vuelta y avanzaba a grandes zancadas hacia la salida del salón. El sonido hizo que Delyth se irguiera de golpe, con el corazón encogido. Aunque le parecía improbable que hubiera oído algo, la inquietud se transformó en miedo. ¿Y si sí lo había hecho y pensaba traicionarla? Todos aquellos hombres eran testigos de lo que había descubierto sobre su amo.

Fue el terror lo que la impulsó a interpelarlo:

—¿Adónde vas?

—Al retrete, señora —contestó él con irritación.

Elyas salió corriendo tras él.

—Te acompañaré por el patio —anunció—. No me gusta estar solo en la oscuridad.

En ese instante, la puerta del dormitorio se estrelló contra la pared del fondo, y el estruendo resonó por toda la estancia.

—Vaya, si es mi querida esposa —exclamó Katel, con la voz pastosa pero teñida de dureza—. ¿Dónde has estado hoy? Qué cruel ha sido hacerme esperar.

Capítulo 25

Llynrudd

A mediados de agosto de 1180

Como hacía demasiado calor para caminar deprisa, Delyth y Helewise se tomaron su tiempo para regresar de la sastrería. Entre ambas no mediaron palabras. A Delyth le parecía bien, pues sus pensamientos seguían anclados en la orilla del río y en el encuentro de la noche anterior con Stephen.

Volvió a felicitarse por su astucia al lograr escabullirse sin ser descubierta. Esta vez solo le había costado un puñado de cintas convencer a la criada que velaba a su padre durante la noche para que guardara silencio sobre su ausencia. Como la muchacha era lo bastante torpe y romántica como para creer que su señora había salido a rezar por la salud de su prometido, resultaba poco probable que revelara lo que sabía.

La cuestión era si la ingenua aceptaría la misma mentira por segunda vez. Madre de Dios, tenía que hacerlo. Solo la promesa de volver a ver a Stephen esa noche había hecho soportable el constante pinchar y hurgar del sastre.

Mientras Delyth se veía obligada a pensar en su matrimonio con Katel, también lo hacía la perspectiva de tener que yacer con él como esposa con su marido. Con Stephen, aquello le había proporcionado placer, pero la mera idea de hacer lo mismo con Katel le erizaba la piel. Entrecerró los ojos con determinación. Tenía que existir una forma de escapar aquella noche. Ella y Stephen debían

trazar planes si quería huir del destino que su padre le había impuesto. Sí, y después de planearlo todo, Stephen la abrazaría.

Eso era lo que Delyth necesitaba aún más que su pasión. Solo cuando Stephen la estrechaba entre sus brazos sentía que podía sobrevivir. Con cada instante que pasaba, su vida se desmoronaba a su alrededor; todo lo que le era familiar y preciado se le escapaba de las manos.

Por si no bastara con que su padre estuviera muriendo, Tom el Tonto había fallecido la semana anterior, marchándose en silencio mientras dormía. Tras la muerte de su hijo, Philip anunció que se retiraría para pasar sus últimos días junto a una hija casada. Dada su edad, era comprensible, pero el abandono de Helewise no lo era. Últimamente, la ama de llaves hablaba a menudo de su pueblo natal, donde ella y Aleric se habían criado. Aunque no lo expresara abiertamente, Delyth sabía que tanto Helewise como su hermano pensaban marcharse en cuanto Katel se convirtiera en el amo.

La soledad la inundó, seguida de un destello de ira. Todos detestaban tanto a Katel que no se quedarían, pero nadie parecía advertir que la dejaban sola para enfrentarse a él. Traidores, todos.

Al cruzar la puerta, Delyth vio al maestro Colin de pie a la sombra del edificio delantero. El corazón se le encogió al advertir las profundas arrugas que surcaban su rostro. Era la tristeza la que le estaba carcomiendo la piel, como si pretendiera grabarse hasta en los huesos. No tenía ese aspecto desde la muerte de su esposa. Con un grito mudo, atravesó el patio a toda prisa y se detuvo ante él.

—¿Cómo está papá?

—Descansando —respondió él, con la voz áspera, como si las lágrimas le oprimieran el pecho.

—¿Qué ocurre, maestro Colin? —preguntó Helewise al detenerse junto a ellos.

—Me temo que lamento el final de mi vida en este mundo —contestó, forzando una sonrisa en la que no había luz—. Me

sorprende sentirlo así, pues no lo esperaba.

—Entonces lo has decidido —dijo Helewise con una suavidad inusual—. ¿El abad ha aceptado acogerte?

—Sí. Cuando Walter fallezca, no quedará nadie que me retenga fuera de los muros de la abadía.

Esta vez sonrió con una ironía casi alegre.

—Creo que la tonsura será una bendición disfrazada, pues tendré menos cabello que peinar.

Delyth contuvo el aliento al comprender que el maestro Colin pensaba tomar los votos. Otra persona querida se apartaba de su lado cuando más la necesitaba. La soledad pesó más que la rabia. De no ser por la promesa de Stephen de no abandonarla jamás, habría llorado. Pronto no quedaría nadie dentro de aquellos muros que se preocupara por ella.

—Helewise —dijo el maestro Colin, tomando a la mujer del brazo—, ¿quieres venir a ayudarme? Es hora de ordenar las pertenencias de mi Kat.

—Debería atender primero al señor —protestó la ama de llaves, pero él ya la alejaba del edificio delantero, conduciéndola hacia la puerta.

—Hace un momento estaba bien. Delyth puede cuidarlo sola mientras te saco de aquí. Lo harás, ¿verdad, muchacha?

Lo dijo por encima del hombro, sin darle tiempo a responder, mientras arrastraba a Helewise cada vez más cerca de la salida.

—Ven, te lo ruego. No hay mucho que ver, pero tocar lo que fue suyo me devuelve el dolor.

Delyth los vio abandonar el patio y luego se volvió hacia la puerta del edificio delantero. Aunque nunca rehuía sentarse junto a la cama de su padre, el corazón se le encogió al pensar en acercarse a él. Temía mirarlo, pues cada vez que lo hacía se enfrentaba a la certeza de que la estaba dejando. Aunque la mujer adulta que

aspiraba a ser trataba de aceptarlo, la niña que llevaba dentro se rebelaba con furia, negándose a dejarlo partir.

Con un suspiro, enderezó los hombros y entró en la casa, subiendo las escaleras hasta el vestíbulo. Dentro hacía fresco, lo que alivió su piel recalentada. Al llegar al tabique de madera que dividía la estancia en vestíbulo y dormitorio, se detuvo ante los cofres de su madre y sonrió.

Con Helewise ocupada tanto por la salud de su padre como por los preparativos de una boda que no debía celebrarse, las criadas descuidaban sus tareas. Los tres cofres estaban cubiertos por una fina capa de polvo.

En otro tiempo, aquellos cofres, junto con la ropa de cama y los utensilios que guardaban, habían constituido toda su riqueza. Aunque ya no era así, Delyth seguía considerándolos suyos, solo suyos. Desafiando su orgullo de propietaria, trazó con el dedo «Joh» en el cofre verde, «Anna's» en el marrón y azul, y luego presionó «dowry» entre las bandas de latón del cofre color óxido. Se limpió los dedos en la falda, satisfecha, y pasó al dormitorio.

El maestro Colin había cerrado las contraventanas antes de marcharse, dejando la estancia en penumbra y con el aire viciado. Se acercó a la cama de su padre. Yacía inmóvil. Un miedo repentino la atravesó y comprobó si su pecho subía y bajaba. Solo cuando se aseguró de que aún respiraba pudo hacerlo ella también y cerró en silencio las cortinas a su alrededor.

Sin nada que hacer hasta que despertara, se acercó a la ventana y abrió las contraventanas. Asomada a la abertura, trató de absorber los sonidos y aromas de la vida normal que continuaba alrededor de aquella vigilia casi fúnebre. En lo alto, el cielo seguía siendo de un azul intenso, aunque ya se formaban nubes que prometían lluvia para esa noche. Deseó que aguantara hasta después de ver a Stephen. No habría manera de explicar unos vestidos empapados a Helewise al amanecer.

El aire era tan denso que el humo de la cocina se acumulaba alrededor de la chimenea del tejado. Brillante por el calor, la espesa humareda se deslizaba sobre la paja hasta mezclarse con la que ascendía desde debajo del cobertizo que protegía el hogar de la destilería. A la sombra del tejado, las criadas encargadas de las pociones charlaban y reían mientras trabajaban. Cerca de allí, la esposa del maestro Herebert reprendía a su marido con voz aguda por alguna falta.

Todo aquello le resultaba tan familiar y tan propio que, por un instante, alivió el miedo que la atenazaba.

Este era su hogar.

Mientras tuviera a Stephen a su lado, podría sobrevivir, aunque todos los demás la abandonaran. Dando la espalda a la ventana, regresó junto a la cama de su padre. El taburete, que llevaba tanto tiempo formando parte del mobiliario, estaba demasiado cerca de la pared. Delyth lo arrastró hacia ella, pero no lo sujetó con la firmeza que creyó. Se le resbaló de las manos y cayó de costado, provocando un estruendo seco al golpear el suelo de madera.

El ruido despertó un leve murmullo tras las cortinas.

—¿Quién anda ahí? —musitó papá con una voz tan débil que casi se confundía con el susurro de la habitación.

Delyth agradeció que las cortinas permanecieran cerradas y le ocultaran el gesto torcido de su rostro.

—Soy yo, papá. Perdóname, no quería despertarte.

Enderezó el taburete y lo colocó junto a la cama antes de apartar las cortinas para mirarlo. Le costó reunir fuerzas para no retroceder. Él también se estaba alejando, deslizándose hacia un lugar fuera de su alcance, del que nunca regresaría. La soledad volvió a cerrarse sobre ella.

—Me alegro de que lo hayas hecho —comentó él, con una tensión extraña vibrando en la voz.

Delyth se sentó, observándolo con el ceño fruncido.

—¿Te duele otra vez, papá?

Una rápida mirada a la pared confirmó que el brebaje que el maestro Colin había preparado para aliviar su sufrimiento seguía intacto donde lo habían dejado.

—Sí, pero no es un dolor que esa mezcla pueda calmar —admitió—. Stephen ha hablado conmigo.

Delyth soltó el aire de golpe, y el alivio se transformó en culpa. Aunque estaba convencida de que lo que ella y Stephen habían compartido no era un error, sabía que había quebrantado la confianza de su padre. Rechazó ese pensamiento de inmediato. No era ella quien traicionaba. Era papá, empeñado en obligarla a casarse con Katel, un hombre vil y cruel.

Alzó la barbilla, orgullosa.

—Entonces ya sabes que no puedo casarme con Katel. Stephen me ama y estamos casados.

Él no respondió a aquello. En lugar de eso, formuló una pregunta inesperada.

—¿Estás encinta, cariño?

Delyth quedó inmóvil. Jamás había imaginado que su padre le hablaría de algo así. La vergüenza la golpeó con tal fuerza que inclinó la cabeza para ocultarse.

—No, papá.

—¿Estás segura? ¿Cuándo fue tu última regla?

La mención de algo tan íntimo hizo que la vergüenza se volviera insoportable. El pecho se le oprimió mientras intentaba apartar de su mente el amor que sentía por Stephen. ¿Cómo no había pensado antes que lo que compartían podía traer consecuencias? Solo había atendido al afecto que él le mostraba y al placer que encontraba en su abrazo.

—Hace dos semanas —respondió, casi sin voz.

—¿Lo has visto desde entonces?

Las lágrimas brotaron sin que pudiera detenerlas. Aquella pregunta la despojó de toda seguridad. Ya no se sentía una esposa legítima, sino una muchacha indigna que se había entregado a un joven sin pensar. Apenas logró asentir.

Su padre dejó escapar un suspiro cansado.

—Entonces el maestro Colin te preparará una pócima para asegurarse de que nada prospere en tu vientre. Bastante grave es que te haya abandonado. Sería aún peor que dejara un bastardo que arruinara tu vida.

—¿Qué…?

El sonido que escapó de sus labios fue poco más que un sollozo ahogado. Aturdida por el llanto, alzó la cabeza para mirarlo. Había oído cada palabra, pero se negaba a aceptarlas. La idea de que Stephen se hubiera marchado era más de lo que podía soportar.

Una tristeza profunda ensombreció los rasgos consumidos de su padre.

—Ay, hija mía… no sé cómo decírtelo. Stephen nos ha engañado a todos. Te ha mentido. Esa historia sobre el abad y la validez de vuestro matrimonio no era más que una invención.

Aquellas palabras la atravesaron como cuchillas, aún más crueles tras la humillación de ese interrogatorio. Las dudas surgieron de algún rincón oculto de su mente. Todos sabían que los matrimonios se celebraban ante la iglesia, con un sacerdote pronunciando las palabras sagradas. La vergüenza intentó convertir lo que había vivido con Stephen en pecado. Aun así, su fe se resistía a ceder.

—No. Stephen no me mentiría. Él habló con el abad.

Su padre negó lentamente.

—¿Quieres que mande llamar al abad para que confirme lo que te digo? Puedo hacerlo, si así lo deseas.

—No… —gimió Delyth en voz baja, negando con la cabeza ante la confusión que se arremolinaba en su interior. Su padre se equivocaba; tenía que ser así. Stephen nunca le había mentido, pero tampoco su padre—. Cuando Stephen regrese, te demostrará que no mintió —afirmó con vehemencia.

—Hija mía, no te engañes pensando que volverá. Se ha marchado para siempre —repuso su padre, con otro suspiro hondo.

—¿Adónde ha ido? —la súplica brotó cargada de dolor, implorando que desmintiera lo que acababa de escuchar. Una vez más, los ojos de Delyth se llenaron de lágrimas y una sola gota descendió por su mejilla. Al llegar a la mandíbula, su padre alzó la mano y la secó con el pulgar.

—No lo sé, salvo que dispone de monedas suficientes para ir adonde le plazca.

Delyth se irguió de golpe en el taburete y se apartó del contacto al comprender la magnitud de lo ocurrido. Papá quería que se casara con Katel, quisiera ella o no, y para lograrlo la había privado de la única persona dispuesta a permanecer a su lado.

—¡Lo has echado!

Por vehemente que fuera su acusación, un vacío terrible se abrió en su interior. La protesta llegaba demasiado tarde. No importaba lo sucedido ni los motivos. Stephen se había ido, y papá se aseguraría de mantenerlo lejos de su alcance. No había nada que ella pudiera hacer para traerlo de vuelta.

Nunca había sentido un dolor semejante. Tardó un instante en comprender que se le estaba rompiendo el corazón. Ante su impotencia, la fe se desmoronó. ¿Cómo había podido Stephen permitir que papá lo apartara de ella cuando tanto lo necesitaba?

—Querida, no lo hice —murmuró su padre.

Por extraño que sonara, el tono buscaba tranquilizarla—. Solo lo puse a prueba. Quería estar seguro de su afecto antes de romper tu compromiso con Katel y ponerte bajo su cuidado. Le dije que

podía quedarse contigo, pero que irías con él sin nada más que la ropa que llevabas puesta.

Aquellas palabras la hicieron pedazos.

—¿Me has desheredado?

Una vocecilla interior le reprochó que quizá eso no fuera más que el castigo merecido por haber pecado contra Dios y contra su padre.

—Ay, pequeña, solo fue una artimaña —explicó él, tomándole la mano y apretándola entre sus palmas calientes y secas—. Quería saber si su corazón era sincero.

Delyth se enderezó cuanto pudo. Por desesperada que fuera la lucha, la libraría hasta el final.

—Ahora sé que mientes. El corazón de Stephen es sincero. Con riquezas o sin ellas, habría aceptado tu oferta y me habría tomado por esposa ante los ojos del mundo.

—Hija, te has equivocado con él —insistió su padre, apretándole la mano para imponer su versión—. Se enfureció. Alabado sea Dios que no hubiera nadie más en la casa, o la historia de tu libertinaje habría corrido por Llynrudd. Para protegerte a ti y a tu nombre, le ofrecí una suma considerable a cambio de su silencio. La aceptó, y luego exigió más. Tuve que prometerle que se la daría, pero dejé claro que no la recibiría hasta que estuvieras legítimamente casada con Katel.

—Mientes —susurró ella, aferrándose a su amor por Stephen con uñas y dientes.

—Ojalá fuera así —respondió él, recostándose en el colchón, exhausto—. La prueba está en su partida, ¿no es cierto?

Aunque todo en su interior gritaba que Stephen jamás la cambiaría por monedas, la resistencia de Delyth empezaba a resquebrajarse ante el peso de las palabras de su padre. La desesperación la envolvió. La amara o no, Stephen estaba ahora muy lejos de su alcance.

Clavó la mirada en su padre. Ya no quedaba nada que se interpusiera entre ella y su matrimonio con Katel. En su afán por evitar un destino insoportable, buscó dentro de sí la última defensa posible, aun sabiendo lo frágil que era.

—No importa lo que hayas hecho, Stephen volverá por mí —aseguró, aunque la desesperanza le susurraba que jamás lo haría—. No permitirá que otro me tome por esposa. Me ama.

Papá negó despacio, con los ojos velados por la tristeza.

—Cree lo que necesites creer, hija. Hagamos un trato. Tú afirmas que él regresará. Yo prometo que, si llega antes de tu boda con Katel, romperé el compromiso y os casaré a los dos. Si no lo hace, deberás casarte con Katel, como se ha previsto desde hace tanto tiempo.

Con esas palabras, exhaló un último suspiro y volvió a hundirse en el sueño. Delyth lo observó, abatida y desolada. La desesperanza era tan profunda que ni siquiera la ira lograba prender en ella.

La promesa quedó flotando ante sus ojos. Se aferró a ella, apretándola contra el pecho, aun sabiendo que solo se la habían ofrecido porque estaban seguros de que Stephen no regresaría. Era lo único que la mantenía a flote, impidiéndole ahogarse en el miedo y la soledad.

—Vendrá —murmuró al hombre dormido—. No importa lo que hayas hecho para alejarlo, Stephen vendrá a buscarme. Debe hacerlo —sollozó en silencio—, o moriré sin duda.

Capítulo 26

Llynrudd

La hora de las completas Día de Santa Inés, 1197

Delyth se volvió para mirar a su marido. Atrapados en la luz amarillenta de la lámpara que había dejado sobre el baúl, los rasgos carnosos de Katel parecían de cera. La camisa blanca había adquirido el tono del pergamino que acababa de arder en el hogar, y el rojo intenso de sus calzas se había apagado hasta volverse marrón. Recién despertado, el cabello pálido se le erizaba alrededor de la cabeza, pero su mirada estaba alerta. Si había bebido, no había sido lo suficiente como para perder el control.

La atención de Delyth descendió de su rostro al cofre verde de su madre. Con cada respiración, el hedor de las pieles le llenaba los pulmones. El momento de ocultar lo que había hecho ya había llegado y pasado. Todo estaba perdido.

Katel parpadeó y frunció el ceño al fijarse en las faldas que asomaban bajo su capa. Un destello de sorpresa cruzó sus ojos cuando reconoció los vestidos escondidos. El miedo por ella y por Stephen se apoderó de Delyth. Sus destinos habían quedado sellados desde el instante en que Elyas sacó aquellas prendas de su escondite. Una sola mirada bastó para que Katel comprendiera que había sido descubierto.

—¿Qué es esto? —siseó, volviéndose hacia la esquina.

Traidora, la llama de la lámpara esparcía su luz sobre la vajilla dispuesta contra la pared. Tambaleándose hasta el cofre vacío, Katel contempló su interior desnudo. Con un golpe seco de la mano, el

fondo falso cayó al suelo. El ruido de la madera contra la madera resonó en el silencio opresivo de la estancia. Delyth se estremeció. Su vida y la de Stephen dependían ahora de un muchacho dado a inventar fantasías. ¿Y si Wymar no la creía, como no había creído lo del cofre? La certeza de que no lo haría hundió su corazón en la desesperación.

Katel se giró, aún con un leve vaivén, y avanzó hacia la chimenea. Con cada paso recuperó el dominio de sí mismo. Cuando se detuvo ante el hogar, se sentía firme. Tosiendo por el aire espeso, se inclinó para sacar de las brasas los restos humeantes de una misiva falsificada.

Mientras observaba el objeto ennegrecido, la feroz necesidad de sobrevivir volvió a apoderarse de Delyth. Acababa de recuperar su vida del odio que la había consumido. No podía perderla ahora.

Katel alzó la cabeza y miró más allá de ella.

—¿Qué creéis que es esto? —ladró a los sirvientes que se mantenían en los márgenes de la luz—. ¿Un espectáculo público para entreteneros?

Se oyeron pasos arrastrados y carraspeos. Al instante siguiente, todos desaparecieron en la oscuridad del salón.

Cuando estuvieron fuera de oído, Katel le lanzó una mirada maliciosa.

—¿Crees que te has salvado? —dijo, con la voz encendida—. Puedo reemplazarlas en dos horas. Ahora que las has visto, tendré que actuar antes de lo previsto. Mejor así. —Una sonrisa breve y salvaje le curvó los labios—. Sería descortés hacerte esperar demasiado por tu muerte.

Delyth lo miró con terror. ¿Dos horas? ¿Pretendía incitar de nuevo a la multitud? Hacían falta más de dos horas para que la señora Alwyna recibiera el mensaje, llegara al almacén y retirara el grano. Si es que estaba allí y si alguien llegaba a avisarla.

Se negó a ceder al pánico. La esperanza la impulsó a ganar tiempo, a entretener a su marido lo suficiente para que llegara la salvación. Solo necesitaba una noche.

Katel recordaría cómo su odio hacia Stephen la había llevado a arrojarse contra la muchedumbre el día anterior. Si ahora no reaccionaba con furia al ver su nombre ligado al de él, sospecharía.

Con el rostro endurecido en una máscara de indignación, escupió:

—¿Cómo te atreves a vincular mi nombre con el de ese bastardo traidor?

En su interior suplicó el perdón de Stephen.

—Bah —respondió Katel, complacido—. ¿Por qué enfadarse por algo que ambos sabemos que no es cierto? Deberías alegrarte de que lo haya elegido como tu amante. Es mejor morir en la horca junto a alguien conocido que al lado de un extraño.

Extendió la mano y abrió su capa. Fingida consternación arrugó su frente.

—Vaya, Delyth, ¿dónde has estado, vestida como una pobre doncella? Uno podría pensar que te disfrazabas para encontrarte con tu amante. ¿Qué otra razón tendría una mujer acostumbrada a la elegancia para llevar semejante atuendo, salvo el pecado? —susurró —. Estabas frustrada esta noche. Tu amante está fuera de tu alcance.

El placer de saberlo equivocado la recorrió, pero como él buscaba otra reacción, se la concedió.

—Cuanto antes cuelguen a ese bastardo, mejor para esta ciudad y para mí —espetó.

Luego, con voz más suave, como la súplica de una madre, añadió:

—¿Cómo puedes hacerle esto a Peter?

Los ojos de Katel se endurecieron.

—¿Qué me importa él o su herencia? —susurró—. Que reciba lo mismo que me dio tu padre.

La vieja ira por los términos del testamento volvió a apoderarse de él.

—Que intente comerciar con la gloria del nombre de Walter de Llynrudd sin monedas que lo respalden, como hicieron conmigo.

Su voz resonó en la estancia y regresó a él como un eco. Katel se sobresaltó. Una culpa fugaz cruzó sus ojos antes de que negara con la cabeza.

—No. Ya he cedido una vez a tus manipulaciones. No volveré a hacerlo. El destino que he planeado para ti solo mejorará la vida de Peter. Cuando posea la riqueza que tu padre me negó, reconstruiré mi negocio y crearé una gran fortuna para que mi hijo la herede.

Volvió a mirarla, con los ojos oscurecidos por el reproche que le había provocado la duda.

—Quizá me precipité al planear tu muerte. Olvidé que podría afectar a mi hijo. Fue un error sacarte del convento. Creo que te devolveré allí.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su boca. Se alejó de la chimenea y llamó a los hombres ocultos.

—Mi esposa y yo partimos. Que uno de vosotros traiga monturas.

Delyth se quedó mirándolo, desconcertada. ¿Hablar de su hijo lo había hecho desistir? ¿O solo pretendía encerrarla para que no interfiriera mientras culminaba su plan? Luego, una mueca de triunfo se apoderó de ella. Alabado sea Dios. «Mi esposa y yo». No la enviaría sola; iría con ella.

Calculó el tiempo. Tres horas de ida a paso lento, otras tres de vuelta. Si la priora era generosa, le permitiría dormir en un jergón del establo. Incluso si regresaban de inmediato, Katel no volvería a ver las puertas de Llynrudd hasta bien entrada la madrugada. Lo había conseguido.

Nadie respondió a la orden.

—¿Qué sucede? —rugió Katel—. ¿Os habéis vuelto sordos?

Se oyó un arrastrar de pies. Como un solo cuerpo, los hombres reaparecieron en el borde de la luz. Dickon habló por todos.

—Amo, esta noche no habéis sido vos mismo. Hemos acordado que no permitiremos que hagáis daño a vuestra esposa, nos lo ordenéis o no.

Delyth los miró, sorprendida por aquella protección, y luego deseó con todas sus fuerzas que se retiraran. Ella y Katel debían marcharse.

La ira cruzó el rostro de Katel, seguida de una máscara de consternación.

—Os pido perdón —dijo, suspirando—. Sé que he actuado de forma extraña. Son las amenazas del pueblo contra mi familia. Pero pensarlo, ¿cuándo he golpeado a mi esposa?

Los hombres se removieron, reconociendo que nunca la había maltratado con los puños. Solo entonces continuó.

—La llevo de vuelta al convento. Allí estará a salvo, lejos de los locos de esta ciudad.

Delyth vio cómo se relajaban. Para ellos, el convento era un refugio sensato.

Katel aguardó un instante antes de imponer su castigo.

—Puesto que os preocupa tanto su seguridad, me acompañaréis. No querría que algún ladrón nos atacara en el camino.

Los suspiros de cansancio se alzaron.

—Señor —intentó uno—, antes dijisteis que los problemas habían terminado.

—Ojalá —respondió Katel—. Pero mientras el consejo se niegue a ahorcar a ese hombre, no habrá forma de controlar a la multitud.

Delyth oyó la promesa velada. Al regresar, Katel reemplazaría las misivas y azuzaría al pueblo. Si la señora Alwyna no actuaba, Stephen moriría al amanecer.

El corazón volvió a dolerle. Quería algo más que un beso antes de separarse para siempre. Entonces la revelación la sacudió. Si Elyas tenía éxito, si Wymar se marchaba, si la señora Alwyna encontraba el grano, Katel sería ahorcado. Ella sería viuda.

La preocupación se disolvió bajo una oleada de júbilo. Stephen vendría a buscarla. Sabía que le pediría que se casara con él. Esta vez, nadie se interpondría.

—Señor —insistió otro—, está completamente oscuro.

—Dios nos guiará —replicó Katel—. Basta de quejas.

Buscó con la mirada.

—¿Dónde está Syward?

—En el retrete, señor.

—Entonces vigilará la puerta.

Agarró a Delyth del brazo y la condujo al dormitorio. Ella caminó a su lado sin oponerse, pensando en un futuro distinto.

Al tomar la lámpara, Katel la observó.

—Todos protestan. ¿Y tú no?

—¿Por qué habría de hacerlo? —respondió ella—. Me llevas donde deseo estar.

Al notar su mirada fija, comprendió el error. Era tarde para rectificar. Alzó la barbilla con desprecio.

Katel sonrió, ya tramando algo peor.

—Me alegra que lo veas así, porque allí permanecerás mucho tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—La priora te verá con el cabello suelto y esos vestidos. Se convencerá de tu pecado. Le contaré cómo tu amante te exigió que me abandonaras y, al negarte, te hizo daño.

Tocó uno de sus moretones.

—Un hombre violento.

—Qué necedad —replicó Delyth—. No callaré lo de mi agresión.

—No es eso lo que busco —respondió Katel—. Necesito que te ofrezca refugio como hermana. Le insinuaré que, si alguna vez te golpeara, tus bienes pasarían a la abadía. Al final, pensará que fui yo quien te golpeó y que inventas la historia para proteger la herencia de nuestro hijo.

—No tengo vocación —protestó ella.

—No importa. Mañana serás una criminal. Elegirás entre la horca o los votos. Por Peter, te conviene elegir la hermandad. Dedicarás tu vida a rezar por él. Quién sabe qué le dejaré.

La empujó a su cámara.

—Levantaos —ordenó a las sirvientas—. Traed mi mejor atuendo de viaje, mis botas, mi capa más gruesa, mis cadenas y anillos. Tengo que doblegar a una priora.

Delyth cerró los ojos cuando él se volvió. No había logrado clemencia, sino un aplazamiento seguido de prisión perpetua.

No. Se negó a creerlo. Katel sería descubierto. Stephen volvería por ella. Él la amaba. No la dejaría atrapada y sola. No otra vez.

Capítulo 27

Llynrudd

Una hora después de la hora prima

Día de Santa Blesilla, 1197

Stephen estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en el cabecero. Se había envuelto bien en su manto forrado de piel y cubierto las piernas con las mantas. También había cerrado con cuidado las cortinas de lana amarilla que rodeaban el colchón. Aun así, el interior del lecho resultaba apenas soportable, no verdaderamente cálido. Con todo, allí dentro era verano en comparación con la gélida estancia sin chimenea que se extendía más allá de aquel escudo de tela.

Bostezando, se frotó los ojos ardientes. Había sido una noche interminable. Atormentado por el temor que sentía por Delyth, le había resultado imposible conciliar el sueño. En su lugar, la mente se le había dedicado a imaginar todos los desenlaces posibles que podían conducirlo a la muerte a manos de Katel.

—¡Daos la vuelta! ¡No entraréis aquí! ¡Impedidles el paso! —bramó una voz solitaria desde más allá de los muros perimetrales de madera de la fortaleza, colándose por la estrecha rendija de la pared de su cámara—. ¡Retroceded!

Al instante, todas las almas que vigilaban ante la torre se sumaron al clamor, que creció hasta convertirse en un rugido ensordecedor. Stephen suspiró, pues aquel estruendo solo le recordaba el destino del que dudaba poder escapar. Para distraerse

de sus pensamientos más sombríos, trató de deducir quién habría llegado.

No podía tratarse del sheriff; la multitud no se habría atrevido a rechazarlo. Tampoco era un miembro del consejo, pues nadie pedía la muerte de su familia. ¿Quién podía ser, entonces?

Con la mirada fija en la tela amarilla que se extendía de poste a poste formando un dosel, aguardó para comprobar cuánta determinación mostraba el visitante. Los cánticos estallaron de pronto en gritos de pánico, seguidos por un silencio tenso, roto solo por algunos gemidos dispersos.

—¿Qué clase de idiotas se interponen desarmados entre los arqueros y aquello que desean proteger? —tronó una voz firme—. Dejadnos pasar a mí y a los míos o, por Dios, ordenaré que la próxima descarga vaya dirigida a vosotros y no por encima de vuestras cabezas.

El hecho de que hablara en inglés no dejaba lugar a dudas: aquel hombre cumpliría su amenaza si la multitud persistía en resistirse.

Stephen arqueó las cejas. Aquello no era valentía, sino fuerza bruta. ¿Quién había acudido con suficientes arqueros como para hacer retroceder a la muchedumbre? Volvió a pensar en el sheriff, pero lo descartó una vez más. El agente del condado no era inglés, y aquella voz sonaba inequívocamente nativa.

Desde el exterior llegaron el chirrido de puertas, el traqueteo de los arneses, el pisoteo y los resoplidos de caballos exhaustos, mezclados con fragmentos de conversación de hombres aún más cansados que sus monturas. Aquello sonaba más a una pequeña hueste que a un simple destacamento. No tendría que esperar mucho para satisfacer su curiosidad.

Ya resultaba humillante recibir visitas en camisa y calzones; no pensaba hacerlo además tendido en la cama como un inválido o un rey. Apartó las cortinas, se sentó en el borde del colchón y se calzó las botas. Al ajustarlas, se puso en pie y se acomodó la capa sobre

los hombros. Fue su vanidad innata la que lo llevó a peinarse con los dedos lo mejor que pudo. Aquella misma mañana, Otto, hijo de Otfried, le había llevado agua y un paño para asearse. Sin navaja para afeitarse, desde luego, pero el peine era otro asunto: una posesión privada que rara vez se compartía.

Pasaron unos instantes antes de que la llave chirriara en la cerradura. Al abrirse la puerta, entró Otto, seguido de la señora Alwyna. Bajo su manto, la anciana aún vestía el traje verde del día anterior, ahora lamentablemente arrugado. Enmarcado por una cofia más robusta que la que había llevado antes, su rostro aparecía demacrado por el cansancio. Unas ojeras oscuras, semejantes a las suyas, se marcaban bajo sus ojos castaños.

La sorpresa de Stephen al verla allí se desvaneció ante la necesidad urgente de saber algo de Delyth. Con Otto presente, no se atrevió a pronunciar su nombre. Lo único que pudo hacer fue mirar a la anciana con muda súplica, implorándole alguna señal de tranquilidad. La señora Alwyna le respondió con un leve asentimiento y una sonrisa apaciguadora. No bastó para calmarlo del todo, pero le permitió inspirar hondo por primera vez desde que se había separado de Delyth la noche anterior.

Tras ella entró un caballero. Bajo una capa marrón forrada de piel llevaba túnica y calzas de anillos metálicos entrelazados. Sobre la armadura lucía una sobrevesta del mismo tono, bordada en oro. La empuñadura enjoyada de la espada que pendía de su cinto proclamaba que no se trataba de un simple caballero andante, sino de un hombre de rango.

No era apuesto. Su rostro, anguloso, mostraba una nariz ligeramente torcida, señal de alguna vieja fractura. El cabello, aplastado por el casco, era castaño, al igual que los ojos. En cuanto al vello facial, llevaba la barba recortada al ras de la línea de una mandíbula tan marcada como la de Stephen.

Mientras lo observaba con perplejidad, preguntándose quién era y qué lo había llevado hasta aquella torre, el caballero se detuvo

en seco. Al fijar la vista en el rostro de Stephen, abrió los ojos con asombro.

—¡Jesucristo!

La señora Alwyna dejó escapar una risa cansada y aferró con firmeza el brazo acorazado del guerrero. Stephen arqueó las cejas al verla apoyarse con tanta familiaridad en el hombro de un hombre que, a todas luces, pertenecía a una esfera social muy superior a la suya. Aquello resultaba desconcertante.

—¿No te lo advertí? —comentó la anciana en un francés impecable.

El caballero no respondió; se limitó a mirarla con una brusquedad impropia de la cortesía.

Alimentada por el cansancio y por la tensión de saberse ante una vida truncada, la irritación de Stephen pasó de latente a encenderse con fuerza. Podría estar encerrado, pero no era un animal de feria al que se pudiera contemplar sin miramientos. Entrecerró los ojos, fulminando con la mirada a su visitante.

—Disculpadme —intervino en francés—, pero ¿a qué debo esta visita? Si solo habéis venido a observar, os sugiero que os marchéis.

El caballero contuvo el aliento y volvió la cabeza hacia la señora Alwyna.

—Incluso su voz es la misma, madre. No quise creer lo que escribiste… pero aquí está.

¿Madre?

Sobrecogido, Stephen miró a la anciana y luego al caballero.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró, bajando la voz, completamente desorientado.

El visitante se quitó los guantes. Cuando la señora Alwyna lo soltó, avanzó un paso y le tendió la mano en señal de saludo.

—Perdonadme. En mi sorpresa he olvidado las formas. Soy Richard, lord Meynell. —Hizo una pausa, y una leve sonrisa doró sus

ojos castaños—. Y tú, Stephen de Lynn, eres mi hermano. Ambos somos hijos de Henry, lord Beamont.

Stephen reaccionó con una exhalación airada, rechazando la mano del noble mientras alzaba la barbilla con altivez. Ningún hombre, por elevado que fuera su rango, tenía derecho a llamarlo bastardo. El ultraje a la memoria de su madre lo atravesó de nuevo, seguido por una oleada de furia.

El niño herido que llevaba dentro gritó con rabia que ella no había sido la ramera de ningún señor poderoso.

—Richard, ten cuidado —dijo la señora Alwyna con suavidad—. A él le desagrada tanto como a ti que lo llamen bastardo.

Aquello sacó de quicio a Stephen. Miró fijamente al hombre de menor estatura y solo entonces advirtió el sutil parecido entre el caballero y la señora Alwyna. Sin embargo, aquel hombre se hacía llamar lord Meynell. Eso no podía ser. ¿Qué tipo de normando ofrecería tierras y título a un hijo ilegítimo?

Lord Meynell volvió a sonreírle.

—Veo que te lo preguntas —dijo en inglés. Lo había aprendido de su madre, por lo que no tenía acento—. Hasta hoy, toda la familia de nuestro padre, salvo uno, sigue tan desconcertada como tú ante el cariño que Enrique de Beaumont profesaba a su hijo bastardo. ¿Llegaste a conocer alguna vez a tu progenitor?

Stephen abrió la boca para protestar y afirmar que su padre había sido Ralph Attegreen, pero el adulto que había llegado a ser se lo impidió. Había llegado el momento de aceptar lo que siempre había sabido, lo que los aldeanos habían proclamado tantos años atrás, lo que su madre le había confesado en su lecho de muerte. Lord Beaumont era su padre. Suspiró con resignación.

—No —admitió—. Mi madre nunca le dijo que había tenido un hijo suyo. Creía que él ya la había compensado suficientemente con una dote generosa.

—Es una lástima —respondió lord Richard—. Nuestro padre era un buen hombre y le habría gustado conocerte. ¿Te dijo mi madre que eres su viva imagen? Asegura que, cuando te vio por primera vez, creyó estar contemplando su sombra.

Se interrumpió con un leve gesto de la cabeza.

—Basta por ahora. Más tarde habrá tiempo para hablar. Tenemos un asunto que atender.

El noble se volvió hacia el pequeño vestíbulo y luego miró a Otto.

—Ve a ver por qué tarda tanto ese hombre de Lynn.

Era una orden. Otto inclinó la cabeza y salió sin cerrar la puerta.

Todavía aturdido por haber descubierto una familia donde antes no tenía ninguna, Stephen comprendió de pronto.

—¿Fue usted a quien la señora Alwyna llamó para asegurarse de que mis pruebas llegaran sin contratiempos de Lynn a Llynrudd?

Solo cuando pronunció las palabras comprendió su alcance. El corazón se le aceleró. Con su libro allí, Katel estaba acabado.

Lord Richard le dedicó una sonrisa irónica, aunque fatigada.

—Soy un hijo obediente que hace cuanto su dulce madre le pide. Vivo para cabalgar como un loco desde Upwood a Lynn y luego a Llynrudd, todo en menos de un día… o, mejor dicho, en una noche.

La señora Alwyna le dio un leve golpe en el hombro y él se echó a reír.

—Si hiciste eso, no puedo agradecértelo lo suficiente —dijo Stephen, maravillado de que un lord, aunque solo medio normando, se hubiera tomado tantas molestias por un hombre como él.

—Fue un placer —respondió su hermano—. Los de baja cuna debemos ayudarnos, ¿no? Me alegra haber estado cerca para hacerlo.

Aún conmocionado, Stephen miró a la señora Alwyna. Ella también había sido amante de un normando, pero había obrado bien por su hijo y luego se había casado con un comerciante acaudalado. Se preguntó qué habría ganado su madre si hubiera exigido a Henry de Beaumont que reconociera a su hijo. Frunció los labios y rechazó la idea. No quería otra vida que la que tenía… salvo a Delyth.

Al pensar en ella, advirtió que Otto se había marchado, dejándolo libre para formular la pregunta que le desgarraba el pecho.

—Decidme —exigió a la anciana—, ¿qué sabéis de la señora Delyth?

Una pequeña arruga apareció entre las cejas de la señora Alwyna.

—Su criado vino a verme ayer con instrucciones sobre el trigo…

—¿Entonces lo habéis encontrado? —interrumpió Stephen, con una oleada de esperanza.

—Sí. Lo llevamos a la abadía para guardarlo. No me dijo que había tomado tanto. Tardamos toda la noche en trasladarlo.

Aunque las palabras eran severas, el tono las volvía inofensivas.

—¿Y Delyth?

Su necesidad de saber que estaba a salvo fue tan intensa que olvidó cualquier tratamiento.

El rostro de la anciana se suavizó.

—Se ha ido, maestro Stephen. El guardián nocturno asegura que el señor Katel partió con ella y su guardia personal a última hora. Me temo que descubrió lo que ella había hecho y huyó para no estar aquí cuando lo desenmascaráramos.

Con el corazón hecho pedazos, Stephen les dio la espalda. Inclinó la cabeza, apoyó la mano en la frente y cerró los ojos. Por

segunda vez en su vida, Katel le había arrebatado a la mujer que amaba, a la que consideraba su esposa por derecho.

—¿Sabe adónde han ido? —preguntó sin volverse, con la voz áspera.

—No. No mencionó destino alguno.

Stephen respiró hondo, intentando recomponerse, pero la desesperación lo devoraba. Por mucho que Delyth le hubiera asegurado lo contrario, no podía creer que Katel la dejara ilesa tras descubrir la verdad. Pensar que pudiera resultar herida o morir por haberlo protegido endureció su corazón. Si ella había desaparecido, ya no le quedaban ganas de vivir.

Su recién descubierto medio hermano se acercó y permaneció a su lado en silencio. Stephen no tenía fuerzas para pedirle que lo dejara solo.

—Creo que nuestro señor te concedió algo más que su rostro al crearte —dijo lord Meynell al cabo de un momento—. Es terrible cargar con un corazón constante.

Suspiró.

—O descubrir que amas a la esposa de otro hombre.

En aquellas palabras resonaba un conocimiento profundo de la situación de Stephen. Poco a poco, sus hombros se relajaron y consiguió respirar. Alzó la vista. Lord Meynell observaba la cama.

—Anímate —continuó—. No hay lugar al que puedan huir sin ser descubiertos. Es solo cuestión de tiempo.

Hizo una pausa y lo miró con atención, con un brillo extraño en los ojos.

—Pero antes de iniciar la búsqueda, debes ser absuelto de estos cargos.

Su tono sereno y su lógica clara eran justo lo que Stephen necesitaba. A medida que el dolor cedía, la esperanza regresaba. Conocía hombres honrados de un extremo al otro del mundo. No

existía rincón donde Katel pudiera esconder a Delyth sin que él lo encontrara. Y cuando lo hiciera, lograría que se anulara aquel matrimonio por bigamia. Esta vez contaba con dinero y apoyos suficientes.

—Mi agradecimiento —dijo con sinceridad.

—No te apresures —replicó lord Meynell, con un destello divertido—. Mi madre me ha dicho que ahora eres un hombre rico. Tal vez algún día llame a tu puerta, quejándome de los prestamistas y reclamando que me devuelvas mis favores.

Stephen rió suavemente. Si aquello ocurría, le daría cuanto pudiera. Nada sería suficiente para saldar la deuda que tenía con Richard de Meynell.

—Por Dios, Stephen —resonó una voz jadeante desde el pasillo —, ¿qué le ha pasado a Llynrudd para amenazar así a alguien que se crió entre sus gentes?

Stephen se volvió, atónito, cuando el maestro Arthur, zapatero de Lynn, entró tambaleándose con un cofre en brazos. Aunque no era tan alto como Stephen, era mucho más corpulento. Tenía el rostro enrojecido por el frío y vestía una túnica verde brillante bajo su manto marrón, lo que hacía resaltar el verde intenso de sus ojos.

—Perdonad, mi señor —dijo al pasar junto al noble.

Dejó el cofre sobre el colchón y se sentó, gimiendo.

—Estoy exhausto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Stephen, mirando el cofre cerrado con llave que contenía sus libros y notas. ¿Por qué habían traído todo?

Lord Meynell ladeó la cabeza, divertido.

—Espero que no os importe que haya traído tanto el cofre como al hombre. No se podían separar.

—¿Dónde está Hamalin? —preguntó Stephen con inquietud.

—Nunca llegó —respondió el noble—. Como la nota de mi madre indicaba urgencia, esperé una hora más de lo prudente. Luego tu ama de llaves mandó llamar al maestro Arthur, diciendo que confiabas en él plenamente. Cabalgó con la caja por si yo no era quien decía ser.

Un nuevo temor se apoderó de Stephen, esta vez por Hamalin. Se maldijo por su ceguera. Ningún enemigo se quedaría de brazos cruzados esperando pruebas de su ruina.

Con aquel último golpe de Katel, la ira volvió a arder en su interior. Era mejor perderlo todo que permitir que aquel hombre siguiera vivo.

Miró el cofre. Era el primer paso para desenmascararlo. Cuanto antes se demostrara su inocencia, antes podría ir en busca de Delyth… y convertirla en viuda.

—La llave está con mis pertenencias en la abadía —dijo con voz controlada.

—Mejor —respondió la señora Alwyna—. Es allí adonde nos dirigimos.

El consejo se reunió al amanecer. Han pedido al abad que exponga tu caso ante el pueblo. Caminaremos a la vista de todos hacia el mercado. Cuantos más testigos, mejor.

Si eso significaba acercarse un paso más a Katel, Stephen habría atravesado el infierno sin dudarlo.

—Sí. Que esto termine de una vez.

Capítulo 28

Llynrudd

Dos horas después de la hora prima del día de Santa Blesilla, 1197

Stephen salió de la habitación delante de su recién descubierto medio hermano y de la madre de aquel hombre. Una vez más, quejándose del peso del cofre, Arthur se apresuró a reunirse con él.

—Ha sido Katel quien ha hecho esto —escupió el zapatero, con la voz áspera de odio—. ¡Que Dios condene a ese gusano al infierno!

—Yo pienso hacerle algo peor que eso —murmuró Stephen.

Mientras cruzaban el vestíbulo hacia la puerta del extremo opuesto, su ansia de venganza se transformó en estrategia. De pronto, se sintió agradecido de no llevar su traje habitual. Presentarse ante los habitantes del pueblo con una prenda tan magnífica lo condenaría antes incluso de tener ocasión de hablar. Alzó la mano hacia el costoso broche que cerraba su manto sobre los hombros. Incluso aquello resultaba demasiado ostentoso. Echó un vistazo al manto sencillo y al broche sin adornos de Arthur.

—Espera un momento —lo detuvo, aferrándolo por el brazo—. Cambia tu manto por el mío.

—Como quieras —aceptó Arthur sin dudarlo.

Dejó el cofre en el suelo y observó a Stephen con curiosidad mientras se quitaba la prenda.

—¿Es un intercambio definitivo? Si lo es, yo salgo ganando.

—Si sobrevivo a este día, te diré que te equivocas —replicó Stephen mientras se colocaba la capa de lana de su amigo.

Cuando Arthur se enfundó el manto más cálido y lujoso, Stephen se agachó y levantó su propio cofre. Era mejor que no pareciera que nadie lo aguardaba.

—¿Qué estás haciendo? —intervino la señora Alwyna al detenerse junto a ellos con su hijo.

—Katel siempre se apoya en las apariencias, fingiendo ser lo que no es —expuso Stephen—. Ha llegado el momento de que yo haga lo mismo. Si parezco un simple comerciante en lugar de un rico mercader, ¿no estarán más dispuestos a escucharme?

La anciana arqueó las cejas, apreciando la maniobra.

—Sí, es posible.

Una vez más, Stephen cruzó el vestíbulo. Al salir a la plataforma de madera suspendida un piso por encima del patio de armas, parpadeó ante la luz casi cegadora del día. Por brillante que fuera, no había calor alguno en aquel sol; el aire helado le mordía los dedos desnudos.

Sin edificios que protegieran el rellano o las escaleras y con la torre alzándose tan alto sobre la ciudad, podía ver más allá de las murallas de Llynrudd. Una extensa masa gris cubría el cielo a lo lejos y avanzaba de manera constante. Apostó a que volvería a nevar antes del mediodía.

Su atención regresó a lo más cercano: el entramado de casas dispuestas en todas direcciones entre las murallas y la torre. Las vigas ennegrecidas y rotas por el fuego yacían como una herida abierta en el cuerpo de la ciudad. Sin embargo, allí donde el día anterior las calles habían estado sumidas en un silencio de muerte y destrucción, el nuevo amanecer traía señales de renacimiento. El sonido de los martillos llenaba el aire. Los obreros se llamaban unos a otros en busca de clavos, clavijas, tablas o cañas con las que cubrir los huecos. Destellos de color surgían contra el gris parduzco

de las callejuelas. Aunque no eran muchos, los habitantes volvían a circular, entregados a esas tareas cotidianas que devolvían la normalidad a la vida. Incluso un regatero valiente pregonaba en voz alta la calidad de sus castañas asadas.

Stephen descendió al patio, pero se detuvo al llegar al suelo. No se había equivocado al calcular el tamaño de la fuerza reunida. Docenas de hombres armados ocupaban el reducido espacio, agazapados junto a hogueras encendidas a toda prisa, con los mantos bien ceñidos para combatir el frío. Todos eran soldados curtidos, con cotas de malla de cuero hervido reforzadas con placas de acero bajo capas sencillas y gorros metálicos en la cabeza. Las espadas que llevaban al cinto, aunque sin joyas, resultaban tan mortíferas como las de su señor.

—En pie, brutos malhumorados —tronó lord Meynell con afecto —. Llevaremos a este hombre a la abadía. A pie.

Hubo algunos gestos de disgusto, pero nadie protestó en voz alta. En su lugar, tomaron los escudos y rodearon a los cuatro que componían el grupo de su señor. La guardia de la ciudad abrió las puertas y Otto, hijo de Otfried, los condujo más allá de las murallas de madera.

—Abran paso —clamó el capitán de la guardia—. ¡Abran paso al maestro Stephen, Grossier de Lynn, que se dirige a la abadía para presentar su caso!

Al oírlo, la multitud estalló, reclamando la muerte de Stephen. Los más temerarios incitaban a atacar a los soldados para infligirle el castigo que creían merecido. Eran pocos. La mayoría comprendía el daño que podían causar unos hombres entrenados y acalló a los exaltados. Sin otra opción, los gritos se transformaron en murmullos. El grupo avanzó tras los soldados, sin querer perder de vista a su cordero sacrificial.

La procesión resultaba extraña: soldados vestidos de marrón y gris, seguidos por hombres y mujeres ataviados con colores más vivos. A medida que avanzaban por las esquinas pronunciadas y las

calles estrechas, se sumaban más habitantes del pueblo, movidos por la venganza o por el simple afán de presenciar el espectáculo. Stephen miró atrás al aproximarse al mercado de la abadía y esbozó una sonrisa de satisfacción. Cuantos más lo escucharan denunciar a Katel y le creyeran, más segura sería la ruina del comerciante de especias, sin importar en qué rincón del mundo se ocultara.

Los hermanos sagrados estaban preparados. Advertidos por el consejo, habían levantado un estrado junto a la puerta, apoyado contra el muro exterior de la abadía. La gran silla del padre abad ocupaba el centro, con el abad Eustace ya sentado en ella.

Una vez más, el clérigo llevaba la mitra enjoyada y el armiño de su manto brillaba sobre las túnicas negras. El báculo dorado relucía al sol, sostenido hacia delante como recordatorio de su autoridad sobre las almas de Llynrudd. Detrás de la silla se alineaban los hermanos de mayor rango, formando un sólido muro oscuro entre el que apenas se distinguían los samites y damascos de los consejeros ocultos.

—Acérquese, maestro Stephen —convocó el abad, con una voz potente que rebotó en las paredes—. Muéstreme las pruebas de su inocencia.

Los murmullos se intensificaron. Alimentados por el descontento hacia la gestión del consejo, muchos clamaban que todo aquello era inútil, temerosos de que la Iglesia se aliara ahora con los poderosos para negarles la justicia que exigían.

Con el cofre aún bajo el brazo, Stephen subió al estrado a paso firme, seguido de Arthur, la señora Alwyna y lord Meynell. Los gritos crecieron hasta que toda la multitud coreó que debía ser ahorcado. Frente a aquella furia, los soldados de Meynell se desplegaron ante la plataforma, formando un muro de escudos y acero. La única abertura quedó frente a la silla del abad.

El abad Eustace se puso en pie y golpeó una y otra vez las tablas con la base de su bastón para imponer silencio. El gesto solo

avivó los cánticos. La ira ardía en su rostro anguloso, y sus ojos brillaron ante la insolencia.

—¡Escuchadme! —rugió, sin lograr calmar el clamor.

Lord Meynell se inclinó para murmurar una orden a uno de sus hombres. El soldado comenzó a golpear su espada contra el escudo. Cuando el resto lo imitó, el estruendo se volvió ensordecedor, cada bando empeñado en imponerse al otro.

Alguien tocó la manga de Stephen. Era Colin, con el rostro grave. Movía los labios, pero sus palabras se perdían entre el ruido. Stephen se inclinó hacia él.

—El consejo me ha pedido que esté dispuesto a testificar sobre tu carácter, dado el tiempo que nos conocemos —le gritó Colin—. También han ordenado localizar la llave de tu cofre privado. Como no había espacio en la plataforma, tus sirvientes me entregaron esto —intentó ofrecerle la bolsa—, asegurando que la llave está dentro. Stephen, ¿qué está ocurriendo?

Stephen miró al antiguo comerciante y luego a la bolsa. Sonrió. No podía ser mejor.

—Guárdala hasta que te la pida —respondió, casi inaudible entre el alboroto—. Todo te lo explicaré después, con otra copa de ese vino.

Colin abrió los ojos y frunció los labios con disgusto.

—Si puedes bromear ahora, no debe de ser tan grave como parece.

Se retiró junto a los demás hermanos.

De nuevo, lord Meynell habló con sus hombres. Dos soldados se adelantaron, colgándose los escudos al hombro y sacando las ballestas de las fundas. Cuando comenzaron a tensar las cuerdas, los cánticos se apagaron de golpe, dejando un silencio denso y desconfiado.

—¿Qué clase de pecadores sois? —tronó el abad Eustace—. ¿Cómo os presentaréis ante vuestro Creador si resulta que el hombre cuya muerte reclamáis no es culpable? El consejo ha acudido a mí esta mañana para que actúe como intermediario. El maestro Stephen afirma tener pruebas de su inocencia. Permitidme examinarlas. Si no me convencen, ordenaré que sea entregado al sheriff y ejecutado, tal como exigís.

Aceptando a regañadientes la apariencia de un juicio, la multitud se removió con inquietud. El ruido de tantos cuerpos moviéndose en un espacio reducido fue ensordecedor.

—Mucho mejor —aprobó el abad al sentarse de nuevo y fijar la vista en Stephen—. Maestro Stephen, ¿dónde está esa prueba?

Stephen alzó el cofre.

—Aquí dentro, mi señor abad. Me ha llegado desde Lynn esta misma mañana. Antes de abrirlo, deseo que todos sepan que no ha estado en mis manos desde que abandoné mi hogar, hace dos semanas, mucho antes de que se presentara esta acusación contra mí.

—No es de extrañar que la llames falsa, cuando es tu cuello el que queremos ver estirado —provocó una voz—. Esto no es más que una farsa para confundirnos. Todos sabemos que fue tu hombre quien ofrecía grano del mercado exterior a los revendedores.

—¿Quién afirma que fue mi agente? —replicó Stephen.

Muchos lo aseguraron a gritos. Stephen negó con la cabeza.

—Os equivocáis. Mi hombre no salió de los muros de la abadía ese día, salvo unos instantes para ayudar a sofocar el tumulto ante estas mismas puertas. Todo el monasterio puede jurarlo.

El hermano William, el portero, dio entonces un paso al frente.

—Así es —confirmó—. Hamalin de Lynn cruzó la puerta solo dos veces ese día, una para entrar y otra para salir, todo en menos de un cuarto de hora. Después no volvió a aparecer.

Esto provocó una oleada de conmoción entre los espectadores, pero la animosidad reflejada en sus rostros no disminuyó. No se había dicho lo suficiente como para alterar aquello que consideraban cierto. Una vez más, Stephen levantó el cofre.

—Repito que no he visto lo que hay aquí dentro desde mi llegada a Llynrudd.

Cuando un nuevo murmullo de incredulidad recorrió a los presentes, lord Meynell dio un paso al frente.

—Juro que eso es cierto —gritó a la multitud en su propia lengua—, porque fui yo quien trajo este cofre desde Lynn. El maestro Stephen no lo ha abierto desde que llegó a sus manos.

Desde el extremo opuesto del campo, un hombre alzó la voz.

—Habla Simon Alwynason. Sé que es un buen hombre. Si él dice que es verdad, entonces lo es.

Aquel testimonio, procedente de uno de los suyos, aflojó ligeramente la hostilidad de la multitud. Stephen lanzó una rápida mirada de soslayo al noble ante aquella extraña identificación, pero no era momento para curiosidades.

—Hermano boticario, ¿me traeríais la llave?

Colin avanzó, con el capullo de Stephen extendido ante él. Donde antes había preocupación en su rostro, ahora sus ojos brillaban con comprensión y con el aprecio de un comerciante hacia la pericia de otro. Era el reconocimiento silencioso de alguien que sabía vender una verdad.

Cuando Stephen le quitó el saco de cuero y se arrodilló ante el cofre con la llave en la mano, Colin se volvió hacia los habitantes del pueblo.

—Todos me conocéis, igual que yo os conozco a vosotros, pues durante años os he dado posets y pociones para aliviar vuestros males como boticario de Llynrudd.

Esperó mientras la multitud coreaba su nombre. Algunos le gritaron agradecimientos y saludos. Colin asintió con una leve sonrisa.

—Ahora prestad atención cuando afirmo que el maestro Stephen no ha tenido acceso a su llave. Ha permanecido dentro de estos muros —señaló la puerta de la abadía— mientras el grosero estaba encerrado a buen recaudo en aquella torre. Y doy fe de su carácter: es un hombre honrado. Lo sé porque lo crié en mis rodillas.

Otra oleada de ruido recorrió el mercado. La necesidad de expiación con sangre estaba siendo reemplazada por una confusión irritada. Si Stephen no era culpable, ¿quién pagaría entonces por los daños sufridos?

A la vista de todos, Stephen abrió su jubón y extrajo su libro personal. No era más que un conjunto de pieles de oveja, perforadas en un lateral para pasar una cuerda. Se puso en pie y se lo entregó al abad.

—Mi señor abad, ¿diríais a todos qué tenéis ahora en vuestras manos?

El clérigo pasó las páginas una a una, examinando las numerosas anotaciones. El silencio en el campo se volvió profundo. Stephen podía oír a los gorriones piar en el jardín de la abadía. Un hombre tosió, otro carraspeó. Un cuervo cruzó el cielo y su graznido rebotó contra los altos muros de piedra. A cierta distancia, la voz de una mujer se elevó en canto mientras realizaba sus labores.

—Veo las notas semanales de un hombre —dijo por fin el abad —. Registra ventas, nombres de aquellos con quienes ha tratado y los negocios realizados. Anota también la duración de sus viajes. No puede tratarse de un documento falsificado. En unas páginas la mano es firme; en otras, se aprecia el cansancio en la forma de las letras.

—Gracias, mi señor.

Stephen recuperó el libro y lo abrió por una página concreta.

—Leed en voz alta esta entrada.

El abad asintió.

—En este día, fiesta de la Asunción de Nuestra Santísima Virgen al cielo, mi agente me informa de que el trigo que contraté el año pasado ha sido vendido a otro. Por ello, no se puede culpar a la gente de esa aldea, ya que quien lo compró se hizo pasar por uno de los míos y llevaba consigo una copia de mi propio sello.

Stephen pasó la página y señaló otra anotación.

—En este día de San Juan Bautista, he hecho otro descubrimiento lamentable. Al llegar a la aldea donde Emond Sparewe es jefe, me informaron de que el hombre que se hacía pasar por mi nuevo agente había llegado antes que yo y les compró lo que me pertenecía. Esta es la segunda vez que el astuto ladrón actúa, si es que se trata del mismo hombre, pues ambos sucesos ocurrieron a gran distancia entre sí.

El silencio era absoluto. Stephen pasó otra hoja.

—En este día de San Lázaro, por fin he hecho el descubrimiento que tanto tiempo he esperado, y estoy mortificado por lo que he hallado. ¡Quién lo habría imaginado, por la Virgen!

El abad se detuvo al ver el nombre escrito en la piel.

—No digáis nada más. Primero debo explicarlo —intervino Stephen, alzando la voz para que todos lo oyeran.

Se acercó al borde del estrado y abrió los brazos.

—El grano que me fue robado es la misma semilla que se vendió ilegalmente anteayer por la noche. El mismo trigo que provocó los disturbios. Os digo que no fui yo quien lo vendió.

Un clamor creciente exigió que nombrara al culpable. Stephen alzó las manos pidiendo silencio, pero otro grito atravesó el aire.

—¡Abran paso! ¡Abran paso a Katel le Espicer!

La visión de Stephen se nubló por el asombro. El abad lo miró; en sus rasgos se reflejaba la sorpresa, pero en los ojos del abad

Eustace ardía la certeza de que la mano divina estaba obrando.

Katel, seguido por cuatro hombres, empujaba su montura entre la multitud. El avance era lento, pues cada persona debía apartar a varias más para dejar paso al caballo. Vestía un grueso manto forrado de piel sobre una túnica de viaje ricamente bordada en naranjas y azules. Una pesada cadena de oro descansaba sobre su pecho y los anillos brillaban en sus manos enguantadas. Su mirada se clavó en Stephen, entre triunfante y desconcertada.

—Maestro Stephen.

El susurro surgió de la primera fila. Stephen bajó la vista. Leatrice lo miraba.

—Yo también testificaré —le suplicó.

Sus palabras se ahogaron bajo el grito de Katel.

—¿Qué está pasando aquí?

Stephen alzó el brazo y señaló al comerciante.

—Ahí está el hombre que robó mi grano. Katel le Espicer fue quien liberó koren ilegal en vuestro mercado y causó la destrucción de vuestra ciudad.

Un grito ahogado recorrió a la multitud.

Katel echó la cabeza atrás, los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Está loco!

Pese a su protesta, los más cercanos se aproximaron a su caballo. Un hombre se atrevió a sujetar las riendas.

—¡Suéltalo! —ordenó Katel—. ¿Cómo podéis creer semejante acusación? Soy comerciante de especias. ¿Qué tengo yo que ver con el grano?

El hombre no obedeció.

—¿Qué, en efecto? —replicó Stephen—. El maestro Katel actuó movido por el odio que me profesa. Hace años juró arruinarme por

una ofensa que creía haber recibido.

—Yo lo confirmo —exclamó Arthur, adelantándose—. Convirtió el aprendizaje del maestro Stephen en un infierno.

Colin se acercó al borde de la tarima.

—Yo también afirmo que el maestro Katel solo buscaba hacerle daño. De no haber estado ya prometida la hija del maestro Walter, Katel —miró al antiguo protegido de su amigo—, tu aprendizaje habría terminado entonces.

Katel suspiró y miró alrededor, mostrando contrición.

—Os pido perdón por los pecados de mi juventud. Una juventud malgastada no convierte a un hombre en ladrón.

—No, ¿por qué robar cuando puedes emplear a Theobald de Peterborough para que lo haga por ti? —replicó Stephen—. En estos pergaminos relaté las andanzas de tu agente.

Tomó el libro y leyó.

—Emond Sparewe describe a un hombre bajo, de rasgos delicados, con aspecto infantil pese a su barba canosa. Hoy he sabido que Katel le Espicer emplea a un hombre así.

Algunos gritaron confirmando la descripción.

—Además, las aldeas atacadas no distan más de un día de cabalgada de las ferias a las que asistías. Esperaste a que descubriera tu traición, sabiendo que vendría a enfrentarte. Entonces liberaste el trigo en mi nombre, provocando el motín. No te importó destruir hogares ni vidas.

Un murmullo hostil volvió a recorrer la pradera. Todos aguardaron la respuesta del rico comerciante.

—¡Esto es un escándalo! —gritó Katel—. ¿Creéis de verdad que estas gentes son tan necias como para aceptar burdas falsificaciones? ¿Cuánto pagaste para crear pruebas contra mí?

—Creo que tú eres el más rico —replicó Stephen, tocando el manto prestado—. Tú reluces donde yo soy sencillo.

—¡No son falsificaciones! —gritó alguien—. El abad ha dado fe de su autenticidad. ¿No aceptamos todos que estos documentos llegaron esta mañana en una caja cerrada desde Lynn, traída por alguien en quien confiamos?

La sorpresa se dibujó en el rostro de Katel. Si antes Stephen temía por Hamalin, en ese instante perdonó a su madre por haberlo convertido en bastardo. Sin el otro bastardo de su padre, lord Meynell, no habría tenido pruebas.

—¿De Lynn? —exclamó uno de los sirvientes de Katel—. Señor, creí que el consejo había enviado a Theobald a recuperar esos libros.

En su voz, junto a la confusión, vibraba un atisbo de triunfo vengativo.

Desde detrás de los monjes emergió Henry, el comerciante de lana, avanzando con dificultad y apoyándose en su muleta. Se plantó frente a la multitud.

—El consejo no ha dado tal mandato —proclamó—. No hemos enviado a nadie a ninguna parte. Nos hemos limitado a esperar la llegada del sheriff.

Aquello elevó el clamor a un tono nuevo, mucho más hostil. Los gritos se multiplicaron y, por primera vez, el nombre que se coreaba para la horca no era el de Stephen, sino el de Katel.

—¡Papá! —gritó una voz juvenil, quebrando el murmullo—. ¡Debes decirles que nada de esto es cierto!

Stephen escrutó la multitud. Un muchacho alto, de unos trece años, con el cabello de un brillante rojo dorado, se abrió paso hacia el grupo que rodeaba al comerciante de especias. Contuvo el aliento. Aquel niño era la viva imagen del maestro Walter. Al reconocerlo, una oleada de compasión y una extraña camaradería lo atravesaron. Igual que la vida de Stephen se había derrumbado cuando Ralph Attegreen se negó a reconocerlo, ese muchacho estaba viendo desmoronarse el mundo que conocía.

—No puede hacerlo, muchacho —le dijo Stephen al hijo de Delyth, y luego se volvió hacia el abad—. Mi señor, alguien debería sacar a ese niño de aquí. No debería presenciar esto.

Antes incluso de que el clérigo reaccionara, lord Meynell hizo una seña a varios de sus hombres. Se abrieron paso entre la multitud, que se apartó para dejarlos pasar. Cuando los soldados sujetaron al hijo de Katel por los brazos, el muchacho se revolvió con desesperación, pero fue inútil. Lo condujeron con firmeza hacia el estrado.

—¡No! —gritó—. ¡No tenéis derecho! ¡Me quedaré con mi padre!

—Él no necesita que te sacrifiques por el mal que ha cometido —le respondió el abad con severidad.

—No he hecho nada malo —gimió Katel, y enseguida adoptó un tono de melodrama exagerado—. ¡Ay del hombre que se ve obligado a revelar la vergüenza de su esposa ante su propio hijo!

Se cubrió el rostro con las manos y dejó que los hombros le temblaran como si sollozara. La multitud guardó silencio. Aquello era un espectáculo, y la gente de Llynrudd lo saboreaba. Stephen miró al hijo de Delyth. El muchacho había quedado inmóvil entre sus captores, tan pálido que las pecas resaltaban como marcas encendidas sobre su piel blanca.

—No, padre —murmuró casi para sí—. No hagas esto.

Cuando Katel alzó la cabeza, tenía los ojos húmedos.

—Es muy duro para un hombre admitir que su esposa le ha sido infiel, pero así ha sido —declaró—. Acuso al grossier de Lynn de adulterio con mi esposa. Hace años cedieron a su lujuria. Son ellos quienes conspiran contra mí, no yo contra ellos.

Leatrice no esperó invitación. La criada embarazada avanzó con decisión, pasó junto a los soldados y subió al estrado.

—¡Miente! —gritó con voz clara—. Su esposa no es adúltera. He servido en esa casa durante dos años y la señora Delyth jamás

ha quebrantado sus votos.

Katel se secó las lágrimas con gesto estudiado.

—Leatrice, muchacha —dijo con falsa benevolencia—, sé que quieres a tu señora, pero ya no puedes protegerla del mal que ha hecho.

—No ha hecho ningún mal —replicó ella con fiereza—. Fuiste tú quien robó el trigo y tú quien lo escondiste en el almacén de la señora.

Miró a su alrededor.

—Os juro que esto es cierto. Que Dios me mate si miento.

Hizo una pausa, como desafiando al Todopoderoso. Algunos alzaron la vista al cielo. Cuando Leatrice continuó hablando, los murmullos sobre la muerte de Katel resurgieron con mayor fuerza. Un atisbo de inquietud cruzó el rostro flácido del comerciante.

—Leatrice —dijo entonces, con un filo nuevo bajo la suavidad de su voz—, sabes que eso no es verdad. Si el consejo creyera una sola palabra, ya me estarían acusando y el capitán de la guardia me habría arrestado.

—¿Y qué tengo que temer? —replicó ella, extendiendo las manos—. Todos aquí saben que el consejo aún no ha podido hacerlo, porque solo ahora están escuchando las pruebas, igual que nosotros.

Acto seguido, se volvió hacia la multitud y abrió el manto, revelando el abultado vientre.

—Si alguien se pregunta cómo sé lo que sé, os lo diré: porque he compartido la cama del señor Katel durante los últimos dos años. Conozco todos sus secretos. Habla mientras duerme.

—¡Mientes! —rugió Katel.

—Amo, ya no puedo soportar este pecado —gritó uno de sus sirvientes desde detrás—. La muchacha dice la verdad sobre su complot. Os pido perdón, vecinos —añadió, volviéndose hacia la

gente—, pero solo lo supe anoche. Dejadme pasar. Voy a recoger mis cosas y abandonar su servicio.

La multitud se abrió para dejarlo marchar y volvió a cerrarse en torno a Katel. El comerciante solo pudo girarse sobre su montura para observar al hombre que se alejaba, con la sorpresa reflejada sin disimulo en el rostro.

—Nosotros tampoco —gritó otro sirviente—. Mejor pasar hambre que servir al hombre que quiso quemar Llynrudd. Todos pensamos lo mismo.

De nuevo, la gente dejó paso al resto de la servidumbre de Katel.

—¿Cómo podéis mentir así? —gritó Katel a sus espaldas—. ¡No sabéis nada de lo que hago!

Stephen negó lentamente con la cabeza. Sospechó que aquellas habían sido las primeras palabras sinceras que Katel había pronunciado desde su llegada. No le sirvieron de nada. Una vez más, los hombres sencillos se transformaron en turba. Las amenazas crecieron, el volumen aumentó hasta convertirse en un bramido ensordecedor.

Lord Meynell se inclinó hacia sus hombres.

—Llevad al chico a la abadía —ordenó con brusquedad.

Cuando el rugido se convirtió en un clamor de furia, el horror se transformó en puro terror en el rostro de Katel.

—¡No! —suplicó—. ¡Ella miente! ¡Todos mienten! ¡No tenéis pruebas! ¡No sabéis de qué habláis!

Eran palabras ciertas. También fueron las últimas coherentes que pronunció. Gritó aterrorizado cuando la multitud lo arrancó de su caballo.

—¡No! —gritó su hijo con un alarido de dolor, liberándose de quienes lo sujetaban.

El muchacho se lanzó hacia la masa humana justo cuando la gente de Llynrudd hacía con Katel aquello mismo que él había planeado para Stephen.

El pánico se apoderó de Stephen al ver cómo la multitud se volvía también contra el niño, decidida a extinguir el linaje de Katel. No podía permitir que muriera el hijo de Delyth, nieto del maestro Walter. Sin concederse un instante para dudar, se lanzó de lleno a la refriega para salvarlo.

Capítulo 29

El priorato de Santa Ana Una hora después de la hora sexta

Día de Santa Blesilla, 1197

Fuera de la oficina de la priora, el aguanieve golpeaba las paredes de madera. El viento aullaba contra la puerta, exigiendo entrar mientras deslizaba dedos helados por las rendijas. En respuesta, la única rama de velas situada en el centro de la lúgubre estancia proyectaba espadas de luz hacia aquel portal. El resplandor hacía brillar las baldosas del suelo —verdes, rojo óxido y blancas— y arrancaba un reflejo apagado a la silla de estado del priorato.

Era un mueble sencillo, sin pinturas ni tallas, con un respaldo tan alto que empequeñecía a su anciana ocupante. Stephen observó a la priora, luchando por contener su impaciencia. Ahora que Katel había muerto, no existía razón alguna para retener a Delyth.

La religiosa, vestida con el hábito negro y la cofia blanca de su orden, se inclinó hacia él desde lo profundo de la silla. Atrapada en el marco del tocado, la piel de su rostro parecía sostenerse sobre los huesos gracias a una red de arrugas finísimas.

—No puedes verla.

La negativa cayó como un portazo. Stephen la miró, sorprendido por la dureza del tono. La alegría que lo había mantenido en pie frente al agotamiento se disipó al instante, sustituida por una búsqueda febril de razones que explicaran una respuesta tan absoluta. Convencido de que ella había malinterpretado su mensaje, insistió con mayor mesura.

—Mi señora priora, he venido a buscar a la señora Delyth para llevarla de vuelta a Llynrudd. Su marido ha muerto y su hijo ha resultado gravemente herido. Debe regresar para liquidar su patrimonio.

Los apagados ojos verdes de la anciana se entrecerraron, y su boca se tensó.

—No puede abandonar el priorato.

La sorpresa de Stephen se transformó en ira. Delyth debía de estar desesperada por conocer noticias suyas y por saber cómo había concluido su defensa. Aunque Peter estaba siendo atendido con esmero por Colin y por la esposa del antiguo maestro de Stephen, él sabía que el niño necesitaba a su madre más que nunca.

Ya había perdido demasiado tiempo para llegar hasta allí. Primero, los concejales habían querido presentarle sus disculpas. Aunque las rechazó con la mayor rapidez posible, el abad lo interceptó después, deseoso de hablar sobre el trigo robado. No podía negarse, no después de todo lo que el clérigo había hecho por él. Solo en declinar cortésmente la invitación a compartir la comida había perdido una hora entera.

Luego se dirigió a la casa del maestro Walter, en busca de los sirvientes que pudieran indicarle el paradero de Delyth. Temerosos de represalias, tardaron en abrirle la puerta. Aun así, tras apaciguarlos, uno de ellos —Syward— accedió a conducirlo hasta el priorato. Y ahora, ¿esa mujer pretendía negarle incluso la posibilidad de verla?

—Le aseguro que tengo que verla —exigió, dejando que su voz adoptara un filo amenazador.

La anciana no se inmutó.

—¿Tiene problemas de audición? —le espetó—. Escúcheme con atención. No puede verla.

Stephen apretó los puños. Una vez más, alguien se interponía entre él y la mujer a la que consideraba suya. Sus emociones

desbordaron el frágil dique de su autocontrol.

—¡No puede negarme eso!

—En eso te equivocas —replicó ella, con una ira que enfriaba las palabras en lugar de inflamarlas—. No eres nadie a quien yo conozca. Si ella fuera realmente viuda o su hijo estuviera herido, el ayuntamiento habría enviado a un mensajero de mi confianza. Como no eres su marido ni su pariente, no tienes derecho alguno a exigir nada en relación con ella.

Stephen reprimió el impulso de gritar que sí era el marido de Delyth. De hacerlo, la priora no vería en él más que a un embustero. Para ella —y para el mundo— ese título pertenecía a Katel. Ahora que la religiosa se había vuelto contra él, no le quedaba más remedio que retirarse y buscar otra vía para liberarla.

—Eso sería cierto si fuera monja, pero solo es una visitante —su voz se suavizó—. Permita que sea ella quien decida si desea verme o no.

—¡Cómo se atreve a discutir conmigo!

La priora se puso en pie, con el rostro contraído por el disgusto. En otro tiempo había sido una mujer alta; ahora, casi se doblaba por la mitad. Tomó el bastón que reposaba junto a la silla y se apoyó en él para mantenerse erguida.

—Una vez más, te equivocas —espetó—. Delyth ha decidido retirarse del mundo en busca de una relación más estrecha con su Dios, así como del perdón por sus muchos pecados. Como novicia, no puede recibir visitas. Márchate ahora y no regreses jamás. Y si careces de esa fuerza de voluntad, ten por seguro que mis puertas siempre estarán cerradas para ti.

El rechazo fue glacial.

Aquellas palabras desgarraron a Stephen, dejándolo sin aliento. Incluso Delyth había hablado de retirarse al convento. ¿Tenía tan poca fe en su futuro que había optado por entregarse a Dios para

huir de la sombra de Katel? Toda la alegría que había sentido al anticipar el reencuentro se evaporó, dejándolo exhausto y vacío.

Con el corazón hecho pedazos, observó a la priora mientras cojeaba hacia la puerta interior de la oficina. Al atravesar los recintos claustrales, la cerró con fuerza tras de sí. El gesto no era más que otra declaración de su determinación por mantener a Delyth lejos de él.

La desesperanza amenazó con consumirlo. Entonces, como un rescoldo que se reaviva, acudieron a su mente las antiguas palabras del maestro Colin. Condenado era el hombre que carecía del valor de pedir lo que su corazón deseaba. Y las segundas oportunidades eran raras; jamás debían rechazarse. Aquel consejo servía tanto para los negocios como para los asuntos del corazón.

La esperanza renació.

Si una mujer casada deseaba ingresar en un convento, necesitaba el consentimiento de su marido. Stephen jamás había otorgado tal permiso. Cualquier voto pronunciado por Delyth carecía, por tanto, de validez. Lo único que necesitaba era convencer al abad Eustace de que los declarara marido y mujer.

La determinación se afianzó aún más. En el patio de la abadía aguardaban carros cargados de trigo. Ofrecerlos a cambio haría que al clérigo le resultara conveniente actuar con rapidez.

—¿Y ahora qué va a hacer, señor? —preguntó Syward.

—¿Hacer? —La palabra brotó cargada de fuego—. Volver a Llynrudd.

Dio media vuelta y avanzó hacia la puerta con zancadas decididas.

—Hablaré con el abad. Esa mujer no se interpondrá entre mi esposa y yo.

El priorato de Santa Ana Dos horas después de la hora de Tercia

La fiesta de la Conversión de San Pablo, 1197

La tormenta que había llegado tres días antes por fin se había agotado, dejando tras de sí un frío glacial. En un intento por conservar todo el calor posible dentro del claustro, las monjas no habían abierto las contraventanas que protegían el pasillo de los elementos. De ese modo, lo que normalmente era un corredor al aire libre se había convertido en un pasillo largo y oscuro, iluminado únicamente por lámparas de sebo.

Aquella tarde, Delyth estaba sentada en uno de los bancos de madera adosados a la pared, junto con la mayoría de las hermanas. Era la hora de trabajar, y las monjas hacían lo que las mujeres hacían en todas partes: coser. En este caso, trabajaban para la abadía de Llynrudd. Algunas bordaban piezas grandes; otras confeccionaban las prendas sencillas destinadas a los jornaleros de la casa. Regidas por las mismas normas que su priorato hermano, el trabajo se realizaba en silencio o, al menos, en lo que durante el invierno se consideraba silencio. A lo largo del estrecho claustro, las mujeres olfateaban y tosían a causa del frío.

Con la esperanza de recuperar algo de flexibilidad, se llevaban los dedos a la boca y soplaban el calor de sus cuerpos sobre ellos. Por debajo de todo aquello se oía el susurro constante de la tela y el leve chirrido del hilo al atravesarla. Las manos de Delyth también estaban frías, pero su corazón lo estaba aún más. Clavó la mirada en los trozos de lino que descansaban sobre su regazo: el cuerpo desmontado de una camisa.

Una aguja enhebrada atravesaba el tejido.

No sabía por qué le habían asignado aquella tarea, ni le importaba. Durante su última estancia en el priorato había enseñado a las niñas que acudían allí a aprender lo mismo que ella había

aprendido años atrás. Nada de lo que le pidieran hacer tenía ya importancia, porque era incapaz de concentrarse en nada.

Desde el extremo del pasillo llegaba el golpeteo constante del bastón de la madre Sybil. Una a una, las monjas alzaron la cabeza para saludar a su priora, todas excepto Delyth. Habría necesitado más fuerzas de las que tenía para hacerlo.

Habían pasado tres días desde que Katel la había llevado allí. La mañana siguiente a su llegada, día de Santa Blesilla, el corazón de Delyth ardía con la certeza de haber logrado salvar a Stephen del complot de su marido. Estaba convencida de que Stephen, o alguien enviado por él, acudiría antes del final del día para devolverla a Llynrudd. Al amanecer del segundo día, su fe comenzó a resquebrajarse bajo el peso de la duda. Aun así, se repitió que la ausencia de Stephen no significaba que estuviera muerto. Eran muchas las circunstancias que podían haberle impedido encontrarla allí. Al amanecer del día anterior, la desesperanza se había adueñado de su corazón.

Pensamientos oscuros intentaban abrirse paso, susurrándole que él la había abandonado una vez más.

Delyth luchó por acallarlos. ¿Acaso no le había fallado ella misma al no creer en él cuando más debía haber confiado? No podía cometer el mismo error por segunda vez. Se repetía que, años atrás, Stephen había jurado amarla siempre y había cumplido su promesa. Si había dicho que solo la muerte los separaría, entonces Katel debía de haber vencido.

Los golpes del bastón se detuvieron ante ella, y los dobladillos del hábito negro de la priora Sybil se extendieron en suaves pliegues sobre el suelo de piedra. Delyth levantó lentamente la cabeza. La priora se mantenía lo más erguida posible, con las fosas nasales dilatadas y la boca tensa, mientras observaba a quien había sido su alumna tiempo atrás. Qué fácil le había resultado a Katel envenenar a alguien que conocía a Delyth desde hacía tantos años. Tres días antes, Delyth habría jurado que la madre Sybil jamás se habría dejado engañar por las mentiras de su marido. Ahora, cada vez que

la priora hablaba de cómo debía encontrar consuelo para su pecado en la oración, Delyth se sentía ya juzgada y condenada por adulterio.

Con una rápida mirada por encima del hombro, la anciana extendió una mano, como si Delyth fuera de nuevo una niña y no una mujer de treinta y un años.

—Ven conmigo a la capilla de las damas —ordenó—. Debemos hablar.

Había una urgencia áspera en su voz.

El corazón de Delyth se encogió. Aquellas charlas le resultaban insoportables en su estado actual. Cuando la madre Sybil la acorralaba, no dejaba de insistir en que debía entregarse a Dios. La retórica del día anterior había sido tan intensa que Delyth había aceptado ponerse el hábito de novicia solo para librarse de ella. En lo que respecta a tomar los votos, no había cedido. No tenía ningún deseo de ser monja. Si Stephen estaba muerto, esperaría con serenidad a que el sheriff encontrara el grano y regresara a buscarla para llevarla de vuelta a Llynrudd. Afrontaría al verdugo con alegría, no con miedo. Stephen la estaría aguardando en el más allá.

Si Stephen no estaba muerto, sino que la había abandonado una vez más…

Delyth se detuvo. No quería ni pensar en ello.

—Madre Sybil, ¿podríamos hablar en otro momento? —preguntó en voz baja.

Desde el patio, más allá del dormitorio, llegó el sonido metálico de la barra de la puerta al descorrerse. Un murmullo recorrió el grupo de monjas que cosían, y todas volvieron la cabeza hacia ese punto. Se estaban abriendo las puertas grandes, no la pequeña puerta empotrada por la que solía entrar la mayoría de la gente. Aquello significaba que llegaba un grupo numeroso.

—No, debemos hablar ahora, y debes venir a la capilla de la señora —insistió la priora, casi suplicante.

—¡Mi señora priora!

Delyth giró la cabeza hacia la voz tranquila que había sonado al fondo del pasillo. El capellán del priorato, un hombre casi tan anciano como la madre Sybil, estaba allí de pie. A su lado se encontraban dos de los jornaleros al servicio del priorato.

En el patio resonó el tintinear del metal. Los caballos relincharon mientras los hombres gritaban órdenes para detenerlos. Los murmullos de las mujeres se transformaron en un tembloroso susurro de miedo. Todas las hermanas miraron a la mujer de la que esperaban protección.

Todas excepto Delyth.

Ella sonrió.

Era el sheriff. Por fin había llegado.

Olvidando que la priora ignoraba por completo lo que Katel había tramado, dijo con voz firme:

—No temáis por mí, mi señora. Iré con él.

—¡No puedes! —chilló la priora cuando Delyth se puso en pie.

El grito desató el pánico. Las demás mujeres comenzaron a llorar y a clamar.

—¡No puedes ir con él! ¡No lo permitiré!

—Sé que tus intenciones son buenas —respondió Delyth—, pero es lo mejor.

Con paso decidido se encaminó hacia la oficina. La priora la siguió, avanzando con dificultad.

—Tu vida y tu alma corren peligro, Delyth. ¡No lo hagas!

—No —la tranquilizó—. No soy yo quien ha pecado. No importa lo que haya dicho mi marido. Debes creerme cuando te digo que no he hecho nada malo.

—¡Nada malo! —exclamó la priora, aferrándola del brazo.

A pesar de lo nudosos y deformados que estaban sus dedos, el agarre de la anciana era sorprendentemente fuerte. Detuvo a Delyth, la sujetó también del otro brazo y la sacudió.

—¿No llegaste aquí con vestidos indecorosos y el cabello suelto y descubierto? ¿Cómo puedes siquiera plantearte esto? ¡Madre de Dios, estabas llena de moretones!

Delyth la miró, incapaz de comprender su reacción.

—¡Madre Sybil!

La hermana Porter apareció corriendo por el pasillo, con la falda negra y el manto ondeando tras ella. De carácter habitualmente severo, su rostro estaba ahora desfigurado por el terror.

—Perdóneme, pero han amenazado con derribar la puerta si no les abría. ¡Son muchos!

El miedo de una mujer tan firme desató el caos. El pánico se apoderó del pasillo. Las monjas gritaron y se levantaron de un salto. Las labores de costura volaron por los aires. Algunas corrieron hacia la capilla en busca de refugio; otras se dirigieron al dormitorio para esconderse bajo las mantas. En medio del tumulto, dos lámparas de sebo cayeron al suelo. Los cuencos de cerámica se hicieron añicos y la grasa derretida se extendió sobre la piedra fría.

Entre empujones, las mujeres golpearon a la priora. La madre Sybil soltó a Delyth para no perder el equilibrio. Con la mente aún fija en el sheriff y en la muerte, Delyth retomó su camino hacia la oficina.

—¡Detenedla, padre! —gritó la priora al capellán y a los hombres que aguardaban al final del pasillo—. ¡Llevadla a la capilla! Cerraremos la puerta y la retendremos allí, lejos de ellos.

Capítulo 30

Llynrudd

Finales de agosto de 1180

Delyth estaba sentada en el catre de su dormitorio. No se había movido desde que Helewise la había acostado allí, ya completamente vestida. Con la cabeza inclinada, el cabello le caía libremente alrededor del rostro, como una cortina rizada de color rojo dorado. Tenía la mirada fija en las manos apoyadas en el regazo. Sus dedos parecían mortalmente blancos contra el azul grisáceo del vestido de novia.

«Stephen vendrá a buscarme», se susurró, con una voz tan pálida y débil como se sentía.

Era *Dies Mala*, un día de mala suerte. Incluso el sacerdote de St. Stephen había sugerido cambiar la fecha de la boda, pero Katel se había mostrado impaciente por pronunciar los votos. Hasta que no lo hiciera, no podría leerse el testamento de su padre, o al menos eso le había asegurado el abad.

«Stephen vendrá a buscarme», se repitió.

Solo esas palabras se interponían entre ella y un destino que no podía soportar.

Su padre había muerto hacía tres días. Buscó lágrimas al pensar en ello, pero había llorado tanto en los últimos tiempos que ya no quedaba humedad en su cuerpo. Con un suspiro tembloroso, se obligó a levantar la cabeza, empleando en ello la última gota de energía que le restaba.

La cama de su padre seguía en su rincón, justo donde siempre había estado, pero ya no le pertenecía. Katel había ordenado desmontarla y quemar las sábanas, las cortinas y el colchón. Además, exigió que la madera fuera lavada con los jabones más fuertes, por si la enfermedad que había acabado con su padre fuera contagiosa. Las nuevas cortinas, elegidas por Katel, eran azules y doradas. Por vanidad, las mantas también lo eran. La cama estaba ahora provista de un colchón más fino y suave.

Mientras su padre había sido frugal y sencillo en sus gustos, Katel ya estaba dilapidando la herencia de Delyth incluso antes de convertirla en su esposa. En pocos días se había comprado tres túnicas, todas confeccionadas con los mejores tejidos, y había colmado de encargos al orfebre al pedirle cuatro pesadas cadenas. Sacrificaba la fortuna de Delyth para calmar su ira, compensándose por haber tenido que tomar una esposa que no era virgen. A ese ritmo, lo que su padre había acumulado durante toda una vida se agotaría en menos de un año, arrastrándola a ella a la pobreza.

La desesperación volvió a cerrarse sobre su pecho.

«Stephen vendrá a por mí».

En su mente lo evocó con claridad. Aparecería entre la multitud justo cuando el sacerdote preguntara si alguien tenía objeciones a su unión con Katel. Stephen alzaría la voz, declarando que ya estaban casados, y ocuparía el lugar de Katel ante la puerta de la iglesia. Juntos renovarían en público los votos privados que se habían intercambiado en secreto.

«Stephen vendrá», se aseguró.

Tenía que hacerlo. De lo contrario, quedaría atrapada para siempre en un lugar del que no había huida. Bajo la depresión, una pequeña chispa de ira comenzó a arder.

—Creo que no lo hará, pequeña señora —intervino Helewise desde la puerta. En su tono había una tristeza serena.

Delyth alzó la mirada. Era el momento. Lo vio reflejado en los ojos de la ama de llaves.

La urgencia de huir de Llynrudd la atravesó de golpe, tan lejos y tan rápido como fuera posible. No serviría de nada. Katel la encontraría allí donde fuera. Aunque ya no la deseara, seguía decidido a casarse con ella. Solo así podría disponer de la riqueza de su padre.

Delyth intentó ponerse en pie. Lo intentó de verdad.

—No puedo levantarme —murmuró—. Tienes que ayudarme.

Helewise se sentó a su lado en el catre. Rodeó con un brazo la cintura de Delyth y apoyó la cabeza de su antigua protegida contra su hombro. Durante un instante la meció, canturreando, como había hecho cuando Delyth era apenas un bebé.

—¡Helewise! —bramó Katel con impaciencia desde el patio—. Baja y tráela. Es la hora.

Helewise lanzó una mirada hacia la ventana y resopló con profundo disgusto.

—Cómo ansía poner las manos en lo que antes pertenecía a tu padre. Alabado sea Dios por haber tenido el sentido común de mantener esto en privado, dado que tu padre aún no se ha enfriado.

Delyth dejó escapar un sollozo seco al recordar aquella realidad.

Helewise besó su frente.

—Sobrevivirás a esto —le aseguró en voz baja—. Siempre has sido mi chica fuerte y apasionada, valiente cuando yo me siento débil e impotente. Prométeme que, haga lo que haga, no dejarás que te robe el ánimo.

Por una razón que Delyth no supo explicar, aquellas palabras avivaron la chispa de ira en su interior. En su calor encontró, si no fuerza, al menos consuelo.

Incluso Helewise sabía que ese matrimonio era algo horrible y malvado. ¿Cómo había podido su padre exigirle que se casara con Katel cuando Stephen la amaba?

La culpa la asaltó de inmediato. Su padre estaba muerto. No debía pensar mal de él.

Sus pensamientos regresaron a Stephen. Stephen conocía mejor que nadie la clase de hombre que era Katel. ¿Cómo había podido abandonarla a aquel destino?

La ira volvió a crecer. Esta vez le concedió una ilusoria sensación de poder. Más le valía a Stephen aparecer. Si no lo hacía, jamás lo perdonaría.

—Maldito sea Dios —se burló Katel desde la puerta.

Vestía una nueva túnica de samit marrón, cubierta por un manto gris de verano. Una cadena trenzada, prestada por el orfebre hasta que la suya estuviera terminada, le cruzaba el pecho. En el broche lucía una gran pieza redonda de ámbar, a juego con los ribetes dorados de la túnica.

—Aquí estás sentada, Helewise, cuando te he ordenado que es hora de marcharse. No toleraré tal insubordinación en mis sirvientes. Estás despedida. Vete antes de que termine la semana.

Delyth se estremeció. ¿Quién se creía para expulsar así a su ama de llaves? La ira la inundó, devorando todo el dolor que llevaba dentro. Qué bien sentaba odiar. Entrecerró los ojos, ya buscando la manera de hacerlo pagar.

—Esa era mi intención, Katel —replicó Helewise.

No quedaba rastro alguno de su habitual mansedumbre.

—No permaneceré en una casa en la que tú seas el amo.

La sorpresa cruzó el rostro de Katel antes de desaparecer. Se encogió de hombros.

—Entonces estamos de acuerdo. Tráela ahora, o no pasarás la noche aquí para verla acostarse conmigo.

Se dio la vuelta y abandonó el dormitorio.

Delyth clavó la mirada en Helewise.

—Lo odio —confesó en un susurro cargado de pasión.

—Así me gusta, mi chica fogosa —respondió la ama de llaves, con un orgullo sereno—. Ven.

Juntas, se pusieron en pie y descendieron al patio.



El priorato de Santa Ana, dos horas después de Tercia

Fiesta de la Conversión de San Pablo, 1197

—¡Delyth! —gritó una voz desde el despacho de la priora—. ¿Dónde estás?

Una llama nueva prendió en el corazón helado de Delyth.

—¿Stephen…? —susurró, apenas capaz de respirar—. ¡Stephen! —gritó a pleno pulmón.

La alegría estalló dentro de ella. Se alzó sobre las puntas de los pies. El capellán y los jornaleros mantenían cerrada la puerta interior del despacho para impedir el paso de Stephen. Oyó el golpe seco de su hombro contra la madera.

—¡Dejadme pasar! —gritó ella—. ¡Es Stephen!

—No puedes ir con él, niña —replicó el sacerdote, forcejeando para mantener la puerta cerrada—. Hacerlo es pecado.

Hubo una breve pausa en los golpes. Pasos sobre el suelo embaldosado del despacho se alejaron de la puerta.

—¡Lleváosla! —ordenó el capellán.

Los dos jornaleros soltaron la puerta y la sujetaron por los brazos.

—¡Stephen! —gritó Delyth mientras se debatía—. ¡Me están obligando a irme!

A pesar de su resistencia, los hombres la arrastraron por el pasillo hacia la capilla. Miró desesperada por encima del hombro. La puerta del despacho seguía cerrada. Stephen no aparecía por ninguna parte. Delante de ella, la priora aguardaba ante la puerta de la capilla. La hermana Porter sostenía la barra con ambas manos.

—¡No dejes que me retengan aquí! —gritó Delyth, alzando la voz hacia Stephen.

Uno de los hombres resbaló en la grasa derramada. Al tropezar, aflojó el agarre. Delyth liberó un brazo y se volvió contra el otro. Con todas sus fuerzas, le lanzó una patada. El hombre gritó y la soltó para sujetarse la pierna.

En ese mismo instante, un estruendo sacudió el pasillo. El viejo sacerdote se tambaleó cuando la puerta se abrió de golpe. Stephen irrumpió en el claustro.

Vestía una gruesa túnica marrón y un chaleco de cuero blando. A pesar de la capa con capucha, el viaje había dejado su cabello revuelto. Tenía el rostro enrojecido por el frío y los ojos marcados por el cansancio de varias noches sin dormir.

Nunca le había parecido más hermoso.

Delyth se lanzó hacia él y se aferró con tal fuerza que ningún hombre habría podido separarlos. Stephen rió y la rodeó con los brazos, estrechándola con la misma desesperación.

—Pensé que habías muerto —sollozó ella contra la curva de su cuello. Su piel estaba cálida—. Cuando no viniste hace dos días, pensé que había fracasado.

—Estuve aquí —respondió él, bajando la cabeza para besarle la mejilla—. No me dejaron verte.

Un beso en la mejilla no le bastó. Delyth giró el rostro y presionó los labios contra los de él. En aquel gesto le suplicó que le demostrara que no estaba soñando, que estaba vivo y que había

venido a buscarla. Los brazos de Stephen se tensaron. Su beso se profundizó hasta que ella jadeó, estremecida por el calor que despertaba en su interior. La dicha de amarlo, de desearlo, la inundó por completo. Se elevó ligeramente, dejando que su cuerpo se fundiera con el de él. Stephen aspiró hondo y volvió a tomar su boca. Las rodillas de Delyth flaquearon.

—¡No lo hagáis! —gritó la priora desde el otro extremo del pasillo—. ¡Parad, os lo ordeno!

El bastón golpeó el suelo con furia, una y otra vez.

—¡Adúlteros! ¡Pecadores!

—¡Deteneos! —repitió el capellán.

Aquello solo hizo que Delyth se aferrara a Stephen con más fuerza. Adulterio o no, no permitiría que nadie los separara. Ni ese día ni jamás.

Stephen apartó la boca de la suya.

—No es adulterio besar a tu propia esposa —dijo con serenidad.

—¿Esposa…? —susurró Delyth.

El asombro dio paso a una oleada de felicidad tan intensa que le nubló la vista.

—¿Entonces era cierto? ¿Lo que hicimos no fue una mentira?

—No fue una mentira —respondió Stephen.

El gris de sus ojos, suavizado por el amor, le robó el aliento.

—Amada mía, fuiste bígama… pero ya no. El hombre que fingía ser tu marido ha sufrido el destino que planeó para nosotros.

Las lágrimas brotaron sin control.

No era una fantasía. Lo habían logrado. Stephen no la había abandonado.

—¡Embaucadora! —exclamó la priora, deteniéndose ante ellos —. Tu marido es Katel le Espicer.

Tras ella apareció el capellán. Los jornaleros, inseguros, se habían retirado al otro extremo del claustro.

—Fue el maestro Katel quien la trajo aquí —continuó la priora —, exigiéndome que le diera refugio contra vos, afirmando que la habíais golpeado.

—Para ello —continuó la priora—, se entregó a Cristo.

—¡No lo hice! —replicó Delyth, sobresaltada por aquella mentira.

—No lo creí —respondió Stephen con una leve sonrisa.

Se apartó lo justo para sacar un pliego de pergamino del interior de su chaleco y se lo tendió a la madre Sybil.

—Perdonadme, milady priora, si no me detengo a explicarle mis derechos. El abad ha hecho un trabajo mucho mejor del que yo podría hacer jamás.

Mientras la priora clavaba la vista en el gran disco de cera que pendía del pergamino, sujeto por un hilo, Stephen rodeó a Delyth con el brazo y la condujo hacia la puerta del despacho. Su mano, firme en la parte baja de su espalda, la apremiaba a avanzar. Atravesaron la estancia y salieron al patio.

Delyth se detuvo en seco, sorprendida.

Decenas de hombres armados, montados a caballo, llenaban el espacio entre las sencillas paredes de madera del priorato. Al frente de la tropa cabalgaba un caballero sobre un alto caballo de guerra castaño. Vestía cota de malla completa, y el yelmo con cofia de hierro ocultaba casi por completo su rostro.

—¿Eres tan rico como para permitirte contratar un ejército? — preguntó ella, asombrada, mientras Stephen la guiaba hacia el único caballo sin jinete del patio.

La montura, también castaña, era alta y elegante, pero sin la corpulencia de un destrier. Era un caballo de mercader, no de guerra.

Stephen negó con la cabeza y rió.

—No, en absoluto. Al menos ayer no lo era. Cuando unamos nuestras propiedades, quizá la cosa cambie. Vamos, amor. Será mejor que nos marchemos antes de que la priora termine de leer esa misiva.

La tomó por la cintura y la sentó de lado sobre la silla. Luego montó tras ella. Delyth le rodeó el talle con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro, refugiándose en su calor.

Al verlos preparados, el caballero dio una orden breve. El cuero crujió, los arneses tintinearon y los caballos se movieron inquietos. Uno a uno, los hombres salieron por la puerta del priorato, espoleando a sus monturas hasta el galope. Stephen giró su caballo y los siguió, alejándose del alcance de la Iglesia.

El ritmo veloz hizo imposible cualquier conversación hasta que, cerca del cruce, redujeron la marcha.

—Entonces… ¿no estamos casados? —preguntó Delyth.

Si había decepción en su voz, también había un atisbo de alivio. Si su matrimonio con Katel había sido una farsa, su hijo era ahora, a ojos del mundo, un bastardo. No deseaba ese destino para él cuando ni ella ni Peter habían tenido elección alguna.

—El abad Eustace cree que sí —respondió Stephen—. Pero confirmar el vínculo podría requerir cien libras y años de disputas entre clérigos. Ante la duda, no podía ordenar a la priora que te dejara libre si realmente te habías consagrado. Yo no podía soportar estar separado de ti ni un día más.

—Ah… —suspiró ella, comprendiendo—. Entonces ¿para qué gastar dinero en demostrarlo? Si Katel está muerto, soy viuda. Pongámonos ante la puerta de la iglesia y repitamos lo que dijimos hace tantos años.

Eso protegería a Peter ante el mundo, pero solo hasta su muerte. Si ella y Stephen tenían hijos, ellos heredarían lo que poseyeran, no su primogénito. A menos que Stephen lo adoptara.

Delyth suspiró. Por mucho que lo amara, no podía imaginarle dando ese paso tras todo el odio que Katel le había infligido. Tampoco podía culparlo. ¿Qué hombre no querría anteponer a sus propios hijos?

—Amor —dijo Stephen, mirándola—, si esa es tu voluntad, me someteré a ella. Pero ya estamos casados. He esperado dieciséis años para estar contigo. Anhelo las sencillas alegrías del matrimonio. Sentarme a la mesa contigo a mi lado, como una esposa junto a su marido. Retirarme contigo por la noche, dormir a tu lado y despertar por la mañana y encontrarte aún allí. ¿Me pedirás que espere hasta volver a intercambiar votos para concederme eso?

Sus palabras la atravesaron, despertando recuerdos y deseos largamente contenidos. El corazón le golpeó con fuerza y un calor intenso se extendió por su cuerpo. ¿Esperar un día más? No deseaba esperar ni una hora.

Un escalofrío la recorrió.

Creyendo que tenía frío, Stephen la atrajo más contra sí y acomodó el manto de piel para cubrirlos a ambos. Su cercanía avivó aún más el deseo que ella sentía. Delyth giró el rostro y, con infinita suavidad, posó los labios en su cuello, subiendo hasta besar el punto bajo su oreja.

Stephen aspiró con fuerza.

—¿Puedo tomar eso como una señal de que no me rechazarás? —preguntó, con la voz más grave.

—Por supuesto que no —susurró ella.

—Dios mío… —murmuró—. Aún nos quedan horas de camino. Juro que moriré si pretendes hacer esto durante todo el trayecto. Alabado sea Dios. Mi hermano ha venido a rescatarme.

Delyth se incorporó, sobresaltada, y miró al caballero que ahora cabalgaba junto a ellos. Luego volvió la vista hacia Stephen, frunciendo el ceño.

—Tú no tienes hermano. Eras el único hijo de Ralph Attegreen.

La sonrisa de Stephen fue tranquila.

—No, amor. Soy bastardo.

—¡No lo eres! —replicó ella, siguiendo su vieja costumbre.

—Sí lo soy, y lo sé desde la muerte de mi madre. Negarlo no lo hace falso.

—Parece algo habitual entre bastardos —comentó el caballero con humor. Su inglés no tenía acento.

Stephen rió.

—Delyth, este es mi medio hermano, Richard, lord Meynell. Tan amable y generoso como pocos.

—O al que prestas dinero —añadió lord Meynell.

Bajo el yelmo y la cofia apenas se distinguía su rostro, pero Delyth captó el destello dorado de sus ojos. El noble sonrió, marcando profundas arrugas a ambos lados de la boca.

—¡Tiene tu sonrisa! —exclamó ella.

—No —respondió él con una risa suave—. Compartimos la de nuestro padre, igual que el resto de nuestros medio hermanos. Me alegra conocerte, Delyth de Llynrudd.

Luego miró a Stephen.

—He venido a despedirme. No volveré a verte hasta los meses de verano.

Stephen asintió.

—Gracias una vez más por todo. Buen viaje. ¿Ya te has decidido?

—¿Sobre si diré a los demás que existes? —replicó el noble con una inclinación burlona—. Quizá te mantenga en secreto un tiempo. Si Stephen se entera de que está emparentado con un hombre acaudalado, vaciará tus arcas con préstamos contra el edificio que está levantando en Upwood.

Rió y volvió a mirar a Delyth.

—Una vez más, señora, ha sido un placer.

—Y para mí —respondió ella, impresionada.

Lord Meynell espoleó a su corcel y se reunió con sus hombres, que tomaron el camino de la izquierda. En pocos instantes desaparecieron de la vista.

Llynrudd quedaba al frente, pero aún les aguardaba un largo trayecto.

Delyth se acomodó de nuevo en la silla, delante de Stephen. Él comenzó a hablarle de su vida desde que se separaron. Ella intentó escucharlo, pero sus pensamientos regresaban una y otra vez a su hijo.

¿Cómo podía existir la felicidad para ella si traía consigo vergüenza y dolor para Peter?

Capítulo 31

Llynrudd

Una hora después de la hora sexta

La fiesta de la conversión de San Pablo, enero de 1197

No había nadie aguardando ante la abadía cuando Delyth y Stephen atravesaron la puerta. Incitada por el relato de Stephen sobre la muerte de Katel a manos de la multitud, ella dirigió una mirada inquieta hacia el mercado. Un estremecimiento la recorrió al imaginar un destino tan atroz, y entonces recordó hasta qué punto había llegado la maldad del complot de Katel. Theobald ocupaba ahora el nivel inferior de la torre de Llynrudd, acusado del asesinato del agente de Stephen, Hamalin. Este había luchado con uñas y dientes por salvar la vida, hiriendo a Theobald y matando a Watt en el proceso.

Delyth suspiró y dejó vagar la mirada por las casas mientras ascendían por la calle de los toneleros en dirección al enclave de los comerciantes. Aquella mañana, las ventanas de los talleres permanecían abiertas. Comerciantes y aprendices trabajaban sin descanso, transformando la madera y el metal en barriles. La gente de Llynrudd volvía a caminar con seguridad por sus calles. Los niños gritaban y corrían por los callejones, esquivando los desperdicios que las criadas arrojaban desde las ventanas altas.

Contempló la elevada casa de su padre cuando Stephen dirigió su montura hacia el patio. Aquel día, las piedras partidas que formaban los muros brillaban con un negro vidrioso bajo el sol feroz y gélido del invierno. La preocupación y la tristeza se intensificaron

en su pecho. Demasiado del pasado estaba ligado a aquella casa, y ya no deseaba conservar vínculo alguno con ella, pero aún había asuntos que resolver antes de poder despedirse definitivamente, entre ellos el futuro de Peter. Juntos, ella y Stephen habían decidido vender la casa y el negocio de especias. El hombre adecuado podría devolver al comercio de su padre la vitalidad de otros tiempos. Además, era necesario contratar a un agente que se ocupara de las propiedades heredadas, la mayoría situadas dentro de las murallas de Llynrudd.

Stephen desmontó. Delyth se deslizó de la silla y se arrojó a sus brazos, rodeándole el cuello. Al acomodarse contra él, el hambre regresó, acompañada de la necesidad de reencontrarse con su cuerpo. El fuego que despertó en su interior alivió, aunque fuera un poco, sus inquietudes.

Stephen capturó su boca con la suya. Delyth no se resistió. Mientras el beso se intensificaba y enviaba aquellas oleadas de calor que la hacían estremecerse, los dedos de él buscaron la cofia de novicia para desprenderla de su cabeza.

—¡Blasfemia! —tronó una voz profunda e indignada en el patio —. ¿Osáis besar a una santa hermana?

Delyth se apartó de Stephen y se volvió en sus brazos para enfrentarse a aquella acusación.

—No soy monja —protestó de inmediato, incluso antes de reconocer al hombre que los increpaba.

En la esquina del edificio delantero se hallaba un monje bajo y encorvado, con el rostro arrugado y el cabello blanco como la nieve. Ella lo observó durante un instante, mientras los años parecían desvanecerse de sus facciones.

—Maestro Colin —exclamó al reconocerlo.

—¿Por qué ninguno de vosotros recuerda que ahora soy un hermano? —se lamentó el antiguo comerciante con una risa rápida

—. A Arthur lo entiendo, nunca tuvo buena memoria. Pero tú, Delyth, siempre has sido más perspicaz.

Ella sonrió ante la broma.

—Perdóname, hermano Colin. ¿Qué haces aquí?

—Entre otras cosas, te estaba esperando —contestó mientras se acercaba y se detenía frente a ella. Bajo las espesas cejas blancas, la preocupación ensombrecía sus ojos—. Me gustaría hablar contigo, si me lo permites.

—¿Y por qué no habría de hacerlo? —replicó, sorprendida.

—Tenía la impresión de que no me guardabas demasiado aprecio.

Delyth esbozó una leve sonrisa.

—Durante un tiempo fue así. —Era una admisión cautelosa del rencor que había albergado—. Pero las cosas han cambiado.

El anciano acortó la distancia y tomó su mano. Apretándole los dedos entre su palma seca y firme, la miró a los ojos.

En aquella mirada, Delyth percibió la conciencia del daño que él y su padre le habían causado. A ella ya no le dolía, pero en él la herida seguía abierta.

—Walter actuó para protegerte —explicó con urgencia—. Temía lo que podría suceder si permitía que tu matrimonio con Stephen siguiera adelante. Stephen apenas tenía diez años y siete meses y aún no dominaba su oficio. Incluso si os hubierais casado ante la puerta de la iglesia, el padre de Katel se habría opuesto. De haberse mantenido vuestra unión, habría destruido el oficio por venganza. Tú, Stephen, y todo lo que Walter había construido se habrían perdido. —Sus palabras suplicaban comprensión—. Se estaba muriendo. No había tiempo para otra cosa.

Delyth retiró la mano, tomó el rostro del anciano entre las suyas y besó su frente arrugada.

—¿Cómo no voy a perdonarte, si tú y papá solo queríais lo mejor para mí?

Le ofreció ese perdón aun sabiendo que, al forzar su matrimonio con Katel, su padre había convertido a Peter en bastardo.

Los ojos del hermano Colin brillaron y una pequeña sonrisa suavizó su boca.

—No puedes imaginar cuánto nos pesa lo que hicimos aquel día. Gracias, muchacha, por mí y por tu padre. Me has liberado de una gran carga.

La soltó y se apartó.

—Ahora debo volver a mis ollas y alambiques. Entra. Tu hijo lleva un buen rato aguardando tu llegada.

Delyth parpadeó, sorprendida.

—¿Peter? ¿Qué hace aquí?

Stephen se acercó y la rodeó por detrás, atrayéndola contra su pecho.

—Resultó herido al intentar defender a Katel de la multitud, amor.

Ella se volvió entre sus brazos con un grito ahogado.

—No me lo dijiste —reprochó, apartándose de él—. ¿Cómo no me lo dijiste?

Stephen negó despacio.

—No quise preocuparte. Ha mejorado mucho.

—Está bien, Delyth —intervino el monje, apoyando una mano tranquilizadora en su hombro.

Ella no esperó más consuelo. Corrió hacia el edificio delantero y subió las escaleras con premura. La risa de un niño llegó hasta ella desde el vestíbulo, seguida de la voz ronca y divertida de Peter.

Alivio, ira y preocupación se entremezclaron en su pecho. Si su hijo podía reír, no todo era tan terrible como había temido.

Se detuvo en la puerta del vestíbulo. Numerosos sirvientes de la casa se encontraban allí, indecisos tras la muerte de su amo. Entre ellos había otros desconocidos, sin duda criados de Stephen. Algo en el hombre alto y rubio que estaba de espaldas, junto a la chimenea con campana, le resultó familiar.

En el centro de la estancia, un niño de unos diez años, de cabello castaño y rizado, daba vueltas lentamente. De su mano pendía un trozo de hilo que el gato de Katel perseguía entre saltos sobre la paja. Peter estaba sentado en un taburete a un lado, con un gran moratón violáceo en un ojo y otro, ya amarillento, en el cuello. El brazo izquierdo descansaba inmovilizado en un cabestrillo. Sonreía mientras observaba al animal.

—Peter —lo llamó al cruzar la sala y arrodillarse ante él.

Le acarició el cabello rizado e intentó sonreír, pero no encontró palabras. Su hijo no solo había sido atacado junto a su padre, sino que había presenciado su muerte.

La risa se apagó en los ojos marrones del niño, sustituida por una tristeza profunda.

—Mamá —sollozó—, papá está muerto.

—Lo sé —respondió ella, abriéndole los brazos.

Peter apoyó la cabeza en su hombro.

—Intenté detenerlos, pero no pude.

La impotencia impregnaba cada una de sus palabras.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Delyth.

—Ay, cariño, no debes culparte. Aunque hubieras logrado impedir que esa gente hiciera lo que pretendían, no habrías podido salvar a tu padre de su destino. Hizo algo terrible.

—Lo sé —consiguió articular con voz entrecortada. Los hombros de Peter temblaban mientras luchaba por contener el llanto

—. Mamá, odio estar aquí, en Llynrudd.

—Le he estado diciendo que debería venir a Lynn, señora —intervino el muchacho del hilo mientras se agachaba junto al taburete de Peter—. La gente es amable en Lynn —les aseguró, con sus ojos verdes llenos de solemnidad.

—Quiero irme —expresó su hijo, con un tono áspero que apenas disimulaba el dolor que le oprimía la voz.

Delyth se apartó un poco de él.

—¿Pero qué pasará con tu aprendizaje?

Peter echó la cabeza hacia atrás con una rebeldía dolorida.

—Mi maestro ya no quiere tenerme. Dice que será malo para el negocio.

El desconocido rubio se agachó al otro lado de Delyth.

—Habrá muchos maestros dispuestos a acogerte en Lynn —aseguró—, sobre todo cuando sepan que perteneces a la casa del maestro Stephen.

Delyth miró al hombre, contuvo el aliento y volvió a mirarlo.

—¿Arthur? —exclamó, sorprendida.

Los ojos verdes de Arthur brillaron con alegría. Sus labios se curvaron bajo la espesa barba rubia.

—Me alegra volver a verte, Delyth. Quiero presentarte a mi hijo, William. —Indicó con un gesto al muchacho—. Es el aprendiz de Stephen.

Con un gemido, se incorporó con esfuerzo.

—Ya no soy el hombre que era —se quejó, sacudiéndose los calambres de las piernas.

Delyth lo observó con atención.

—¿Estás casado?

No supo por qué aquello la sorprendía tanto. Volvió a mirar de Arthur a su hijo. Apenas había rasgos que los delataran como padre e hijo, salvo el color de los ojos. Will le dedicó una sonrisa tímida y regresó junto al gato.

—¿No te dije que estaba bien? —llamó Stephen desde la puerta del vestíbulo—. Lo que aflige a tu hijo ahora es un mal del corazón.

Su voz se suavizó al ocupar el lugar que Arthur había dejado libre, a la derecha de Delyth.

—Y es natural que así sea. Le he contado a Peter cuánto me dolió perder al hombre que creía mi padre cuando yo no era más que un niño de la edad de Will. También le he hablado de la generosidad y el amor que su abuelo mostró hacia aquel huérfano.

Peter se recostó en el taburete, se frotó los ojos y se limpió la nariz con la manga.

—He pensado en su oferta, maestro Stephen. —Las comisuras de su boca se hundieron bajo el peso que le oprimía el corazón—. Si mi madre decide irse a Lynn con usted, yo también iré. Lo otro aún no lo he decidido.

Delyth miró alternativamente a Peter y a Stephen.

—¿Qué oferta es esa?

—¿Estabas preocupada por el estado de Peter? —replicó él con una leve sonrisa; sus ojos grises adquirieron un matiz casi azul—. Qué vergüenza, amor. ¿Acaso tu padre no fue para mí lo que ahora quiero ser para él? Si Peter lo desea, lo haré mi hijo. Así se lo he prometido.

Su expresión se volvió grave al reafirmar aquellas palabras.

Delyth se dejó caer al suelo, contemplando con asombro a los dos hombres que más amaba.

—¿Harías eso por el hijo de Katel? —murmuró.

Stephen negó despacio, y los ángulos de su rostro se suavizaron con un reproche sereno.

—No. Lo hago por tu hijo y por el nieto de Walter de Llynrudd.

El amor que Delyth sentía por Stephen fue tan intenso que creyó que el corazón iba a estallarle. Incapaz de hablar, se inclinó hacia él y lo abrazó. Aquel era el hombre con el que se había casado. Su esposo. En su interior habitaba la misma generosidad de espíritu que había conocido en su padre.

Con ese pensamiento, el daño de tantos años quedó finalmente reparado. El último lazo que la había mantenido prisionera de su miseria se rompió. Dio gracias a Dios por haber vivido lo suficiente para alcanzar aquel momento, pues todo lo que vendría después sería, por fin, felicidad.

Capítulo 32

Llynrudd

Dos horas después de las vísperas

La fiesta de la conversión de San Pablo, 1197

Cuando Stephen cerró la puerta a los sirvientes en el vestíbulo, la alcoba quedó sumida de inmediato en una penumbra tibia. Aun así, las bromas y las risas se filtraban a través del grueso panel de madera. Por precaución, Stephen atravesó la habitación y encajó el listón, por si a alguno se le ocurría llevar la chanza a un plano más físico.

Con una lámpara de sebo en la mano, Delyth cruzó hasta el extremo opuesto, donde una vela nueva aguardaba sobre un soporte de hierro. La encendió y dejó la lámpara sobre uno de los dos baúles colocados detrás. Entre ambas luces había claridad suficiente para empujar las sombras más densas hacia las esquinas. Al regresar al centro de la estancia, volvió a reír.

—Estoy abrumada. Juro que mi cabeza da vueltas ante una historia tan fabulosa.

Después de que Peter se retirara a dormir a la cocina, había escuchado el relato de los últimos días de boca de todos los implicados y desde tantos ángulos como personas habían participado. Le sorprendió saber que no había sido Wymar quien llevó su mensaje, sino Syward, como favor a Watt.

Pero lo más desconcertante de todo era la descarada mentira de Leatrice.

—¿Hablar en sueños? —exclamó—. Dudo mucho que Katel pronunciara una sola palabra coherente mientras dormía en toda su vida. Aquella descarada no hizo más que repetir lo que nos oyó decir en la torre.

—Entonces fue una suerte que dijéramos la verdad —respondió Stephen junto a la cama, mientras se quitaba la capa y el chaleco. Los colgó en el perchero situado en la cabecera y comenzó a desabrocharse la túnica marrón.

Delyth pasó los dedos por las cortinas azules y doradas del lecho.

—Esto es distinto. Recuerdo que las cortinas eran rojas y amarillas.

—Katel compró unas nuevas antes de nuestro… —se interrumpió, incapaz de pronunciar la palabra—. Después de que muriera mi padre.

—Ah.

Stephen se deshizo de la túnica. Vestido solo con la camisa y las calzas, se sentó en el colchón para desatar las ligas cruzadas que sujetaban sus botas hasta la rodilla. Las dejó a un lado y, con una sonrisa, dio una palmada suave en el colchón.

—Ven. Siéntate conmigo.

Una timidez inesperada se apoderó de Delyth. De pronto se vio como era: una mujer de treinta y un años, edad suficiente para ser abuela en otros tiempos, y sin embargo con una experiencia escasa en la intimidad. ¿Y si Stephen, al compartir el lecho con ella, se arrepentía de haberse comprometido?

Aun así, obedeció. Se sentó a su lado. Él le tomó la mano y entrelazó sus dedos con los de ella.

—Así es como hacen los esposos cuando se retiran —dijo, con un tono casi reverencial.

Delyth lo miró y suspiró, avergonzada de sus miedos. Aquel era su Stephen, el muchacho al que había amado y el hombre al que seguía amando. Alzó la mano y atrapó un mechón de su cabello. Al presionarlo contra el rizo oscuro que enmarcaba su mejilla, él sonrió. Sus dedos descendieron desde el pómulo alto hasta alisar la línea estrecha de su barba y luego trazaron el contorno de sus labios.

Una luz ardiente prendió en el gris frío de sus ojos.

—Podría quedarme aquí sentado toda la noche si me prometes que no dejarás de tocarme —murmuró.

La timidez volvió a asaltarla. Inspiró hondo para combatirla. Con un nudo de dudas enredándosele en la mente, apartó la mano y se mordió el labio inferior.

Stephen frunció el ceño.

—¿He dicho algo inapropiado?

—No —respondió ella—. Solo me doy cuenta de cuánto tiempo ha pasado entre nosotros. Stephen, ya no soy la muchacha que recuerdas.

La preocupación se disipó, sustituida por una expresión de escepticismo burlón.

—¿Eres mayor? Muéstrame las canas que salpican tu cabello.

La broma alivió su inquietud. Delyth rió suavemente. Se quitó la cofia de novicia y dejó caer el sencillo pañuelo.

—¿Ves alguna? —preguntó, inclinando la cabeza para que examinara sus trenzas.

—¿Cómo voy a saberlo si lo llevas tan trenzado?

Con una sonrisa más amplia, Delyth se soltó el cabello hasta que cayó libremente alrededor de sus hombros.

—¿Y ahora?

—Todavía no —respondió—, pero no he terminado de buscar.

Le apartó el cabello sobre un hombro, dejando al descubierto su nuca.

—¿Qué haces? —preguntó ella cuando le guió la cabeza.

—Busco las canas en la parte inferior —dijo, rozando con los labios la piel sensible de su nuca.

Delyth se estremeció. El calor regresó a su vientre.

—¿Encuentras alguna? —preguntó, con la voz ya entrecortada.

—Aún no —respondió él, mientras descendía con besos hasta el cuello de su vestido blanco.

Delyth se derritió ante el juego. Apretó la mano contra las mantas, suspendida entre el tormento y el placer.

—Quizá si viera tu cabello sobre algo más blanco que este gris… —murmuró él, con suaves mordiscos a lo largo de su cuello—. Así distinguiría mejor el dorado.

—Por supuesto —consiguió decir ella—. Qué idea tan sensata.

Sus dedos deshicieron el cordón del cinturón. No le importó dónde cayó. Stephen dejó de provocarla para desatar el lazo de la túnica gris de novicia. Delyth se puso en pie y se la quitó por la cabeza, dejándola caer al suelo. El vestido interior, sin lazos ni cordones, era de lino sin blanquear.

—No, eso no servirá —dijo Stephen, quitándose la camisa—. Necesito algo aún más blanco.

Delyth lo contempló, admirada. Los hombros anchos y los brazos firmes hablaban de una vida activa. La luz dorada de la vela perfilaba su pecho con calidez.

—¿Cuánto de blanco? —preguntó, con la voz velada por el deseo.

El rubor ascendió por sus pómulos. Le tendió la mano.

—Recuerdo que tu piel es muy blanca.

Delyth tragó saliva. El ardor interior arrasó con toda reserva. Se desprendió del vestido interior y quedó ante él sin timidez ni vergüenza.

El gris de sus ojos se volvió cálido al mirarla. Extendió la mano, posó un dedo en su hombro y trazó una línea lenta hasta rodear el contorno de su pecho. A Delyth le temblaron las rodillas y cerró los ojos. El dedo descendió por su cintura. Un suave gemido escapó de sus labios. Apoyó las manos en los hombros de Stephen para sostenerse.

Cuando su caricia siguió la curva de su abdomen, ella se inclinó hacia delante, apoyando la frente en la de él, envolviéndolos con la cortina rojiza de su cabello. El dedo se detuvo donde la pierna se unía a la cadera. Stephen se inclinó y atrapó con la boca la punta de su pecho. Delyth gritó y hundió los dedos en su cabello, instándolo a continuar.

Ante su respuesta, la mano de Stephen recorrió su muslo hasta rozar la intimidad que ardía entre ellos. Un temblor más profundo la recorrió por completo. Con un jadeo, se apartó un paso.

—¿Te desagrado? —preguntó él, divertido, mientras la tensión bajo sus calzas lo delataba.

—No me provoques más —susurró ella—. Ámame, Stephen.

—Siempre —respondió, poniéndose en pie para deshacerse de la última prenda.

El corazón de Delyth volvió a acelerarse. ¿Cómo aquel muchacho se había convertido en un hombre tan hermoso? No había dureza en él, solo fortaleza y gentileza. Sabía que hallaría refugio en sus brazos. Qué necia había sido al dudar.

Lo rodeó con los brazos y se apretó contra él. Stephen emitió un sonido profundo al abrazarla. El contacto de su piel era una promesa cumplida. Ella se frotó contra él, provocándolos a ambos. Esta vez, el sonido que él dejó escapar fue un gemido.

Stephen le sostuvo el rostro entre las manos y buscó su boca. El beso encendió el vacío que ella sentía hasta hacerlo insoportable. Sus manos recorrieron la espalda de Stephen y se aferraron a sus caderas. Él jadeó contra sus labios.

Todo ocurrió con rapidez. Al instante siguiente, Delyth yacía bajo él, sobre las sábanas. La boca de Stephen descendió por su cuello y más abajo, hasta arrancarle un grito cuando tomó su pecho entre los labios. Ella se arqueó, rendida al placer que había esperado durante dieciséis largos años.

Una vez más, sus dedos se posaron sobre los labios de su sexo, acariciando ese lugar secreto. De forma instintiva, Delyth levantó las caderas, incapaz de recuperar el aliento. Entre lo que él le hacía con la boca y las oleadas de placer que le provocaban sus dedos, estuvo segura de que moriría. Gritó una y otra vez, perdida en la intensidad.

Stephen se movió sobre ella. En un éxtasis feroz, Delyth se ablandó bajo su peso y abrió los muslos para invitarlo a unirse a ella. El calor de su miembro la abrasaba, pero cuando él posó la boca sobre la suya, su beso fue suave, casi sereno.

Delyth frunció el ceño. Eso no era lo que deseaba. Necesitaba su pasión sin reservas. Le tomó el rostro entre las manos y lo besó con la misma entrega con la que él la había besado antes.

Stephen gimió. Entonces ella alzó las caderas, exigiéndole lo que tanto necesitaba. Él avanzó. Delyth gritó al unirse a él, con el placer entremezclado con un leve dolor.

Stephen alzó la boca de la suya, le besó la frente y le acarició la mejilla con el pulgar.

—¿Te he hecho daño?

—No —gruñó ella—, pero te haré daño si sigues entreteniéndote cuando tenemos otros asuntos entre manos.

Él rió ante su respuesta y comenzó a moverse despacio dentro de ella. El dolor inicial se desvaneció pronto, sustituido por las

sensaciones profundas y deliciosas que sus movimientos lentos y cuidadosos despertaban en su cuerpo. La intensidad se transformó en una urgencia ardiente. Delyth elevó las caderas, suplicándole que se moviera con más fuerza.

Al ver que él la ignoraba, volvió a empujarse contra él. Aquello lo sacudió con tal fuerza que repitió el gesto. Y otra vez.

La siguiente vez que se movió, Stephen respondió al fin, acompasando su empuje con el de ella. Delyth gritó, atrapada en la burbuja de sensaciones que estalló en su interior. Sus piernas se cerraron alrededor de las caderas de Stephen y sus brazos se enroscaron a su espalda. La respiración de él se volvió ronca y entrecortada a medida que aumentaba el ritmo. Acercó la boca a su oído y le susurró que nadie más que ella podía complacerlo. Luego le dijo cuánto la amaba.

Sus palabras hicieron estallar lo que la llenaba. El placer la inundó con una fuerza tan gloriosa que Delyth gritó, maravillada. Aun así, Stephen continuó moviéndose dentro de ella, cada embestida más urgente que la anterior. El placer creció, incontenible, hasta que, en el instante en que ella creyó no poder soportarlo más, Stephen gritó. Delyth juró sentir su semilla al entrar en ella.

Después, jadeando por el esfuerzo, Stephen se dejó caer sobre ella para besarle los labios, las mejillas, la frente, hasta rozarle la oreja con la nariz. A la deriva en un mar nebuloso de placer agotado, Delyth se movió para acomodar mejor el peso de su cuerpo. Había una gloria serena en yacer así con él. Podía sentir su corazón latiendo contra el suyo, como si compartieran uno solo.

Delyth despertó en plena noche con la cabeza apoyada en el hombro de Stephen. Él la rodeaba con los brazos, manteniéndola cerca. Escuchó el ritmo profundo y regular de su respiración. Uno de sus brazos descansaba sobre las mantas. El interior de la cama estaba frío. Tiró de las mantas hacia arriba y se estremeció. Aquel movimiento la acercó aún más a él, devolviéndole la maravillosa sensación de su piel contra la de Stephen. Sonrió. Stephen tenía razón: dormir junto a la persona que amabas era una alegría

profunda. Se sintió llena de asombro al pensar que aquello sería suyo para siempre. Giró ligeramente la cabeza y besó su brazo.

Stephen respiró de golpe al sentir su caricia. Se movió y se estiró. Inclinándose, le besó el hombro y luego recorrió su brazo con la mano hasta entrelazar sus dedos con los de ella.

—Sabía que sería maravilloso despertar a tu lado. Dios mío, cuánto te amo. ¿Cómo he podido vivir tantos años sin ti?

Delyth sonrió.

—Te refieres a sin tenerte en mi cama.

Era una burla suave. Stephen se incorporó sobre un codo para mirarla. Su rostro se perdía en matices de gris; los pómulos destacaban bajo la línea de la barba. Ella percibió más que vio el ceño que se le formó en la frente.

—Te quiero por razones más profundas que calentar mi cama.

—Lo sé —respondió ella, dándose la vuelta para mirarlo. Alzó la mano y apoyó la palma en su pecho—. Solo que ahora mismo no se me ocurre ninguna razón mejor para desearte. Tócame otra vez —le suplicó en voz baja— y deja que te toque hasta saciarme de ti.

La sonrisa de Stephen fue un destello blanco.

—¿Cuánto tiempo crees que tardarás en cansarte?

—No más de tres días.

—¿Tres días? ¿Por qué tan poco?

—Porque —respondió ella, deslizando la yema del dedo por su torso hasta provocar la respuesta de su cuerpo—, ese es el tiempo que tardará el sastre en hacerme un vestido nuevo.

Cerró la mano alrededor de él. Mientras Stephen recuperaba el aliento, ella continuó:

—No tengo aquí más ropa que este vestido de novicia. Y dudo que quieras que el mundo vea cómo corrompes a una pobre monja indefensa.

La risa de Stephen fue baja y profunda.

—¿Tres días sin una sola prenda decente?

—A menos que me compres algo al vendedor de ropa usada —replicó ella con poca convicción.

—Mi esposa no viste ropa usada —murmuró él, rozándole la oreja con la nariz—. ¿Crees que, si le pago al sastre más de lo que pide, podría alargarlo a cuatro?